Isabelle Parrish



FLORES QUE SOBREVIVEN AL INVIERNO

matchstories

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
Epílogo
Agradecimientos
Banda sonora
Biografia
Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Abby Langford lleva enamorada del patinaje artístico sobre hielo desde que se mudó a Massachusetts. Ahora que por fin ha terminado la universidad, debería estar centrada en ganar la copa Cranberry junto con su mejor amigo, Sean, si no fuera porque este se ha lesionado en el último momento. Así que a Abby no le queda más remedio que encontrar otro compañero en tiempo récord o estará fuera de la competición.

Tao Williams es su única esperanza.

Abby detesta tener que pedirle ayuda a Tao, pero sabe que el excapitán del equipo de hockey del instituto en el que estudiaron se defiende sobre el hielo. O lo hacía, antes de que una grave situación familiar lo alejara del deporte para siempre.

A Abby le va a costar, primero convencerlo de que se apunte con ella, y luego tolerarlo, pero es su única opción si quiere hacer realidad sus sueños más ambiciosos.

FLORES QUE SOBREVIVEN AL INVIERNO

Isabelle Parrish



Amar o haber amado, eso es suficiente.

VICTOR HUGO

I will not drop her because I will not allow myself to. [1]

VALERY ANGELOPOL

Prólogo



Tao

El hielo era todo lo que existía para Tao.

Allá donde mirase, este se extendía sin límites junto a las risas de Michael, Isaac y Finn, que se deslizaban a su alrededor sin prestar atención a las leyes de la gravedad.

—Eh, tío, hoy vienes a mi fiesta, ¿verdad? —le preguntó el primero de ellos al ponerle una mano sobre el hombro. Sus ojos brillaban con la clase de euforia de quien sabe que va a ser una buena noche y está dispuesto a disfrutarla.

Tao parpadeó, desconcertado, y esbozó una sonrisa que sacó a relucir sus hoyuelos.

—¿Fiesta?

—Joder, ¿ya se te ha olvidado? —Michael chasqueó la lengua a medida que lo guiaba hacia uno de los extremos de la pista de hielo, lejos del partido de hockey que se estaba desarrollando en su interior.

Tao sentía la mirada acuciante del entrenador en la nuca, pero tragó saliva y se esforzó por seguir ignorándola un par de minutos más.

—La de mi cumpleaños —le aclaró su amigo con una ceja arqueada antes de seguir insistiendo—. Te veo allí, ¿no?

—Sí, sí. —Tao agitó la mano en el aire para restarle importancia—. No me la perdería por nada ni nadie.

Y era cierto. Las fiestas del equipo de hockey eran tan legendarias como las victorias que llevaban acumulando durante toda la temporada. No solo la ciudad de Fall River al completo acudía a cada uno de sus partidos; todo el estado de Massachusetts parecía estar pendiente de ellos, llenando las gradas de las pistas en las que jugaban y coreando su nombre en los encuentros.

Tao empezaba a pensar que podía llegar a acostumbrarse a eso: a ganar, salir con sus amigos

y permitirse soñar con entrar en una buena universidad para jugar en la liga de ese nivel. Y ese futuro que en un principio le había parecido algo imposible, poco a poco se estaba acercando a vertiginosa velocidad.

Tao casi podía rozarlo con las yemas de los dedos, y no podía esperar.

—¿Te vienes en mi coche tras la ducha? —le preguntó Finn cuando terminaron el entrenamiento.

Iban de camino a los vestuarios, sudorosos y con las puntas del pelo rizadas por la humedad.

Tao adoraba la sensación de libertad que lo embargaba después de dejarse la piel sobre el hielo, en esos instantes en los que el mundo parecía limitarse a lo que sucedía en la pista y todo lo que permanecía fuera de esta era demasiado lejano para ser relevante.

—No, no llevo ropa en la mochila. No se lo digas a Michael —le cuchicheó al oído, con cuidado de que el susodicho no los oyera—, pero se me había olvidado lo de la fiesta y solo he metido un chándal en la bolsa. Tengo que ir a casa para cambiarme.

—Si es que eres un caso. —Finn puso los ojos en blanco y le dio una palmada en la espalda sin dejar de sonreír.

En un ambiente alegre y desenfadado, los chicos se ducharon y vistieron entre comentarios sobre quién iba a poner la música en la fiesta y lo bien que se lo iban a pasar.

—No tardes mucho, anda. Ya sabes cómo se pone Michael cuando alguien llega tarde —le dijo Finn ya de camino al exterior.

—Voy a llamar a mi padre para que venga a recogerme. Seguro que llego antes de que me echéis de menos —bromeó, alejándose un par de pasos para sacar el móvil del bolsillo y marcar el número de su padre con impaciencia.

Golpeó el suelo con ambos pies en un rítmico movimiento, aguardando a que la voz tan familiar que esperaba oír hablase al otro lado.

—¡Hola, hijo!

Tao fue incapaz de reprimir una sonrisa al oír ese tono tan animado. Echó un rápido vistazo al ajetreo que estaba comenzando a llenar el aparcamiento, y soltó sin miramientos:

—¿Puedes venir a recogerme? Hay una fiesta a la que quiero ir.

Un corto silencio secundó sus palabras. Incluso en la distancia, el joven distinguió cómo su padre se aclaraba la garganta.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Tengo planes con tu madre. —Tao puso los ojos en blanco ante esa respuesta—. Nos íbamos a ir a cenar en breve. No creo que me dé tiempo a...

—Por favor, papá —lo interrumpió él, cortante. Chasqueó la lengua con disgusto—. Es el cumpleaños de Michael y le he prometido que iría. ¿No puedes venir rápido hasta aquí y ya está?

—Nevó anoche, cariño. Las carreteras están heladas. No...

—Te las sabes de memoria, venga ya. Eso no es un problema.

—Sabes que no me gusta conducir con hielo.

—¿De verdad vas a dejar que algo así te acojone? Eres increíble. —Se frotó los ojos con la mano con la que no sujetaba el móvil, exhausto después del entrenamiento. No daba crédito a lo que oía, lo que le hacía estar más irritable de lo normal.

—¿No puedes pedirle a algún amigo tuyo que te lleve? ¿O coger un Uber?

—Pues no. —Incluso él sabía que estaba siendo injusto con su padre, pero no podía echarse atrás. Tenía que ir a esa fiesta como fuera—. Necesito ir a casa y cambiarme de ropa —le explicó tratando de sonar más amable.

—Tao...

—Entonces, ¿te espero aquí en diez minutos?

Oyó el resoplido de derrota de su padre al teléfono y supo al instante que, con la misma facilidad que sobre la pista, se había hecho con la victoria. Colgó la llamada con una sonrisa imborrable en el rostro y salió fuera del recinto con la energía haciendo vibrar cada uno de sus huesos.

Vio que todos sus amigos se montaban en los coches y, con la música a máximo volumen y la perspectiva de toda una vida por delante, enfilaban la avenida uno detrás de otro.

Y su padre seguía sin aparecer.

Conectó los auriculares al móvil para entretenerse oyendo música. Apoyó la cabeza en una farola, articulando la letra de las canciones con los labios por mucho que de estos no saliera ningún sonido. Vio las nubes sucederse, como si formaran parte del decorado de una película, y también el sol ponerse en el horizonte. Los árboles que bordeaban la calle estaban desnudos y sus ramas, delgaduchas y afiladas, arañaban el cielo que comenzaba a ensombrecerse. La hierba que decoraba Fall River como una alfombra se había teñido de blanco por culpa del último temporal. Daba la impresión de que el mundo se había encerrado dentro de una de esas bolitas de cristal que se agitaban para que nevase en su interior.

Y el padre de Tao seguía sin llegar.

El chico comprobó que no le había enviado ningún mensaje e, inquieto, comenzó a andar arriba y abajo, sucumbiendo a los nervios que empezaban a dominarlo.

Desbloqueó el móvil por enésima vez, solo por aburrimiento, cuando le entró la llamada que cambió su vida para siempre.

Fueron ocho simples palabras pronunciadas con la voz histérica de su madre. Palabras que no sería capaz de olvidar jamás:

—¿Tao? Algo le ha pasado a tu padre.

Cinco días después

Abby

Una tormenta rompía el mundo pedazo a pedazo la primera vez que Abby vio a Tao Williams allí.

No era que una cortina de agua barriese el paisaje invernal, sino que todo —los árboles desnudos, las hojas rezagadas del pasado otoño que todavía decoraban el suelo y los rastros de nieve que se amontonaban a ambos lados del camino de gravilla— estaba siendo sacudido por un vendaval. Este amenazaba con levantar las faldas de las mujeres, hacer volar las corbatas de los hombres y, sobre todo, con llevar lejos de allí la tristeza que se palpaba en el ambiente; algo que, sin duda, tanto Abby como Tao deseaban con fuerza.

Si hubiese hecho más frío, la nieve habría pintado de blanco las lápidas que se acumulaban a su alrededor. No obstante, como aquel estaba siendo uno de los inviernos más cálidos que se recordaban en Fall River —«Y eso que es Massachusetts», le gustaba decir a su madre. «Me encantaría ver lo que haría esta gente en Florida»—, los copos solo caían muy de vez en cuando.

De todos modos, la tormenta que se cernía sobre Abby Langford no tenía nada que ver con la lluvia helada, las ráfagas de viento y los salmos que el cura recitaba frente al público de modo solemne. En su caso, el huracán era lo que se encontraba hilado en los ojos de Tao Williams.

—Vamos a darle el pésame a la familia, cielo —le susurró su madre al oído, devolviéndola al presente.

Abby se estremeció ante su tono lúgubre y asintió, todavía sin apartar la mirada de Tao. Se colocó junto a sus padres en la fila que se había formado delante del chico y de su madre, que saludaban con una sonrisa cordial y los ojos velados de lágrimas. Todo el mundo había acudido al funeral, incluidos el señor Martin y su esposa, que eran los directores del instituto, y el viejo Joe, que barría cada día la entrada de la escuela para que los coches no se quedasen atrapados por culpa del clima tan inestable de Fall River. Un par de metros por detrás distinguió a Beth con su hermana mayor, y también a Olive, Martha y Kat. El equipo de patinaje al completo estaba allí, y el pecho de Abby se iluminó con algo parecido a la calidez al pensar en cómo de unida estaba la gente de la comunidad cuando una desgracia como esa sucedía.

Entonces llegó su turno. Los ojos oscuros de Tao la examinaron de arriba abajo, en silencio, antes de desviarse hacia la hierba mojada que crecía bajo sus pies y despuntaba en todas las direcciones. Ella abrió la boca una, dos, tres veces, sin ser capaz de pronunciar sonido alguno. Solo cuando su padre le dio un empujoncito en la espalda para animarla a hablar la muchacha terminó farfullando un torpe «lo *fienfo*».

—Lo sentimos mucho, Mei —se adelantó su madre. Abrazó a la de Tao, que frunció los labios para aguantar el tipo mientras correspondía a su gesto.

Su hijo ni siquiera volvió a mirar a Abby. No era como si a la joven le sorprendiera, de todos modos, porque llevaban yendo juntos a clase desde que tenía memoria y no recordaba haber cruzado ninguna frase amistosa con él. Lo más agradable que se habían dicho eran comentarios del estilo «Hoy nos toca entrenar a nosotras, Williams» y la consecuente respuesta, siempre una variante de «¿Y a mí qué me cuentas? Piérdete, Langford».

—¿Cómo estás? —le preguntó Abby, buscando sus ojos con la esperanza de hacer contacto visual y mostrarse amable con él por primera vez en su historial académico.

Tao se limitó a encogerse de hombros. El cabello, negro como tinta china derramada, se le había despeinado por culpa de la tempestad y hacía que el flequillo le chorrease sobre la frente.

Era similar a un cuadro desprovisto de color. Abby se preguntó si sus labios pálidos, entreabiertos como si quisiera decir algo y no supiera el qué, eran tan suaves como parecían. Si las pecas que se le alineaban bajo la mandíbula formaban parte de una constelación o eran estrellas que estaban destinadas a brillar en solitario.

—Siento lo que le ha pasado a tu padre —continuó Abby para rellenar el silencio. Se frotó las manos con nerviosismo—. Es una putada bien grande.

—Ya, la verdad es que sí.

—Te lo habrá dicho todo el mundo, pero si necesitas cualquier cosa...

Al decir eso, Tao sí levantó la cabeza. Esbozó una sonrisa que no le iluminó los ojos y que brilló por el sarcasmo que se distinguía en ella. Se le marcaron dos hoyuelos que lo hicieron parecer un poco más niño y menos el capitán del equipo de hockey del instituto. Abby no reparó en ese detalle, sino en el sentimiento que la embargó al notar que era la primera vez que veía a Tao *de verdad*. Distinguió el dolor escondido entre sus pupilas e iris y el sufrimiento contenido que revelaban sus movimientos, y no lo observó como al chico inalcanzable que volvía locas a todas sus amigas ni tampoco como al joven con el que llevaba toda la vida discutiendo al intentar llegar a un acuerdo para compartir la pista de hielo.

Solo era Tao Williams: más humano y vulnerable de lo que lo había visto nunca.

Abby tragó saliva.

—¿Algo más? —preguntó él, arrancándola de sus pensamientos.

Las madres seguían deshaciéndose en palabras de consuelo y agradecimiento mientras que el padre de Abby, a su espalda, intentaba que sus hermanos pequeños no se peleasen entre sí. Nadie estaba prestando atención a su conversación y, aun así, la chica sentía que los ojos del universo al completo estaban puestos en ellos..., atentos, suspicaces, como si aguardasen a que sucediera...

—¿Algo más? —repitió con el ceño fruncido, confundida.

—¿Vas a ser tan poco original como el resto?

—No sé... —balbuceó, sin comprender lo que él trataba de decirle. La sonrisa sarcástica de Tao se estiró, transformando sus mejillas en pliegues de falsa felicidad. Abby tuvo ganas de hundirle el dedo en los hoyuelos y comprobar si eran tan profundos como parecían—. Es lo que suele decirse, ¿no? No hace falta que seas tan borde conmigo.

—Ah, así que ahora el borde soy yo. —Tao se relamió el labio inferior como si estuviese disfrutando de la conversación, por más que la acidez de su voz revelase lo contrario—. Si mal no recuerdo, la última vez que hablamos me retaste a una ridícula carrera a la pata coja para ver quién reservaba la pista el sábado por la tarde.

—Y solo para que quede constancia: te gané. Pero esta es una ocasión distinta.

Tao entrecerró los ojos, tan rasgados de por sí que su mirada se transformó en una rendija que solo disparaba puro veneno.

—¿Porque se ha muerto mi padre?

Abby parpadeó, cogida por sorpresa. Murmuró algo ininteligible sin saber qué contestar. Claro que estaban allí porque el señor Williams había sufrido un accidente de tráfico por culpa del hielo de la carretera, pero nunca habría esperado que Tao lo soltase... de esa manera, como si estuviera hablando del tiempo tan horrible que hacía y no de la muerte de un ser querido.

Se abrazó a sí misma, temblando. El paraguas que sujetaba se tambaleaba por el viento que envolvía el cementerio a aquellas horas de la mañana. Debido a ese vaivén incontrolable, las gotas de lluvia le salpicaban los zapatos de fieltro. Se dio cuenta entonces de que el frío no se debía a la tormenta, sino al tono de gélida emoción de Tao.

—Sí, y lo siento —musitó por fin, a la defensiva—. Eso era todo lo que quería decirte.

El muchacho no añadió nada más. Se conformó con esconder las manos en los bolsillos del pantalón del traje y agachar la cabeza, justo como Abby lo había encontrado cuando se había acercado a él. Se preguntó si trataría de manera tan seca a la siguiente persona de la fila o si aquel comportamiento desagradable era algo personal con ella. No tuvo el valor de preguntárselo ni tiempo para descubrirlo.

La mano de su padre cayó sobre su hombro y, con suavidad, la guio para salir de allí. Abby no se despidió de Tao ni tampoco pudo oír cómo la señora Williams le agradecía que estuviera allí para apoyar a su hijo; en su lugar, vio la figura del chico confundirse con la lluvia a medida que se alejaba. «Parece un fantasma», se dijo al apreciar desde la distancia su cabello oscuro y tez nívea. A pesar de que los puños del traje le quedaban cortos, porque era cierto que Tao alcanzaba casi el metro noventa de altura, la imagen no resultaba ridícula.

«No, un fantasma no», se corrigió Abby a sí misma. Era más como un ángel vengador, como un espíritu del bosque, como...

Como un chico que acababa de perder a su padre, eso era todo.



Abby se reunió con sus compañeras de clase y de patinaje cuando estas acabaron de presentarle sus respetos a la familia Williams. Sus padres se dirigieron hacia la mesa de picoteo para acallar las quejas de sus hermanos pequeños, así que ella se quedó con sus amigas bajo la enorme puerta de la iglesia.

—¿Vosotras creéis que irá al instituto el lunes? —preguntó Olive con la voz marcada por la preocupación.

—¿Cómo va a hacer eso? Se quedará en casa unos días para no dejar sola a su madre —replicó Kat tras robar con disimulo una magdalena de la mesa de repostería.

—Eso, eso. Cuando se murió Rainbow Dash, yo falté a clase un par de días también.

—Rainbow Dash era tu cobaya, Martha. —Olive puso los ojos en blanco.

—Cobaya a la que nombraste en honor a un personaje de *My little pony*, por cierto. —Kat compartió una mirada cómplice con Olive.

—¡Y lo pasé fatal! —se defendió Martha con voz chillona—. Díselo tú, Abby, que me ayudaste a enterrarla y todo...

Abby escuchaba a medias. Sus ojos no se apartaban de Tao, que continuaba saludando y despidiendo a la gente que le estrechaba la mano o lo abrazaba en un intento de consolarlo. Con nadie era tan desagradecido como lo había sido con ella. La muchacha hizo una mueca cuando el joven alzó la cabeza y sus ojos se clavaron en los de ella como si quisiera fulminarla con ellos. Apartó la mirada, algo sobrecogida por la intensidad del gesto.

—¿Abby?

—¿Ajá? —contestó ella, regresando a la conversación que mantenían sus compañeras de patinaje.

Olive le dio un codazo a Kat al tiempo que canturreaba de manera nada discreta:

—Alguien no puede dejar de mirar a Williams...

—¡Qué va! —saltó al instante Abby con las mejillas rojas—. Solo estaba pensando en...

—¿Lo guapo que es? —la provocó Kat.

—¿Cómo el traje le marca los músculos de los brazos? —aportó Martha.

—¡Que es el enemigo! —las interrumpió la chica. Se calló al recibir varias miradas que la observaron con reproche al verla levantar la voz.

—¿El enemigo? —repitió Olive con una ceja arqueada—. Ni que esto fuera un combate a vida o muerte...

Abby sacudió la cabeza. No esperaba que lo entendieran, porque nunca tenían que pelearse con Tao y su equipo de hockey por conseguir una hora decente para entrenar. Era ella la que debía enfrentarse a esa panda de chicos con un gusto particular por las películas de Dwayne Johnson que no paraban de ridiculizar el patinaje artístico, y Abby sabía de primera mano que Tao Williams era el peor de todos.

Insoportable y engreído; un chulo de manual. Estaba dispuesta a dejar pasar el modo tan borde en el que la había tratado debido a las circunstancias en las que se encontraban, aun a sabiendas de que, cuando se reencontrasen en el instituto, el combate entre ellos empezaría de nuevo.

—Quizá no lo sea para vosotras —repuso con voz fúnebre—, pero sí lo es para mí.

Aunque sus amigas continuaron haciendo bromas sobre la seriedad con la que Abby se

tomaba el patinaje, ella dejó de prestarles atención, y lo mismo cuando entraron en la casa para aprovechar el picoteo que había dispuesto la comunidad en honor a la familia Williams y cuando comentaron el examen de la semana siguiente. No las escuchó cuando le preguntaron si ya había comenzado a estudiar ni cuando se alejaron porque el funeral había terminado y todo el mundo volvía a casa.

—Te vemos luego en la pista, ¿no? —le preguntó Olive. Le tocó el brazo para despertarla de su ensoñación, a lo que la muchacha parpadeó como si no hubiese estado presente hasta ese instante—. ¿Abby?

—¿Eh? Ah, sí, sí, claro. Nos vemos luego —murmuró, todavía con la mente en otra parte y la mirada puesta en alguien que, como los demás, desaparecía bajo la lluvia.

Solo cuando Tao se metió en el vehículo que conducía su madre apartó los ojos de él para seguir a su familia.

—Vamos, cariño, date prisa o no podremos hacer la comida que querías para que llegues a tiempo a entrenar.

Abby obedeció y subió al coche.

Durante el resto de la jornada, pese a que su rutina continuó como de costumbre, no pudo dejar de pensar en su conversación con Tao Williams. En el instituto se comportaba como si, además de que todo el mundo lo considerara el rey del lugar, realmente lo fuera. La imagen que había ofrecido esa mañana contrastaba tanto con esa fachada que Abby era incapaz de dejar de darle vueltas a la tristeza que había transmitido su mirada, por más que hubiese procurado disimularla siendo tan sarcástico como era habitual, y esa era una fachada que la chica detestaba en extremo, por mucho que fuera la única a la que estuviera acostumbrada.

Bien, si quería ser arisco hasta cuando ella trataba de ser amable, era su problema. Abby no pensaba rebajarse a su nivel y dejarle ver que su actitud la había irritado, aunque solo fuera un poco.

Aquella tarde, fue a entrenar rodeada de unas compañeras que contaban con ella para todo. Luego regresó a casa, al calor de una familia que la recibía con el mismo cariño todos los días, y se preguntó qué haría Tao Williams en ese momento y cómo sería su vida a partir de entonces al haber perdido a su padre. Desde luego, no volvería a ser el mismo de siempre, por mucho que eso a ella no le importara.

Primera parte
Cinco años después

1



Tao

Tao Williams no tenía ni idea de qué narices pintaba allí.

Sabía que sería capaz de pensar en diez razones distintas de habérselo propuesto, pero, aun así, ninguna acabaría pareciéndole lo suficientemente buena. ¿Conocer a la nueva novia de Michael? Sí, le hacía ilusión, aunque solo era una de las muchas excusas que se sumaban a la lista mental que había hecho para obligarse a acudir al Duck's aquella tarde. ¿Saludar a Debs, que llevaba empleada en la cafetería unos treinta años, y preguntar por sus hijos y marido? Descartado, porque ni siquiera estaba trabajando en ese momento. ¿Reencontrarse con sus antiguos compañeros de hockey? Bueno, pese a que era cierto que el verano les otorgaba la oportunidad de retomar el contacto después de un curso intenso en la universidad, tampoco los había echado *tanto* de menos.

Lo que añoraba era diferente: la sensación de pertenecer a algo, de sentirse bienvenido en el grupo de amigos con el que había pasado los mejores años de su vida, de deslizarse sobre el hielo a la velocidad del rayo y marcar de forma tan épica en el último minuto que una oleada de aplausos se levantara desde las gradas.

Inspiró con fuerza y comenzó a golpear las baldosas del suelo a un ritmo nervioso. Joder, no podía permitirse recordar esos sentimientos; no cuando sabía la culpa y el arrepentimiento que venían después.

—Que no, que la siguiente temporada la van a ganar los Boston Bruins, tú hazme caso. —Isaac resopló como un toro enfadado y apuntó a Finn con un dedo en el que llevaba un anillo plateado. Tenía un total de cuatro que, al ser bisutería barata, no tardarían en oxidarse—. Y que ni se te ocurra traicionar a tu tierra, tío, que te veo venir. Somos de Massachusetts y moriremos aquí.

Finn alzó las manos en el aire con inocencia fingida. Tao todavía no se acostumbraba a lo mucho que le había crecido la mata de rizos castaños durante los meses en los que no lo había visto, y sintió un ramalazo de nostalgia al cavilar sobre qué otras cosas se estaría perdiendo. El

muchacho escuálido al que había conocido en su adolescencia se había convertido en un hombre igualmente delgado, sí, pero con el coraje necesario para discutir con Isaac.

—Hay que joderse; eres patriota para lo que quieres. De todas formas, no es culpa mía que los Florida Panthers sean mejores —se defendió ceñudo.

—Panthers, Panthers —repitió Isaac con tono de burla—. Menudo nombre de mierda, ¡y no han ganado ni una sola vez! Son tan ridículos como el Michael de catorce años que decidió que era buena idea teñirse de verde. ¿Esa anécdota te la ha contado, Charlotte?

La aludida se separó de su novio y alzó la mirada en su dirección, negando con la cabeza con curiosidad. Se inclinó hacia delante con interés mientras Michael ponía los ojos en blanco, como si estuviese harto de aquella charla sin sentido, algo que Tao podía entender a la perfección.

—A mí dejadme fuera de todo esto —les pidió, pasando un brazo por encima del hombro de Charlotte para atraerla hacia sí—. Tenéis un gusto pésimo. Los dos —añadió, intercalando la mirada entre los dos chicos, que no parecían dispuestos a ceder.

Finn retomó la conversación en cuanto los labios de Michael volvieron a rozar los de la joven sentada a su lado. Tao alcanzó a oír cómo le susurraba «Ni caso, cielo. Estaba guapísimo».

—Lo que pasa es que sabes que estoy en lo cierto —le espetó Finn a Isaac con tranquilidad. Tao llevaba oyendo la misma discusión los últimos años de su vida y le parecía increíble cómo ninguno se cansaba de querer llevar siempre la razón—. En algún momento llegará su hora de brillar.

—Ya, eso dices siempre, pero las cosas nunca mejoran para ellos, ¿eh? —Sonrió, burlón, como si el gesto sirviera para recordarle los resultados de las temporadas más recientes.

—¿Quieres apostar sobre los equipos que llegarán a los playoffs?

Tao dejó escapar un suspiro hastiado y vació su café de un trago. Hizo una mueca cuando su sabor amargo le llenó la boca, y tuvo que contener un escupitajo. Había vuelto a olvidar echarle azúcar.

Michael pareció ser el único de sus amigos que se percató de que no estaba prestando atención alguna al debate que se estaba desarrollando en la mesa, porque le dio un empujoncito suave con el codo y le preguntó:

—Eh, tío, ¿estás bien?

—Claro —soltó Tao de manera automática.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo había estado de verdad, aunque esa no era una información que pudiera compartir con Michael tan a la ligera. Con nadie, en realidad, porque se suponía que había ido al Duck’s para ponerse al día con sus antiguos compañeros de hockey y que le contasen qué tal estaban. Pese a que esperaba oír la clase de anécdotas sobre los últimos años en la universidad que le recordasen todo lo que él nunca podría vivir al haberse quedado en Fall River y trabajar en la única tienda de música de la ciudad, lo que se había encontrado en su lugar lo había sorprendido mucho más.

Comprobar que las cosas no habían cambiado tanto, que continuaban hablando de hockey y

de sus equipos favoritos como si todo siguiera como antes, le dolía de una manera que no sabía explicar con palabras. Era por eso por lo que, igual que llevaba haciendo desde que murió su padre, elegía callarse y fingir que todo iba sobre ruedas; que no se sentía desplazado al ver que todos avanzaban hacia aquello que siempre habían estado destinados a hacer —jugar al hockey, ir a la universidad, crecer, enamorarse, vivir, vivir, *vivir*— mientras él se quedaba atrás.

—Tú estás conmigo, ¿no? —intervino Finn con una sonrisa apaciguadora, como si le hubiese leído el pensamiento. Tao parpadeó, cogido por sorpresa, así que el muchacho se apresuró a aclarar—: También crees que ha llegado el momento de que los Panthers ganen alguna vez.

—Claro —repitió el joven sin expresión. Se odió mientras decía aquello; detestaba parecer más un robot que un ser humano. Tragó saliva entonces con la esperanza de que eso hiciera que las palabras fluyeran con más facilidad—. Es decir, las posibilidades son igual de bajas que siempre, pero tu confianza en ellos es admirable, Finn. Al fin y al cabo, fuiste tú quien nos mantuvo a todos con la mente fría durante los partidos más complicados.

Su amigo abrió la boca, algo desconcertado por el cambio de tema, y terminó asintiendo sin contestar nada. ¿Qué respuesta había esperado, de todas maneras? Finn sabía que a él nunca le habían gustado los Panthers. Además, hacía años se había rumoreado que Tao quizá acabaría en los Boston Bruins y se convertiría en el orgullo de Fall River. Todos en su equipo lo sabían, y tal vez por eso mismo Isaac había saltado en favor del equipo de la capital. Puede que el motivo fuese que esperaba que el propio Tao lo respaldara o porque, como el resto de ellos, no había olvidado el futuro que el capitán del equipo de Spring High habría tenido al alcance de su mano si nada se hubiera torcido.

Si él no se hubiese alejado del hielo para siempre.

—Se nos está haciendo tarde —murmuró Isaac entre dientes tras echarle un vistazo al reloj de su muñeca. Iba vestido de negro por completo, lo que lo hacía parecer un personaje de *Grease* debido a la decoración de los cincuenta que reinaba en el Duck's—. Hemos reservado la pista para echar un partido, Tao. ¿Te vienes?

—¿Un... partido? —balbuceó él. Se mareó solo de oír esa pregunta.

No le pasó desapercibido el cuchicheo entre Charlotte y Michael, como si este tuviese que poner a su novia al corriente de por qué él hacía tiempo que ya no patinaba.

—Sí, ya sabes, por los viejos tiempos. Ahora que es verano y estamos algo más libres pensamos que sería divertido. —Isaac le dio un par de palmadas en la mano que, estirada entre ellos, servía de barrera entre el pasado y el presente, entre su antiguo equipo y su actual individualidad—. Pásate si quieres.

Tao frunció los labios y fingió que le había llegado un mensaje al móvil. Había existido una época en la que no había necesitado mentir para deshacerse de situaciones como esa porque jamás se habría negado a jugar con sus amigos. Sin embargo, ahí estaba entonces: sintiéndose como un extraño en su cafetería favorita, añorando la música suave de jazz que sonaba con

regularidad en The Vinyl’s House y deseando no saber nada más de un deporte y unos amigos con los que ya no tenía nada en común.

Tenía que salir de allí. Y no se refería solo al local de paredes revestidas de neones y con hamburguesas de un tamaño imposible, sino a Fall River; a Massachusetts en sí; al país, incluso, aunque puede que eso fuera llegar demasiado lejos.

Primero tendría que ahorrar para costearse vivir en un lugar lejos de las calles que lo habían visto crecer.

—Gracias, pero tengo planes. —Su voz le sonó demasiado artificial. Aunque estuvo seguro de que todos lo notaron, nadie mencionó nada al respecto—. Quizá otro día.

«Nunca», añadió para sí. Porque a ese paso jamás volvería a jugar al hockey.

—Deja que te lleve, al menos —insistió Isaac. No había movido su mano de la suya; la piel de ébano del chico contrastaba con la pálida de Tao, que ni siquiera notó el contacto. Su mente estaba ya a decenas de kilómetros de distancia.

—Cogeré el autobús.

—¿Autobús? ¿Qué...?

—Nos vemos luego, chicos.

No esperó a que Finn, Isaac, Michael o Charlotte se despidieran. A medida que se alejaba, no obstante, vio gracias al cristal que lo siguieron con la mirada, confusos, hasta que Tao abandonó el Duck’s con las manos en los bolsillos y unas gafas de sol ocultando sus ojos vidriosos.

Al final sí que había sido una gilipollez ir hasta allí.

Caminó un par de manzanas sintiendo que el sol abrasador de principios de junio le perlaba la nuca de sudor. Oyó el sonido de un motor acelerar tan cerca que el simple rugido lo hizo estremecer. Con un rápido vistazo pudo comprobar que no se trataba de sus amigos en dirección al patinadero de Fall River, pese a que rememorar la invitación le llenó de angustia. Ojalá hubiera podido decirles que sí, que iba a jugar con ellos, porque nada le habría gustado más que volver a enfundarse sus viejos patines y notar cómo las cuchillas rasgaban el hielo bajo sus pies.

Nada le daba tanto miedo, a la vez.

Y por eso también había rechazado que lo llevasen en coche hasta casa.

Y en la soledad era cuando volvían los recuerdos, aparecían las pesadillas y sonaba la voz de su padre repitiéndole una y otra vez: «Fue culpa tuya. Siempre fue culpa tuya».

2



Abby

El hielo quemaba.

Esa fue una de las primeras lecciones que Abby aprendió cuando se dio cuenta de que su vida iba a estar dedicada al patinaje artístico sobre hielo. Daban igual las caídas, las agujetas y los tirones; ella había nacido para estar en la pista y nada iba a impedirle moverse como un ángel sobre las afiladas cuchillas de los patines; ni el hielo sobre el que volaba y que le abrasaba la piel cada vez que fallaba ni la cantidad de heridas por caídas pasadas que decoraban su piel.

—Vamos, Sean: concéntrate. Ya debería salirnos bien a estas alturas.

Su compañero puso los ojos en blanco. Negó con la cabeza sin decir nada y se alejó de allí con rapidez para volver a su posición, deslizándose como si su cuerpo fibroso fuese ingrávido. Aunque nunca se había atrevido a mencionarlo en voz alta, Abby envidiaba de él la facilidad con la que patinaba, como si cada paso que daba no fuera una cicatriz más sobre el hielo; como si le diese igual el tiempo que pasara allí, sobre la pista, y nunca tuviese en mente un futuro más allá, una vida fuera de ámbito.

Sacudió la cabeza para ignorar aquellos pensamientos, ignoró también el lejano golpeteo de la lluvia en las ventanas y se colocó frente a su amigo a varios metros de distancia. Inspiró hondo, dejando que el frío le congelase los pulmones. Eso la mantenía despierta, alerta y viva.

Al ritmo de las delicadas notas de piano que resonaron en el patinadero, Abby y Sean se encontraron en el centro de este. La joven sintió las manos de él sobre las suyas, guiándola sin mirarla a medida que giraban y saltaban en una coreografía impecable. Los dos tenían la cabeza bien alta y una sonrisa tensa en el rostro, pese a que Abby no estaba segura de que no estuviera causada por lo mucho que le tiraba el moño.

Ofrecían una imagen perfecta y delicada. Había una magia especial en patinar con Sean, pues la coordinación sin necesidad de palabras que nacía de llevar varios años patinando juntos hacía

que todo fuera más sencillo. Al principio, cuando apenas habían comenzado a entrenar como pareja, la sensación de las manos del chico rodeando su cintura había enviado descargas eléctricas a las puntas de sus pies. Con los meses, sin embargo, se había acostumbrado a tenerlo así de cerca. Abby se había dado cuenta de que no iba a encontrar en él un amor romántico, sino un amigo; al mejor, además, y también al novio más olvidadizo del mundo, pues la chica podría jugarse la mano derecha sin temor a perderla a que estaba tan despistado durante el entrenamiento de ese día porque luego había quedado con Theo y, a juzgar por la conversación que habían mantenido antes de empezar a patinar, ni siquiera él sabía aún el porqué.

—Me ha dicho que es por algo especial, Abby. ¡Especial! —había estado a punto de gritar cuando se habían encontrado en la puerta de la pista. Sean había estado mirando los mensajes del móvil de manera compulsiva sin despegar la vista de la pantalla.

—¿Y has pensado en, no sé, preguntarle el motivo?

Él la había mirado como si se hubiera vuelto loca.

—Esta es precisamente la razón por la que no tienes pareja. ¡No puedes ir preguntándole a la gente por qué quiere tener una cena especial contigo!

—No estamos hablando de «gente» como tal, sino de tu *novio* —Abby se había armado de paciencia mientras se cruzaba de brazos para parecer algo más intimidante, puesto que Sean era mucho más alto que ella—, con el que se supone que tienes la confianza suficiente como para confesar que no sabes la razón por la que quiere ir a cenar esta noche a un sitio elegante.

—No puedo hacer eso. —El muchacho se había llevado las manos a la cara y había gemido como si el fin del mundo se cerniera sobre él—. No quiero que Theo piense que soy tan desastre.

—Bueno, es que un poco sí que lo eres. Lleváis dos años juntos, de todas formas. No es como si no lo supiera ya.

—A veces, eres de todo menos una gran ayuda —había gruñido Sean entre dientes.

—Lo hago lo mejor que puedo, Romeo.

Él la había empujado con la cadera, ceñudo, y Abby había estado a punto de resbalarse.

—Haz eso otra vez y te juro que te quedas plantado antes de que empiece la temporada, Sean Carter —le había dicho antes de que se separaran para entrar cada uno en su vestuario. El joven le había sacado la lengua, burlón, y había alzado el móvil en su dirección.

—Estoy seguro de que me contará qué se trae entre manos si le envío un par de *nudes*.

—¡Sean! —Abby había enrojecido segundos antes de que una risa tonta le brotase de la garganta. Alarmada, había mirado en derredor para comprobar que nadie los estuviese oyendo. No quería descubrir las reacciones de los fans que los seguían de cerca en las redes sociales si los pillaban hablando de sexo en público; no después de la imagen distante que tanto se habían esforzado en proyectar—. Espero que estés bromeando.

—¿Por qué, Abby? ¿También te gustaría verlos?

Ella no le había respondido, consciente de que el chico solo quería provocarla. Funcionaban así: Sean contaba chistes y ella se reía; Sean conducía y ella elegía la música —que solía variar

desde el primer disco de Taylor Swift hasta el último, pasando por cada Taylor's Version que hubieran sacado hasta el momento—; Sean la alzaba en volandas y ella...

—Lo siento —se disculpó el muchacho cuando, ya entrenando, después de que hiciera un *toe loop*, aterrizó demasiado cerca de ella y la desestabilizó tanto que estuvo a punto de hacerla caer.

—Estás fallando en los saltos más simples —repuso ella al tiempo que se sacudía el hielo de los *leggins*.

—Y te pido disculpas, pero es que hoy tengo la cabeza en otra parte.

Abby rechinó los dientes y sacudió la cabeza, pidiéndole así que volviesen a intentarlo. Después de tantos años en la pista, los fallos que últimamente se les acumulaban eran demasiados. Precisamente porque sabían mejor que nadie cómo eran los días malos y lo mucho que estos afectaban a la técnica, nunca se juzgaban el uno al otro.

Nunca, hasta entonces.

Abby intentó concentrarse en la mano del chico sobre la suya; en su piel morena llena de pecas y la forma en la que la sujetaba, como si fuese parte de una decoración superficial. Una bailarina bonita, sin duda, pero también inútil. Tal y como Levi, su entrenador, se había encargado de mostrarla al mundo: una chica con talento para el patinaje y nada más; una figura que, más pronto que tarde, caería en el olvido.

Y ella se negaba a sentirse de esa manera. Sobre todo, al estar tan cerca de comenzar la nueva temporada. Los nervios siempre eran los mismos por aquellas fechas, pero el miedo a que su carrera como profesional se terminase para siempre y una nueva vida empezase para ella —esa en la que ya no sería patinadora, sino *algo más*— no estaba dejando espacio para otra cosa.

—Vale, ya es suficiente. —Frenó en seco, dejando que el movimiento rasgara el hielo bajo sus pies y lo levantase en una fina ola—. Es obvio que nada nos está saliendo bien hoy, así que creo que es mejor que lo dejemos.

—¿Dejarlo? —repitió Sean. Se mordió el labio inferior y desvió los ojos, del color del café más amargo, hacia el entrenador. La joven también podía sentir la intensidad de la mirada del hombre que los observaba en la distancia, pero se negaba a devolvérsela—. No nos lo va a permitir, Abby.

—¿Que no? Ya te digo yo que sí.

—Espe...

Aunque intentó detenerla agarrándola del brazo, la joven se zafó del contacto con brusquedad. Era consciente de que no era justo para Sean que actuase de ese modo, como si tuviesen la competición más importante de sus vidas al día siguiente y no al cabo de casi un año, pero aquel era un comportamiento que le salía de modo natural. No debía permitirse descansar ni desperdiciar ni un momento si quería ganar la primera edición de la copa Longan.

«Y retirarte del deporte para siempre», dijo una voz maliciosa en su cabeza, la de los pensamientos intrusivos, por supuesto. Porque no podía permitirse pensar en dejar aquel mundo

después de tantos años, por mucho que la agobiase seguir en él y no tener la oportunidad de soñar con otra cosa.

Cerró los ojos, deseando que la posibilidad de abandonar el patinaje desapareciese de su mente. Odiaba que se le apareciera en los momentos de bajón, como si fuese un final irremediable para su carrera como patinadora, y le asustaban las consecuencias que cambiar su destino tan bruscamente trajesen para ella.

—Levi —saludó al entrenador cuando llegó a su lado.

Este levantó una ceja rubia, en silencio. Durante los segundos en los que sus gélidos ojos azules se posaron sobre ella, Abby se sintió pequeñita, como si tuviese tan poco valor que fuera a desaparecer de un momento a otro y lo único que estuviera en su mano para hacerse notar un poquito más fuera demostrar que valía la pena.

—Espero que Carter y tú tengáis una buena razón para haber parado tan pronto, Langford —fue todo lo que el hombre replicó.

—No vamos a seguir —anunció ella, luchando porque no le temblase la voz ante el tono impertérrito del entrenador. Escondió las manos tras la espalda y tragó saliva cuando olió la colonia de Sean, lo que le indicó que su amigo había acudido a su lado—. No me... —Vaciló—. No me encuentro bien.

—Levi, no es verdad, es mi...

El joven enmudeció cuando el entrenador alzó una mano entre ellos para interponer una distancia imaginaria. Sean, pese a que era mucho más alto que cualquiera de los presentes, también se encogió, como si quisiera salir de allí. Levi tenía esa clase de influencia en los demás: aterrorizaba con solo pestañear y el hecho de que se cruzase de brazos, justo como en ese momento, era...

Oh, no. Una mala señal.

—No sé qué os pasa hoy a los dos, pero, si seguís como hasta ahora, no vais a conseguir nada —les espetó sin un ápice de emoción. Abby y el chico asintieron al unísono—. Volved a casa y descansad; mañana será otro día..., uno en el que espero tratar con patinadores que aspiran a dedicarse a esto y no con simples jovencitos que buscan pasar el rato. Sabéis que no me gusta que me hagan perder el tiempo.

—Sí, señor —respondió Sean.

Abby no tuvo voz para añadir nada. Sentía la vergüenza como si alguien estuviera presionando contra su estómago hierro candente, recordándole con su calor que el hielo quemaba.

Quemaba.

Quemaba.

Y, a veces, a Abby le asustaba que ese ardor fuera todo lo que llegase a sentir en la vida.

3



Abby

—¿Sabes? Yo creo que, en el fondo, se alegra de mandarnos a paseo —cuchicheó Sean a su lado mientras ambos se quitaban los patines—. Antes me han dicho que teníamos que dejar la pista a las siete, de todas maneras.

Abby se incorporó y frunció el ceño. Se deshizo el moño con cuidado, dejando que los bucles castaños que formaban su larga melena le resbalasen sobre la camiseta térmica. Soltó un suspiro de placer al sentir que los músculos de la cara se le relajaban al volver a caminar sobre sus propios pies.

—¿A las siete? —repitió distraída.

Aquello era inusual. Normalmente, nadie los echaba antes de las ocho... si es que no eran las nueve. Levi no solo los entrenaba a ellos, pero Abby sabía, sin lugar a duda, que Sean y ella eran sus patinadores más disciplinados; los más talentosos; quienes más futuro tenían, o eso decían los miles de seguidores que tenían no solo internet, sino en las competiciones en las que se veían arropados por el público más fiel.

Por eso no podían permitirse fallar; por eso pensar en dejar ese mundo atrás era traicionarlos a todos.

—Sí. Al parecer, un grupo grande ha reservado la pista. A lo mejor es el cumpleaños de alguien o algo así.

Sean no podía estar más equivocado. Los dos se dieron cuenta de ello cuando, casi una hora más tarde, salieron de los vestuarios con la ropa de deporte guardada en sus mochilas y los auriculares —inalámbricos los de Sean; de cable los de Abby— conectados a sus respectivos móviles. Comenzaba a extenderse un bullicio para nada común allí que los hizo asomarse, curiosos, al patinadero.

—No es ningún cumpleaños —dejó escapar el chico, impresionado.

—Ojalá lo fuera —gruñó Abby con desdén al comprender lo que estaba ocurriendo.

No hizo falta que le confirmase a su amigo lo que los dos veían: allí, sobre la pista, patinaban los antiguos miembros del equipo de hockey de Spring High. Pese a que se habían graduado hacía cinco años y todos ellos habían seguido caminos diferentes, parecía que aquel período del año había llevado a los viejos estudiantes de vuelta a casa. Cada verano, Fall River se convertía en un hervidero de jóvenes que descansaban de sus estudios y gente que volvía para reconectar con sus raíces. Al menos, ese parecía ser el caso de los muchachos que se empujaban los unos a los otros sin piedad para intentar meter un disco en una portería.

Abby puso los ojos en blanco. El hockey era un deporte que nunca había entendido y que jamás le iba a gustar. Y recordar a los jugadores que se habían dejado la piel por él durante la secundaria solo le daba ganas de vomitar. No había soportado a ninguno.

—Están todos, ¿no? —Sean la secó de sus pensamientos.

Ella asintió a medida que los nombraba uno a uno en su cabeza. Sin excepción, allí se encontraban los chicos que se habían encargado de darle los mayores quebraderos de cabeza durante años. Aunque estaban un poquito más altos y parecían ser un poquito más maduros, la mayoría de ellos seguían teniendo la misma sonrisa bobalicona que les bailaba en los labios, las manos repletas de callos que empuñaban los *sticks* y unos patines que se deslizaban a toda velocidad, rasgando el hielo bajo sus pies. Oyó risas, palmadas amistosas y un par de insultos dedicados a la lentitud de alguien.

Abby reprimió las ganas de chasquear la lengua. Daban igual los años que pasaran; había cosas que nunca cambiaban. Su odio por los jugadores de hockey era una de ellas.

—Es raro verlos aquí, ¿verdad? —Sean continuó hablando para no dejar que el silencio se expandiera entre ambos, pese a que Abby sabía que lo hacía al sentirse culpable después de haber estado tan disperso en el entrenamiento—. ¿Qué crees que los ha llevado a reunirse de forma tan repentina?

—Es verano y la gente tiene tiempo libre. —Se encogió de hombros—. A lo mejor querían rememorar viejos tiempos, beber cerveza y meterse un par de golpes con esos discos del diablo. Cosas de hombres, supongo —añadió con tono lúgubre, estremeciéndose.

—Eh, que yo soy un hombre y no me comporto como un capullo integral la mayor parte de las veces.

Abby no se imaginó a Sean sacando pecho. Esbozó una sonrisa amarga.

—Me refiero a los hombres *heterosexuales* que tienen una sola neurona, Sean.

—Ah, entonces sí. —Le dio un toquecito en el hombro, casi como si tuviera miedo de sobresaltarla. Levantó las llaves del coche en el aire y las agitó frente a su rostro—. ¿Quieres que te lleve a casa? Ya sabes, por las molestias.

Abby lo miró de arriba abajo; un pendiente de aro en la oreja derecha, un jersey de *Star Wars* que tenía un chiste malísimo impreso en ella —«¿Cuál es el helado favorito de Darth Vader? El he-lado oscuro»— y los patines colgándole de la mano izquierda. Parecía tan adorable y

arrepentido como un niño travieso sin mala intención. También debía de ser consciente de que a Abby le resultaba imposible resistirse a sus encantos cuando sonreía de esa manera, porque dio una palmada con aires de victoria cuando ella aceptó.

—Solo si me dejas cantar *All too well* de camino —añadió como condición.

—¿La versión corta o la larga?

—La de diez minutos, por supuesto.

—Joder, Abby, que tampoco ha sido para tanto...

—Así la próxima vez sí le preguntarás a tu novio por qué quiere que vayáis a cenar juntos, tú te tranquilizarás y a mí me dejarás entrenar en paz.

Sean no encontró palabras para discutir eso, así que obedeció y dejó que la chica manejara la música a su gusto. Un rato más tarde, cuando estuvieron a punto de enfilar la calle de ella, Abby paró la canción y soltó de repente:

—No estaban todos.

—¿Qué? —Sean no apartó los ojos de la calzada. La mayoría de las veces ni siquiera pestañeaba mientras conducía. Le daba demasiado pavor pasar por alto algún detalle y tener un accidente, argumentaba, por mucho que se hubiese sacado el carnet hacía tiempo.

—Que no estaban todos —volvió a decir ella, recordando a los chicos a los que había visto patinar poco antes—. Los jugadores de hockey, quiero decir. Faltaba nuestro mejor amigo —soltó resoplando.

Los labios del chico se curvaron en una sonrisa cáustica.

—Era un capullo —declaró sin miramientos.

—Y que lo digas. —Suspiró y apoyó la mejilla en un puño mientras observaba la escena que se desarrollaba al otro lado de la ventanilla—. Tao Williams siempre fue el peor de ellos.

A medida que pronunciaba su nombre, recordó cómo sus ojos se habían encontrado bajo la tormenta en aquel cementerio, años atrás. Pensó en las palabras ácidas que él le dedicó y que le formaron un nudo en estómago; en su risa teñida de sarcasmo y en cómo había pasado de ser el rey del instituto a convertirse en una sombra a la que todos habían olvidado con el paso del tiempo.

Sin embargo, también le vinieron a la mente los momentos en los que habían estado a punto de lanzarse al cuello del otro, y no de una manera romántica. Los gritos que se habían echado, primero en los pasillos de Spring High y luego en el patinadero, y cómo la simple visión de sus ojos rasgados había bastado para darle un tirón en el estómago.

Abby siempre había presumido de ser una persona fácil de llevar y simpática con todo el mundo, pero el caso de Tao Williams era diferente. Quizá, si él hubiera sido menos imbécil, habrían podido llegar a un acuerdo en algún momento. «Te dejaré la pista para ti y tú me harás los deberes una semana», le habría prometido él con la voz bañada en sarcasmo.

Y ella le habría dado un pisotón porque, en fin, aquello era lo mínimo después de tantos años aguantando la tortura de verlo a diario.

Cuando regresó al presente, la sonrisa ladeada de Sean le sentó como un puñetazo.

—¿Por qué me miras así? —Frunció el ceño.

—Cinco años han pasado, Abby. Cinco. Y se te sigue poniendo esa sonrisa boba cada vez que piensas en ese tío.

—¡No es verdad! Solo estoy diciendo que es extraño que estuviesen ahí todos los de su antiguo equipo menos él, y que...

—¿Estás segura de que no te gustaba en el instituto? ¿Ni siquiera un poco?

—¿Gustarme? ¿A *mí*? —recalcó atónita. Se reclinó en el asiento y resopló como si la sola insinuación la irritase al máximo—. Pues claro que no. ¿Por qué dices eso?

Sean hizo una mueca cuando el coche de delante tomó un desvío.

—¡Los intermitentes están para algo, imbécil! Perdona, ¿has dicho algo? —agregó al momento, casi como si instantes antes no hubiese estado dispuesto a escupir en la ventanilla del vehículo contiguo.

—Solo quería saber por qué me habías preguntado si me había gustado en algún momento. Sean, ¿estás seguro de que no quieres que conduzca yo? —murmuró preocupada, al verlo apretar el volante con fuerza.

—No, no, tranquila. Tú sigue hablándome de Tao Williams; se te pone una vocecita muy adorable cuando lo haces. Ah, respecto a eso, y antes de que me mates —masticó la respuesta durante varios segundos, como si estuviera tratando de encontrar la manera más suave de expresar lo que pensaba—, lo digo porque siempre mencionas su nombre cuando hablamos del hockey o de la gente del instituto. Y, sin ir más lejos, hoy has notado su ausencia.

—¡Porque era el capitán! —replicó ella a la defensiva—. ¿No te parece notable que ni siquiera haya hecho acto de presencia para ver a sus antiguos compañeros?

—Lo que me parece es que siempre has tenido una fijación por él. Ay, ¡eso ha dolido! —se quejó cuando la muchacha le dio un puñetazo en el hombro—. De todos modos, en realidad tiene sentido que no haya aparecido, ¿no? Al fin y al cabo, fue su padre el que se mató en ese accidente.

—Ya, es verdad —susurró Abby en voz tan baja que dudó siquiera que Sean la hubiese oído.

Todavía recordaba cómo la noticia se había extendido como la pólvora entre sus vecinos; cómo, durante días y luego semanas, todos habían comentado la terrible fortuna del señor Williams. La carretera en la que el hombre había perdido el control del coche había estado desde entonces repleta de flores que habían dejado su familia y amigos; flores que sobrevivían al más duro de los inviernos y resistían y luchaban. Flores que vivían.

—Si yo fuera él, quizá también le tendría un poco de manía al hielo. No sé si volvió a patinar después de aquello, en realidad, porque nos graduamos al año siguiente y perdí el contacto con la mayoría de los compañeros de clase.

—Yo también —murmuró Abby con voz queda—. Me pregunto que habrá sido de él.

—Pues ¿qué habrá sido, tontorrona? Seguro que lo mismo que nos pasó a todos: fuimos a la

universidad o seguimos trabajando, y aquí estamos. Currando sin parar. —La observó de reojo y esbozó una sonrisa que rezumaba nostalgia—. Me alegro de que nunca te haya gustado ese cabrón, francamente.

La chica puso los ojos en blanco. Todavía no entendía de dónde había sacado esa idea, pero le alegraba comprobar que él no había tardado en descartarla.

—Siempre te quejabas de lo mucho que odiabas ir solo a los bailes de instituto —le recordó —. No podía empezar a salir con alguien y dejarte plantado. Éramos los solteros más *hot* del momento —añadió ella.

—Nunca te habría perdonado que te liases con Tao —soltó de repente, agarrando el volante con ímpetu—. Es decir, hubiera entendido que te gustasen ciertas cosas de él, pero no todas, porque lo que es su cerebro...

—¿Cuántas veces al día piensas en sexo, Sean? —lo interrumpió Abby. Giró la cabeza, fingiendo que había descubierto algo muy interesante en el paisaje de Fall River, para que él no la viese sonrojarse.

—... pero creo que habría habido malos rollos entre todos si eso hubiese evolucionado a algo más.

—Lo habría hecho solo para tocarte los cojones —repuso ella bromeando.

Jamás habría salido con Tao Williams, por mucho que Sean insinuase que *ciertas cosas* de su persona sí fueran atractivas. Que el chico lo dijese le pareció casi un insulto.

—Eres imposible —terminó soltando el muchacho, sacudiendo la cabeza—. Pero no te preocupes por él: lo más seguro es que, si no te has vuelto a cruzar con Tao hasta ahora, no lo vuelvas a hacer jamás.

—Y menos mal. Es, con toda seguridad, la persona que más he odiado en toda mi vida. Siempre tan arrogante, tan fanfarrón, tan...

—Pues sí que te gusta hablar de Tao —hizo notar Sean con los ojos en blanco—. ¿Seguro que no te gustó en su momento?

—¡Deja de decir eso!

No obstante, Sean siguió provocándola, Abby continuó negando todo lo que decía y aquel fue el tema de conversación hasta que llegaron a casa de la chica, envueltos en pullas cariñosas y canciones de Taylor Swift.

Su amigo tenía razón: no merecía la pena preguntarse qué había sido de Tao Williams. Como él había comentado, lo más probable era que no volviese a verlo nunca más.

4



Tao

Tao había dejado de preocuparse por muchas cosas.

La primera de ellas era el clima. Sabía que era algo que muchos dirían que no era relevante y que solo servía para sacar un tema de conversación cuando no había nada más de lo que hablar, pero, teniendo en cuenta la inestabilidad de este en Fall River, quizá debería preocuparse más a menudo por él. Había tenido que reconocerlo cuando los resfriados habían estado a punto de provocarle una pulmonía a pesar de que su madre le había repetido una y otra vez que se abrigase y no le había hecho caso.

Claro que nunca llegaba a decirlo en voz alta, porque las series habían dejado de importarle tanto como las películas y los libros. La música era la única constante que permanecía en su vida después del accidente gracias a The Vinyl's House y a Ben, que se empeñaba en hacerlo escuchar lo que él llamaba «buenos clásicos, chico, y no esa condenada basura que suena en la radio todo el día». Eran recomendaciones de mediados del siglo XX llenas de golpes de batería y *riffs* de guitarra, pero Tao tenía que reconocer que le gustaban porque el volumen elevado ahogaba sus pensamientos aunque solo fuese durante los tres o cuatro minutos que duraba cada tema. Estos eran más que suficientes las veces en las que sentía que todo iba demasiado deprisa, como ese día.

—¿Hoy vas a ir a trabajar? —le preguntó su madre desde su habitación. Era un milagro que la oyera con la puerta cerrada, pero también lo era que ella aún no hubiera aborrecido las canciones de ABBA que ponía en bucle a diario.

«Hay religiones y religiones, cariño —le había explicado cuando su hijo, harto de la repetitividad, había tratado de poner canciones de otro grupo—. Admirar la música de ABBA es la mejor de ellas, ¡y nunca pasa de moda!»

—¡Entro a las dos! —contestó él, elevando el tono de voz para que la mujer lo oyera sin importar la distancia.

Ah, el trabajo. Era otro de esos aspectos de su vida que lo habían ilusionado varios meses y

algo por lo que había terminado perdiendo la motivación, como todo lo demás. Recordaba la tarde que había vuelto a casa y, entre gritos de emoción, le había contado a su madre que le habían dado el puesto, lo eufórico que se había sentido al pensar que tenía una oportunidad. «Una *jodida* oportunidad», como decía Ben, que soltaba un taco cada dos palabras. Se había entusiasmado con la idea de que lograría ahorrar lo suficiente para salir de Fall River y comenzar una vida en un lugar donde no hubiese fantasmas, pero esas ganas se habían ido esfumando con el paso del tiempo. El dinero no le llegaba y Tao ya había perdido la esperanza de que su sueldo en The Vinyl's House hiciera realidad sus sueños de marcharse de allí.

Solo tenía que encontrar algo más; ser un poquito más paciente. *Solo un poquito más.*



—Hace un viento de cojones, ¿eh, Williams? —fue el modo que tuvo su jefe de saludarlo esa tarde, cuando Tao llegó a la tienda—. Joder, si es que los árboles van a salir volando de un momento a otro... Pon a Sinatra, anda. Eso hace que las penas pasen más rápido; ni whisky ni dinero, chico, la buena música es lo que merece la pena.

Y Tao puso a Sinatra y luego a Ella Fitzgerald, a Bob Dylan e incluso a Madonna, encadenando un vinilo detrás de otro, esperando sentir el cosquilleo familiar que solía recorrerle el alma al escuchar canciones que le gustaban. Sin embargo, esa vez, como tantas otras en los días recientes, la sensación permaneció dormida en su interior.

No quería pensar que estaba desperdiciando su vida, mas la rutina sin altibajos en la que se había sumergido y la forma en la que los acontecimientos a su alrededor se deslizaban, como esa lluvia fina que nunca termina de empaparte, solo le demostraban lo contrario.

—¿Por qué estás tan pendiente de ese invento del demonio? —dijo un par de horas más tarde, refiriéndose a su móvil. Tenía el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el mostrador, y lo observaba mientras Tao ordenaba un par de cajas—. ¿Esperas la llamada de alguien?

El joven esbozó una sonrisa pequeña, de esas que nunca llegaban a ver la luz del día porque su dueño tenía demasiado miedo de que el mundo viese lo que de verdad sentía.

—No, qué va. Estoy mirando...

«Cómo todos tienen vidas apasionantes —estuvo a punto de decir—. Las redes sociales no solo te muestran el día a día de aquellos que tienen la oportunidad de estudiar lo que les gusta en una buena universidad, como hacen mis amigos; también te permiten echar un ojo a cómo se desarrollan las carreras de otros..., las de esos patinadores tan raritos del instituto, por ejemplo, y la repercusión que tienen por subir a Instagram un par de fotos mal hechas.»

«Insoportables, siempre han sido insoportables. Sobre todo, *ella*.»

Claro que Ben no conocía a Abigail Langford ni su voz chillona haciéndole saber que eran ellos quienes iban a entrenar esa tarde y no el equipo de hockey. Tao no pudo evitarlo y dejó que una sonrisa nostálgica se le resbalara en los labios al recordar sus rizos indomables y el modo en que se habían provocado el uno al otro echando chispas por los ojos. La había odiado más que a nadie, a ella y a la ridícula música que ponía cuando entrenaba y los hacía esperar a ellos.

Resopló y volvió al presente; notó que el estómago se le revolvía al pensar en esa sonrisa socarrona que solía acompañarla allá donde fuera. Seguro que lo que sentía eran náuseas.

—Entonces, ¿no hay ninguna chica guapa esperando a que le devuelvas la llamada? —insistió Ben con una ceja arqueada, chasqueando la lengua a continuación para lograr captar su atención.

Tao negó con la cabeza, sonrojándose. El viejo era un cotilla, pero lo hacía reír. Y en los últimos años de su vida eso valía más que cualquier cosa.

—Venga ya, Ben. Solo conseguiría amargar a cualquiera que intentara tener algo conmigo, dado mi historial.

El hombre salió de detrás del mueble de cristal y acudió a su lado. Le dio una palmada en el hombro antes de pasarle un brazo por detrás del cuello y atraerlo hacia sí con cariño. Olía a tabaco y a algo que solo podía definirse como los acordes de la música que sonaba en bucle en The Vinyl’s House esfumándose en el aire.

—Es que tienes que cambiar de actitud, cabrón. Sonreír un poco de vez en cuando y esas cosas. Te favorecería.

—Ya... No estoy yo muy seguro de eso, ¿sabes? Dicen que a las chicas les gusta más el rollo misterioso. —Forzó una mueca que, al final, acabó sacándole una risa al dueño del establecimiento—. Edward Cullen tuvo mucho tirón en su época por ese motivo.

—¿Quién? —Pareció pensárselo durante un par de segundos hasta que dio una palmada, sobresaltándolo. Ben era ruidoso como la canción más movida de los Rolling Stones—. Ah, el vampiro ese, sí. Tienes en común con él lo de la palidez, chico. Deberías salir un poco más de casa... si aceptas el consejo. Si lo que quieres es librar más días...

—Estoy bien —se apresuró a aclarar Tao, algo nervioso por el rumbo que estaba tomando la conversación—. Quiero trabajar.

Lo *necesitaba*, más bien. Porque ansiaba mantenerse ocupado y, sobre todo, quería el dinero. La constancia con la que revisaba su móvil y la frecuencia con la que se comparaba con quienes había compartido clase hacía años no hacían más que avivar ese deseo de largarse del sitio que lo había visto crecer y que le recordaba que era hora de seguir hacia delante.

Ben no volvió a sacarle el tema, pero el chico continuó sintiendo las miradas que le echaba por encima del hombro cada cierto tiempo. Pese a que sabía que intentaba leer la conversación que se desarrollaba en su pantalla, Tao no podía culparlo: se había criado en Fall River, así que llevaba la curiosidad en la sangre. Nada le hubiera gustado más que contarle que estaba tan pendiente del teléfono porque hablaba con una chica y no porque leyera y releyera los mensajes

que sus antiguos compañeros escribían en el grupo del equipo de hockey, que estaban quedando para echar otro partido esa misma tarde.

Tao bloqueó el móvil con un suspiro antes de silenciar el grupo. Lo último que le apetecía era salir con ellos para luego emborracharse después del partido amistoso y así lograr ahogar esa angustia que le burbujeaba en el cuerpo cuando pensaba en volver al hielo.

—Deberías decirles la verdad —farfulló Ben con voz grave cuando, después de una hora sin que entrara ningún nuevo cliente, Tao se aburrió lo suficiente como para contarle el porqué de su distracción—. Porque no te planteas volver al hockey, ¿no?

—Nunca —confirmó él sin titubear—. Y aunque sí me gusta verlos en verano y saber cómo están... hay una parte de mí que odia que le hagan revivir tantos recuerdos. Ya no tenemos nada en común, y eso también me duele. Esto... no sé si tiene sentido —añadió encogiéndose de hombros, desganado—, pero es lo que hay.

—Claro que lo tiene. A mí, escuchar al maldito Elton John me hace llorar porque me recuerda a mi perro *Jack*. ¿Alguna vez te he hablado de cuando se murió mi perro *Jack*, chico?

Tao asintió y, durante unos breves segundos, añoró los tiempos en los que tenía que limitarse a ordenar discos en silencio, cuando el ruido del mundo bastaba para acallar sus sentimientos.

—Unas doscientas veces, sí, pero nunca es mal momento para volverlo a hacer.

Y así fue como acabó escuchando, de nuevo, las historias de Ben y su perro. Después se pasó primero esa tarde y luego la noche viendo cómo sus amigos salían a jugar al hockey y luego subían fotos cenando juntos, igual que solían hacer después de un partido oficial: se quedaban despiertos toda la noche con cervezas y patatas de bolsa. Había sido una época en la que todo parecía muy sencillo y Tao echaba mucho de menos no solo esa etapa de su vida, sino también a los amigos a los que había perdido después de la muerte de su padre..., esos con los que jugaba y lloraba de frustración, sí, pero con quienes celebraba las mejores victorias.

No obstante, ya era demasiado tarde. No quería volver atrás y verlos jugar a sabiendas de que él nunca más podría volver a patinar.

Aunque era algo que no había vuelto a contemplar desde el accidente, tampoco podía negar que ver todas esas fotos y vídeos en Instagram sacaba a relucir una sensación desconocida. Se parecía a la nostalgia y a la envidia y, por un instante, Tao se preguntó qué pasaría si...

No. No podía permitirse pensar en algo que no se iba a hacer realidad.

Quizá, si le hubiera dado más vueltas, habría llegado a otra conclusión —una que valorase ponerse de nuevo los patines y ver qué pasaba, después de tanto tiempo—, pero para eso a Tao tendrían que haberle importado las consecuencias. A esas alturas, sin embargo, y como se reafirmaba día tras día, había dejado de preocuparse por la mayoría de las cosas.

5



Abby

Había veces en las que se preguntaba cómo sería su vida si fuera otra persona.

Aquella era una de esas mañanas en las que se despertaba con los rayos dorados del sol templándole la piel y las voces que llenaban Fall River confundiéndose con las calzadas que dividían las calles como venas uniéndose a un corazón; una de esas mañanas en las que se asomaba a ver las avenidas de siempre, los jardines de sus vecinos repletos de flores que no sabía identificar, los coches cuya matrícula ya reconocía, y divagaba sobre la hipotética rutina de que tendría de haber nacido en otro lugar.

Si hubiera consagrado su vida a algo que no fuera el patinaje.

Si entonces hubiera sido libre de la presión que no solo la fama como expatinador olímpico de Levi había hecho que cayera sobre ella, sino también de la atención mediática y las redes sociales.

Si hubiese tenido el suficiente coraje y la voz —daba igual que fuera pequeñita o débil; ya sería algo más que lo que poseía en ese instante— para hacerles saber a sus padres que quería alejarse del hielo y utilizar todo el dinero que le habían dado sus victorias en el deporte para ir a la universidad.

Suspiró, se frotó los ojos y salió de la cama con la cabeza algo embotada. No merecía la pena seguir dedicándole más tiempo a ese tipo de ideas que, al final, no llevaban a ninguna parte. El jaleo de su casa no tardó en hacerle desear seguir durmiendo, pero Abby formaba parte de ese grupo de personas —«insoportables», según su hermano; «odiosas», según su hermana; «talentosas», según el resto del mundo— que no podían retomar el sueño una vez que lo abandonaban. Se vistió con la ropa de siempre —*leggins* y un *top* deportivo rojo, porque era martes y tenía que seguir el color establecido para cada día de la semana— y bajó a desayunar

mientras se preparaba para enfrentarse a los pitidos de la lavadora, el crepitar de la sartén y las riñas de los Langford más pequeños.

—Abby, cielo, buenos días. —Aria, cuarenta y ocho años y con un don impresionante para la planificación.

—¿Quieres huevos y beicon para desayunar? —Albert, que llevaba unas gafas hípsters, parte de su increíble colección. La joven hizo una mueca, así que su padre se apresuró a añadir—: ¿Esa cara dice que solo huevos? ¿O que solo beicon?

—Nadie se come solo un huevo. —Adam. Nueve años y una mente diabólica.

—Ni solo beicon. A mí me gustan las dos cosas. —Amanda, la melliza de Adam. Considerablemente más tranquila; visiblemente igual de peligrosa. Le gustaba hacer todo lo que su hermano dijera, por mucho que fingiera que no.

—¡¡¡Mamá!!! —Ava, la menor de la familia, berreó pidiendo la atención de Aria. Tenía cuatro años, así que se llevaba dieciocho con Abby. En más de una ocasión, ella misma se sentía como una segunda madre.

La joven se acercó a Albert Langford y pasó por alto la nueva pelea entre los mellizos que en ese momento intentaban que Abby les dijera quién tenía mejor gusto para elegir el desayuno. Ignorándolos de manera deliberada, se inclinó sobre la encimera al tiempo que soltaba un bostezo.

—Huevos y beicon está bien, papá. —Alzó la voz para que el hombre la pudiera oír por encima de la discusión de los pequeños.

Podía permitirse eso, se dijo, al menos mientras el verano durase. Aunque fuese de forma efímera, por supuesto, dado que la temporada aún no había empezado, los entrenamientos todavía no eran tan estrictos y Abby podía seguir relajándose... hasta que el estrés que traía consigo el otoño se abriese paso hasta en el más mínimo detalle. Entonces volverían las noches preguntándose a sí misma si era lo suficientemente buena; si estaba en el camino correcto; si las dietas estrictas y los sueños imposibles que se le escurrían entre la punta de los dedos merecerían la pena.

En el fondo, sabía que no; que quería dejar todo eso atrás, aunque aún no supiese cómo gritárselo al mundo. «Solo un poquito más», se repitió mientras Adam le robaba una tira de beicon, Amanda utilizaba la yema de su huevo para untar un trozo de su tostada y Ava lloraba y lloraba mientras su madre la cogía en brazos para calmarla.

Abby desayunó a su ritmo habitual, admirando en silencio la capacidad de sus padres para no perder la cabeza en una casa donde los nombres de todos empezaban por la letra a —«Cuando nos enamoramos y nos dimos cuenta de que nosotros nos llamamos Albert y Aria, decidimos iniciar una tradición familiar», les decían a los que caían en ese detalle y preguntaban con curiosidad— y el caos estaba a la orden del día. Nadie la oyó salir de allí con los auriculares en la mano y una lista de reproducción llena de canciones de Taylor Swift sonando en su móvil. Iba a correr un rato, igual que todas las mañanas. Puede que la temporada todavía no hubiese

comenzado de modo oficial, pero eso no significaba que ella no pudiese mantenerse en forma por su cuenta.

Por la tarde volvería a la pista con Sean y practicarían la coreografía con la que se habían lucido el año pasado. Y todo iría bien, porque estaría volando sobre el hielo de la mano de su mejor amigo, posando para subir un par de fotos que alimentarían una nueva oleada de comentarios en Instagram y un paso cada vez más lejos de desaparecer de ese mundo para siempre.

No tenía escapatoria, pero tampoco sabía si tenía sentido intentar salir de allí. Al final, el hielo que había empezado dándole alas había terminado encerrándola en una prisión.



—¿Qué quiere decir con que Sean está en el hospital?

Abby tragó saliva a medida que notaba cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. Se detuvo en seco en medio de la acera, sintiendo de repente el peso de los patines sobre el hombro y la ausencia de su amigo como una herida abierta. La voz de la señora Carter al otro lado de la línea telefónica continuaba explicándole que su hijo había tenido un accidente con la moto al salir y que había tenido una mala caída.

—¿Está bien? —interrumpió el discurso, incapaz de permanecer callada—. ¿Puedo ir a verlo?

—Estoy segura de que Sean te lo agradecerá, cielo. Solo pide veros a ti y a Theo. —La señora Carter vaciló, apenas un instante en el que Abby distinguió el inminente llanto abriéndose paso por su garganta—. Lo van a operar en los próximos días, pero te avisaré cuando vuelva a casa si quieres, y así podrás venir.

—Claro. Allí estaré.

Y colgó.

Abby no esperaba que el mundo pudiese volverse un lugar tan frío en solo un segundo. No sabía que el azul del cielo podía dejar de evocar el color del mar en el día más despejado para parecerse más a las batas de un hospital; que el ruido blanco que le pitaba en los oídos reflejaba todas las consecuencias que el accidente de su amigo tenía en su propia vida: una nueva preocupación y el miedo a que algo no saliera bien. Su futuro en el patinaje se tambaleaba en ese momento como las ramas más débiles de los árboles que bordeaban la avenida.

Cogió aire para llenar sus pulmones de un oxígeno que no dejaba espacio para nada más y que lo ahogaba todo, todo, todo.

Porque sin el patinaje, y eso era lo que más temía porque le demostraba que todos sus miedos eran reales, Abby no era nada.



—Mira que romperte el ligamento para no tener que patinar conmigo... Cada vez tienes excusas peores, Sean.

El chico esbozó una sonrisa que se pareció a una grieta resquebrajando un pedazo de piedra. Estiró una mano en su dirección, algo amodorrado. Abby tomó sus dedos entre los suyos y comenzó a dibujarle círculos perezosos en el dorso de la mano, acariciándola con ternura. Sean estaba... bien. No sabía cómo había esperado encontrarlo, si con la cabeza vendada a modo de disfraz cutre de la momia o algo peor, pero el joven seguía siendo el mismo de siempre. Incluso se había puesto otra de sus camisetas con chistes malos; en ese caso, una en la que se leía «Eliminar correos es muy fácil: spam comido». La única excepción a su apariencia habitual eran una pierna escayolada y el ojo morado. También se había partido el labio, pero Abby lo había visto así demasiadas veces al llevar varios años patinando a su lado.

—Ni siquiera necesito filtros de Instagram, fíjate —le había dicho el joven nada más verla llegar—. Tengo los labios más gorditos que Kim Kardashian.

—*Siempre* has tenido los labios gorditos —había replicado ella con los ojos en blanco—. De todas maneras, ¿cuándo te ha preocupado eso?

—Theo dice que beso bien, así que no quiero que este estúpido accidente me quite también eso.

Pese a que lo había dicho con tono de humor, el ánimo había decaído de forma súbita. Las palabras *estúpido accidente* y la implicación de que este le fuese a quitar a Sean lo que más valoraba —el patinaje, sin ir más lejos— habían flotado entre ellos. Abby no había mencionado nada al respecto, pero la inquietud había estado burbujeando en su interior desde entonces, sin darle un respiro.

—Es cierto, ¿no? —se atrevió a preguntar por fin. Sean frunció el ceño, como si no comprendiese lo que quería decir—. Supongo que, dadas las circunstancias, no vas a poder patinar durante esta temporada.

—No sé si el reposo absoluto que me ha mandado el médico contemplaba siquiera la opción, querida.

Abby era consciente de la gravedad del asunto. Se había roto un ligamento; aquello no solo

alejaría a Sean del patinaje durante un tiempo; si tenían mala suerte, quizá también para el resto de su vida. No tenía ningún derecho a culparlo, a quejarse de las consecuencias que esa lesión tendría para ella a su vez, y aun así...

—No te vas a librar de mí con tanta facilidad —susurró, todavía sin dejar de acariciarle la mano—. Si no te veo en la pista, vendré aquí, a tu casa. Te haré galletas de mantequilla, aunque se me dé fatal, y haremos un maratón de *The Office* juntos para que puedas enseñarme la enorme cantidad de memes que me pierdo solo porque no me guste ver la televisión. Y...

—Abby —la detuvo con suavidad. Ella alzó los ojos y se vio reflejada en los oscuros de Sean —. Yo voy a estar bien; la que me preocupa eres tú.

—¿Yo? —repitió antes de soltar una risa nerviosa.

No obstante, de nada servía mentir. Sean sabía mejor que nadie lo mucho que significaba el patinaje para ella y que necesitaba aquel deporte como respirar. Eso era lo que todos pensaban, al menos, y Abby aún no se sentía preparada para discutirle esa idea a nadie. Y que el chico se hubiese caído de la moto en una posición tan mala no solo iba a cambiarle la vida a él a corto plazo; también transformaría de manera drástica la de ella.

—Puedes buscar a alguien que patine contigo —bromeó claramente él, casi con timidez, sabiendo que no lo encontraría. Abby contuvo un resoplido.

—No hay nadie en Fall River con tu talento y que vaya a estar dispuesto a entrenar conmigo a diario.

—Ahí te doy la razón. Eres perfeccionista hasta la saciedad —bufó.

—Cállate o me aseguraré de romperte también el otro ligamento.

Él soltó una risa entre dientes y se encogió de hombros, despachando la amenaza. Aunque hizo una mueca de dolor por el movimiento, se limitó a inspirar con fuerza, como si quisiera contener un juramento. Aquello no era propio de Sean, que hablaba sin filtros y nunca pensaba en lo que decía. Pero tampoco era común en él tener un accidente de tráfico, como tanto había temido siempre.

Había tantas cosas que cambiaban de un momento a otro que, en ocasiones, a Abby le asustaba no saber seguirles el ritmo. Y, pese a que no lo había hablado con nadie, tenía miedo, en ese momento más que nunca, de que todo se pudiera ir al traste sin que lograra evitarlo.

6



Abby

@lauraamacintosh06: Qué ha pasado con Sean Carter????
@emily__princess: ¿Vas a volver a patinar, @abby.langford?
@jordanw00lf: ¿Qué vas a hacer ahora? ¡Sois mi pareja favorita!

Los comentarios que había recibido en su última publicación en Instagram se repitieron en su mente mientras Abby llamaba a su entrenador con manos temblorosas. No habían dejado de llegarle notificaciones durante las últimas veinticuatro horas y, desde entonces, la joven sentía que estaba atrapada en un bucle de ansiedad que amenazaba con derrumbar los pilares sobre los que siempre se había sostenido su vida: el deporte, Sean y la seguridad que ambos le proporcionaban.

No sabía cómo enfrentarse a las decenas de preguntas que se le habían acumulado, y tampoco se sentía con ánimo para ofrecer una respuesta que ni siquiera tenía.

—La cosa se complica si no está Carter, Abby, ya lo sabes —dijo Levi cuando se pusieron al día sobre la situación.

La mera mención del nombre de su amigo por parte del entrenador hizo que la joven comenzara a temblar. Se mordió el labio inferior, luchando por controlar el temblor de su voz, y desvió la mirada a las fotos que, unidas por un fino hilo blanco, decoraban la pared de su habitación. Se vio a sí misma a las puertas del instituto rodeada de las amigas que había hecho gracias al patinaje; a ella siendo tan solo una niña sujetando en el aire su primera medalla; a Sean alzándola en volandas sobre la pista; él abrazándola después de que ambos perfeccionaran su primera coreografía juntos, vestidos a juego con el color de la niebla.

Pestañeó para retener las lágrimas. Su vida siempre había estado entrelazada con el patinaje de la misma forma en la que las gotas del rocío de la mañana se entretejían con los filamentos de

las telas de araña y, por mucho que a veces fantaseara con otra cosa, era demasiado tarde para desligarse de ese deporte.

—¿Langford?

Eso estaba mejor. El hecho de que Levi hubiera utilizado antes su nombre de pila y no su apellido la había descolocado, pero, si utilizaba ese tono tan autoritario y serio con ella, que era a lo que estaba acostumbrada, la muchacha podía fingir que no había pasado nada; que todo era como debía ser, *solo un poquito más.*

—Sí, te estoy escuchando. Perdón.

—No te disculpes. Entiendo que darte cuenta de que no vas a poder competir este año ha tenido que ser un golpe duro para ti.

Abby cogió aire.

—¿No... competir? —jadeó, notando como un peso desconocido se le instalaba en la boca del estómago.

—Bueno, si quieres seguir patinando en la modalidad de parejas, necesitas buscar a otra persona.

—No hay nadie que patine igual de bien que Sean en todo Massachusetts, Levi. Lo sabes.

—Claro, pero tenía la obligación de decírtelo.

—¿En serio?

—No, Langford, pero iba a sentirme mal conmigo mismo si no intentaba darte otras opciones.

Abby puso los ojos en blanco y se dejó caer sobre la colcha de su cama. Le dio una patada sin fuerza a los patines que descansaban a los pies de esta y resistió el impulso de colgar a su entrenador para escuchar el disco de Olivia Rodrigo en bucle como si le hubiesen roto el corazón. Sus circunstancias eran parecidas, al fin y al cabo, pues se iba a perder la temporada si no encontraba a alguien con quien patinar.

Contuvo un resoplido. Tenía la sensación de que encontrar patinadores del nivel de Sean sería tan fácil como buscar el santo grial con los ojos vendados y un par de copas de más.

—¿Qué sugieres que haga, entonces? —repuso con un suspiro, dándose por vencida.

Levi guardó silencio al otro lado de la línea, algo que interpretó como una mala señal. El hombre al que conocía desde que era una niña no vacilaba. Se le ocurrían ideas con la rapidez de un pensamiento y ninguna era jamás demasiado alocada para intentar ejecutarla. Que dudara significaba que la lesión de Sean le había secado el cerebro incluso a él.

—Descansa este año. Encuentra un nuevo *hobby* que te llene tanto como el patinaje.

Ella se frotó los ojos con las palmas de las manos.

—Alejarse un año del deporte a estas alturas es impensable.

—No tienes otra opción.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Encontraré a alguien. Buscaré a otro patinador y Sean... —Respiró hondo, sintiendo que el corazón se le rompía por la culpabilidad que la carcomía por dentro solo de pensar en decir en

voz alta las palabras que le ardían en la lengua.

—Lo superará. No es como si le hubieras puesto los cuernos o algo así.

No, pero casi. Y Abby no quería imaginar la reacción de su mejor amigo cuando le contase que había encontrado a alguien con quien patinar en su lugar..., si es que lo hacía. Sabía que sería inútil que tratase de hablar del tema con cualquiera, porque nadie iba a entender la gravedad del asunto. Ni siquiera podía contar con las compañeras del instituto con las que también había competido, porque todas se habían marchado a las universidades de grandes ciudades y le habían dado la espalda a aquello que las había unido en un principio. Conocía a la otra pareja a la que entrenaba Levi, pero siempre había existido una rivalidad extraña entre los cuatro.

Estaba sola y eso la aterraba.

Si fuera el caso opuesto y Abby tuviese que guardar reposo en cama, se volvería loca, y que Sean tratase de buscar a contrarreloj a alguien que la sustituyera solo serviría para enfurecerla aún más. No podía hacerle algo así.

Cuando Levi se despidió un par de minutos más tarde, la joven se quedó observando el móvil con la mirada perdida. Pensó en llamar a su amigo y contarle lo que se le pasaba por la cabeza, pero una parte de ella sabía que no sería capaz de oír su voz sin sentir que lo estaba traicionando. Además, ¿qué iba a decirle? «¿Cómo va ese ligamento, Carter? Por cierto, ¿crees que podrás volver a entrenar de aquí a dos semanas? ¿No? Bueno, en ese caso, he estado pensando algo, ¿y cómo de mal te sentaría que fuese llamando uno por uno a las chicos de Fall River para ver si hay alguien dispuesto a patinar conmigo? Aunque ese alguien debe ser bueno, ¿eh? No tiene por qué ser el próximo Patrick Chan, pero parecido. Y si tiene sus hoyuelos, mejor que mejor.»

Jamás sería capaz.

—¿A dónde vas, cariño? ¿Vas a salir hoy?

La voz de su padre colándose por la puerta abierta de la cocina la detuvo en seco. Abby se asomó a tiempo de ver a Adam tirarle de una de las coletas a Amanda y a la niña rompiendo a llorar segundos antes de intentar morderle el brazo.

—¿Necesitas ayuda? —Señaló con la cabeza a los mellizos cuando decidieron empezar una guerra de guisantes.

Albert se encogió de hombros. No parecía muy preocupado porque su único hijo estuviera lanzándole guisantes a su hermana como si fueran misiles.

—Tranquila, cielo. ¿Te veo luego, entonces?

Abby frunció los labios antes de asentir y marcharse.

Era una suerte que su padre teletrabajara desde casa, se dijo mientras subía al coche y arrancaba el motor. De esa manera, no solo sus hermanos estaban más atendidos, sino que ella tenía libertad para ir a donde quisiera. Cuando Abby era pequeña y sus padres pasaban más tiempo en sus respectivos trabajos que con ella, había soñado con ser adulta para marcharse muy lejos de allí. Sabía lo que haría entonces: tomaría una carretera tan larga como la de la serie *Modern Family* y conduciría hasta el infinito, simplemente dejándose llevar.

Y en ese momento, con veintidós años, Abby estaba más lejos que nunca de hacer ese sueño realidad. Seguía sin haberse acabado la última temporada de la serie porque se había dado cuenta de que las tramas familiares no eran lo suyo y, poco a poco, desde luego no lo suficientemente deprisa, hacía todo lo posible por alejarse del sitio del que quería huir. Aún no había logrado salir de allí, pero cada paso contaba. Por eso patinaba y se dejaba la piel cada día. Por eso se esforzaba; no podía quedarse allí, porque no sobreviviría. No dejaría que sus sueños de dar la vuelta al mundo muriesen con ella ni tampoco se quedaría sin ir a la universidad. Tenía que seguir patinando mientras aún fuera buena; en cuanto a sus estudios... Bueno, daba igual que no tuviera el mismo ritmo de vida que el resto del mundo. Empezaría una carrera más tarde que los demás y no por eso sería menos válida.

Condujo por las estrechas calles de Fall River, que brillaban con la clase de luz que no predice nada bueno. Incluso le pareció que los rayos de sol transmitían frío en lugar de calidez. Parada frente a un semáforo en rojo, Abby se fijó en que el efecto lo creaban las nubes que, grises como si un niño de la edad de sus hermanos las hubiese coloreado a toda prisa, flotaban sobre su cabeza.

No tenía de qué preocuparse, claro. Solo necesitaba conducir un rato y despejarse antes de volver a casa y comenzar a escribir anuncios en Facebook desde una cuenta anónima —que solo recibirían un par de «Me gusta» como máximo, porque nadie utilizaba ya Facebook— buscando al próximo mejor patinador de Fall River. Si esa idea fallaba, tendría que conformarse con dar una vuelta por la ciudad, ver sus parques abarrotados de gente y los parkings repletos de familias que salían a disfrutar de la tarde en algún centro comercial, y luego volver a casa para enfrentarse a la cuenta atrás que avanzaba cada segundo y la dejaba sin tiempo.

No iba a encontrar a otro patinador.

Nadie iba a ser tan bueno como Sean.

Se iba a quedar estancada.

Se iba a quedar *allí* para siempre.

No. No. No.

Sus pensamientos invocaron la tormenta que había estado acechando hasta ese momento y que descargó toda su fuerza sobre aquella ciudad de Massachusetts. Abby contuvo un juramento cuando oyó el golpeteo de la lluvia aporrear el techo del coche. Se estremeció como si el frío del temporal hubiera traspasado el vehículo, algo que no hubiese sido de extrañar, puesto que el agua que se deslizaba sobre los cristales convertía en un borrón el paisaje que se adivinaba al otro lado. Suspiró y resistió las ganas de darse con la cabeza contra el volante. Desde luego, no estaba teniendo el mejor de los días.

Decidió aparcar en el primer sitio libre que vio en un lado de la calzada, pues el recuerdo del accidente de Sean todavía estaba demasiado reciente y su parte más irracional temía que el karma se hubiese puesto de acuerdo para atacar a todos los patinadores de la zona. Comprobó su móvil,

pero parecía que la tormenta había hecho que la cobertura cayese. Genial; para colmo, también se había quedado incomunicada.

Salió del coche dando un portazo. Abrazándose a sí misma como si eso fuera a hacerle retener el calor, corrió hasta el porche más cercano. Este pertenecía a una tienda que no había visto antes y que mostraba un escaparate repleto de discos que, estaba segura, sus padres adorarían por la nostalgia de sus años de juventud.

Con la intención de resguardarse del chaparrón, Abby entró en aquel pequeño establecimiento llamado The Vinyl’s House.

7



Tao

Tao tenía que reconocer que la primera impresión que daba aquel lugar era que parecía abandonado. No en el sentido de que nadie cuidase de él, porque tanto Ben como él se habían esforzado en decorar cada estantería con luces leds y versiones en miniatura de los Beatles, sino que se podía pensar que nadie había caminado por ese viejo suelo en años. La luz taciturna que se colaba por las estrechas ventanas teñía de sombras las paredes forradas con papel *vintage*, un efecto que provocaba la tormenta que oscurecía el mundo exterior y que hacía creer que la claridad se había extinguido para siempre. Aunque aún quedaban semanas para que sucediese, la atmósfera invitaba a pensar que el verano en Massachusetts se había terminado para dar paso a un otoño inhóspito en el que las hojas de los árboles bailaban en el aire hasta desprenderse del todo y volar muy lejos de allí.

—¿Hola? —musitó una voz femenina al tiempo que la campanilla de la puerta indicaba que había entrado alguien nuevo en la tienda.

Tao estaba solo en The Vinyl's House. Cogido por sorpresa por la interrupción, no respondió de inmediato. En su lugar, aguardó a que los pasos de la desconocida hicieran eco sobre las tablas de madera, que crujieron bajo su peso. El sonido se mezcló con el distante murmullo de una melodía del vinilo que sonaba en el tocadiscos situado en una esquina de la tienda.

—*¿Witchcraft?* —se preguntó la recién llegada al reconocer la canción y recordar el título.

—Es de Sinatra, pero la cantó Elvis en marzo de 1960 después de que el primero lo invitara a un programa especial que grabaron en un hotel de Miami. —A juzgar por la manera en la que se llevó la mano al pecho, sobresaltada, Tao hubiera jurado que no esperaba que nadie hubiera notado su presencia—. Aunque cantaron juntos, Sinatra temía que su fama se interrumpiese por la inminente de Elvis. Curioso, ¿no? Nadie hubiera dicho que alguien de tal calibre pudiera seguir temiendo al fracaso y, sin embargo, ahí estaba Frank: tembloroso e inseguro, celoso de Elvis, como si este hubiese invitado al baile del instituto a quien le gustaba.

La chica parpadeó y desvió hacia él unos ojos del color de un bosque que, de vez en cuando,

deja entrar tímidos rayos de sol. Abrió la boca y la cerró un par de veces sin ser capaz de emitir ningún sonido y se apartó los rizos húmedos del rostro.

—¿Me estás hablando a mí? —Frunció el ceño, confundida.

—¿A quién si no? —Tao esbozó una sonrisa burlona—. Aún no estoy lo suficientemente pirado para hablar conmigo mismo.

—Hablar con desconocidos con tanto desparpajo tampoco demuestra mucha cordura.

Entonces fue Tao quien frunció el ceño. Aquella chica no era una desconocida; su rostro redondo le resultaba tan familiar, con esas mejillas arreboladas y una expresión que parecía absorber con intensidad cada detalle que la rodeaba, que sintió un pinchacito cerca del corazón al recordar su nombre.

Los pensamientos de ella parecieron seguir el mismo camino, porque chasqueó la lengua cuando su expresión cambió medio segundo después.

—Joder, pero si eres Tao Williams —dejó escapar.

Él se limitó a ofrecerle un seco cabeceo. No había gente suficiente en Fall River que su némesis había tenido que acabar allí, dándole la tarde. Seguía siendo tan insoportable como recordaba, y también igual de curiosa, a juzgar por la manera en la que se fijó en las cajas llenas de vinilos que se acumulaban a un lado del establecimiento y que estaban ordenadas por género, año y artista.

Tao se aclaró la garganta, incómodo. Le picaba la piel por el simple hecho de tenerla allí. Habló para romper el silencio que se había alargado hasta el punto de volverse incómodo.

—La vieja estrella —confirmó con voz amarga—. ¿Y tú eres...?

—No me puedo creer que no lo sepas.

Tao cuadró los hombros y esbozó una sonrisa burlona al ver su expresión descompuesta. Claro que la recordaba, a ella y su manera de pisar sin miedo, desprendiendo una luz característica que no le había visto a nadie más, pero también se acordaba de los insultos que se habían dedicado en los pasillos del instituto, siempre a punto de escupirse el uno al otro.

Abigail puso los ojos en blanco, como si ya estuviera harta de él pese a que solo habían intercambiado un par de frases. Esa era una buena señal. Desde la muerte de su padre, Tao tenía la sensación de que había comenzado a ser percibido como una sombra triste y apagada, translúcida y descolorida. Que alguien pensara en él de forma diferente —aunque lo tomara por nada más que un niñato prepotente y despreocupado— le brindaba un tipo de consuelo que, hasta ese momento, no se había dado cuenta de que añoraba.

Con ella podía ser Tao Williams, el rey de Spring High que se había jugado la corona a diario por su culpa. Y aquello podía ser divertido.

—Era una broma, Abigail Langford. —Pronunció con lentitud su nombre completo, estremeciéndose al pensar en todas las pesadillas que le había provocado—. Nunca podría olvidar a alguien como tú.

Ella arqueó una ceja y se acercó a él con los brazos cruzados frente al pecho. Apretó los

dientes como si estuviera resistiendo el impulso de darle una bofetada, y Tao tuvo tiempo de preguntarse si aquello tendría que ver con la vez que le había puesto una rata en su mochila mientras entrenaba. Nunca era tarde para cobrarse ciertas venganzas.

—Supongo que no he cambiado tanto, entonces —replicó con tono mordaz.

Tiritaba. Un rápido vistazo le hizo saber a Tao que aquello probablemente se debiera a que la tela mojada de los vaqueros se le pegaba a las piernas, marcando la curva de sus caderas.

Se mojó el labio inferior. Joder, aunque odiase reconocerlo, los años le habían sentado bien.

—Bueno, tienes el mismo corte de pelo que a los trece y, aunque estás un poco más alta, sigues siendo inconfundible —repuso en su lugar.

—No he crecido —lo contradijo la chica. Desvió la mirada hacia un vinilo de Pink Floyd, lo cogió y le dio la vuelta para ver qué canciones contenía con aire desinteresado—, aunque todavía entreno. Patinaje, ya sabes.

A Tao no le pasó desapercibido cómo trataba de evitar el contacto con sus ojos. Estaba seguro de que tenía tan pocos recuerdos bonitos con él como era su caso con ella, así que desvió la mirada para facilitarle las cosas. Jugueteó con un par de gomitas elásticas que pasaba entre los pulgares de manera intermitente antes de atreverse a decir:

—Ah, sí. Ese deporte del demonio.

Supo que, con esas palabras, Abigail volvía a verlo como hacía años, con un *stick* de hockey al hombro y una cinta de pelo apartándole el flequillo lacio de la frente. Si cerraba los ojos con la suficiente fuerza, él mismo también podía visualizarse con los labios cortados por el frío y las voces de sus compañeros de equipo elevándose al unísono en esa pista que habían tenido que compartir en tantas ocasiones con los patinadores como ella.

Casi era capaz de imaginarla patinando delante de él, deslizándose con una delicadeza que jamás había llegado a comprender. Para él, el hielo había sido todo golpes y abrazos, discusiones con sus amigos y silencios cómplices. Abigail siempre le había roto los esquemas y volvía a hacerlo en ese momento, resoplando irritada como si se arrepintiese de haber sacado el tema a la luz.

—Podría decir lo mismo del hockey —replicó disgustada—. Sé que es tu religión.

Un poso de amargura le atenazó el pecho y tiñó de veneno sus palabras.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que pisé el hielo, Langford.

La muchacha le observó con atención; Tao creyó distinguir la duda perfilando cada uno de sus movimientos. Estaba al tanto de que, igual que otros, se preguntaría si era posible que la muerte de un ser querido hubiera podido ser la causa por la que Williams, el capitán que había llevado al equipo de hockey hasta lo más alto, se había alejado para siempre de la pista. Se fijó en el rojo de sus mejillas: granate por la vergüenza, algo rosa por el frío del exterior y grana por hablar con quien había detestado durante su adolescencia.

Se encogió de hombros. Bien, que pensara lo que quisiera. Jamás le había importado lo que pudiera opinar sobre él; lo más suave serían adjetivos como *gilipollas* y *arrogante*, y sabía que se

lo tendría bien merecido por todo lo que se había esforzado en molestarla durante la adolescencia.

—Eras bueno —soltó ella de repente—. Quiero decir, que fuiste insoportable y un engreído en su momento, pero tenías talento. Se te daba bien.

—Sé lo que quiere decir el adjetivo *bueno*.

—Ah —repuso algo cortada. Frunció el ceño, como si su tono cortante la hubiese descolocado —. Perdona, es que no recordaba que se te daba tan bien la semántica.

—Lo sabrías si hubieras ido más a clase.

Abigail puso los ojos en blanco y Tao contuvo una sonrisa. No podía creerse que estuvieran lanzándose esa clase de pullas el uno al otro como si el tiempo no hubiera pasado y todavía permaneciesen atrapados en un aula de paredes blancas y pupitres pintarrajeados, con la bandera de Estados Unidos en una esquina y el proyector de bajo presupuesto de la escuela en la otra.

—Estaba ocupada entrenando, Williams. Había algunos que nos tomábamos en serio lo que hacíamos.

Tao se sentó en el pequeño taburete que había tras el mostrador y apoyó la barbilla en la palma de una mano, dejando a la vista la parte de su antebrazo que tenía tatuado el dibujo de un par de flores. Tenía que reconocer que había una parte de él que estaba disfrutando del encuentro que le estaba amenizando la tarde y otra que sentía curiosidad al reencontrarse con ella después de tanto tiempo. No había mentido: estaba... diferente. Más guapa, si era posible, a pesar de que ya había sido preciosa cuando discutían por ver quién patinaba primero. Tenía la mirada más cansada y también más músculos en los brazos. Tao se preguntó si serían capaces de tumbarlo sin esfuerzo y tuvo que tragar saliva al imaginarse a la chica encima de él.

—¿Y a dónde te ha llevado tanto trabajo duro si se puede saber? —inquirió, fingiendo que su corazón no se había saltado un latido.

Abigail resopló entre dientes.

—A prepararme para la nueva temporada. Tengo la intención de ganar la primera edición de la copa Longan. Los entrenamientos empezarán pronto y... —Se detuvo bruscamente. El chico creyó vislumbrar como el sarcasmo del momento se pintaba de una tristeza que había visto demasiadas veces en sus propios ojos.

Recibió el impacto de esa repentina lástima como la inesperada salpicadura de un charco escondido en la hierba.

—¿Langford? —susurró antes de ser consciente de que lo hacía. El simple pensamiento de preocuparse por ella le habría producido arcadas a los dieciséis y, aunque años más tarde seguía provocándole un vuelco en el estómago, no podía negar que estaba intrigado por saber qué era lo que había llevado esos nubarrones a su expresión.

Solo su apellido fue capaz de devolverla al presente. Las mejillas volvieron a teñírsele de color. Cuando alzó la mirada una vez más, Tao sintió que las tripas se le contraían al toparse de nuevo con esos ojos que lo habían analizado con frialdad hacía años, también al resguardo de

una tormenta que había caído en un cementerio. Una mirada que lo había seguido bajo la lluvia grisácea que azotaba Fall River y que le había puesto los pelos de punta al no saberla descifrar.

—¿Sí? —musitó con voz queda.

—¿Y bien? —insistió él—. ¿Te vas a presentar a la copa Longan o no?

Ella se mordió el labio inferior y se miró los pies. Sus Converse estaban empapadas y las puntas de su cabello castaño seguían goteándole sobre el escote. A pesar de que quería hablar, había algo que le impedía hacerlo.

Tao no podía culparla. Él mismo había sido preso de esa sensación demasiadas veces, aunque jamás hubiera esperado que Abigail se amedrentase por algo. No era así como la recordaba.

—Es una larga historia —fue lo que ella terminó por susurrar.

El chico echó un vistazo al exterior, que seguía tan oscuro como minutos antes, y se encogió de hombros con desgana.

—Puedes contármela si quieres. —Esbozó una de sus particulares sonrisas sarcásticas y aleteó las pestañas, burlón—. Algo me dice que vamos a estar aquí un buen rato.

8



Abby

Así que Abby se lo contó todo.

Desde el principio hasta el final, mientras sus ojos revoloteaban por la tienda como una mariposa dudando sobre en qué flor posarse. Tao la escuchó en silencio y con el cuerpo inclinado hacia delante. No la interrumpió ni un segundo, y ni siquiera cuando la chica empezó a balbucear sobre la disciplina que requería el patinaje, como si él nunca se hubiese involucrado tanto en un deporte, él abrió la boca para decirle que, en realidad, sabía de lo que hablaba; que también había pasado gran parte de su adolescencia sobre el hielo, volando sobre su superficie como si fuera un ángel y sus alas, los patines.

—Y... ya está. Creo que ese es el resumen —resopló, exhausta, cuando acabó. Se apoyó en la estantería más cercana y sonrió, cogiendo el mismo aire que hubiese inspirado si llevase mucho tiempo aguantando la respiración debajo del agua.

Tao soltó un silbido de admiración que se mezcló con la canción de jazz que sonaba en la tienda.

—Guau. Así que, cuando has comentado que era largo, lo has dicho porque era...

—Largo, sí —completó ella. Hizo una mueca y dejó que su atención vagara por la vitrina de figuritas en miniatura de los cantantes más famosos del siglo XX y por la fila de púas de guitarra que, de distintos colores y acabados metálicos, decoraban las paredes—. Es una suerte que no haya entrado nadie en todo este rato, porque habría sido algo lioso tener que callarme y luego volver a empezar.

—No suele venir mucha gente por aquí. —Tao se encogió de hombros y se incorporó. Abby ladeó la cabeza al comprobar que, incluso con las manos en los bolsillos en una actitud relajada, era mucho más alto que ella—. A excepción de los clientes habituales, claro. Aunque algo me dice que tú no te vas a convertir en uno de ellos.

—Más quisieras. —Barrió con la mirada el establecimiento, lleno de discos y estanterías, de música y silencio al mismo tiempo.— ¿Y no te aburres aquí dentro?

—No es la pasión de mi vida, pero aprendes cosas interesantes.

—¿Como todo ese discurso de antes sobre Sinatra y Elvis?

—Justo, sí.

Intercambiaron una sonrisa cómplice que destilaba un viejo rencor. Abby se ahorró los comentarios que se le pasaron por la cabeza —la mayoría de ellos se metían con su forma de patinar, pero tampoco quería sacar a la luz el hecho de que él ya no jugaba al hockey— y, en su lugar, se acercó a una de las estrechas ventanas que ofrecían una versión reducida del paisaje exterior. Apenas un par de árboles, el buzón algo descolorido que hacía esquina con una avenida y las lejanas luces del restaurante de comida rápida que parpadeaban en la distancia, como un faro tratando de hacerse notar frente a un mar revuelto, destacaban en la monotonía de la ciudad que la había visto crecer.

La lluvia ya había amainado, así que nada le impedía entonces coger el coche para regresar a casa; solo el calorcito que se había acumulado gracias a las luces amarillentas de The Vinyl's House y que le recordaban un atardecer dorado sobre las olas.

—Creo que debería irme —dejó escapar cuando el silencio se alargó demasiado.

Esperó a que añadiera algo más, pero el joven se limitó a aclararse la garganta, como si estuviese de acuerdo con aquella afirmación. Casaba tanto con la imagen antigua de la tienda, con ese suelo de madera y la luz tenue, que la muchacha lamentó no tener ni idea de fotografía ni de pintura para poder retratarlo así, formando parte de la decoración del sitio. Pestañeó, fijándose en la sonrisa ladeada que mostraba, como si ya se hubiera aburrido de la conversación, y que tuvo la sensación de que se le metía dentro de la piel para recordarle que era una extraña allí y que jamás se llevarían bien.

Había sido un error quedarse tanto tiempo. De repente, Abby sintió un deseo irrefrenable por marcharse de la tienda y perder de vista a Tao.

—Gracias por haberme escuchado —se obligó a decir, por educación.

Él sacudió la cabeza.

—No ha sido nada. Me has amenizado la tarde, así que gracias a ti. Verte es, posiblemente, lo más emocionante que me va a pasar hoy, así que imagínate dónde estaban mis expectativas.

Abby no supo si lo que brillaba en su voz era sarcasmo o gratitud. Decidió averiguarlo por su cuenta; no podía negar que había una parte de ella que echaba de menos discutir con Tao.

—Es gracioso que digas eso teniendo en cuenta que me odiabas cuando íbamos al instituto.

—Venga ya, no te *odiaba*. Solo...

—Me repetiste unas cuarenta y siete veces que ojalá nunca me hubiera mudado desde Florida, que Spring High hubiera sido un lugar mucho más tranquilo sin mí —repuso con una ceja arqueada.

—Y lo mantengo. Eras insoportable. Una niñata —matizó él con bravuconería.

Abby se habría jugado la mano a que había disfrutado al describirla de esa manera. Bien, se iba a enterar.

—¿Yo? —De un par de zancadas, se acercó al mostrador con el índice en alto para devolverle la acusación. Le puso una mano en el pecho, levantando la vista hacia él de forma que sus rostros quedaron a apenas unos pocos centímetros de distancia. Solo el mueble los separaba—. No, tú eras el engreído.

—Siempre querías la pista para ti. ¿Acaso no te enseñaron a compartir?

—Era obvio que éramos mejores que vosotros.

—Ah, ¿sí? ¿Eso crees? —La voz de Tao descendió una octava al tiempo que entrecerraba los ojos como un felino antes de atacar.

—Sí. —Y cuando vio que él abría de nuevo la boca para replicar, le espetó sin una pizca de vergüenza—: ¿Por qué no te pasas algún día por el patinadero y lo comprobamos?

El joven se quedó suspendido en el aire, como si alguien hubiese puesto en pausa su acción en Los Sims. Dejó escapar una única frase:

—No puedo.

Y fue tal la seriedad de su voz, como si encerrara algo que ella desconocía, que hizo que Abby volviera a sentirse como esa adolescente que, en aquel cementerio durante una mañana tempestuosa, se había perdido en la intensidad de los ojos del famoso Tao Williams.

Sin embargo, habían pasado los años y ya no era esa adolescente a la que intimidaban con facilidad.

—¿No lo echas de menos? —preguntó sin pudor—. El patinaje, quiero decir. Aunque odiabais verlo así y siempre lo llamabais hockey, a secas.

Tao frunció el ceño. Todo rastro de calidez se había borrado de su gesto.

—Es que jugábamos al hockey. No hacíamos piruetas en el aire con faldas de vuelo, nosotros...

A ella no le pasó por alto cómo había ignorado su pregunta de forma deliberada.

—¿Os empujabais para meter un disco en una portería?

—Supongo que es un modo de describirlo, sí.

El muchacho tensó la mandíbula tras aquello. Abby cantó victoria mentalmente. No dijeron nada en el par de segundos que ella tardó en darse cuenta de que sus Converse ya se habían secado del todo y de que no tenía sentido seguir retrasando la despedida. Además, si seguían así, la conversación podía acabar de muchas maneras.

Todas malas, por supuesto.

—Si alguna vez te planteas volver al hielo... —Dejó que la invitación flotara entre ellos antes de sacudir la cabeza porque una idea descabellada le había cruzado el cerebro—. Bah, es igual.

—¿Qué ibas a decir?

Le sorprendió descubrir lo interesado que estaba en lo que ella tuviera que decirle.

—Es solo que, dado que Sean no va a competir este año... Ya sabes, por lo del accidente. —

Se mordió el labio inferior antes de tragar saliva. Tenía que digerir lo que estaba diciendo. No se podía creer que estuviera pensando *en serio* en sugerirle algo así. Su versión de años atrás la habría abofeteado hasta dejarle la piel en carne viva y ni entonces habría dejado de hacerla espabilar. Al fin y al cabo, estaban hablando de Tao Williams y de...

—Ah, no. Ni loco —se apresuró a asegurar él. Negó con la cabeza con vehemencia cuando se dio cuenta del camino que seguían sus pensamientos.

—¡Pero te vendría bien! No tendrás miedo, ¿verdad? —Intentó volver a las provocaciones, desesperada—. Además, sería una buena manera de superar el trauma.

—¿El trauma? —Tao parpadeó, como si se hubiera vuelto loca—. Eso se cura con terapia, Langford, no con sesiones de patinaje.

—Te iría bien —repitió—. Y, además...

—Tú podrías presentarte a esa maldita competición, ¿no? ¿Es eso lo único que te importa?

—¿Qué? ¡Claro que no! Solo lo he pensado porque creo que sería una buena oportunidad para que tú volvieses a hacer algo que siempre te ha gustado y, sí, yo también ganaría algo con ello, pero...

—Pero nada. Entrenar contigo sería... sería... —Soltó un juramento en una voz que Abby nunca le había oído utilizar y que hizo que un cosquilleo nervioso le recorriera la punta de los dedos.

—¿Qué?

Tao no pareció encontrar la palabra que buscaba, porque no añadió nada más. Se apoyó en el mueble situado al lado del mostrador, que, al girar, mostraba fotos en blanco y negro de cantantes que Abby no reconoció. La observaba como si supiera algo que ella desconocía; el rechazo que se entreveía en todos sus gestos hizo que la joven sintiera la bilis subiéndole por la garganta.

Debería haberse callado y, aun así, algo la había empujado a hablar con él. Tendría que haber sabido que ciertas cosas seguían siendo como antaño y, sin duda, su rivalidad con Tao era una de ellas.

—Creo que sí deberías irte —murmuró por fin Tao entre dientes. Rompió el contacto visual con ella para prestarle atención al póster de Gloria Gaynor que se despegaba tras la caja registradora.

Abby asintió y se tragó la decepción que amenazaba con inundarlo todo. Caminó hacia la puerta con la mayor cantidad de orgullo que fue capaz de reunir. Sus pasos resonaron en el establecimiento al ritmo de uno de los mayores éxitos de Michael Jackson, pero ya no prestaba atención a la música que acompañaba sus movimientos; solo a unos ojos que, sin cariño alguno, no se apartaban de ella a medida que se alejaba.

Unos ojos que le habían puesto los pelos de punta y el estómago del revés por primera vez hacía tantos años y que, mucho tiempo después, continuaban haciéndolo.

—Si alguna vez cambias de opinión... —dijo, pese a que el resentimiento por haber visto su

idea rechazada de forma tan contundente aún le escocía como una herida abierta.

—Descuida. Serás la primera a la que llame —repuso Tao con un tono amargo.

«Imbécil», estuvo a punto de llamarlo ella. Le estaba haciendo un favor y... ¿qué obtenía a cambio? Burlas y sarcasmo. El chico estaba más mayor, pero seguía siendo el mismo idiota de siempre.

Abby salió de The Vinyl’s House con un portazo que hizo temblar las paredes.

9



Tao

Abigail Langford.

Cuando The Vinyl’s House cerró sus puertas por fin, Tao echó la llave repitiendo ese nombre en su cabeza. Casi le sorprendió que no le saliera un sarpullido al paladear cada letra, llenándose la boca con el sonido que estaba cerca de producirle arcadas. Los minutos que tardó en volver andando a casa —media hora, como todos los días, porque seguía negándose a coger el coche y había veces en las que necesitaba estirar las piernas y alejarse de los viejos autobuses, que eran un horno en verano— los pasó rememorando la imagen de la chica que había aparecido por casualidad en la tienda. Tao no le había mentido; si al principio le había costado reconocerla, había sido porque estaba distinta. Era cierto que, aunque su rostro redondo lleno de pecas como canela espolvoreada seguía siendo el mismo, sus rasgos se habían afilado. Estaba más mayor, y también más guapa. Y, pese a continuar llevando el mismo estilo que antaño —rizos salvajes que le llegaban a la altura del pecho y que habían dificultado apartar la vista de ahí aun a riesgo de parecer un baboso—, su melena era algo más corta que en sus años en el instituto.

Había cambiado lo suficiente para dejar de parecerle la niña irritante a la que había conocido y, en su lugar, sustituir la imagen que Tao tenía de ella por la de una joven cuya sonrisa aseguraba tener el poder de poner el mundo del revés. Por más que su versión de adolescente se hubiese odiado a sí mismo por pensar aquello, Abigail Langford era una chica preciosa.

Sin embargo, no había podido evitar sentirse como un idiota a su lado. Era la misma sensación que había tenido mientras era el capitán de hockey del instituto; la certeza de que tenía que ganarse a pulso todo, porque ella no le iba a dar ni un respiro. Había sido molesta como una mosca cojonera, lo que había hecho que Tao creciese en una pista de hielo donde, con la música clásica de fondo, había tenido la sensación de que siempre debería superarse a sí mismo si ella andaba cerca.

—¿Es que acaso no tenéis gusto? —le había preguntado un día, cuando su entrenamiento de patinaje se había alargado y el equipo de hockey había esperado su turno para entrar durante más

de veinte minutos.

—Claro que sí; nosotros sí nos duchamos, Williams —le había respondido la joven con tono mordaz.

Tao había sacudido la cabeza al tiempo que alzaba los brazos en el aire, exasperado. Iba vestido con el peto y las guardas de hockey y ya estaba sudando antes de haber empezado a entrenar. Lo único que quería era irrumpir de una vez en la pista para poder marcarle un par de tantos a Isaac y ganarse los aplausos de sus amigos.

Estos habían permanecido a su espalda, cuchicheando variantes que iban desde «¿Problemas en el paraíso, Williams?», «Invítala a la fiesta del viernes a ver si así se ablanda y nos deja en paz» y, de vez en cuando, un burlón «¡Eh, tortolitos! ¡Más patinar y menos ligar, joder!».

Tao no había tenido ni idea de lo que decía la mitad de las veces que tenía a Abigail enfrente, porque la rabia había nublado sus sentidos. Ya con la equipación puesta, de forma que parecía el doble de ancho y amenazador de lo que en verdad era, había tenido tiempo de preguntarse si ella se habría llevado esa impresión desde el principio, la del chico borde y duro, y por eso siempre había estado a la defensiva con él.

Bueno, pues que hubiese espabilado. Él tenía que entrenar si quería ganar el partido del próximo fin de semana y las jodidas melodías que los patinadores artísticos ponían le daban dolor de cabeza.

—Me refiero a la música. ¿No os cansáis de escuchar esos dichosos violines?

Ella había arqueado una ceja en una de esas miradas que gritaban «¡Mira que eres imbécil; no te aguanto!».

—¿Te gustaría más una exhibición con Drake o The Weeknd de fondo?

Tao se había cruzado de brazos ante el comentario, súbitamente interesado.

—Sabes para qué clase de coreografías se utiliza la música de The Weeknd, ¿no? —Acercándose a ella lo suficiente para rozarle el lóbulo de la oreja con los labios, había susurrado —: Para las que se realizan en la cama.

No había creído estar imaginándose el rubor que le había cubierto las mejillas entonces. La muchacha había alzado la barbilla, fulminándolo con la mirada y sin amedrentarse en absoluto. Saltaba a la vista que ella lo soportaba tan poco como él la toleraba a ella y a sus piruetas sin sentido.

—Si lo que de verdad te excita de follar es escuchar la voz de ese tío mientras te corres, no me extraña que tengas tan mala fama en el sexo —había replicado Abigail con bravuconería y la cabeza bien alta.

Él había dado un paso hacia atrás, cogido por sorpresa.

—¿Qué dices? Yo no tengo mala reputación. ¡Espera, Langford! —Había tratado de detenerla, en vano, porque ella ya se alejaba de camino a los vestuarios—. ¿Qué ha significado eso? ¡Explícamelo!

Abigail se había limitado a agitar una mano en el aire para despedirse de él. Solo al llegar a la

puerta se había girado en su dirección para añadir, casi con desprecio:

—Continúa liándote con cada chica que encuentres, como has hecho hasta ahora, y puede que alguna sea lo suficientemente sincera para contarte a lo que me refiero.

—¡Entonces me temo que tendré que acostarme contigo!

Incluso en la distancia, había podido ver que la muchacha ponía los ojos en blanco.

—Como si fueras a hacerme un favor —había resoplado, harta de él. Y había una parte del chico que había disfrutado al ver que provocaba esa clase de reacción en ella—. Será mejor que sigas esperando.

Y eso había hecho Tao: esperar. No obstante, los años habían pasado y las imágenes que esas palabras habían creado en su cabeza no habían desaparecido; al contrario, cada vez habían sido más recurrentes y diferentes, y lo habían hecho estremecer con la posibilidad de tener a la chica en su cama o, si se daba la ocasión, encima de él.

Se había empalmado al imaginar a Abigail en su habitación, enredada entre sus sábanas con The Weeknd sonando desde el móvil más cercano. ¿Lo asesinaría con sus propias manos o le tiraría del pelo para pedirle que fuera más rápido? Jamás se lo habría reconocido en voz alta, pero Tao había temido no ser capaz de seguir el ritmo. Joder. Pero ¿en qué había pensado? Ni que se fueran a acostar al día siguiente, y lo más seguro es que en otra vida tampoco.

Había tenido que cerrar los ojos al conjurarla entre sus brazos, susurrándole los versos de *Die for you* al oído y poniéndole los pelos de punta al imaginarla moviéndose encima de él al ritmo de la canción, llenando de colores su cuarto. Luego había tenido que lavarse los dientes tres veces para quitarse de la boca el sabor ficticio que sus besos le dejarían allí. Asquerosos, sin duda, aunque había una parte de él que había querido comprobarlo por su propia cuenta.

Abigail. Abigail. Abigail.

La única forma en la que la había continuado viendo, para descontento de sus fantasías, había sido con el ceño fruncido y los labios cortados por el frío, siempre con la ropa puesta. Cada vez que se habían cruzado en el patinadero o en los pasillos del instituto, la había provocado con un «¿Vas a contentarme hoy, Langford?», a lo que ella siempre se limitaba a responder «Ni en tus mejores sueños». Se habían reído en privado y se habían odiado en público, y los deseos secretos de Tao no se habían esfumado por más que el chico lo había intentado todo por dejar de temblar cuando estaba a su lado. Si de rabia o de anhelo, jamás había llegado a descubrirlo.

Y luego habían crecido para no volver a encontrarse nunca más.

Hasta ese día.

Aunque el tiempo parecía haber hecho mella en el carácter tan explosivo de la joven que había conocido años atrás, volviéndolo más decidido y abierto, el poso seguía siendo el mismo: era una chica que tenía claras sus ideas. Ideas alocadas, porque, mientras Tao caminaba, con los cascos de cable enrollados frente al pecho y las manos en los bolsillos, no podía dejar de pensar en cómo era posible que se le hubiera ocurrido sugerirle *eso*. ¿Es que nadie le había explicado que él ya no patinaba? ¿Que el accidente de su padre lo había alejado del hielo para siempre? Si

no se había enterado a aquellas alturas de lo mucho que había cambiado, él no pensaba ser el primero en decírselo. No cuando su transformación de rey de Spring High al muchacho taciturno y solitario que era en ese momento había estado en boca de hasta a quienes había considerado sus mejores amigos.

Además, si coincidían en el patinadero, lo más probable era que fuera para matarse el uno al otro.

—¿Tao? —lo sorprendió una voz cuando entró en casa. Se oyó un ruido metálico tintinear contra el suelo de la cocina; con toda seguridad, un cubierto que se le había caído a su madre.

—¡Sí! —confirmó mientras se dirigía a su cuarto para ponerse cómodo. Era una de las manías que había heredado de su padre, el descalzarse nada más pisar su casa. Y también una de las muchas partes de él que todavía vivían en su hijo y lo hacían ser quien era.

—¿Qué tal ha ido el trabajo hoy? —le preguntó Mei Williams cuando entró en la cocina para ayudarla con la cena. Aquella noche llevaba un delineado que le llegaba casi hasta las cejas y que pronunciaba aún más sus ojos rasgados.

—Bien. Ha venido una antigua compañera de clase.

—¿En serio? ¿Quién?

—Abigail Langford. ¿Te suena?

Su madre alzó la cabeza con una arruga entre las cejas. Una sonrisa curiosa se deslizó en sus labios finos.

—¿Esa no es la chica tan popular en redes sociales? ¿Cómo se dice...? *¿Influencer?*

—No llega a ese punto —repuso con un resoplido—. Pero, sí, mamá, es a la que odiaba.

—Eso también lo recuerdo. —Se encogió de hombros y devolvió su atención a las verduras que estaba cocinando—. ¿Y qué te ha contado? Te habrás alegrado de verla, supongo, después de tanto tiempo.

«Sí. No. No lo sé, en realidad —pensó—. Me ha hecho recordar la persona que era antes del accidente, porque ella todavía me ve así. Y ha sido... fácil, creo, fingir que estos últimos años no habían sucedido; que seguíamos en el instituto y todo era más sencillo que ahora, porque no existía un futuro que solamente dependiera de nosotros. Lo único en lo que teníamos que centrarnos era en patinar bien; en ser los mejores, siempre por encima del otro. Tener la oportunidad de lucirme ante ella era lo que más me motivaba a superarme a mí mismo, el querer ir por delante de la brillante Abigail Langford.

»Me pregunto qué habrá pensado ella de mí.»

Desvió la mirada hacia sus pantuflas de Mike Wazowski y negó con la cabeza.

—Nunca nos llevamos demasiado bien, así que ha sido un poco incómodo.

—Incómodo, ¿eh? —repitió su madre, distraída—. Seguro que ha sido por tu culpa.

—¿A qué se debe esa insinuación?

—Siempre has sido competitivo hasta lo extremo y eso no es bueno para nadie. Anda, cambia esa cara, que no te lo he dicho en serio. —Le pasó un brazo por los hombros, pese a que tuvo que

ponerse de puntillas, y lo estrechó contra sí.

—Ella era mucho más competitiva que yo —refunfuñó el joven.

«Estamos hablando de Abigail Langford, al fin y al cabo —se recordó—. Tenía el peor perder de todo el universo.»

—Deja de poner excusas y hazme el favor de subir a ducharte. Hueles a viejo. —Su madre interrumpió los pensamientos que le cruzaban por la cabeza.

Tao estuvo a punto de replicar, pero obedeció porque sabía que estaba en lo cierto. The Vinyl's House tenía una esencia particular; no desprendía un olor a cerrado, como la mayoría de las personas pensaban al verlo tan pequeño y recóndito, sino que allí dentro se respiraban historias; aquellas que vivían en cada uno de los discos que vendían y que dejaban parte de sí en las estanterías y paredes de la tienda, además de las que traía cada cliente consigo, quienes, encaprichados de alguna carátula, entraban buscando un álbum en concreto.

Cuando había empezado a trabajar allí no lo había notado, pero esa clase de perfume se le adhería a la piel de manera irremediable, como si eso fuera a hacerle pasar por una figurita más de esas vitrinas que no se abrían nunca y que permanecían relegadas al rincón más oscuro del establecimiento. En cierto modo, se sentía así trabajando en The Vinyl's House: contemplaba el mundo exterior desde fuera, con sus días soleados y sus tormentas, siempre desde aquella tiendecita de luz tenue y música que se había convertido en su único lugar seguro.

Salía de allí oliendo a historias, claro. Y Mei Williams, que tenía una obsesión muy particular por la limpieza, era la que más lo notaba en Tao cuando llegaba a casa.

Abigail, no obstante, no olía a nada de eso, sino más bien a todo lo que él nunca llegaría a ser.

Continuó repitiendo su nombre una y otra vez al tiempo que un chorro de agua caliente le abrasaba la piel después de un día tan largo mientras se veía a sí mismo reflejado en los azulejos del baño y pensaba en que, al verla aparecer, no había percibido esa esencia que tanto se hacía notar en The Vinyl's House. No arrastraba la historia de una persona ajena atada a los pies ni su imagen quedaba emborronada por la opinión de alguien más. Era un folio blanco esperando a ser rellenado; un libro del que todavía no se conocía el final. Miraba a su alrededor como si fuera la primera vez que presenciaba la vida y los milagros que esta traía consigo. Su historia no tenía tachones ni meteduras de pata, sino que era...

Abigail Langford, a secas. Y eso era lo más terrible y maravilloso de todo.

Tragó saliva cuando notó una corriente cálida atravesándole el vientre y amenazando con levantarle una zona de su cuerpo que hacía tiempo que no se excitaba al pensar en alguien en particular. Apretó los dientes y sacudió la cabeza para apartar la imagen que había protagonizado sus fantasías adolescentes. No iba a volver a pensar en Abigail de esa manera y, desde luego, no pensaba volver a considerar la oferta que le había hecho.

Aquella noche, después de cenar y argumentar que estaba demasiado cansado para quedarse viendo una película hasta altas horas de la madrugada con Mei, Tao se encerró en su cuarto con

el portátil en las rodillas. Contra todo pronóstico y a pesar de lo que se había prometido hacía apenas una hora, se vio a sí mismo patinando.

Reprodujo una y otra vez sus partidos de hockey, fijándose en cómo le brillaba el rostro al estar con sus mejores amigos en un momento de sus vidas en el que se creían invencibles. Por un momento pensó en llamarlos para ver cuándo iban a ir al patinadero, solo por la nostalgia de volver a verlos sobre el hielo, pero se contuvo en el último momento. En su lugar, recordó cómo salía eufórico de cada partido y también la cantidad de medallas y copas que se acumulaban no solo en el rincón más oscuro de su armario, sino también en los pasillos de Spring High. Su padre era el que solía grabar esos vídeos, enfocándose a sí mismo de vez en cuando, en brazos de su esposa, antes de proclamar a los cuatro vientos lo orgulloso que estaba de su hijo.

Confirmó en ese instante lo equivocada que estaba Abigail: él no era capaz de regresar a la pista a sabiendas de que jamás podría recuperar algo así. El simple pensamiento lo mareaba y el hecho de verse a sí mismo años atrás, disfrutando en los mejores años de su vida, hizo que varias lágrimas colgasen de sus pestañas como adornos de Navidad.

10



Abby

Creo que hoy he hecho una locura.

¿Le has escrito un mensaje a Robert Pattinson para confesarle que
llevas colada por él desde que se estrenó *Crepúsculo*?

Su primer impulso fue escupir el trago del café que apenas comenzaba a tomarse y que vació de un trago. Empezó a prepararse uno nuevo mientras reflexionaba sobre cómo orientar esa conversación, porque iba a necesitar el doble de cafeína para reunir valor y dejar de pensar que su relación con Sean estaba a punto de irse al garate por lo que se disponía a contarle.

Los dedos le temblaron al seguir escribiendo.

No, pero casi.

¿Está al nivel de admitir en voz alta
tu fanatismo obsesivo por los vampiros? ¿Quién eres tú y qué
has hecho con mi mejor amiga?

En primer lugar, no estoy obsesionada con los vampiros. Solo era
team Edward de pequeña, eso es todo.

Mal gusto hemos tenido todos
en algún momento de nuestra vida
y no pasa nada; el primer paso
es admitirlo. Continúa.

No me mates, ¿vale?

No me lo estás poniendo fácil
con tanta intriga...

Le he pedido a Tao Williams
que patine conmigo en tu lugar durante esta temporada.

Ahí estaba, de golpe. La joven respiró hondo cuando envió ese mensaje y tuvo la sensación de que se quitaba un gran peso de encima. Ya estaba dicho.

Se mordió el labio inferior hasta casi hacerlo sangrar y desvió la mirada hacia las zapatillas de deporte que descansaban a los pies de su cama. Aguardó y aguardó a que el chico respondiera, pero el chat de su conversación continuó en silencio durante un tiempo que le pareció infinito. Pese a que por su mente cruzaron distintas posibilidades —desde que Sean la bloqueara para siempre hasta que le enviase un audio en el que solo se oyera una carcajada, haciéndole saber que no se creía ni una sola de sus palabras—, a ella nunca se le había dado bien tener paciencia. Prefería averiguarlo todo por sí misma y no esperar a que las cosas pasaran, así que le volvió a escribir.

¿Estás ahí?

Sí, sí, perdona. Estaba digiriendo
lo que acabas de decir. Es que,
no me jodas, tía, ¿te ha dado
un golpe de calor?

Para bien o para mal, no.
Es una decisión que he tomado
de forma consciente.

Entonces, ¿te ha envenenado? ¿Chantajeado? ¿Amenazado?

¿De qué estás hablando?
¡Por supuesto que no!

El siguiente mensaje que la muchacha recibió consistió en una foto sin camiseta de Robert Pattinson. No pudo evitarlo y puso los ojos en blanco; conocía a su amigo lo suficiente para saber de antemano lo que estaba pensando, y no tenía nada que ver con el patinaje en sí mismo.

Dime que Pattinson es más atractivo que Tao Williams.

No sé si entiendo por dónde vas...

Pero, a pesar de sus palabras, claro que lo hacía. No era que Sean fuera predecible, sino que llevaban siendo uña y carne durante toda la vida. Sin embargo, quería creer que todavía había una mínima esperanza de que estuviera equivocada, en vano.

Joder, es peor de lo que pensaba
si ni siquiera puedes afirmarlo
de inmediato.

Me estás empezando a preocupar.

¿Tengo que recordarte el cabronazo que fue con nosotros durante el instituto?

Créeme, lo sé. No lo he olvidado.

Harías bien en no hacerlo. Es decir, estaba bueno, sí, ¿y qué? Era un gilipollas. Y un borde y un chulo. Y siempre se burló del patinaje artístico sobre hielo, querida.

La chica cerró los ojos y respiró hondo para armarse de paciencia. No necesitaba que su amigo le diese una lección sobre la enemistad que había separado a los jugadores de hockey de los patinadores en el instituto, pero tampoco se sentía con ánimos de interrumpir su estado de «escribiendo» para decirle que le estaba dando la chapa.

Por unos momentos, añoró poder escribirle a alguna otra amiga para refugiarse en una opinión más ajena. El patinaje artístico sobre hielo era tan exigente que le había requerido apartarse completamente de todas aquellas personas externas al deporte que, al final, no comprendían el sacrificio que este requería. Se solía preferir hablar sobre fiestas, ligues y viajes, y no sobre entrenamientos, dietas e inseguridades. Y aunque Abby siempre lo había comprendido, eso no hacía más fácil sobrellevar el sentimiento de soledad que la embargaba cuando tenía la necesidad de contar con alguien más.

Luego habían venido las redes sociales, los números y una fama que nunca había pedido pero que había acercado a su vida a muchas personas interesadas. Por suerte, Abby se había mostrado lo suficientemente distante y no había permitido que la manipularan demasiado.

Siempre había estado sola y en momentos como ese, cuando notaba que le faltaba el aire al no saber gestionar una conversación, creía que aquello jamás cambiaría.

Pestañeó con fuerza, como si eso fuera a disipar que añorara a unas amigas que nunca habían existido. Apretó los dientes. «Algún día, cuando salga de este mundillo», se dijo.

Sean le había enviado otro mensaje mientras había estado perdida en sus propios pensamientos.

Espero no haberte ofendido. No me parece mal que le hayas preguntado, pero sí pensaba que era conveniente recordarte que una cara bonita no arregla una personalidad de mierda. Y que no sé cuál sería un buen equivalente al «estás pensando con la polla» para alguien que no la tiene, pero es justo lo que está pasando ahora si le has pedido a Williams que patine contigo.

Estuvo a punto de dejar caer el teléfono sobre su rostro. Y luego de ahogarse con él para evitar tener que responder a esa acusación.

¡¡Oye!!

No es para tanto; admite que te gusta. Siempre te ha gustado.

Y mientras solo sea de forma superficial, no pasa nada.
Todos tenemos ojos en la cara, aunque me gustaría que los tuyos funcionasen mejor.

¡Ni de coña! Además, no es eso. Solo... he recordado que patinaba bien, eso es todo. Y ya sabes, con lo de tu lesión, puede que convencerlo de que sea mi pareja para la temporada sea mi único pase para la copa Longan.

¿Así que ahora pasamos del amor a utilizarlo? Cada vez me sorprendes más.

No lo estoy utilizando y, por favor, no vuelvas a decir la palabra prohibida.

¿Cuál? ¿Polla o amor?

Amor; la otra te la oigo decir tan a menudo que, a estas alturas, ya me da igual. Pero no vuelvas a insinuar que me gusta, ¡ni siquiera me cae bien!

No pasa nada por olvidarse del deporte y echar un polvo de vez en cuando, ¿sabes?

¿Lo dices por experiencia?

Lo digo porque ¿cuánto tiempo hace que no te permites olvidarte de todo durante un rato? No hablo de tener citas románticas o conocer al amor de tu vida, sino de...

Tener sexo, sí. Lo pillo.

Y, si vas a patinar con Tao Williams, aún con más motivo. Haz que merezca la pena, ya que el hecho de que sea gilipollas va a eclipsar todo lo demás.

Ya, bueno, resulta que no tienes por qué hacerme de gurú sexual, ¿de acuerdo? Solo he querido contártelo porque sentía que te estaba traicionando de alguna manera y eso, de un modo u otro, hacía que la culpa me estuviese devorando desde dentro.

El joven tardó varios minutos en responder; tantos que, durante un instante, la chica temió que se hubiera quedado dormido de repente. Conociéndolo, no le habría extrañado en absoluto.

Joder, sí que eres dramática. Definitivamente necesitas echar un polvo.

Contuvo un resoplido. A veces, para obtener según qué contestaciones, opinaba que directamente era mejor no responder. Aunque Sean era Sean y, claro, eso conllevaba no tener filtro para los temas más delicados e íntimos.

Suspiró, aliviada. Había temido que él se enfadara, se sintiera traicionado y no volviera a hablarle jamás; sin embargo, parecía que se lo estaba tomando con humor y eso solo hacía que quisiera plantarse en la puerta de su casa con una caja de galletas bajo el brazo para agradecerle, una vez más, que fuera su mejor amigo.

Decidió asegurarse, por si acaso. Era mejor tener evidencia para evitar comerse la cabeza en el futuro.

Entonces, no te has enfadado, ¿verdad?

¿Porque vayas a patinar con el tío ese en vez de conmigo? Por supuesto
que no. Solo te deseo suerte;
la vas a necesitar para no mataros
el uno al otro.

Ahí tengo que darte la razón...

¿Cuándo no la he tenido? Solo prométeme que lo dejarás en ridículo
un par de veces en mi honor.

Esbozó una sonrisa carente de alegría al leer las palabras que destacaban en la pantalla. Nadie tendría que pedirle nunca hacer quedar mal al único chico que se había pasado media vida queriendo perder de vista; eso era algo que siempre haría encantada.

No hace falta que me lo digas
dos veces. Aunque tengo la esperanza de que acepte y sea cómodo
patinar con él, eso sí. Lo necesito si quiero tener alguna oportunidad
de ganar
la copa Longan este año.

Ahí ya entran en juego tus habilidades de seducción, tía. Que Tao
Williams nunca ha sido santo de mi devoción, eh, pero hay que
reconocer que tener a tu lado a alguien así de guapo
te alegra la vista. Si quieres enrollarte con tu patinador porque es un
hombre heterosexual, que sepas que eres libre de hacerlo. Un montón
de gente se lía con las personas que tienen más cerca. Es la
naturaleza humana y, además, nuestros seguidores
lo fliparían si se enterasen. Sería
una buena estrategia de marketing.

La chica sintió un tirón en el estómago al imaginarse la escena. Una arcada, por supuesto, y nada más. Y también un sudor frío en la nuca que volvió a provocarle ganas de vomitar.

No va a pasar nada con Williams porque no me gusta y nunca me ha gustado, idiota. En caso de que dijera que sí, nuestra relación sería estrictamente profesional.

Comienza a patinar con él a diario, Langford, y luego me cuentas si te quieres acostar con él o no.

11



Tao

Tao había creído que el mundo no podía ser más injusto cada vez que había visto a Abigail Langford al lado de la pista de hielo.

No porque la chica no patinara bien —que lo hacía, eso tenía que reconocerlo—, sino porque era injusto que alguien con tanto talento lo malgastara incordiándolo a él. Podría haberse limitado a entrenar por su cuenta a modo de *hobby* y dejarlos tranquilos a sus amigos y a él, pero ¡no! Abigail siempre había tenido que hacerles la vida imposible peleando por más horas en el patinadero que compartían y disfrutando de cada derrota que había recibido el equipo.

Recordaba haber resoplado y, entre las palmadas en la espalda y las bromas que había recibido por parte de sus compañeros, acercarse a ella en una de esas ocasiones en las que tenía una pizca de valentía de más y un toque de empatía de menos. Ambos tenían la frente y las mejillas llenas de acné, una mochila en el vestuario cargada de libros de texto y sus respectivos patines en la mano.

Ella no había reparado en él, claro, mas incluso bajo la cegadora luz del patinadero, que no le favorecía a nadie, había llamado toda su atención. Había tenido el cabello rizado recogido en una coleta y movido los labios como si tararease una canción. Tao jamás lo habría admitido en voz alta, pero lo habría dado todo por descubrir qué melodía, de todas las que existían en el mundo, se le había metido en la cabeza. La habría buscado en Spotify de vuelta a casa para aprenderse la letra de memoria y poder soltarle la siguiente vez que se vieran «Menuda mierda de canción, Langford, que lo sepas».

Y luego se la habría seguido cantando a sí mismo durante los días venideros por el simple placer de verla rabiar.

—Hoy he reservado la pista para nosotros, lo siento —había sido lo que le había dicho en su lugar, porque jamás había llegado a preguntarle qué escuchaba y ella nunca se lo había contado.

Había tragado saliva y se había recolocado el flequillo, expectante por ver qué respondía. Abigail se había vuelto en su dirección, con el ceño fruncido y las mejillas arreboladas. A juzgar

por su ropa, ya se había cambiado para entrenar. Una lástima que no fuera a poder hacerlo porque él se había adelantado, o al menos así se había consolado a sí mismo al apartar la vista para no fijarse de más en lo ceñidos que le quedaban los *leggins*. Había considerado por un momento retrasar la hora de su propio entrenamiento y dejarla a ella practicar solo por verla lucirlos, porque detestarla no le impedía tener ojos en la cara y un miembro que se alzaba en los momentos más inoportunos, pero esa era una opción que sus compañeros ni siquiera habrían considerado.

—Pues cambiad la hora. A mí qué me cuentas —había replicado Abigail con un gruñido.

Tao había escuchado las quejas de impaciencia de sus amigos de igual manera que había sido consciente de las chispas en la mirada de la muchacha. Se había encogido de hombros con desgana antes de enseñarle la confirmación de la reserva con una sonrisa victoriosa.

—La próxima vez, acuérdate de poner por escrito a qué hora quieres entrenar.

Ella había parpadeado un par de veces, como si no diera crédito a lo que oía.

—No habrá próxima vez. Imbécil —había añadido entre dientes para sí. Se había abierto paso entre los jugadores de hockey a base de empujones y juramentos muy poco agradables.

Tao no había vuelto a verla patinar hasta ese momento.

Si lo pensaba en frío, no tenía ni idea de qué se suponía que estaba haciendo allí. Había salido del trabajo hacía un par de horas y, movido aún por la energía que se acumulaba en su cuerpo y amenazaba con hacerlo estallar, había comenzado a caminar sin rumbo por Fall River. Su madre no llegaba a casa hasta tarde y él no quería encerrarse a solas con sus pensamientos, viendo los vídeos y los titulares que lo habían clasificado como uno de los jóvenes más prometedores en cuanto al hockey se refería. Era consciente de que jamás volvería a ver su nombre en un artículo así, de que ya nunca sentiría la emoción y los nervios característicos antes de un partido, de que no patinaría después de...

Después de lo que había pasado, al fin y al cabo.

Sin embargo, sus pies lo llevaron hasta el patinadero aun sin quererlo. Con las manos en los bolsillos de la sudadera y la cabeza gacha, pasó por delante del personal de seguridad y recepción, que no lo detuvieron. Aquello formaba parte de la tragedia: cuando sobrevivías a ella, te volvías inmune. Todos comenzaban a tratarte como si fueras de cristal y temieran que te rompieras en cualquier momento, como si el recuerdo de lo que había pasado echara raíces en tu interior y te anclase una y otra vez al instante que lo había cambiado todo, impidiéndote avanzar.

Tao se había esforzado en explicarle a la gente que eso no era verdad, que el horror pasaba, aunque el trauma permaneciese, pero se había quedado sin voz para hablar de ello al darse cuenta de que él mismo ni siquiera lo había superado todavía.

Al ver a Abigail Langford patinar sobre la pista, deslizándose como si no conociera el miedo y con la boca tensa en una mueca de concentración, se dio cuenta de que seguía sin hacerlo; de que la rabia por no poder volver al hielo hacía que todas sus emociones entrasen en combustión y de que, joder, los *leggins* le quedaban incluso mejor que antes.

—Eh, tío —susurró contra el altavoz del móvil, por miedo a delatar su posición. Había llamado a Isaac por impulso y ya se estaba arrepintiendo, pero era demasiado tarde para colgarle sin darle explicaciones—. Adivina dónde estoy.

—Fall River es pequeño. No tienes muchas opciones.

—En el patinadero.

Isaac guardó silencio al otro lado. Tao percibió que se aclaraba la garganta, como si estuviese buscando las palabras adecuadas y no fuera capaz de encontrarlas.

—¿Quieres que reúna a los chicos para un partido? Porque creo que Michael tenía resaca, pero seguro que ni siquiera él pondría pegas a volver a jugar contigo.

El joven tragó saliva. La negativa comenzó a picarle en la lengua tanto como la urgencia por terminar la conversación, pero se obligó a sí mismo a ser paciente.

—No te he llamado por eso —le confesó a media voz, todavía sin apartar la vista de la chica que bailaba al ritmo de una música que solo sonaba en su cabeza y que, elegante como un junco mecido por la brisa primaveral, patinaba, volaba y se mezclaba con el hielo mediante formas y piruetas que dejaban a Tao sin aliento—. ¿Qué sabes de Abigail Langford?

—¿Abi...? No sé, Williams, lo mismo que todo el mundo: que es la más famosa de la ciudad, que patina de forma cojonuda y que no podías ni verla en el instituto. Nada nuevo. ¿Por qué me preguntas?

«Porque tiene talento. Joder, ha mejorado muchísimo. Y me ha hecho la oferta que me podría cambiar la vida si digo que sí. El inconveniente es patinar con ella; la ventaja es que creo que, incluso aunque yo no tenga ni idea de patinaje artístico, hay altas posibilidades de que ganemos esa copa. Y la victoria implica dinero, y la pasta, salir de aquí por fin y dejar atrás todos los fantasmas.»

—Por nada. —«Quería saber si te parecería una buena idea que patinase con ella», estuvo a punto de decir, pese a que se echó atrás en el último momento porque no reunió el valor suficiente para hacerlo—. Hablamos luego, Isaac.

Y colgó, esa vez sin remordimientos.

La luz en las gradas era casi inexistente; la única iluminación que había provenía de aquellos focos que apuntaban de manera directa al patinadero, y Tao, sentado en la última fila, se sentía más invisible que nunca. Aunque la temperatura era más baja que en el exterior, apenas sintió el contraste en los brazos desnudos. Solo podía pensar una y otra vez en qué pasaría si le dijese que sí a Abigail; en lo que haría si ganasen la copa; a qué estado se mudaría si tuviese la oportunidad.

El joven aguantó quince minutos allí antes de marcharse. Una parte de él no soportaba ver todo lo que se había perdido —la técnica que podría haber perfeccionado, el deporte con el que se podría haber ganado la vida— y que ya nunca tendría la opción de recuperar.

La otra estaba cada vez más cerca de aceptar.



Al día siguiente, Tao volvió a acudir al patinadero a ver a Abigail.

La proposición que esta le había hecho no dejaba de reproducirse en su mente, repitiéndole que era una oportunidad que no iba a volver a tener. Con la de años que habían pasado, puede que fuera el momento ideal de regresar al hielo. Había rechazado las invitaciones de sus antiguos compañeros para jugar partidos de hockey en honor a los viejos tiempos, pero lo que le había sugerido Abigail era diferente; algo mucho más alocado, disparatado y, sin duda, también más atractivo: la posibilidad de volver a competir para ganar algo a cambio.

No obstante, viéndola desde las gradas mientras ella patinaba, saltaba, se encogía sobre sí misma y se estiraba, se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo sin entrenar. No estaba a su altura y, a menos que ella estuviera dispuesta a tener una paciencia infinita con él —una virtud que nunca había creído que Abigail poseyera—, no podrían congeniar jamás.



Tao convirtió en rutina ir a ver a Abigail patinar.

Pasó una semana entera así, oculto en la oscuridad que le brindaban las gradas y en la sensación de confort que lo envolvía cada vez que acudía a la pista y rememoraba tiempos mejores, cuando su casa todavía estaba llena de luz y nadie le recordaba la persona que había sido antes del accidente.



Ese domingo, contra todo pronóstico, Abigail no apareció en el patinadero.

Tao se quedó tan sorprendido que apenas entendió lo que le dijo Meghan desde detrás del cristal de recepción.

—No está aquí.

—¿Disculpe? —replicó él, parpadeando para volver a la realidad.

Meghan siguió fumando un cigarrillo con aire distraído, pese a que enfrente de ella alguien había pegado un cartel que prohibía de manera expresa fumar dentro del establecimiento.

—Abigail —le explicó ella después de dar otra calada—. Nunca viene los domingos durante el verano. Suponía que te lo habría dicho ella misma. Pensaba que erais amigos.

«Amigos», repitió él mentalmente. El simple pensamiento amenazó con provocarle una carcajada amarga. Estaba seguro de que, de haber estado allí, Abigail también habría fruncido el ceño, como si el mero concepto le provocara un rechazo inaguantable.

—No, no. Qué va —se apresuró a aclarar, escandalizado porque alguien pudiera creer algo así.

—Muchacho —lo llamó la mujer con los ojos muy abiertos. Él se percató de que tenía los labios pintados del mismo tono marrón que el cabello de Abigail y sacudió la cabeza para apartar la imagen—. Vienes a verla todos los días, ¿y me quieres decir que ella no lo sabe?

«Es justo eso», pensó él. Porque no era algo que pudiera confesarle, ¿verdad?

—Es igual. —Avergonzado al percatarse de lo patético que parecía, dio un par de pasos hacia atrás, arrepentido de haberse parado siquiera frente a la recepción. No merecía la pena explicarse, porque Meghan no iba a entender lo que pretendía al haber estado en el patinadero últimamente —. Gracias, de todos modos.

Salió de la pista antes de que pudiera pedirle más explicaciones y, aquel domingo sí, Tao llegó pronto a casa. Se tumbó en la cama, sobre la que colgaban medallas que había ganado en su adolescencia y fotos en las que aparecía junto a sus compañeros, todos vestidos con el peto de hockey, antes de buscar a Abigail en Instagram.

Se seguían mutuamente a raíz de haber ido al mismo instituto, pero la había silenciado porque jamás se había interesado por ver lo que publicaba en su perfil. Después de ver que sus fotos patinando recibían miles de «Me gusta» y que la mayoría de los recuerdos que compartía eran instantáneas de competiciones o frases de libros de Stephen King, hizo clic en el botón que estaba debajo de su foto de perfil y le envió el mensaje que dio comienzo a todo.

12



Abby

No sé si estaría a la altura.

Abby frunció el ceño y se incorporó. Pestañeó un par de veces para comprobar que sus ojos no la estaban engañando. Sin embargo, no había duda: el pitido del móvil todavía resonaba en la habitación y, por encima del vídeo de TikTok que hablaba sobre qué personaje de *Perdidos* sería según su signo del zodiaco, destacó el mensaje de Tao Williams un par de segundos antes de desaparecer.

—Hay que joderse —murmuró para sí, antes de hacer clic sobre los mensajes pendientes para cerciorarse de que lo que estaba sucediendo era real.

Abby era capaz de imaginar muchas cosas, como que Sean volviese al hielo de un día para otro y le confesase que su lesión no había sido más que una lección de humildad o que sus padres por fin le dijeran que eran los herederos de una gran fortuna y que habían fingido lo contrario durante años para que no creciera como una niña caprichosa. Y, aun así, aquellas dos opciones le hubieran parecido más factibles que... eso.

Que Tao le escribiera. A ella. Que se hubiera tomado las molestias de buscar su perfil y mandarle un mensaje.

A la altura, ¿de qué?
Mides casi dos metros.

Sabía que no era su respuesta más inteligente, pero no tenía ni idea de a qué podía estar refiriéndose el chico. Además, jamás había hablado con Tao mediante mensajes de texto. ¿Cómo había pretendido que reaccionara al leer esas palabras sin contexto?

Resopló, irritada, y decidió cotillear un poco lo que subía en Instagram. Se seguían mutuamente en las redes sociales por los vínculos que tenían en común, pero ella nunca había

tenido curiosidad por ver qué clase de fotos colgaba en la red. Mientras curioseaba —solo para asegurarse de que era él de verdad y no un asesino en serie con su mismo nombre—, se dio cuenta de que reinaban las fotos de edificios de Boston y discos de música con cierto rollo *vintage*.

Arrugó la nariz. No tenían nada en común; nada que no fuera el patinaje, que brillaba por su ausencia en el perfil del joven.

De lo que me pediste el otro día. Hace mucho tiempo que no compito, ni siquiera al hockey. Estoy seguro de que sería más un lastre que una ayuda.

Tienes suerte de que el hockey no se parezca mucho al patinaje sobre hielo, entonces.

¿Más allá de que ambos deportes requieren, precisamente, que patines?

No esperaba que lo entendieses.

Ni yo que tú te pusieras en mi lugar para comprender lo que intento decirte.

La chica frunció el ceño y tecleó varias respuestas diferentes antes de borrarlas todas y quedarse en blanco. Aunque no comprendía en qué clase de mundo estaban viviendo para estar hablando con Tao Williams por mensajes de texto, achacó ese embotamiento al calor pegajoso que se había colado en su cuarto aquella noche. Era como si el verano tratara de abrirse camino antes del otoño inminente que traía consigo el comienzo de una estación donde su futuro en el patinaje estaba en juego.

Solo de recordarlo, se estremecía. Y solo de ser consciente de que Tao Williams —ese chico arrogante que siempre se había burlado de ella como patinadora, pero que había decidido escribirle esa noche sin motivo— era quien aguardaba una contestación, sintió la bilis subiéndole por la garganta.

Ya me quedó claro el otro día que no querías saber nada sobre la competición, así que no estoy segura de qué quieres sacar con todo esto.

Estuve pensando en ello, Langford. Y realmente no creí que fueras tan buena hasta que fui a verte a la pista.

Tragó saliva con la boca seca. ¿Ir a verla? ¿De qué estaba hablando? No era como si Tao tuviese tiempo libre para ir a verla entrenar, ¿no? Un sudor frío le recorrió la espalda al pensar en qué habría visto él, si sus saltos o sus caídas, si sus juramentos en voz alta o las veces que había girado sobre sí misma para intentar olvidar que se le acababa el tiempo, se le acababa el tiempo, se le acababa el tiempo y no encontraba a nadie más.

Se dio la vuelta sobre sus sábanas de *La bella durmiente*, con cuidado de no despertar a Ava, que dormía plácidamente en su camita un par de metros más allá. Los mellizos estaban en el cuarto de al lado y sus padres, justo enfrente. A pesar de que tenía el móvil en modo vibración y que miraba la pantalla tapándola con una mano para evitar que la luz pudiera despertar a su hermana de cuatro años, por su estado de excitación le parecía un milagro que nadie se hubiera despertado todavía para pedirle explicaciones a esa hora de la noche.

Recibió un nuevo mensaje pasados unos minutos, algo que le hizo darse cuenta de que había estado dándole vueltas a lo que podía decir en lugar de ofrecer una respuesta.

Fueron un par de días, solamente, pero tenía curiosidad.

¿Y por qué no me dijiste nada?

No sé. No creo ni que yo mismo supiera que iba a hacerlo hasta que me planté allí y te vi patinar.

Un tirón en el estómago provocó que una sonrisa arrogante se precipitase sobre sus labios. Sabía que era un comportamiento absurdo, pero Abby no pudo evitar regodearse en la satisfacción que le causó descubrir que Williams la había visto patinar (¡y no solo una vez!) y se había quedado impresionado. Si le hubiese prestado un mínimo de atención durante sus años de secundaria en lugar de creerse siempre superior, quizá la habría alabado entonces y se habrían hecho amigos.

Quizá.

Se estremeció.

Era una posibilidad demasiado remota —la de llevarse bien con él— como para considerarla, aunque fuera en broma.

Y fue entonces cuando te diste cuenta de... ¿lo de la altura?

Las bromas no eran su fuerte, pese a que no perdía nada por intentarlo.

Ja, ja, muy graciosa. Verte me hizo reafirmarme en que no tengo ni idea de hacer saltos ni piruetas.

Nada que no se pueda aprender.
Sé cómo patinabas en el instituto; tenías talento, el suficiente para pulirlo con base en el patinaje artístico, aunque negaré que he dicho esto
si se lo cuentas a alguien.

Se mordió la lengua, incapaz de creer que estuviera hablando en su favor por una vez. No obstante, era cierto; había acudido a ver los partidos que jugaba su instituto contra otros de la región y a nivel estatal, y Williams había sido quien había mantenido la cabeza fría hasta el final de cada encuentro; el que había alzado las copas en el aire y había sido aclamado no solo en Fall

River, sino en los periódicos que circulaban por todo Massachusetts. Le habían asegurado un futuro en el mundo del hockey por mucho que, al final, este se hubiera visto emborronado por el accidente que acabó con la muerte de su padre. Lo que seguía a esos acontecimientos era historia: Tao nunca había llegado a ir a la universidad y se había apartado para siempre del patinadero, quedándose a vivir en la ciudad que, para él, solo tenía fantasmas.

Y lo que siempre había considerado como algo incomprensible, Abby comenzó a identificar como miedo. Por eso decidió insistir.

Podría enseñarte... si quieres.

¿A ser como tú en tiempo récord?
Ni siquiera tú puedes obrar milagros.

Aunque Williams no pudiese verla, ella arqueó una ceja, disfrutando con el reto.

¿Tienes planes mejores?

No estoy seguro de que sea
una buena idea.

Y, entonces, ¿por qué me has escrito para contarme todo esto?

El joven estuvo en línea durante tanto rato que comenzó a sacudir su teléfono al creer que la pantalla se le había congelado. Enseguida se dio cuenta, aun así, de que no era problema de la cobertura o de su móvil, sino de que Tao se conectaba y se desconectaba mientras escribía de forma intermitente en el chat que compartían, como si, en el fondo, no supiera qué decir.

Cuando por fin le escribió de vuelta, Abby ya estaba a punto de quedarse dormida.

Porque ganar una copa me vendría bien por motivos personales,
y también porque verte patinar
me recordó lo mucho que yo disfrutaba haciéndolo y es inútil negar
que una parte de mí lo echa de menos. No quiero volver a mi vida
de antes, a un equipo en el que los demás dependieran de mí, sino
que preferiría... No sé, Langford. Parecías realmente feliz sobre la
pista y te envidié, aunque no de la manera
más sana. Me gustaría ser capaz de hacer lo que haces tú con el hielo.

La joven soltó un bostezo y parpadeó para despejarse de las garras del sueño, que amenazaban con llevársela consigo si no espabilaba pronto. Distinguió las letras que flotaban frente a ella a duras penas. ¿Qué hacía ella con el hielo? A su mente acudieron los entrenamientos en los que acababa con las mejillas rojas, los labios cortados y las piernas temblándole por el esfuerzo; las noches que pasaba viendo sus propios vídeos para buscarse fallos con la esperanza de mejorar; las comidas en las que se restringía a sí misma y el odio a su propio físico que eso le había conllevado, aunque este fuese menor que hacía unos años; los planes que había tenido que rechazar a lo largo de su vida para lograr ser mejor, para intentar ser *la* mejor.

¿Qué hacía ella? Presionarse, ser perfeccionista, darlo todo por un sueño que la había catapultado a lo más alto y que le había hecho darse cuenta de que no quería seguir así.

Pese a todo, no podía decirle todo eso a Tao si no quería espantarlo. Si quería participar en la competición y tener una mínima posibilidad de ganar, lo necesitaba. Solo como compañero y nada más; ni siquiera era necesario que fuesen amigos o se llevasen bien, y mucho menos que se enrollasen, como había sugerido Sean. Podrían tolerarse el uno al otro y aprender a trabajar juntos.

Eso era lo único que pensaba ofrecerle.

Ser feliz es lo que hago.

«No siempre», pensó, pero se mordió la lengua antes de añadir esas palabras.

En su lugar, escribió otras muy distintas.

Si me ayudas, también te estarías ayudando a ti mismo al tratar de superar poco a poco lo que pasó con tu padre. Y no me cuentes esos misteriosos motivos personales si no quieres, pero, si te importa algo la copa Longan, tienes las puertas abiertas para intentar ganarla.

Un par de segundos de silencio. Dos corazones nerviosos, latiendo al unísono pese a los kilómetros, calles y sueños que los separaban.

No estoy seguro de ser capaz.

¿Por qué no lo intentamos? Te espero mañana a las cuatro.

¿Dónde?

Si es cierto que me has estado observando, seguro que lo sabes.

13



Abby

No iba a aparecer.

Eso era lo que Abby se repetía a sí misma una y otra vez mientras aguardaba frente a la puerta del recinto. La punta de su pie derecho provocaba un rítmico golpeteo sobre la acera, ya cubierta de las primeras hojas que se descolgaban de las ramas de los árboles por el otoño temprano que cada año comenzaba antes. En sus auriculares se reproducía un álbum de Taylor Swift, pero ni siquiera las canciones más animadas de *1989* estaban consiguiendo calmarle los nervios.

Se sentía una estúpida y una ingenua. No daba crédito a haber creído, ni siquiera por un instante, que Tao fuera a hacer acto de presencia en el extraño encuentro que le había propuesto.

Sin embargo, cuando cinco minutos después apareció al final de la calle, con los patines echados al hombro y tecleando algo en su móvil, Abby notó como el aliento huía de sus pulmones. Llevaba una camiseta negra que se le ajustaba al torso de forma ridícula y unos vaqueros anchos. No iba a comentar en voz alta que pensaba que había crecido desde la última vez que se habían visto, porque era imposible, pero estaba segura de ello. Los músculos de los brazos no le habían parecido tan notables bajo la luz tenue de The Vinyl's House.

Puso los ojos en blanco. «Vaya, pero si hasta parece que se ha arreglado», pensó con cierto retintín.

—Llegas tarde —fue lo primero que le dijo en tono mordaz cuando el joven llegó a su altura.

Él frunció el ceño y resopló, contrariado. Se encogió de hombros, como si le diera igual el reproche.

—He venido andando —explicó.

—¿No conduces?

Tao la fulminó con la mirada antes de contestar.

—No desde el accidente. —Cogió aire y miró en derredor, hacia los árboles que crecían

alrededor del patinadero y que estiraban sus ramas hasta el cielo, como si reclamaran la atención de los pájaros—. Aunque no es algo que crea que a ti te importe.

Abby se cruzó de brazos y alzó el rostro hacia él, desafiándolo con aquella pose llena de tensión a la que su cuerpo se había acostumbrado cuando estaba en su presencia.

—¿Porque no me crees con la empatía suficiente? —No esperó una respuesta y continuó hablando a medida que abría la puerta para adentrarse en el interior del patinadero y dejaba que la luz blanquecina tiñese su cabello castaño de hebras de plata—: Porque te sorprenderías. ¿Nos vemos aquí en un par de minutos o necesitas más tiempo para cambiarte?

Señaló con la cabeza hacia los vestuarios. A pesar de que Tao había palidecido, probablemente por la impresión que le producía estar allí de nuevo para patinar, se esforzó en ocultarlo con una ceja arqueada y una sonrisa ensayada.

—Pensaba que me ibas a invitar a pasar.

Ella se dio la vuelta hacia él con los ojos en blanco y contuvo las ganas de darle un empujón. Ya tendría tiempo de eso una vez que empezaran a patinar.

—Cuando me demuestres que aún sabes cómo poner el pie derecho delante del izquierdo, puede que me lo piense..., aunque no te hagas ilusiones.

Él ni siquiera se dignó responder, lo que puso todos sus músculos en tensión mientras aguardaba a que se reuniesen poco después en el centro de la pista. Entrecerró los ojos al verlo aparecer y esbozar una sonrisa tan tirante que le dobló las mejillas en pliegues. Abby caviló, durante apenas un segundo, acerca de la sensación que la embargaría al hundir los dedos en esos hoyuelos y notar el contacto de su piel. Quizá el hueco fuese tan hondo que llegase hasta su cerebro; con suerte, podría optimizar su riego sanguíneo. Seguro que lo necesitaba.

—Me tienes a tu completa disposición, Langford —se burló, pese a que la barbilla le temblaba ligeramente, siendo la única señal que indicaba lo difícil que debía de estar siendo eso para él.

—Vamos a dar un par de vueltas —se esforzó en decir con la mayor tranquilidad que fue capaz de fingir—. Así te acostumbrarás de nuevo a sentir el hielo bajo los pies.

Se concentró en la música que acababa de comenzar a sonar por los altavoces y empezó a moverse a su ritmo. No estaba acostumbrada a dirigir a otra persona, porque Sean siempre había estado a su mismo nivel, y aun así descubrió que era sorprendentemente fácil. Tao calentó de la manera exacta en la que ella le pidió y Abby se percató de que era mucho más rápido de lo que recordaba. Él no se deslizaba sobre el hielo; volaba como nunca lo había visto en otra persona, porque no era ligero y elegante como otros patinadores artísticos, sino corpóreo y real. Sus movimientos marcaban su presencia; estaba ahí y no se iba a marchar.

Con más curiosidad y menos recelo, se fijó en que había entrecerrado esos oscuros ojos rasgados y apretado la mandíbula, cuadrado los hombros y cerrado los puños como si agarrase un *stick* invisible. Saltaba a la vista que Tao no había olvidado cómo patinar, pero sí cómo disfrutar

sobre la pista. Su rostro no revelaba felicidad alguna, sino que más bien parecía que fuese a vomitar en cualquier momento.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando, al cabo de unos minutos, él se apoyó en las barras de un lado de la pista para coger aire.

El chico asintió, jadeando, todavía sin ser capaz de decir nada. Nada que no fuera un murmullo entre dientes que Abby no alcanzó a descifrar y un seco cabeceo que ella tradujo como «No quiero hablar de ello».

Así que eso hicieron: no hablaron, empapándose del incómodo silencio que les agarrotaba todos los músculos. La canción terminó y empezó otra, algo más animada y con la notable presencia de los violines *in crescendo.*

—De acuerdo, comencemos por algo fácil: el *salchow*. Luego pasaremos al *toe loop* si nos da tiempo. —Tao la observó como si se hubiese vuelto loca, por lo que la muchacha continuó explicándole lo que tenía en mente sin darle importancia a aquel gesto de sorpresa—. Es sencillo; solo requiere que aterrices con el pie contrario al que utilizas para darte impulso, lo que a su vez propulsa el salto. ¿Me has entendido? —añadió cuando él parpadeó, confundido, y frunció el ceño.

—La verdad es que no. Te explicas de pena.

—No es culpa mía que no tengas siquiera visión espacial —replicó ella a la defensiva—. ¿Acaso imaginas algo en tu tiempo libre, William?

—Quizá, si lo supieras, no estarías aquí conmigo.

Abby trastabilló con su propia respiración, pero no dejó que él lo notase.

—Ah, déjame adivinar. ¿Es algo relacionado conmigo? ¿Cuántas veces piensas en mí?

—Las suficientes para saber ya todas las maneras con las que podría borrarte esa estúpida sonrisa de la cara.

—¿Y cuáles son?

—No creo que te gustasen si te las dijera.

Abby casi esperaba que Tao esbozara una de sus clásicas sonrisas repletas de sarcasmo y que le diese explicaciones, pero su rostro estaba tan vacío de cualquier expresión que la muchacha decidió no insistir. En su lugar, se fijó en el delgado tallo de la flor que aparecía en su antebrazo aun sin reunir el valor suficiente para preguntar por su significado.

Cuando le quedó claro que no iba a añadir más y que la observaba como si supiera algo que ella desconocía, Abby resopló y avanzó unos metros por delante para continuar con la demostración, primero del *salchow* y después del *toe loop*.

Al terminar, hizo una reverencia y tendió una mano hacia él.

—Te toca demostrar esa maravillosa imaginación de la que haces alarde, Williams. Prueba con el segundo.

Él asintió y patinó sin mirar hacia atrás, su rostro congelado en una máscara de piedra. Lejos quedaban ya los chistes anteriores. Abby se dio cuenta de que, debajo de todos ellos, yacía ese

pánico a volver a la pista, tan paralizador como las ganas que tenía de hacer desaparecer por fin ese miedo.

Así que Tao se dio impulso, saltó y...

Falló.

No se cayó, pero el temblor de sus piernas fue tan notable que, durante unos breves instantes, Abby temió que se estrellara contra el suelo, se lesionara y su gran idea se fuera a pique. Se mordió el labio inferior mientras Tao se incorporaba y volvía con ella, más serio que antes y con el cabello negro mucho más despeinado.

—Ha sido un desastre —gruñó entre dientes—. Hace mucho que no patino y...

—Solo necesitas práctica, y es normal —se apresuró a responder ella, la desesperación brotando en su voz por temor a que abandonara el entrenamiento al haber visto su orgullo dañado —. Intentémoslo otra vez.

No estaba segura de que ese fuera el comentario más inteligente que hacer en un momento como ese, pero le complació comprobar que Tao le hacía caso; que volvía a saltar tal y como se lo había pedido ella, esa vez con más impulso. A pesar de que aterrizó de manera algo más estable, su técnica tampoco fue tan firme como había esperado.

Abby suspiró para sí. Tendrían que trabajar mucho y, además, hacerlo en tiempo récord, pero era su única oportunidad si quería ganar la copa Longan antes de retirarse del deporte para siempre.

—Abres demasiado las piernas —le explicó a medida que Tao regresaba a su lado y se retorcía las manos con nerviosismo—. Lo entiendo, porque vienes del hockey y ahí tienes que hacerte espacio, pero...

—No estoy jugando al hockey —replicó él con brusquedad.

Abby tragó saliva y sacudió la cabeza, obligándose a tener paciencia.

—Y por eso mismo esto es más... delicado. Tienes que controlar el tronco y la cintura antes de poder hacerte con los saltos picados. Patina a mi lado y ponme las manos aquí. —Antes de que pudiera replicar, le puso las manos sobre su cuerpo y alzó los ojos para clavarlos en los suyos—. Sígueme el ritmo y mira la tensión que se acumula en estos músculos.

Patinó hacia atrás, mientras Tao seguía sin decir nada. Aun así, no despegó las manos de esos rincones de su cuerpo que se estremecieron bajo el contacto. Era diferente a Sean, que la sujetaba con delicadeza y dulzura; en las manos de Tao no había paciencia ni suavidad, sino una fuerza y un deseo por aprender tan grandes que, por un momento, amenazaron con consumir a Abby.

Dieron una vuelta por la pista al ritmo de una canción que hacía tiempo que los dos habían dejado de escuchar. La chica no intentó saltar ni ir más rápido, sino que se concentró en cómo las piernas de Tao trataban de replicar sus mismos movimientos sin apartar la mirada de ella. El chico se aferró a su cintura y giró a su vez, como si la cercanía con su cuerpo y el ver de primera mano los movimientos que lo dominaban a este lo relajaran. No le pasó desapercibido cómo los ojos de él repasaban no solo aquellas partes de ella relacionadas con el patinaje en sí mismo, sino

también la forma de su cintura y la curva de su cuello, ya empapada de sudor. Tragó saliva al notar la intensa atención, pero tampoco apartó la vista de él. No hasta que volvieron a la posición inicial, justo en el instante en el que el silencio reinó de manera momentánea en el patinadero antes de que una canción diferente volviera a sonar. Se separaron como si hubieran recibido un calambrazo.

—¿Y bien? —susurró—. ¿Mejor?

—Mejor —confirmó Tao, todavía sin sonreír. Su mirada estaba velada por una bruma de sentimientos que Abby no fue capaz de descifrar.

Y, aun así, ella había creído distinguir, apenas durante unos breves instantes, lo feliz que lo hacía el hielo; la manera en la que su cuerpo había reconocido al instante lo esencial, pese a que lo particular del patinaje artístico aún se le resistía.

—¿Quieres intentarlo? —preguntó Abby.

No hizo falta que especificase a qué se refería ni Tao lo necesitó. El muchacho vio la mano tendida hacia él y, esa vez sí, sus ojos se iluminaron con un brillo que prometía tormenta.

—No va a ser fácil, Langford.

—Nunca he dicho que lo fuera. —Se encogió de hombros y agitó la mano en el aire para insistir en que la aceptara—. Pero, si nos esforzamos y tenemos paciencia, podremos conseguirlo.

Tras pensarlo durante unos segundos que se le hicieron eternos, Tao Williams por fin le estrechó la mano.

Segunda parte

14



Abby

—¿Me quieres decir que es oficial que Tao Williams te ha comido con los ojos en vuestro primer día de entrenamiento?

Abby se mordió el labio inferior hasta casi hacerlo sangrar. Se fijó en la cantidad de peluches que, sin ningún orden ni concierto, se amontonaban sobre la cama de la habitación de Sean. El chico, sentado en la cama en pijama y con el pelo oscuro rapado al cero, la miraba con la boca abierta. Tenía los brazos cruzados y los ojos entrecerrados, como si tratara de leer la expresión de la muchacha.

—¿Abby? —insistió.

—¿Ajá? —repuso ella distraída. Cuando volvió a girarse hacia él y vio la expresión tan impresionada de su rostro, esbozó una sonrisa nerviosa que se le deshizo en los labios—. Ah, sí, *eso*. No, qué va. Solo patinamos un rato y ya está.

—Conmigo has patinado un montón de veces y nunca me he quedado embobado mirándote las tetas.

—¡Sean!

Se tapó la cara con las manos para evitar que él notase lo mucho que le ardían las mejillas, aunque estaba segura de que, en ese momento, su cara debía de estar brillando como un semáforo en rojo.

—No me ha mirado nada. Solo he dicho...

—Que ha estado sin respirar durante el tiempo que habéis estado pegados como dos imanes. Sí, eso lo he oído. ¿Sabes si también se le ha empalmado al tenerte tan cerca? Porque no me extrañaría en absoluto.

—Creo que estaba pensando más en cómo hacerme tropezar que en tener algo conmigo. —Abby chasqueó la lengua y balanceó las piernas sobre la moqueta del suelo, que le colgaban al

estar sentada en el escritorio de madera del chico.

—Ese tío te está sexualizando en su cabeza —continuó Sean, haciendo caso omiso a las palabras de su amiga—. Estoy seguro de que solo ha aceptado patinar a tu lado porque quiere acostarse contigo más pronto que tarde. Y ya hay que ser cerdo.

Abby alargó una mano para coger una de las almohadas y lanzársela a la cara, a lo que él respondió con un gemido de dolor exagerado.

—¡Estás golpeando a un lisiado indefenso! ¡Y encima por decir la verdad!

—¡No te pongas celoso! —replicó ella entre risas. Trató de ignorar el pinchazo que sufrió su corazón al oír esas palabras, porque... ¿y si tenía razón y una relación sexual era lo que se escondía detrás de los motivos personales de Tao? Era guapo, pero el simple hecho de acostarse con él le provocó arcadas.

—Solo prométeme que no me sustituirás para siempre —le pidió Sean, frunciendo los labios en un puchero que terminó convirtiéndose en una mueca—. No quiero perderte por culpa de un jugador de hockey que está cachas y nunca ha tenido respeto por nada.

—No seas bobo. Sabes que siempre me vas a tener ahí.

—¿Y volverás a patinar conmigo una vez que me recupere?

Abby le sonrió y le pellizcó la mejilla con cariño.

—Por supuesto que sí, rey del drama.

—No vuelvas a hacer eso —repuso él apartándola de un manotazo.

Sus ojos, sin embargo, habían recuperado ese toque de diversión que tanto los caracterizaban. El detalle hizo que Abby olvidara, aunque fuera de forma momentánea, la ansiedad que la había invadido al pensar en lo que podría estar motivando a Tao a patinar con ella.

Que quisiera algo así era ridículo. Sean no tenía de qué preocuparse.

—O si no qué, ¿eh? —lo provocó entonces ella con tono de burla.

—Repite eso si te atreves —replicó el chico con los ojos entrecerrados.

—¡Primero tendrás que atraparme! —Abby se levantó a toda velocidad de la mesa y corrió hasta llegar a la puerta.

Sean fingió que intentaba incorporarse, entre risas, y sacó el móvil con la aplicación de Instagram en pantalla.

—Demuéstrales a todos nuestros seguidores cómo te enfrentas a mí y pierdes en el proceso, Abby. Eso, eso, ahora arrepiéntete de burlarte de un lisiado como yo...



El primer impulso de Abby después de salir de casa de los Carter fue llamar a Tao y contarle que a Sean le parecía bien que fueran a patinar juntos, siempre y cuando no se acostaran. No lo había puesto como una condición explícita, claro, pero Abby sabía lo que pensaba su mejor amigo incluso cuando este no lo expresaba con palabras.

Por supuesto, Sean no tenía de qué preocuparse. No se acostaría con Tao —ni lo besaría siquiera, ¡ni le daría los buenos días ni le mandaría imágenes cuquis de gatitos por Instagram!— ni aunque le aseguraran que ganaría la copa Longan.

Movida por la rapidez de sus pensamientos, llegó a casa antes de lo esperado. No le sorprendió nada que, pese a que su familia ya había comido, el rostro de los mellizos se iluminara al ver los cruasanes que llevaba bajo el brazo.

—¿Son para mí? —Adam corrió a su encuentro.

—¡Yo también quiero! —chilló Amanda.

—Calma, calma, hay para todos. —Abby sonrió y dejó su mochila en el sofá del salón antes de depositar la bolsa de cruasanes sobre la mesa de la cocina.

Los mellizos no tardaron en pelearse por coger el mismo cruasán, alegando que «es el más grande y también seguro que el que contiene más chocolate». Su padre alzó la mirada por detrás del periódico que estaba leyendo y, con una sonrisa ladeada, inquirió:

—¿Y qué estamos celebrando, Abby?

Ella se sentó a su lado y le dio un beso en la mejilla.

—Que Tao Williams va a ser mi compañero y, lo que es aún mejor, a Sean y a Levi les parece bien. Bueno, a este último lo llamaré luego, pero no creo que objete nada. No si le prometo ganar.

La bomba pasó desapercibida para sus hermanos pequeños; sobre todo para Ava, que había llegado gracias a pasitos torpes y en ese momento estaba peleándose por ese mismo cruasán al que los mellizos le habían echado el ojo. Sus padres, sin embargo, se levantaron para acudir a su encuentro y estrecharla entre sus brazos.

—Ay, hija, ¡eso es maravilloso! —exclamó su madre en su oído después de posponer el agujero de un pantalón que estaba remendando.

—¿Tao Williams? Creía que su futuro en el hielo estaba descartado —repuso su padre cuando por fin la dejó ir de uno de esos abrazos de oso.

La joven nunca había creído que apreciaría tanto la facilidad con la que el oxígeno entraba y salía de sus pulmones.

—Sí, bueno... No hay nada que una Langford no pueda conseguir, ya lo sabéis.

Ellos rieron de manera que sus carcajadas se mezclaron en una melodía que nacía de la compenetración y de la unión más sinceras, y Abby no pudo menos que alegrarse por formar parte de algo así, tan sincero y real. No siempre se sentía a gusto en su propia familia, pero había momentos como ese, donde sabía que sería escuchada y querida hiciera lo que hiciese, que le

recordaban que el amor era algo que nunca había que dar por sentado y siempre algo por lo que sentirse afortunado.

—Eso es maravilloso. ¡Maravilloso! —repitió Aria antes de besarle las mejillas con frenesí. Se dio la vuelta para coger una olla que reposaba sobre la encimera y, sin abandonar ese tono agudo que se adueñaba de su voz cada vez que le daban una buena noticia, añadió—: ¿Qué quieres para comer? Debes de estar muerta de hambre. Y si entrenas luego, es mejor que vayas con algo caliente en el estómago, que en la pista siempre hace un frío...

Abby rio y poco después comió, feliz. Después de creer que no tenía posibilidades de competir en la próxima temporada, el tener la oportunidad de patinar, aunque fuese con Tao, hizo que todos esos nervios que había pasado mereciesen la pena. El verano en Fall River estaba avanzando para dar paso a lo que prometía ser el otoño más distinto de su vida.



—¿Qué hay? —Una mano en lo alto; una palmada esperando a ser dada con la intención de derribar a la otra persona.

—Nada nuevo, Williams. ¿Y tú? —Un empujoncito más fuerte de lo que debería haber sido; el sonido de sus manos al chocar resonando en la quietud de la calle.

Abby sonrió a la vez que Tao lo hacía, dejando que una corriente cálida bajara por su estómago y le erizara la piel. Todavía no se acostumbraba a tenerlo allí, frente a ella, con los patines en una mano y varios mechones de lacio cabello negro cayéndole por la frente. Ya había notado que tenía la molesta manía de despeinarse el flequillo cuando se ponía nervioso, pero no era algo que le fuera a echar en cara. Sobre todo cuando en ocasiones sentía el impulso de apartárselo del rostro, pero no para comprobar si su pelo era tan suave como parecía en realidad, sino para gritarle que espabilase, que tenía que ponerse las pilas si de verdad, de verdad, quería conseguir algo con aquella extraña alianza.

Además, se lo notaba algo tenso. Aun así, había acudido al entreno, igual que los últimos días, y eso era lo que importaba en realidad. La tranquilizaba saber que su carrera de patinadora estaba a salvo, al menos de momento, y que lo único que tenía que hacer era esforzarse por ser la mejor versión de sí misma y enseñarle a Tao todo lo que necesitaba saber.

Y soportarlo, claro. Esa era la parte más complicada y la que Abby no tenía tan claro que fuese a conseguir si él seguía esbozando una de esas sonrisas ladeadas, como si siempre se estuviera burlando de ella, y la observaba casi con miedo por lo que fueran a hacer aquel día.

—¿Estás listo?

—Nací listo, Langford.

Ella puso los ojos en blanco y le tendió una bolsa con el logo de una tienda de ropa local. Él la aceptó, algo receloso. Sin abrirla, preguntó:

—¿Qué hay aquí dentro?

—Antes he ido a ver a mi amigo Sean. Mi antiguo compañero, ya sabes. —Se encogió de hombros—. Este conjunto era suyo y, aunque tú eres algo más ancho, he pensado que a lo mejor te quedaría bien dado que los dos tenéis una altura similar.

Tao frunció el ceño y removió las prendas que se ocultaban en el interior de la bolsa.

—No sé si estoy dispuesto a pagar un precio tan alto por patinar contigo. Parece que un unicornio haya vomitado purpurina aquí dentro.

Abby soltó una carcajada y abrió la puerta que les dio la bienvenida al interior del patinadero. Se dejó empapar por la esencia del hielo, que le recordaba que volvía a la casa que la acogía con los brazos abiertos y, a la vez, la mantenía encerrada en esa prisión de cristal.

—Vete acostumbrando a los brillos, Williams. Esto es solo el principio.

Él, sin embargo, no se movió del sitio. Le devolvió la bolsa, rehuyendo su mirada a medida que declaraba:

—Dudo que esto me quepa. No soy tan... fino.

—Bueno, estoy segura de que los jugadores de hockey de élite también tienen que seguir alguna dieta especial —repuso ella algo extrañada por su reacción—, pero pruébate la ropa y luego me cuentas.

—No me estás entendiendo: no va a funcionar. Mi cuerpo no está hecho para algo así. —El joven resopló, poniendo los brazos en jarras, negándose a volver a coger lo que ella le tendía—. Y si mi cuerpo no vale para vestirse de esta manera, quizá yo no esté hecho para el patinaje artístico. Puede que todo haya sido un error y...

—Tao, eh, Tao... —Abby le puso las manos en los hombros como si quisiera detener el torrente de emociones que amenazaba con hundir al chico. No quería sentir empatía por él, pero había sentido en sus propias carnes demasiadas veces la presión por encajar que el chico describía con sus gestos y palabras—. Tu cuerpo no tiene que adaptarse a ninguna ropa, sino que la ropa ha de ajustarse a tu cuerpo. Y si la talla de Sean no te sirve, no pasa nada; buscaremos otra. Lo siento si he insistido demasiado —añadió antes de darse cuenta de que se estaba disculpando con él por primera vez en su vida. Joder, ¿cuán lejos iban a llegar?

Él se limitó a asentir, en silencio. Tenía los labios tan apretados que estos se habían convertido en una línea blanca de pura tensión.

Abby respiró hondo y dio un paso hacia atrás, como si alejarse de él fuera a hacer que el chico tomase aire con mayor tranquilidad. Desvió la mirada hacia la puntera de sus Converse blancas antes de continuar hablando.

—Este deporte es muy exigente —murmuró, todavía sin mirarlo. Una parte de ella temía

espantarlo con su confesión; la otra quería ver si, aun con esta por delante, el muchacho decidía seguir patinando a su lado pese a todo— y hace que te comas la cabeza muchas veces. Yo misma lo he hecho desde que tengo memoria y, aunque las inseguridades aún no han desaparecido del todo... —Esbozó una sonrisa triste que desapareció rápidamente; no quería que él reparase demasiado en lo vulnerable que se sentía respecto a ese tema—, sí se hacen más fáciles con el paso de los años.

—Lo entiendo —respondió él con lentitud, con tanto cuidado que Abby tuvo la impresión de que lo hacía para no herir sus sentimientos—, pero te digo que ese conjunto que me has dado no me va a valer. Y que mi cuerpo es más grande que el del resto de los patinadores a los que estarás acostumbrada, porque la complexión que me requerían para jugar al hockey era muy diferente.

—Podemos trabajar con eso —se apresuró a prometerle ella. Clavó la vista en la papelera más cercana antes de acercarse allí con decisión y tirar dentro el contenido de la bolsa—, pero no te rindas sin haberlo intentado todavía. No te tenía por alguien cobarde, Williams.

Era más fácil eso, provocarlo con la esperanza de ver de nuevo una de sus sonrisas arrogantes, que mostrar debilidad ante él. Tao también pareció sentirse más cómodo con aquel último comentario, pese a que se encogió de hombros antes de gruñir entre dientes y adentrarse en el patinadero:

—Hay muchas cosas que todavía no sabes de mí.

15



Tao

Olía bien.

Tao recordaba la primera vez que había leído, en uno de esos libros que su padre le regaló cuando acababa de comenzar a jugar al hockey, que el hielo desprendía un olor peculiar. En un primer momento, había pensado que era una tontería; uno más de los muchos disparates que los amigos de sus padres soltaban cuando iban a su casa a cenar —«Así que hockey, ¿eh? Pues ya verás cómo se te congela el olfato después de tantas horas en la pista»—, por lo que no se lo había tomado en serio. Con el paso de los años, sin embargo, se había acostumbrado a la sensación que le inundaba las fosas nasales cada vez que se ponía los patines y que hacía que se sintiera vivo, presente e importante. Poderoso.

Había creído que el hielo olía así y, no obstante, con la cintura de Abigail entre las manos y la nariz tan cerca de su cuello, se dio cuenta de lo equivocado que había estado; de que patinar no siempre consistía en caerse, sudar con sus compañeros y notar el peso del *stick* en las manos; también podía ser delicado como lo era la elegancia con la que Abigail se deslizaba sobre la pista, a su lado, quemándolo con la atención que le dedicaban sus ojos verdes.

¿Era su pelo lo que olía tan bien? Quizá su champú tuviera algo que ver o puede que se embadurnara con flores directamente, porque el aroma a primavera parecía provenir de su propia piel y Abigail estaba tan loca como para hacer una cosa así. A aquellas alturas, ya no le sorprendería nada viniendo de ella, y eso era lo peor de todo; Tao se había acostumbrado a su presencia, por mucho que detestase pasar tiempo con él. Había cierta familiaridad, sin embargo, en el intercambio de insultos y burlas que tenían todos los días, en cómo patinaban y jugaban a confundir un empujón con un descuido, una carrera con un acelerón imprevisto.

—¿Me estás escuchando?

Tao parpadeó para volver al presente y se percató de que hacía rato que Abby había separado su espalda del torso de él, dejándole una irremediable sensación de frío. En ese instante se encontraba frente a él, de brazos cruzados y con una mueca de reproche tatuada en el rostro.

—Sí, sí, claro —mintió distraído.

La joven puso los ojos en blanco.

—Esto así no va a funcionar —declaró sin miramientos y con un tono de irritación que le sentó como una patada en el estómago. ¿Quién se creía que era?—. Y entrenar con la cabeza en otra parte no sirve de nada. Créeme, lo digo por experiencia.

Él bufó y asintió a regañadientes porque sabía que tenía razón. No estaba empezando con buen pie en el mundo del patinaje, pero ¿y qué si lo único en lo que podía concentrarse era en el olor afrutado que Abigail desprendía y en el calor de su cercanía? No era culpa suya que el tenerla entre sus brazos, con las manos sobre su cintura, le impidiera pensar con claridad. Y si era sincero consigo mismo, prefería eso que recordar que había sido el hielo bajo sus pies lo que se había llevado a su padre en aquel accidente.

—Intentémoslo otra vez, ¿de acuerdo? —insistió ella, haciéndose oír por encima de la música atronadora que resonaba en la pista.

Tao se mordió la lengua para no replicar. Era consciente de que era culpa suya estar tan disperso, pero dudaba que pudiera hacer algo al respecto. Así que patinó, saltó, falló, y volvió a patinar, saltar y fallar. Apenas minutos más tarde, Abigail detuvo la música para beber un trago de agua. El moño tan tirante que se hacía cada día se le había deshecho un poco, de forma que varios mechones le caían sobre las sienes, húmedos como si acabase de ducharse.

Tao tragó saliva y desvió la mirada para apartar la imagen de la chica en el baño, con todo lo que eso implicaba —nada de ropa, muy buen olor y varias gotas resbalando por su cuerpo desnudo— de la cabeza.

Joder, necesitaba concentrarse.

—Tienes que olvidar todo lo que creías saber sobre patinar y reaprender desde cero. —Abigail le repetía lecciones y más lecciones de las que el chico no podía acordarse una vez que trataba de ponerlas en práctica—. Lo que hacías antes no es... En fin, no tiene nada que ver con esto. Estuve hablando con Levi y me dijo que vendrá a evaluarte en cuestión de días, así que necesito... *necesitamos* —corrigió de forma automática— que confíe en que esto es una buena idea.

—¿Sabes? Lo planteas como si fuera algo muy fácil, cuando tú probablemente no durarías ni dos días jugando al hockey —le espetó él sin ser capaz de contenerse, exasperado porque ella creyese que era un inútil.

La chica arqueó una ceja y patinó hacia él. De manera controlada, derrapó al llegar a su lado. A Tao no le pasó desapercibido cómo hacía eso para demostrarle que no era ninguna novata.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué no lo probamos? Enséñame a jugar si te crees tan listo, vamos.

—No se puede aprender a jugar al hockey en una tarde, Abigail.

—En primer lugar, no me llames Abigail. Suena demasiado formal. —Hizo una mueca, incómoda—. Si vamos a vernos tan a menudo, es mejor que te refieras a mí como lo hace todo el mundo.

—Abby, ¿no? —Tao fingió que la voz no le tembló al decir eso; que no había oído ese diminutivo en el instituto demasiadas veces y que, aun así, nunca se había sentido con la potestad suficiente para usarlo; que no se lo había susurrado a sí mismo las noches que pensaba en ella, maldiciendo que se adelantase al equipo a la hora de reservar la pista y que fuese tan irritante como preciosa.

Bueno, eso último no lo había pensado entonces, sino que era un detalle en el que había reparado con el paso del tiempo. Y que hacía que todo fuera mucho más desesperante.

—¿Qué pasa? —La muchacha se acercó tanto que, al alzar el mentón, sus labios quedaron peligrosamente cerca de los de él—. ¿Acaso tienes miedo?

—No tienes ni idea de lo que dices.

—Gallina, gallina —canturreó.

Esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos. Abigail —«Abby», se recordó, y no supo por qué el nombre le provocó un escalofrío— se mordió el labio inferior, y el chico sintió que el mundo giraba a toda velocidad antes de detenerse en el momento exacto en el que sus dientes entraban en contacto con sus labios y le secaban a él la garganta.

—¿Y a qué tendría miedo si puede saberse? —inquirió con voz grave.

Abby tragó saliva y Tao cantó victoria en su fuero interno.

—A que sea mejor que tú. Ya soy mucho más rápida, así que...

—Eso no es verdad. ¡Eh! ¿A dónde vas? —añadió cuando ella se dio la vuelta sin darle tiempo a reaccionar.

—¡Te echo una carrera!

Tao no esperó a que se lo repitiera dos veces. Avanzó sin mirar atrás y siguió el mismo recorrido que Abby, sin perder de vista su cuerpo esbelto en la inmensidad de la pista. Era cierto que era veloz; mucho más de lo que había esperado en un principio. Y ágil, también, de una manera diferente a sus compañeros de equipo, y a él.

Para cuando ambos llegaron al extremo contrario, el frío del hielo ya se había transformado en una sensación cálida que le recorrió el estómago y le sonrojó las mejillas.

La joven le dedicó una sonrisa triunfal.

—¡Te he ganado!

—Eso es porque has empezado antes y sin avisar —replicó con el ceño fruncido—. ¿Quieres probar a ver quién tiene mejor puntería, si una patinadora o un jugador de hockey?

—Te pasarás a mi bando cuando descubras que soy mejor que tú en todo, ya verás.

Tao sacudió la cabeza para apartarse de la frente el sudor del flequillo y se encogió de hombros, fingiendo que pensaba la respuesta.

—No estoy seguro de que «todo» incluya muchas de las cosas que tengo en mente para ti, Langford.

No alcanzó a oír su respuesta, no obstante, cuando salió del patinadero ignorando lo que la chica le decía. Sabía dónde podía encontrar un par de *sticks* y un disco. Al volver del almacén, le

lanzó uno de ellos a Abby, que lo pilló al vuelo.

—Vaya —silbó con admiración—. Es más ligero de lo que pensaba.

Su última sílaba quedo ahogada por el rasgueo de los patines de Tao al morder el hielo. Comenzó a patinar hacia delante, guiando el disco con el *stick*. Dejó de oír a Abby y de ver el mundo a su alrededor, y en su lugar solo se centró en cómo la euforia corría por sus venas igual que años atrás.

Durante unos instantes, no fue el joven que nunca había logrado superar la tragedia y la estrella que se había apartado del deporte para hacerle frente al duelo, sino ese niño que, al patinar por primera vez, se había permitido soñar con una vida sobre el hielo.

No había ninguna portería frente a él, pero su mente recordaba las medidas y el tamaño. Reunió toda la fuerza que encontró en su interior y lanzó el disco. En su cabeza, acertó de lleno; ahí estaba Tao Williams de nuevo, marcando un tanto como si nunca hubiera abandonado la pista. El corazón le dio un vuelco al imaginar las caras de sus compañeros a su alrededor al felicitarlo; a su entrenador gritando su nombre; a sus padres vitoreándolo desde las gradas.

Había tenido todo eso y lo había perdido de la noche a la mañana. Las piernas le temblaron ante la gravedad del pensamiento, pero se obligó a sacudir la cabeza para despertar de aquel recuerdo. Por eso no podía permitirse soñar con tanta frecuencia; daba igual el tiempo que pasara, el accidente seguía escociendo como una herida abierta.

Parpadeó para detener las lágrimas, mareado por las emociones que estaban a punto de desbordarse de su interior. Jadeó, falto de aliento, y solo volvió al presente cuando Abby llegó a su lado y agitó el *stick* en el aire, emocionada. Aquello le arrancó a Tao una sonrisa que jamás hubiera creído que fuera capaz de esbozar en un momento como ese.

—¡Tienes que enseñarme a hacer eso! —gritó con los ojos muy abiertos. Debió de reparar en la mirada que le dedicó el chico, porque al instante se aclaró la garganta, como si quisiera recuperar su lado más serio—. Es decir, ha sido bastante alucinante, la verdad y, aunque no me hayas ganado antes, lo cierto es que ha parecido que volabas con el *stick* en las manos. Se nota que te gusta mucho.

Gusta.

El verbo en presente hizo que la sonrisa le bailara en los labios; que agarrara con más fuerza el palo de hockey y asintiera con la cabeza, decidido a demostrarse a sí mismo que la muchacha no se equivocaba.

—¿Estás bien? —le preguntó ella con el ceño fruncido cuando notó que había palidecido.

—Se me pasará —repuso él con los dientes apretados, haciendo un esfuerzo por sobreponerse a la situación—. Haz lo que yo haga, vamos. Imagina que la portería está justo ahí. —Señaló con una mano el espacio frente a ellos.

Tuvo la impresión de que sonaba como si hubiese perdido la cabeza, pero las palabras de afirmación de Abby, que variaron desde «Entendido» hasta «Dime si lo estoy haciendo correctamente, por favor, y ni se te ocurra burlarte de mí porque te cortaré los huevos sin

anestesia» al intentar seguir cada uno de sus pasos a rajatabla, le confirmaron que no estaba loco, sino feliz.

—¿Lo he encestado? —preguntó después de lanzar el disco por primera vez.

—Eso es para el baloncesto. —Tao soltó una carcajada y se adelantó, robándole a Abby el disco que descansaba a sus pies—. Aquí hablamos de marcar.

—Eso no ha sido un gol —replicó ella cuando el disco salió disparado a toda velocidad hacia el extremo opuesto de la pista.

—Claro que sí. Atrápalo si puedes.

El muchacho se arrepintió en cuanto terminó de pronunciar esas palabras y vio que Abby desaparecía, apenas un segundo, para colarse de nuevo en su campo de visión y desviar la dirección del disco. Tao no dudó y salió tras ella, luchando por hacerse con el control del objeto. Sabía que no sería justo hacerlo de la manera en la que estaba acostumbrado, porque la joven no tenía ni idea de hockey, así que optó por dejar el *stick* a un lado y, en su lugar, cogerla por la cintura para levantarla por los aires.

—¡Bájame ahora mismo, Tao! —chilló aterrorizada—. ¡Me vas a matar!

Él, contrario a lo que había prometido cuando había accedido a patinar con ella, no le hizo caso y continuó dando vueltas en círculos mientras Abby, echada sobre su hombro, lo golpeaba en la espalda con fuerza. Le exigía que la dejase en el suelo, pero Tao apenas la oía. Lo único que podía decirse a sí mismo era que había olvidado los recuerdos que le traía el hockey porque, en su lugar, estaba concentrado en disfrutar lo bien que sonaba su nombre en labios de ella.

16



Abby

El hielo era diferente sin Tao.

Abby sabía que no era justo que pensase de esa manera, porque ni siquiera llevaban patinando juntos tanto tiempo y ni siquiera disfrutaba de su compañía, pero sí disfrutaba de los piques que existían entre ellos cuando la pista se les quedaba demasiado pequeña y el mundo, demasiado grande.

Aquel domingo le dijo que no iban a entrenar, porque, al estar todavía de vacaciones, a Abby le gustaba tomárselos con calma. Tao se limitó a responderle con el emoticono del pulgar hacia arriba y desapareció el resto del día. No eran amigos, al fin y al cabo, así que no esperaba ningún tipo de efusividad por su parte. Y no había ningún problema en eso. Claro que no. En absoluto. Al menos, eso se dijo a sí misma antes de llamar a Sean una vez que llegó a casa tras su *running* de la mañana.

—Creo que tu problema es que no sabes descansar —sugirió su amigo después de que ella le explicara cómo se sentía.

—¿Que sea incapaz de dejar de pensar en cómo podría aprovechar el tiempo ahora mismo entrenando y me arrepienta de haberle dicho lo contrario implica que sea una adicta al trabajo? —replicó Abby ceñuda.

Pese a que no podía verlo, era capaz de adivinar que Sean estaba pestañeando, con aburrimiento, en ese mismo momento.

—Creo que esa es la definición perfecta, sí.

La muchacha no respondió. En lugar de eso, resopló y continuó jugando con los pies, que había levantado sobre la pared. Llevaba unos calcetines con dibujos de nubes y fresas que no seguían ninguna lógica y que hacía tiempo que no se ponía porque había pasado mucho desde

que había dejado esa parte de la infancia atrás, la más colorida e infantil; la que no vivía por y para el patinaje y se permitía desconectar cuando lo necesitaba.

La que echaba de menos y estaba decidida a recuperar una vez que se retirase por fin.

—Supongamos que tienes razón —musitó cuando el silencio entre ellos se alargó en exceso y pudo oír a Sean balbucear algo al otro lado—. ¿Qué me aconsejas que haga?

—Ve a dar un paseo y desconecta un rato. Aunque, si quieres que sea franco... —El joven se aclaró la garganta antes de añadir—: Sigo creyendo que lo que te hace falta es echar un buen polvo, pero comprendo que quieres que sea más realista, así que yo creo que la solución es distraerte un poco.

—Empieza a preocuparme que esa sea tu solución para todos los problemas, ¿sabes?

—Es una de las mejores. Dejas de pensar un rato, te desfogas... No lo entenderías. —Hubiera jurado que su amigo se encogía de hombros con fingida indiferencia.

—¿Así que no crees que pueda acostarme con alguien?

—¿Te lo vas a tomar tan en se...? ¡Era una broma! —Sean rio al otro lado de la línea cuando comprendió que la chica, como él, había estado bromeando. Abby lo hizo a su vez, ignorando el aguijonazo de culpabilidad que se le había clavado entre las costillas al considerar, apenas durante un segundo, que el joven hubiera estado en lo cierto—. Y ya que sacas el tema, sí: pienso que te has centrado tanto en tu futuro como patinadora que has renunciado a otras facetas de tu vida.

—¿Y la sexual es una de ellas?

—Tenía en mente la amorosa, pero esa también funciona.

—Solo para que lo sepas: soy perfectamente capaz de enamorarme y de tener sexo. —Abby chasqueó la lengua y desvió la mirada hacia las fotos que colgaban en su cuarto, todas relacionadas con su familia y las competiciones, así como los amigos que había hecho gracias al deporte y el patinaje, presente en cada una de las instantáneas—. Es que... No sé, nunca me ha apetecido tener pareja. Jamás lo he considerado algo importante ni he encontrado a alguien por quien valiera la pena sacrificar tantas horas de entreno, así que con algún revolcón esporádico me conformo. Y este deporte tampoco es que te deje mucho tiempo libre para tener citas, si te soy sincera. Ni para tener amigas —añadió para sí, casi con rabia.

«Nunca ha habido nadie que me demostrara que yo era algo más que una patinadora. Nadie que me enseñara que existe una vida más allá», estuvo a punto de decir también, pero se mordió la lengua a tiempo. Había ciertos límites que ni siquiera con Sean podía cruzar.

—Lo importante es que no te cierres las puertas. Quién sabe, si estuvieras enamorada, puede que hoy tuvieses uno de esos planes de domingo de *Netflix and chill*. [1] ¿Has pensado en decírselo a Tao? Sigo creyendo que es un capullo, pero seguro que tiene una polla enor...

—¡Sean!

—Vale, vale, yo solo doy ideas...

Abby puso los ojos en blanco y rodó sobre sí misma en la cama antes de levantarse de un

impulso. La voz de su amigo siguió sonando en la habitación incluso cuando la joven dejó el móvil en el escritorio para calzarse. Guardó su lectura de ese momento en la mochila que utilizaba de diario. No tenía ni idea de a dónde pretendía dirigirse, pero, si se quedaba en casa y le daba vueltas al sentimiento de estar perdiendo parte de su vida por priorizar ciertas cosas, terminaría desesperada y cortándose el flequillo antes de teñirse el pelo de azul, y aún no estaba dispuesta a pasar por esa fase.

Así que cortó la conversación un par de minutos más tarde, algo brusca, y respiró hondo. Reprodujo en su Spotify *Midnights,* notando un vacío extraño en las manos al no llevar nada consigo, ni los patines ni las llaves del coche, solo un par de monedas en el bolsillo derecho de sus vaqueros. No había pensado en un rumbo fijo ni tampoco en qué hacer el resto del día, pero no le preocupaba. En ocasiones, los mejores planes sucedían de la manera más improvisada.

La tarde de ese domingo no fue una excepción.

La primera cafetería que encontró no permitía sentarse a los clientes, por lo que Abby pidió dos capuchinos para llevar. Aunque no comprendía por qué se estaba comportando de esa manera ni el sentido de lo que hacía, tampoco perdía nada por intentar no quedarse a solas con sus pensamientos. Era cierto que tenía que descansar, por lo que comenzó su paseo sin saber dónde acabaría.

Sus pies la llevaron sin proponérselo hasta The Vinyl's House, quizá porque Tao Williams era la única persona con la que hablaba todos los días, a excepción de Sean. Bueno, no era su lugar ideal, pero, ya que estaba allí, no perdía nada por pasarse a saludar. Era una compañera de patinaje educada y solo aspiraba a tener una relación cordial con Tao, pero para eso necesitaba llevarse bien con él.

Y, sin embargo, mientras el tintineo de las campanillas indicaba su presencia, se prometió que en esa ocasión intentaría conversar sobre el patinaje lo menos posible. Solo por cerrarle la boca a Sean y demostrarle que su vida no giraba *únicamente* alrededor del deporte.

—Abby, ¿qué haces aquí? —dejó escapar Tao al verla aparecer por la puerta con las dos manos ocupadas con vasos de cartón.

—No sabía si abríais en domingo, así que me alegro mucho de no haberme equivocado y de no tener que beberme los dos cafés de seguido. He comprado este para ti —farfulló ella a toda prisa a modo de saludo, sin darle tiempo a replicar. Le tendió uno de ellos—. Espero que te guste sin azúcar, porque se me ha olvidado pedirlo.

Tao observó la bebida y con lentitud, casi como si no pudiera creerse que esa situación estuviese dándose de verdad, la aceptó con aire reticente. Le echó un vistazo antes de darle un pequeño trago.

—A veces creo que he aceptado patinar con la tía más loca de todo Fall River.

—¿Lo dices por el azúcar? Porque no...

—Porque nunca dejas de sorprenderme. A tu salud, reina de las bebidas saludables. —Alzó el vaso en su dirección con la cara manchada de sarcasmo, y le dio un trago. Hizo una mueca de

asco cuando el líquido caliente le abrasó la garganta—. ¿Lo has probado? Porque está asqueroso.

—Por fin estamos de acuerdo en algo. Lo que hace el azúcar, ¿eh? —Abby chocó su capuchino con el de Tao para brindar, quien observó sus manos con atención.

—¿De quién es este anillo? —Señaló con la cabeza la piedra de cuarzo rosa que destacaba en su dedo índice.

—Me lo regaló mi madre cuando gané una competición estatal. —«Siempre el patinaje», añadió para sí a regañadientes. Quizá Sean tuviera razón y toda su vida girara en torno a él, al fin y al cabo—. O eso creo, al menos. Lo cierto es que, desde que nacieron los mellizos, no he podido pasar mucho tiempo con mis padres y hay cosas que se me han ido olvidando.

—¿Y lo echas de menos?

Abby levantó la mirada hacia él y clavó sus ojos verdes en los oscuros del chico, tratando de descifrar lo que escondía su mirada. Terminó por asentir, en silencio, sin saber por qué le haría una pregunta tan estúpida. ¿Acaso él no extrañaba pasar tiempo con su familia al completo o es que los recuerdos con su padre se habían ido difuminando hasta el punto de desaparecer? Y, en caso de que esa fuera la respuesta correcta, ¿cómo podía alguien enfrentarse a algo así?

Optó por no decir nada de lo que se le pasaba por la cabeza. Nunca le había importado ser borde con él, pero meterse con la familia era algo sagrado. En su lugar, tragó saliva y miró en derredor, buscando algún rastro más de vida entre las estanterías que decoraban el interior del pequeño establecimiento. Se estremeció al reparar en que solo estaban acompañados de vinilos clásicos de rock norteamericano y los mejores éxitos del jazz del siglo XX. Se respiraba una quietud tan espectral que se le pusieron los pelos de punta.

—¿A qué has venido en realidad? —La voz de Tao la sacó de sus pensamientos al ver que ella no estaba dispuesta a contestar. Esbozaba una sonrisa que se asemejaba a un rayo partiendo el cielo de tormenta; la clase de electricidad que te recorría el cuerpo antes de explotar en la punta de los dedos—. ¿Tanto me echas de menos el día que no entrenamos juntos?

«¿Qué hago aquí?

»¿Por qué he acabado en esta tienda?

»No vengo a comprar nada. No quiero comprar nada. Solo llevo un libro en una mochila, las llaves y el dinero que me ha sobrado después de comprar el café.

«¿A qué he venido, entonces?

»No te echaba de menos.

»Sí te echaba de menos.

»No lo sé. Simplemente no sabía qué más hacer.»

En el fondo no tenía una única respuesta y eso era lo que más la asustaba de todo. Todas se le acumulaban en la punta de la lengua, suplicándole que las dejara salir, que hablara, que le confesase que sus pies la habían llevado hasta allí sin que su mente lo supiera porque era patético, pero no tenía a nadie más por mucho que le gustaría afirmar lo contrario.

Echaba de menos tener más amigos aparte de Sean y, aunque Tao aún no fuese uno como tal,

sí comenzaba a sentirse cómoda en su presencia. Eso era lo que más la aterraba de todo.

—Me apetecía verte y hablar contigo —musitó por fin. Ignoró el vuelco que le dio el estómago cuando él sonrió tanto que los dos hoyuelos aparecieron en sus mejillas, robándole la respiración—. Supongo que comprarte café es mi manera de agradecerte que hayas accedido a patinar conmigo, a pesar de todo.

Tao ladeó la cabeza. Su flequillo negro, peinado en un tupé que había comenzado a bajarse por la humedad del lugar, se despeinó con el movimiento.

—Agradezco la intención, pero no puedo salir a charlar en este momento. Tengo que cerrar la tienda en un par de horas.

La muchacha se encogió de hombros y desvió la vista hacia los tablones de madera del suelo.

—¿Puedo quedarme? Traigo provisiones. —Abrió la mochila y sacó una edición de coleccionista de *Frankenstein* que tenía los bordes de las páginas pintados de dorado—. Por favor, no quiero estar en mi casa —añadió cuando vio que él la observaba sin estar seguro de qué respuesta ofrecerle—. Hay temas sobre los que no quiero pensar.

Él guardó silencio durante un par de segundos en los que ella temió que la despachara de allí y alegara que, si no iba a comprar nada, no tenía sentido que se refugiase en aquella tienda *vintage* de luz amarillenta y música suave de fondo.

Sin embargo, y después de que hablara, Abby se dio cuenta de que Tao Williams había estado equivocado. Porque, por mucho que ella lo sorprendiera en ocasiones, era él quien demostraba ser impredecible en los momentos más inesperados.

—Con una condición. —La miró a los ojos, permitiendo que una sonrisa burlona se le expandiera en el rostro. La muchacha estuvo segura de que era su imaginación, y no la realidad, la que detenía la canción de Stevie Wonder que sonaba en ese instante mientras aguardaba para escuchar las reglas que él quería establecer—: Léeme en voz alta, por favor.

17



Abby

Se le había secado la boca.

Eso era en lo único en lo que Abby podía pensar mientras continuaba leyendo las palabras que se fundían frente a sus ojos. Parecían sobresalir del fino papel del libro, tan delicado que tuvo la sensación de que el más brusco movimiento bastaría para rasgar sus páginas en pedacitos. El distante tictac del reloj de la tienda formaba parte de la banda sonora que envolvía su voz junto a la respiración pesada de Tao y el golpeteo rítmico de las zapatillas de la chica contra el suelo. Ambos estaban sentados tan cerca que sus hombros se rozaban, apenas de manera sutil; lo suficiente para que ella estuviese tensa y reparase en que Tao se apoyaba más de lo debido en el hueco entre su clavícula y su cuello, como si ya no estuviese leyendo la misma página, pero aun así continuase escuchándola. Las pestañas oscuras de él, tan largas que proyectaban una sombra sobre sus pómulos debido a la luz tenue del establecimiento, le indicaron con un aleteo que estaba algo adormecido.

Quizá lo relajara escucharla o puede que se aburriese. Sí, seguro que era la segunda opción y, en el fondo, Tao era demasiado educado para pedirle que se marchara de allí. Fue por eso por lo que Abby siguió leyendo, casi esperando oír el movimiento de las manecillas en un momento dado; el sonido de la puerta al abrirse; el de un coche pitar a otro en la avenida de la esquina; el de una llamada entrante rompiendo la magia del lugar.

Cualquier cosa que sirviera como excusa para irse.

Contra todo pronóstico, no ocurrió nada.

No se movió nadie, ningún objeto ni ninguna persona.

Y Abby leyó y leyó hasta que la boca se le secó y los labios se le cuartearon. Fue entonces cuando tuvo que hacer una pausa para decir:

—Oye, ¿no tendrás por casualidad una botella de agua?

Tao parpadeó como si despertara de una ensoñación y se incorporó para dirigirse detrás del mostrador. Se agachó para buscar lo que le había pedido, en un silencio tan profundo que Abby tembló, inquieta. ¿Estaría enfadado porque todavía no se había callado? ¿Tendría en mente la manera perfecta de echarla de allí?

No le dio tiempo de seguir conjeturando; Tao le tendió una botella de agua con la sonrisa más sincera que le había visto esbozar.

—Espero que no seas escrupulosa, porque es la que utilizo yo.

—Puaj, ¿resulta que ahora tengo que comerme tus babas? —soltó antes de beber un trago.

—Como si te importara —resopló él, aunque no parecía ofendido.

—Espero que este sea el tope de confianza al que lleguemos.

—¿Acaso te vas a conformar? —repuso él al tiempo que la guardaba y volvía a sentarse al lado de Abby.

Esta abrió de nuevo el libro que descansaba sobre su regazo, fingiendo que la pregunta no le había provocado un tirón en el estómago.

«Concéntrate. Concéntrate. Concéntrate.»

—Con esto y, con suerte, un *axel* a final de temporada. —La sonrisa le bailó en los labios.

—¿Un *axel*?

—Es uno de los saltos más difíciles. —Se aclaró la garganta, nerviosa, y alzó *Frankenstein* en el aire—. ¿Quieres que siga leyendo?

Tao desvió la mirada hacia el reloj de pared que acumulaba polvo en una esquina de la tienda y chasqueó la lengua como si la hora que mostraba le disgustara.

—Me encantaría, pero tengo que cerrar y dormir un poco si quieres que mañana no me tropiece con mis propios pies al patinar. Seguro que estás más que encantada de repetirme siempre lo torpe que soy, pero, por una vez, me apetece que te tragues tus palabras.

Ella frunció el ceño ante la insinuación, aunque no se lo discutió porque sabía que llevaba razón. Se levantó de golpe, algo avergonzada por haber olvidado la posibilidad de que pudiese estar interrumpiendo su horario de trabajo. Con el corazón tronándole dentro del pecho, dejó a un lado la sensación que la había invadido al darse cuenta de lo mucho que disfrutaba leyendo para él. En su lugar solo quedó espacio para el remordimiento, las dudas —«¿Seré demasiado pesada? ¿Y si no le gusta *Frankenstein* y me he pasado la última hora y media leyendo para nada? ¿Y si él ha estado todo este tiempo pensando en lo mucho que le gustaría que me cayera encima una nave alienígena para que me aplastase la cabeza y que así me callara de una vez? ¿Y si él mismo contrata esa nave alienígena porque me odia? ¿Y si mi madre le está pagando para que patine conmigo y así yo no esté frustrada en casa?»— y la ansiedad que comenzó a llenarle el estómago.

—Claro, lo siento. —Guardó el libro en la mochila antes de sacudirse la ropa para librarse de la angustia que se había adueñado de su cuerpo—. ¿Necesitas ayuda con todo esto?

—¿Cerrando? —Abby asintió. Tao sacudió la cabeza y se encogió de hombros—. Es mi

trabajo, tranquila. Ya has hecho suficiente.

Suficiente.

La palabra se le repitió en los oídos como si de un taladro se tratase y le hizo recordar todas esas veces en las que ella misma no se había sentido suficiente. Cuando se había dicho a sí misma frente a un espejo que debía entrenar más, ser más y dar más, o sus esfuerzos jamás darían frutos y nunca bastarían para que saliera de allí. Las veces en las que se había comparado, en la pista y fuera de ella, para salir perdiendo siempre. El odio acumulado, las dudas y el miedo.

Suficiente.

¿Era ella suficiente?

«¿Acaso te vas a conformar?»

Sacudió la cabeza.

—¿Abby?

La joven alzó la mirada hacia Tao y se chocó con sus ojos oscuros, que la observaban con atención. Estaba inclinado hacia delante sobre el mostrador, de forma que estaba casi a su misma altura, y tenía los brazos cruzados, como si quisiera protegerse de algo. De qué en particular, ella no tenía ni idea.

En otras circunstancias, se habría tomado esa llamada de atención como un recordatorio de que tenía que marcharse de allí o incluso como una burla que no necesitaba de palabras. En ese momento, con los pensamientos retorciéndose alrededor de las inseguridades que llevaban dándole forma a su vida desde que era pequeña, dijo lo primero que se le pasó por la mente con la esperanza de dejar de pensar.

—¿Qué significa tu tatuaje?

Tao ladeó la cabeza, confundido, y dejó que Abby se acercara hacia él.

—El de tu brazo —especificó. Le cogió la mano y le dio la vuelta para que el par de lirios que se entrelazaban en su antebrazo quedasen bajo la luz amarillenta de la tienda—. ¿Por qué unas flores?

El muchacho apretó la mandíbula antes de responder. Fue apenas un segundo, como si estuviese intentando refrenar los recuerdos, en el que Abby pensó que estaba a punto de mandarla a tomar viento.

No le habría sorprendido, de todas maneras. Era Tao Williams y la delicadeza no iba con...

—Eran las favoritas de mi padre —murmuró, sorprendiéndola con la dulzura con la que dijo aquello—. Y también las que pusimos...

—En el funeral —completó ella en el mismo tono quedo al caer en la cuenta de ese detalle. Dio un paso hacia atrás, dejando caer con brusquedad la mano que le había tomado para ver con más atención el dibujo de su antebrazo—. Sí, es verdad.

Se acordaba de más cosas, aunque no mencionó ninguna en voz alta. En ocasiones, incluso creía seguir distinguiendo sus ojos atravesando aquel manto de agua para clavarse en los suyos con intensidad y hacerla estremecer.

Tao no añadió nada más, sino que observó el espacio en el que sus manos se habían separado, como si el contacto o la falta de él le ardiese en algún punto desconocido del cuerpo. Abby se ciñó la mochila al hombro, rogando porque las piernas no le temblasen tanto como ella lo hacía por dentro, y señaló con la cabeza los delicados pétalos perfilados en el brazo del chico.

—Me gustan. Son bonitos, y fueron bonitos también ese día. Estoy segura de que a tu padre le habrían encantado. —Se mordió la lengua a tiempo de impedirse a sí misma seguir hablando, pues no quería decir algo incorrecto y hacerlo sentir mal. Nunca lo hubiera admitido, pero, por una vez, le importaban los sentimientos del chico—. Creo que debería irme.

Sin darle tiempo a responder, enfiló el pasillo repleto de vinilos de todos los años y géneros para dirigirse a la salida. Era un paseo a otra época, el recuerdo de que la historia se repetía, reflejándose en los distintos acordes que marcaban un período en concreto.

Abby se preguntó qué canción sonaría en ese momento si fueran parte de una película; si en lugar de ser dos jóvenes, cada uno con sus fantasmas y un pasado en común, fueran solamente dos personas que apenas se conocían y empezaban de cero.

La sonrisa que Tao le dirigió desde el mostrador era sinónimo de nuevos comienzos y, sin embargo, Abby era incapaz de olvidar cómo el patinaje había separado las vidas de ambos de un modo que, normalmente, parecía irreversible.

—¿Langford? —le dijo cuando ella agarró el pomo de la puerta.

—¿Sí?

Se giró hacia él con el corazón en la mano, ya sin cafés y con *Frankenstein* a la espalda. Tao la observó estando rodeado de música, con lirios en el antebrazo derecho y unas gafas del sol colgadas del cuello de la camiseta.

Pareció que iba a decir algo y que se contuvo justo a tiempo.

—Nos vemos mañana.

La chica asintió y se marchó en silencio..., tal y como lo hacían las últimas gotas de lluvia antes de que amainase una tormenta; tal y como sobrevivían las flores al invierno.



—Eh, ¡espera!

Su voz la detuvo en el sitio, sobresaltándola. La joven estuvo a punto de dejar caer el móvil sobre el pavimento por el susto, pero su corazón retomó el ritmo habitual cuando vio que era Tao quien la llamaba. Todavía tenía el pelo húmedo, lo que dejaba entrever que acababa de salir de

los vestuarios. La camiseta se le pegaba a los músculos del torso. Abby puso los ojos en blanco; seguro que lo hacía adrede. Qué estúpido era si creía que eso iba a hacerle tragar saliva con dificultad. Ja. Como si ella fuera tan tonta y no fuera, en su lugar, a fijar los ojos en la línea de pecas que se le alineaban bajo la mandíbula para no rememorar la manera en la que habían estado patinando antes, cuando los dos parecían volar sobre la pista con la música de fondo y el aliento de Tao le hacía cosquillas en el cuello.

Arqueó una ceja para invitarlo a continuar, pero él solo le puso una bolsa de cartón en la mano.

—Por invitarme al café del otro día —le explicó, serio como de costumbre. Pasó por su lado a medida que conectaba los auriculares con su móvil y añadió, ya sin mirarla mientras se alejaba —: Nos vemos.

Boquiabierta, Abby vio como el chico desaparecía de allí y se mezclaba con la temperatura de finales de verano. Antes de emprender su propio camino a casa, abrió el paquete que le había entregado. Se trataba de una edición de bolsillo de *Drácula* que tenía el borde de las páginas pintado de rojo y las letras del título grabadas en la portada de cuero.

—Pero qué...

Se calló cuando vio que una pequeña nota se desprendía de la novela. Abby se agachó para cogerla, notando que los músculos se le resentían después del entrenamiento de aquel día.

El corazón le vibró en el pecho cuando leyó lo que el joven había escrito en ella:

Con la esperanza de que puedas seguir leyéndome novelas de terror,
T.

18



Tao

—Me gusta, Abby. ¿Dónde lo has encontrado?

Tao sintió como las mejillas amenazaban con teñírsele de color al oír eso y se forzó a cuadrar los hombros para aparentar más confianza de la que en verdad sentía. La imagen de chico nervioso que estaba ofreciéndole al entrenador de Abby no casaba con el capitán de hockey que había llevado el equipo estudiantil a lo más alto.

No recordaba a Levi de sus años como adolescente, pero le había dado tiempo a que la joven lo pusiera al corriente sobre su trayectoria en los Juegos Olímpicos y cómo la fama que él mismo se había ganado como patinador había repercutido de forma directa en Sean y ella. Él mismo había visto con sus propios ojos el impacto que tenían en las redes sociales y, aunque aún no estaba seguro de que ese estilo de vida fuera con él, no podía negar que le producía curiosidad.

Tao miró a los ojos a Levi y se estremeció. Si las cosas seguían adelante y lo que acababa de decir era cierto, puede que entrenar con el hombre no solo impulsara su carrera, sino también su proyección. Y aunque aún no se lo había dicho a Abby, tenía miedo de no estar preparado todavía. Patinar con ella era... divertido, sí, un oasis de libertad. Pero competir traía consigo recuerdos que todavía no sabía cómo afrontar.

A juzgar por la manera en la que Abby se reía mientras se frotaba la nuca, sin embargo, supo que no era el único que había temido que el primer encuentro con Levi fuera un desastre.

—Casi se podría decir que lo he rescatado —bromeó ella. Estaba tan tensa, sin embargo, que la voz le salió como el graznido de una gallina.

El chico olvidó sus propias preocupaciones cuando le puso una mano en la parte baja de la espalda y le acaricio la zona brevemente con el pulgar. Ella se irguió en un acto reflejo. Tao le agradeció en silencio que no lo apartase, porque necesitaba el contacto para mantener los pies en el suelo. Levi era para Abby lo que Mark, su entrenador de hockey, había sido para él. Y tenía que recordarse que el hombre de rostro frío que lo analizaba con la mirada no tenía nada que ver con la persona que había sido como un segundo padre para él.

Era una suerte que la experiencia en la pista le hubiese enseñado a tratar con gente así de exigente, pero la sensación de familiaridad dificultaba mantener los recuerdos a raya.

—Abby siempre se ha mostrado muy amable conmigo, y os agradezco a los dos la confianza en mí —dijo de la manera más encantadora que fue capaz.

—No es una tarea fácil —repuso ella con una mueca. Arqueó una ceja, preguntándole sin voz a qué había venido ese tono tan dulce que era poco propio de él.

Tao se limitó a devolverle la mirada, todavía sin quitar la mano de su espalda. Estaba tan cerca de la cinturilla de sus vaqueros que ser consciente de ello envió una ola de calor a todos los rincones de su cuerpo.

—Nada lo es contigo, Langford, y eso no quiere decir que no merezca la pena.

Y era cierto. Tao se había dado cuenta de que patinar juntos iba a ser de todo menos sencillo cuando Abby, con sus preguntas y dejes nerviosos, le había dicho el día anterior:

—¿No te asusta conocer a Levi? Ya sabes, por toda la fama de duro que tiene y eso. Hay gente que lo considera un dios o algo por el estilo. Cuando Sean y yo empezamos a entrenar con él, me aterraba siquiera que me dirigiera la palabra.

Habían terminado de ducharse después de entrenar y en ese momento estaban caminando juntos de vuelta a casa.

Él se había limitado a encogerse de hombros, indiferente.

—Tengo la sensación de que tienes más miedo tú que yo porque eso suceda.

—No, es que... —Abby había chasqueado la lengua. El cabello castaño le había caído en bucles por la espalda y Tao se había preguntado cómo sería enredar los dedos en ellos; si serían tan suaves como parecían—. Es Levi, al fin y al cabo. Cuando lo conozcas, entenderás de lo que hablo.

—¿Por qué iba a hacerlo? Se supone que la figura del entrenador está ahí para guiar y ayudar, ¿no?

Mark había sido esa persona para él, con su barba castaña y melena descuidada, pero siempre con unas palabras de aliento brotándole de los labios a la menor oportunidad. Según Abby, Levi no tenía nada que ver con él.

Y Tao se había quedado sin respiración al reparar en que nadie sería Mark.

En que él nunca volvería a ser el mismo.

En que...

—Bueno, sí, pero... —Abby había interrumpido sus pensamientos—. Es solo que la mayoría de los atletas tienen miedo ante este tipo de situaciones, eso es todo.

Tao había sacudido la cabeza, desconcertado, y no había añadido nada más. Había guardado silencio mientras las sombras de ambos se proyectaban sobre el pavimento, perfiladas gracias a los últimos rayos del atardecer. Vistos desde fuera, cualquiera podría haber dicho que eran dos amigos que volvían a casa después de estudiar; que se conocían desde hacía tiempo, porque la soltura con la que bromeaban nacía de la complicidad.

Aunque había una parte de Tao que sí se moría de ganas de considerar a Abby su amiga, ese deseo desaparecía al recordar la manera en la que discutían como si no existiese un mañana porque nada salía como querían, porque Abby tenía poca paciencia y a Tao le encantaba burlarse de ella, y porque encontrar un equilibrio era complicado.

—Cuando íbamos al instituto, mi entrenador era como un segundo padre para mí —le había contado el chico antes de que se despidieran frente a la puerta de la casa de Abby. Le hubiera gustado decir que la había acompañado hasta allí para no dejarla sola, pero lo cierto era que sus pies lo habían llevado hasta la puerta sin que él se diese cuenta, movidos por las ganas de querer seguir la conversación—. Y era duro, claro que sí, pero también sé que trataba de hacer lo que creía que era mejor para nosotros.

—¿Y dio sus frutos?

Había dado un paso hacia él y alzado la barbilla en su dirección como si le exigiera una respuesta. Tao se había permitido perderse en esos ojos verdes en los que se veía reflejado durante el par de segundos en los que había notado que el aire huía de sus pulmones. Era porque viajaba al pasado, se dijo, y a una época en la que todavía no conocía el miedo. No tenía nada que ver con que Abby lo estuviese observando como si quisiera saberlo todo de él.

—Tú dirás.

Y había sido consciente del análisis que la muchacha le había hecho; en cómo se había fijado en sus ojos rasgados, oscuros como la noche que comenzaba a cernirse sobre Massachusetts, mientras Tao rogaba porque buscase en ellos las respuestas a las preguntas que él mismo era incapaz de poner en palabras; en la forma en la que su atención se había desviado hasta las pecas alineadas en la mandíbula y los labios entreabiertos, algo despellejados porque Tao siempre estaba mordiéndoselos. Todavía no sabía qué había visto en él para sonreír de esa manera instantes después, aún en silencio.

—Me retiré del deporte de repente y abandoné a todos mis compañeros, tirando también mi futuro como jugador por la borda —había añadido el joven a toda prisa, demasiado sobrecogido por la quietud para aguardar a que esta estallase.

—Pero ahora has vuelto.

—Ahora he vuelto —había confirmado él.

«Porque tú me lo pediste —había pensado, pero no se había atrevido a confesárselo—. ¿Y por qué a mí?»

—Mañana conocerás a Levi y, si todo le parece bien, empezaremos en serio —le había explicado Abby, balanceándose sobre los talones como si quisiera retrasar el momento de la despedida todo lo posible—. Prepárate para que aumenten tus seguidores de Instagram de manera drástica, pero también para pasar horas en el gimnasio y en la pista hasta dejarte los pies en carne viva.

Tao se había limitado a soltar una carcajada que había llenado esa calle solitaria de Fall River. Ojalá hubiera tenido el coraje suficiente para explicarle que eso no le preocupaba tanto como

pasar tiempo con ella y que ambos se viesen obligados a encontrar un lugar en tierra de nadie en el que no tuviesen que matarse el uno al otro.

—Espero caerle bien a Levi —había dicho, y habría querido añadir «Los que tenemos que congeniar, en realidad, somos tú y yo. Y hay veces en las que me pregunto si llegará un momento en el que podamos conseguirlo».

—Oh, créeme, lo harás.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque también me impresionaste a mí.

Después de decir eso, Tao había tenido que poner los ojos en blanco para disimular el escalofrío que le había recorrido el cuerpo. Conformándose con un par de chistes sobre sus años en secundaria, se había alejado de allí con tan solo una sonrisa nerviosa colgándole de los labios como un cigarrillo a medio encender.

No habían vuelto a hablar del tema hasta el entrenamiento de aquella tarde, que Levi había decidido supervisar antes de emitir un veredicto final.

—Eres más ancho que Sean, pero también tienes más fuerza —juzgó el entrenador mientras observaba a Tao de arriba abajo—. Podemos trabajar con eso, pero te pasaré un plan de dieta para que tu cuerpo se acostumbre a la dinámica que seguimos en este deporte. Y también necesitaré que hagáis horas extra en el gimnasio antes de poner en práctica ciertos movimientos. —Se aclaró la garganta, cruzándose de brazos, y fijó sus fríos ojos azules en los oscuros del chico—. Estoy seguro de que Abby ya te habrá contado lo estricto que puede llegar a ser todo esto, sobre todo al principio.

—Me ha contado muchas cosas, pero me da miedo que se haya dejado alguna.

Recibió un empujoncito molesto al soltar eso. Aun sin prestarle atención, era capaz de oírla refunfuñar por lo bajo.

—Bien, porque estoy convencido de que ni ella misma sabe lo tiesos que estáis patinando juntos. —Ante aquella afirmación, Abby parpadeó, cogida por sorpresa. Tao apartó la mano de su espalda, como si el contacto le hubiese provocado un calambrazo—. Entiendo que es porque aún no os conocéis demasiado, pero el patinaje requiere confianza y contacto, chicos, así que espero que dejéis de comportaros igual que si el simple hecho de tocar al otro os produjera una urticaria.

—Yo no... —empezó a decir la muchacha.

—¿Urticaria? No tiene nada que... —soltó Tao a su vez.

Ambos se callaron al mismo tiempo para dejarse continuar, pese a que ninguno lo hizo. Compartieron una mirada cómplice que terminó con Abby tragando saliva y con Tao agachando la cabeza, avergonzado al saber que Levi tenía razón.

«Como si tocar al otro os produjera una urticaria.» Bueno, al menos por su parte, tenía que reconocer que el entrenador no estaba del todo alejado de la realidad. La sensación que lo

embargaba cada vez que su piel entraba en contacto con la de Abby era demasiado compleja para nombrarla, pero esa palabra le sonaba bien.

«Nadie te ha puesto una pistola en la cabeza para obligarte a tocarla», susurró una voz maliciosa en su mente.

El chico frunció el ceño y resopló, conteniendo un juramento. Había ocasiones en las que de verdad odiaba su subconsciente.

—¿Veis? A esto es a lo que me refiero. —El hombre chasqueó la lengua y alzó una mano para señalar la mueca de asco que había puesto de manera involuntaria—. Necesitáis pasar más tiempo juntos, perder la vergüenza y coger confianza. No tenéis trece años —añadió con tono mordaz—, así que va siendo hora de que os comportéis como los adultos que sois.

Tao notó que Abby respiraba con tranquilidad, como si el hecho de que Levi se mostrase tan directo fuera señal de que lo aceptaba bajo su mando y de que, una vez hechas las presentaciones, solo quedaba que se tomasen con seriedad el asunto. Miró de reojo su ceño fruncido e intentó leer su expresión. Estaba acostumbrado a patinar con sus compañeros de equipo, a obedecer instrucciones e interpretar sus movimientos para saber qué era lo que se avecinaba a continuación, e incluso a soportar las fuertes broncas de Mark con rostro estoico. Abby, sin embargo, era una historia muy diferente; una que no conseguía desentrañar. Había capítulos cuyas páginas estaban tintadas de negro y que hacían que las palabras no resaltasen sobre la oscuridad del fondo, y otros en los que se le encogía el corazón porque lo único que intuía era ese deseo porque todo saliera bien.

Y, en parte, Tao sabía que aquello dependía de él.

Rechinó los dientes. No sabía por qué el patinaje ni la copa Longan eran tan importantes para Abby, pero empezaba a arrepentirse de haberse dejado arrastrar hasta allí. Se conocía a sí mismo y sabía que, si seguía preocupándose por todo —«por *ella* y lo que pudiera pensar», se corrigió a sí mismo a regañadientes—, llegaría un punto en el que sería demasiado tarde para desligarse.

—Descuida, Levi. Nos llevamos bien —aseguró con voz grave.

—«Bien» no me sirve —replicó el hombre con brusquedad—. Quiero que seáis inseparables, mejores amigos, amantes o como cojones queráis llamarlo. Id de fiesta, comprad collares a juego, echad un polvo..., yo qué sé. —Bufó cuando los dos enrojecieron al oírle decir eso—. A lo que me refiero es a que más os vale espabilar. —Respiró hondo para que sus palabras calaran sobre ellos—. Os quiero aquí mañana siendo puntuales, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —respondieron al mismo tiempo.

Levi se despidió con un gesto de cabeza y andares frenéticos, y solo entonces Abby se permitió sentarse para sacarse los patines por fin. Tao intuyó que, como él, sentía que acababa de quitarse un gran peso de encima. Silbó por lo bajo para atraer su atención.

—No ha ido tan mal, ¿eh? —Le dio un empujoncito suave en el hombro con la esperanza de aligerar el ambiente.

Mentiría si dijera que no se sintió satisfecho al ver una sonrisa —exhausta y algo pequeña, eso

sí— florecer en sus labios.

—Temía que te rajaras en el último momento —le confesó mientras se calzaba sus Converse blancas, tan típicas de ella.

—Demasiado tarde para eso. Ahora estamos atrapados, para bien o para mal.

Había sabido desde el primer momento que renunciar nunca iba a ser una opción. Jamás se le había pasado por la cabeza dejarla varada como el barco de un náufrago al llegar a una playa desierta, y lo ofendía siquiera que Abby creyera que le haría algo así. Él no era de esos; se le daba bien trabajar en equipo.

Cualquier otra broma que hubiera pensado hacer para restar hierro al asunto murió en sus labios cuando la chica le apoyó la cabeza en el hombro. Suspiró y Tao lo hizo a su vez al notar el calor que desprendía su piel.

—¿Estás bien? —murmuró en su oído, sin moverse para no molestarla.

—Solo estoy agotada—musitó ella—. Ojalá me dijeras que has traído el coche.

Él sonrió, apenas un poquito; lo suficiente para que la joven lo notase aun sin verlo.

—¿Para atropellarte?

—Ya te gustaría, Williams. Ni con esas te librarías de mí.

No creyó imaginar que Abby ponía los ojos en blanco.

—Qué suerte la mía —ironizó él—. Cualquiera diría que quieres toda la pista para hacerte con la gloria tú sola.

—Tendré que conformarme contigo, me temo.

—Qué remedio. —Apoyó la mejilla en la coronilla de ella. Le confesó la verdad antes de poder contenerse—: No conduzco desde el accidente, pero esa nunca va a ser una excusa para dejar de acompañarte a todas partes, aunque sea a pie.

19



Tao

Congeniar con ella. Que fueran amigos. Que echaran un polvo. Ja. Como si eso fuera fácil.

Cada vez que pensaba en Abby, Tao se sentía como cuando la calidez del verano te golpeaba con demasiada fuerza. Entrecerraba los ojos, adormecido, y salía a la calle con la impresión de no poder respirar porque todo —los coches, los árboles, los edificios y hasta el helado que siempre elegía en cualquier puestecillo cutre de la calle— le daba calor, ya que estaba en todas partes.

Abby también se encontraba en todas partes y, aunque Tao no quería pensar que se le había metido bajo la piel, el sentimiento era innegable. Lo era cuando su voz firme y exigente lo reprendía incluso en sus mejores sueños, porque en los peores aparecía haciéndole otra cosa; patinando a veces, sí, pero, en ocasiones, también la besaba como cuando había soñado con ello durante su adolescencia. Le decía algo que terminaba con su cuerpo esbelto entre los brazos, encajado a la perfección contra el suyo, como si ambos fueran las dos últimas piezas de un puzle incompleto.

Claro que los sueños eran solo sueños y, por supuesto, Tao no contemplaba siquiera la posibilidad de hacerlos realidad en algún momento. Eran bromas pesadas de su subconsciente; chistes sin gracia. La simple idea de acercarse a Abby de esa manera le producía un tirón en el estómago que no estaba seguro de identificar como agradable.

Fueron esos mismos sueños, también, los que le dieron la idea para enviar ese mensaje:

> Se me ha ocurrido algo que podría ayudarnos a coger más confianza.

Le habían acudido varias ideas a la mente durante los últimos días: escenarios tan absurdos como empezar a quedar todas las noches al salir de entrenar y todas las mañanas a desayunar, lo que les supondría pasar juntos todo su tiempo libre; o realizar algún viaje espiritual que los uniese por dicha experiencia inolvidable, aunque de momento Tao prefería pasar de ese tipo de planes. Sin embargo, ninguna opción lo había convencido hasta el momento.

Excepto esa.

Estaba apoyado en una de las estanterías de The Vinyl's House, con la frente contra la balda de madera y los pies cruzados, durante uno de esos días en los que no entrenaban hasta tarde y él podía dedicar parte de su día a trabajar. Solo podía agradecer la suerte que tenía de que no hubiera cámaras en la tienda, porque dudaba que a su jefe le pareciera bien que empleara de esa manera sus horas laborales.

Soy toda oídos para lo que, seguro, es el peor plan de tu vida. No te ofendas; es que siempre tienes ideas de mierda.

El joven esbozó una sonrisa. Ah, ahí estaba: Abby siendo un hueso duro de roer una vez más. Se pasó la lengua por los labios, relamiéndose. Lo asustaba descubrir lo mucho que disfrutaba de la más mínima interacción con ella.

Voy a dejarte adivinarlo.
¿Qué hace que dos personas sean inseparables?

Y yo voy a fingir que me lo pienso. No sé..., ¿tener el mismo signo del zodiaco?

En ese caso, soy tauro.

Y yo leo.

Entonces tu teoría no sirve.
¿Quieres volverlo a intentar?

Alzó la cabeza cuando creyó distinguir el sonido de unas campanillas indicando la entrada de un nuevo cliente, pero debió de ser el tintineo de su propio corazón, acelerado mientras aguardaba una respuesta.

Casi podía imaginarse a Abby a un par de kilómetros de allí, con sus bucles revueltos cayéndole sobre la espalda y las mejillas sonrojadas como si acabase de hacer ejercicio. Una sonrisa se asomó a sus labios al evocar la imagen; un gesto que trató de borrar sacudiendo la cabeza al reparar en lo estúpido que parecía.

Sorpréndeme.

Una canción de Elton John sonaba de fondo cuando soltó la bomba:

Sal conmigo.

¿Qué?

Acércate a mí como si quisieras saberlo todo y déjame hacer lo mismo contigo. Es lo que hacen los enamorados, ¿no? Conocerlo todo de la otra persona y no solo tolerar cada pequeño detalle, sino

aprender
a amarlos a su vez. Aunque nosotros no hace falta que lleguemos tan lejos.

¿Por miedo o por cobardía? De todas formas, estás completamente loco.

Porque no creo que pudiéramos estar juntos sin matarnos antes el uno al otro. Y lo que digo es algo coherente: conquístame si te atreves.

Qué peligro...

¿Por qué?

No quiero que te acabes enamorando de mí por accidente.

El chico soltó una carcajada que se mezcló con los últimos versos de *Hold me closer*.

Veo más probable que esto acabe beneficiándonos a los dos en vez
de que ocurra semejante tragedia.

¿Quieres apostar?

Arqueó una ceja.

Te escucho.

Estoy segura de que terminarías enamorándote de mí antes de que lo hiciera yo de ti.

¿Y qué está en juego?

«¿Qué estás dispuesta a dejarme ganar?», tecleó, pero lo borró antes de enviarlo.

Casi pudo imaginar su voz, burlona y algo soberbia, susurrarle al oído con la misma cadencia que utilizaba en sus sueños:

Tu orgullo. ¿Hay algo peor que perder eso? Aunque, bueno, también aceptaría un helado, o un café, lo que elijas, pero tiene que ser con azúcar esta vez.

Touché. Se mordió el labio inferior para intentar retener la sonrisa que, dibujada en su rostro, no hacía más que crecer con cada nuevo mensaje. Y aquello sí era peligroso.

Trato hecho. ¿Cuáles son las condiciones?

Ninguna. Solo quiero demostrarme que puedo ganarte a conquistar a otra persona. Permitimos el contacto físico, ¿no?

¿A qué te refieres con eso?

Ya sabes: besos, sexo, un puñetazo de vez en cuando...

Besarla. Durante un instante, el joven sintió la tentación de confesarle que hacía tiempo que esa barrera había desaparecido en sus sueños (o pesadillas, según la sensación que le dejasen en el estómago al día siguiente). Pese a ello, no se arrepintió cuando decidió callarse esa información. Puede que fuera otra de las fronteras que no debieran cruzar: la sinceridad. Al menos, no todavía.

Te alzo en volandas todos los días, Langford. Podría dibujar tu torso de memoria, así que no será por contacto físico...

Bueno, pero cuando me coges
no me pones nerviosa.

Y si te besara, ¿sí lo haría?

No sabía de dónde provenía el valor para soltar ese tipo de indirectas, pero estaba casi seguro de que podía achacarlo al aburrimiento. No pensaba quejarse porque su sueldo no dependía de las ventas de la tienda, pero Ben debería empezar a plantearse una nueva estrategia de marketing para que sus empleados no tuviesen tiempo libre para ligar con sus compañeras de patinaje.

Claro que él no estaba ligando, solo haciendo lo posible para mejorar la compenetración entre ellos. ¿Y no era eso lo que tanto ella como Levi deseaban?

Ya hablaríamos de ello si llegase
ese momento.

Entonces, ¿el reto es enamorarte?

Antes de que yo te enamore a ti, sí.

Tao sacudió la cabeza y dejó que una sensación de triunfo le inundara la parte baja del vientre. La idea le había parecido una locura en un principio, sí, mas el éxito que casi podía saborear le hacía anhelar lo que fuera que estuviera por venir. Desconocía si la rapidez con la que le había seguido el juego se debía a que ella también estaba desesperada porque la química comenzara a fluir entre ellos, aunque el romance jamás se plantease como una opción real. No tenía a la chica por una persona romántica, de todos modos. ¿Sensual? Sin duda, y también preciosa. Pero ahí acababa todo.

—Disculpa. —Una vocecilla aguda a su lado lo devolvió al presente.

Tao parpadeó para volver a la realidad y se topó con el rostro avispado de una chiquilla que tenía el cabello recogido en dos trenzas. En lo alto sostenía varios billetes de un dólar.

—Vengo a buscar un regalo para mi madre. Su cumpleaños es la semana que viene. ¿Podrías ayudarme?

Y Tao, que minutos antes habría dado gracias por una distracción que no solo le impidiera pensar en Abby Langford, sino en todas las opciones que se le ocurrían para congeniar más con ella, se mordió la lengua para no soltar un juramento.

Adoraba su trabajo y le gustaba aconsejar a sus clientes con la música que los empujaba a entrar en The Vinyl’s House, pero, en ese momento, lo hubiera dado todo por seguir pensando maneras de conquistarla.

20



Abby

Si vamos a jugar a enamorarnos, Langford, vamos a empezar con lo más obvio: ¿Has empezado el libro que te regalé?

El sonido del mensaje la despertó. Había olvidado poner el móvil en silencio, por lo que el pitido agudo resonó en el cuarto de forma estridente. Ava se revolvió en sueños y Abby, aún adormilada, temió que la pequeña se despertara y pusiera en pie a la casa al completo. Por suerte, pareció que la cría tenía un sueño demasiado pesado como para desprenderse de él con tanta facilidad.

Era una pena que ella no fuera como su hermana menor, porque ella lo habría dado todo por dormir del tirón la mayoría de las noches; por no despertarse de madrugada, acalorada y con el corazón latiéndole como un colibrí enjaulado dentro del pecho, pensando que se caía y se lesionaba, que aquel era el final y ya no existía una vida más allá, porque jamás había habido nada más para ella.

También había pesadillas horribles, en las que nunca conseguía escapar del hielo y este terminaba apresándola para siempre, convirtiéndola en una muñeca de cristal que pedía auxilio una y otra vez, en vano. Esos sueños eran los peores, y también los que nunca se había atrevido a contar en voz alta.

¿Tengo más papeletas para enamorarte si te digo que ya lo he leído? Y no es por hacerte la pelota ni nada por el estilo, pero lo cierto es que me pareció una auténtica pasada. Acertaste de lleno.

No sé por qué, pero no me sorprende que ya te lo hayas ventilado. Me gustaría decirte que estaba seguro de que te iba a gustar, pero escogerlo fue puro azar.

Viste la portada más horripilante
de la librería y te decantaste
por ella, ¿no?

Algo así, pero me alegro de haber elegido bien.

Sangre en la portada, una calavera... ¿Qué puedo decir? Me
encanta todo lo que tenga que ver con las películas de miedo, los
libros de terror y ese tipo de cosas. Soy la mayor fan de Halloween,
como te podrás imaginar.

Uf, no. Team Navidad siempre incluso en la ficción.

Ah, ¿sí? ¿Y cuál es tu comedia romántica navideña favorita?

Love Actually. Pero puede que sea porque llevo enamorado de Keira
Knightley desde que vi *Piratas del Caribe* con nueve años.

¿Y quién no? Yo no sabía quién me gustaba más mientras veía
Orgullo y prejuicio, si ella o el señor Darcy.

Soltó un bostezo y se tapó la boca al instante, rogando porque el ruido no hubiera despertado a nadie de su familia. Resopló al ver que el reloj del móvil marcaba las cuatro de la mañana. Si no se dormía pronto, al día siguiente estaría demasiado agotada para darlo todo de sí en el entrenamiento.

Debería darse la vuelta, dejar el teléfono en la mesilla y volver a dormir.

Y, sin embargo, algo le impedía hacerlo. Quizá fuera lo extraño que le resultaba que Tao le hubiese escrito o la apuesta que habían hecho y que no dejaba de rondarle la cabeza, haciéndola estremecer.

¿De verdad pensaba que era más seductor que ella? Ja. Ni en un millón de años.

Aguardó a que llegara una respuesta por parte de Tao, por más que pasaron varios minutos y él siguió sin conectarse. Quizá se hubiese dormido o puede que, en el fondo, tuviese tanto sueño como ella y que solamente le hubiera escrito a raíz de un impulso. Aun así, no podía negar que aquella posibilidad le producía curiosidad. ¿Por qué a ella y no a otra persona?

No había duda de que estaba tomándose la apuesta en serio.

¿Por qué me has escrito
a estas horas?

Pasaron dos minutos en los que la muchacha luchó contra el cansancio antes de que la pantalla de su móvil se iluminara de nuevo.

Estaba pensando en ti.

Supongo que por eso no podías dormir. ¿Pesadillas?

¿En las que me gritas que soy muy torpe y que por eso no sé hacer un

flip? ¿Que tengo que currarme más
las pesas si quiero que estés lo más estable posible cuando te alzo
en el aire? Es probable.

Lo siento, sé que soy muy estricta. Dime qué hacer para compensarte.

Cuéntame algo de ti que no sepa.

¿Prefieres anécdotas vergonzosas
de la infancia o fantasías sexuales?

«No puedo creer que acabe de escribir eso», pensó para sí. Sin duda, la falta de sueño le estaba afectando.

Me parecen bien las dos opciones.

—Hay que joderse —soltó en voz alta cuando vio aquella frase que no dejaba lugar a dudas.

Una sonrisa divertida se le coló en los labios al tiempo que los dedos comenzaban a temblarle, indecisos, como si no supieran qué teclear, aunque trató de decirse que se debía al frío que había empezado a hacer por las noches, pues comenzaba a refrescar, y no a la conversación que tenían entre manos. Le asustaba pensar cómo podrían acabarla; sobre todo, si tenía en cuenta que debía mirarlo a los ojos durante el entrenamiento del día siguiente.

—¿Estás hablando con tu novio?

Una voz infantil la sorprendió desde el marco de la puerta. Como un fantasma, el cabello castaño de Amanda, igual de rizado que el suyo y con el mismo corte que ella había llevado a su edad, era lo único se distinguía de su hermana en la penumbra de la casa. Llevaba un pijama de *La sirenita* que también había heredado de ella y la observaba mientras se frotaba los ojos, somnolienta.

—¿Qué? No, no... —Se incorporó con brusquedad, asqueada por la idea—. Yo no tengo novio y tú deberías volver a la cama, señorita.

—¡Pero es que haces mucho ruido! —se quejó Amanda con un puchero—. Riéndote mientras hablas con tu novio... —le recriminó ante la mirada atónita de Abby.

—¡No es mi novio! —repitió—. Vamos, vete a la cama, no seas pesada.

—Entonces, ¿con quién estás hablando de madrugada? —insistió la niña a medida que avanzaba hacia ella.

La madera del suelo crujió bajo su peso y Abby contuvo un juramento. Si seguían susurrando a gritos y haciendo tantos aspavientos, daba igual lo pesado que fuera el sueño de Ava; toda la familia se iba a despertar.

—¡Con nadie! Volvamos a dormir, por favor. —Señaló la puerta abierta de la habitación de los mellizos con un gesto de cabeza.

—Solo si me prometes que mañana me contarás con quién hablas.

—No... Está bien —se rindió, poniendo los ojos en blanco—, pero para eso tienes que dormirte ya

Se tumbó, tapándose hasta casi las orejas, con la esperanza de que Amanda hiciera lo mismo. Aguardó un par de segundos a que los pasos de su hermana volvieran a sonar de manera inquietante en el silencio de la noche y, solo cuando se aseguró de oír que la puerta de su habitación se cerraba, volvió a encender el móvil debajo de la sábana.

Sintió una satisfacción desconocida instalarse en su estómago cuando comprobó que había dejado a Tao en visto y que este le había escrito un nuevo mensaje:

Cuéntame lo que tú quieras contarme, Langford. Soy todo tuyo.

Perdona por haber tardado en responder. Mi hermana pequeña ha entrado de sopetón en mi cuarto y he tenido que pasar los últimos cinco minutos convenciéndola de que no estoy hablando con mi novio.

¿Novio?

Ya ves, menuda tontería. Últimamente ve muchas series de televisión de adolescentes, así que está en el momento de pensar que cualquier interacción masculina que tengo se debe a que estoy enamorada.

Vive la vida con intensidad, jajaja.

Llegó a preguntarme si Sean era mi novio también, así que imagínate.

¿Ahora resulta que tengo competencia?

La chica arqueó una ceja, pese a que el joven no pudiera verla.

Creo que tienes la pista entera para ti, nunca mejor dicho.

¿Nada de parejas ni de crushes
ni de amigos con derecho a roce
ni nada por el estilo?

Con el poco tiempo libre que deja el patinaje artístico, no es raro estar soltero. Lo siento por ti, pero ya te acostumbrarás.

¿Por eso tu hermana piensa que tienes un novio secreto?

Claaaaro, porque ¿con qué otra persona estaría hablando de madrugada?

Entonces espero estar a la altura

y caerle bien si alguna vez llega
el momento. Nunca he tenido mucha relación con niños, porque no
tengo primos y soy hijo único, así que
de pequeño solía estar solo la mayor parte del tiempo. Una vez les
pedí
un hermano a mis padres y, en
su lugar, me regalaron un perro.

No puede ser. ¿Y cómo se llama?

Daisy. Se lo puso mi madre. Era
un border collie. Falleció hace años.

Joder, lo siento mucho. Nosotros tenemos una pecera porque a
Adam se le metió en la cabeza que adoptar peces era lo que estaba de
moda, pero mis padres estaban convencidos de que no podríamos
cuidarlos como es debido porque mi familia es algo caótica, así que
se quedó
solo en una idea.

En una pecera, más bien.

Soltó una risa suave y pensó en el acuario que seguía cogiendo polvo sobre la mesa del salón. Al final, resultaba que habían tenido razón y Adam se había contentado con ella; le había dado igual que no hubiese peces en su interior, porque solo el escenario había bastado para ilusionarse.

Tenían pendiente deshacerse de ella desde entonces, pero los Langford funcionaban así: eran tantas las cosas por hacer que, al final, ninguna terminaba realizándose del todo.

Supongo que esto cuenta como anécdota de la infancia, ¿no?

Entonces te toca responder
a la segunda pregunta.

Contestar a esa insinuación era una mala idea; una *muy* mala idea, de hecho, porque seguro que Tao la utilizaría después para reírse de ella con sus amigos. Aun así, ¿no tenían una apuesta entre manos? Y Abby era competitiva hasta decir basta; no iba a dejar que él la conquistase primero. Al fin y al cabo, solo tenían que fingir enamorarse para conocerse más y patinar mejor de cara a la competición. Eso era todo.

A lo mejor esto se ve influido porque me he pasado la vida
entrenando, pero me gustaría follar en la ducha alguna vez.

Silencio.

El pulso le latió en las sienes de manera tan alta que tuvo la sensación de que el mundo podría explotar en ese momento y ella ni siquiera llegaría a oírlo, como tampoco de que el brillo de la

pantalla descendía también, como si quisiera que ese momento fuera un secreto entre ellos y nadie lo descubriera.

Cansada de esperar una respuesta, decidió tomar la iniciativa para no quedarse atrás. Buscó el *selfie* más reciente que tenía con Tao y lo subió a su perfil de Instagram con la frase «¿Cuál es la tuya?». Observó cómo quedaba con un filtro *vintage* y sonrió al ver que los dos aparecían serios, como si los hubiesen obligado a posar para la foto.

No tenía por qué publicar nada con él, pero sabía que sus seguidores la echaban de menos en las redes sociales. Sean siempre había sido el más activo de los dos y, dado que seguía lesionado, ella se sentía responsable de mantener el contacto con los que los apoyaban incluso a distancia.

Además, estaba a punto de empezar a morderse las uñas por la impaciencia que la devoraba al no recibir ningún mensaje entrante. No se le daba bien aguardar, y menos después de una confesión como la que acababa de hacer. Su respuesta, de hecho, llegó a través de Instagram, casi como si hubiese tenido que pensarla durante un buen rato:

> Tengo buenas noticias para ti, porque mi fantasía siempre ha consistido
> en cumplir la de otra persona.

21



Abby

No se lo sacaba de la cabeza.

En las últimas semanas, había empezado a tener la insoportable sensación de que Tao estaba hasta debajo de las piedras. No solo en el gimnasio, en el patinadero y en las charlas con Levi —que con el comienzo del otoño y de la nueva temporada se había propuesto ser aún más duro de lo habitual, como si fuese parte de esos propósitos que se hacen para Año Nuevo—, sino en los mensajes que recibía por la mañana, con un escueto «Buenos días, Langford» y la pregunta del día. Habían convertido en rutina descubrir cosas aleatorias del otro y, lo que al principio había empezado casi como una obligación, había pasado a ser el tema principal de conversación cuando se quedaban sin ideas sobre lo que hablar.

—Si pudieras ser un animal, ¿cuál elegirías? —le había preguntado Abby durante uno de los descansos de los entrenamientos.

El sudor había caído por el rostro de Tao para empaparle el cuello de la camiseta. La joven jamás lo habría admitido en voz alta, pero los ojos se le habían desviado de forma irremediable hacia la mandíbula marcada y los músculos de los brazos que la camiseta ajustada dejaba entrever con claridad. Abby había tragado saliva, repitiéndose a sí misma que en realidad no era guapo; solo estaba cansada. Y la gente agotada no tenía un criterio coherente, claro.

—Cualquiera que pudiera aplastarte —se burló él con esa sonrisa tranquila que la sacaba de quicio.

—Lo tendrías complicado. Ya sabes que no me dejo ganar con facilidad.

—Eso habrá que verlo. —Se encogió de hombros al tiempo que le daba un trago de agua a su botella casi vacía—. Pero si hablamos en serio... No sé. Una gaviota, supongo.

—¿Qué? ¡Menuda mierda de respuesta!

Tao había hecho el amago de tirarle el agua restante por encima.

—Siempre andan robando los sándwiches de los turistas. Comida gratis, Langford, piénsalo —había añadido al tiempo que arrancaba un pedazo del bocadillo de Abby y se lo metía en la boca sin vacilar.

—¡Oye! Es mi comida, idiota.

—Soy una gaviota, ¿recuerdas?

—Y un imbécil —había replicado ella, pegándole un puñetazo en el hombro con garra.

Se le había secado la boca al notar la superficie tan dura de su piel. Bien; había sido bueno saber que se encontraba en buenas manos. Tao era quien la levantaba en el aire y se sentía más segura si comprobaba por sus propios medios lo fuerte que estaba.

—Deja ya de insultarme o voy a pensar que tienes un fetiche con eso. A propósito, ¿qué te gusta que te hagan en la cama?

Ella había resoplado con los ojos en blanco y había señalado con la cabeza las pesas que habían dejado a un lado. Aún tenían por delante una larga tanda de ejercicios que afianzar antes de ponerlos en práctica sobre el hielo.

—Quizá otro día. Ahora tenemos cosas que hacer.

Había sido una manera de escaquearse, por supuesto, pero no podía haberle importado menos. Sobre todo, cuando había notado que el estómago le daba un vuelco por el rumbo que estaba tomando la conversación y su parte menos racional no había estado segura de cómo continuar.

Porque no quería admitir que estaba perdiendo la apuesta, pero lo cierto era que Tao le estaba sacando bastante ventaja.

—¿Cuál es tu color favorito? —había susurrado él en su oído mientras ensayaban uno de los saltos más icónicos en la pista, tan cerca que su aliento le hizo cosquillas en el cuello.

—El verde.

»¿Con qué famosa te liarías si tuvieses la oportunidad? —había querido saber Abby mientras volvían a casa y las luces de la ciudad se reflejaban sobre sus rostros, pintándolos de colores.

—¿Bromeas? Con Keira Knightley, ya te lo dije. Me pierde el acento británico.

—No dejas escapar tus orígenes, ¿eh?

Tao había apretado tanto las manos alrededor de las asas de su mochila que los nudillos se le habían puesto blancos. Con la mandíbula apretada y la vista fija al frente, se había limitado a murmurar:

—No te haces una idea.

Al día siguiente, había sido él quien le había preguntado:

—¿Qué día volverías a vivir si pudieras?

—Cuando gané mi primer torneo. ¿Y tú?

Tao se había quedado en silencio y Abby había entendido entonces que, aunque había preguntas que sí podía hacer, otras estaban prohibidas. Estaba permitido indagar sobre preferencias y las teorías conspirativas más populares de internet, pero no podían saber los peores miedos del otro ni tampoco interesarse acerca de sus mayores sueños. Se movían de esa

manera también sobre la pista; rasgando el hielo sin romperlo nunca del todo, quedándose en la superficie mientras esperaban que este no se resquebrajase sin previo aviso bajo sus pies.

No era algo profundo, pero eso no lo hacía menos verdadero. Y, en ocasiones, Abby se convencía a sí misma de que no le importaba tener esa dinámica si, a cambio, podían reírse, bromear juntos y lanzar al aire preguntas de lo más aleatorias.

Otros días, no obstante, en los que recordaba todos los motivos por los que nunca se habían llevado bien, no estaba segura de poder soportarlo durante mucho más tiempo.

—Si sigues flexionando la pierna de esa manera, te acabarás lesionando —le espetó cuando el chico hizo una mueca de dolor después de coger impulso en una mala postura.

—Es porque tú te adelantas —replicó él con un gruñido—. Son solo un par de segundos, pero dejan de cuadrar con la música y me descolocan. Es como el hockey: si no se trabaja en equipo, es imposible marcar.

—No estamos jugando al hockey, Williams. —Puso los ojos en blanco al repetirlo por enésima vez—. Nos estamos preparando para ganar la copa Longan.

—Eso ya lo sé. Lo que trato de decirte es que mejoraríamos mucho más rápido si los dos incorporásemos ciertas técnicas del hockey. No es...

—*Esto-no-es-hockey* —pronunció con claridad y con tono cortante. Se detuvo frente a él y entrecerró los ojos para fulminarlo con la mirada, harta de la charla de siempre.

—Si dejaras de ser tan cabezota y me escucharas de vez en cuando, quizá podríamos sacar algo en claro de todo esto. —Tao se inclinó hacia delante de modo que la distancia entre sus rostros fue casi inexistente.

La muchacha le clavó un dedo en el pecho. Estaba segura de que le estaba haciendo daño, pero le dio igual.

—Si dejaras de creerte superior a mí tan a menudo, estaríamos más en sintonía.

—¿Superior? —El joven esbozó una sonrisa que brilló tanto que Abby tuvo ganas de darle un puñetazo solo por la satisfacción de borrársela de golpe, a ella y a los dos hoyuelos que tan de quicio la sacaban.

—Sí, *superior*.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—Ah, ¿no?

Dos latidos. Se habían acercado tanto el uno al otro en un intervalo de dos latidos que el espacio restante entre sus cuerpos se había borrado del todo. Abby pensó en cómo, si se ponía de puntillas y alzaba el rostro, sus labios se juntarían con los de Tao. La imagen le provocó un tirón en el estómago. Lo achacó a la repulsión, al rechazo que le provocaba el simple hecho de imaginarse tan cerca de Williams. Solo de pensar en el calor que le inundaría la boca si llegaba a besarla algún día hizo que sufriera una arcada.

Sacudió la cabeza y se estremeció. «Ni de coña», pensó.

—Eh, ¡vosotros dos! —Levi les llamó la atención desde el extremo contrario de la pista.

Tao chasqueó la lengua con disgusto y levantó la cabeza para encontrar al entrenador aproximándose a ellos. Tenía el rostro torcido en una mueca de enfado y los labios fruncidos, pálidos como un día de invierno.

—Pensaba que estabais progresando, pero, si aun así seguís discutiendo cada día, mucho me temo que no vamos a llegar a ninguna parte —soltó con frialdad. Abby asintió en un acto reflejo; Tao no apartó sus ojos rasgados de los claros de Levi—. No quiero trabajar con niñatos, así que esto es todo por hoy. Duchaos, volved a casa y reflexionad sobre qué es lo que realmente queréis sacar de esta oportunidad. Y una vez que lo hayáis decidido, me llamáis.

—Levi... —comenzó a decir Abby, pero la figura del hombre se esfumó de allí con rapidez y sin mirar atrás.

—Bueno, eso ha sido un buen ultimátum —juzgó Tao cuando se quedaron solos.

La chica se separó de él y arqueó una ceja como si se hubiera vuelto loco.

—Sí, y ha sido por tu culpa. A veces no te soporto —estalló. Patinó hacia la salida de la pista percibiendo que Tao la seguía, unos centímetros tras ella.

—Yo solo te he dado mi opinión. No quería que sonase como si te estuviera imponiendo algo, porque no era el caso, solo...

Sin embargo, se calló al ver a Abby salir del patinadero y comenzar a quitarse los patines. Ella oía el pulso de su corazón en las sienes. Gruñó entre dientes al notar como el chico la imitaba en silencio. No sabía de dónde nacía aquella explosión de carácter, si del deseo de ganar la competición o de ser la mejor versión de sí misma para demostrarles a todos que era mucho más que una patinadora. Quizá se debiera a que admitir que Tao tenía razón era lo que más la asustaba, así como sentir que su cuerpo al completo temblaba bajo la intensidad de una mirada que no buscaba hacerla sentir pequeña, sino animarla a que rompiera sus propios límites.

Un sentimiento que, de momento, Abby no sabía cómo afrontar porque no estaba dispuesta a incorporar técnicas del deporte del demonio, más conocido como hockey.

—Me voy a duchar —fue lo único que dijo, ya descalza y con los patines en la mano.

Siempre era una sensación extraña volver a caminar después de haber entrenado, como si de repente el mundo fuese mucho más estático de lo que había parecido segundos antes; como si su punto de gravedad ya no se encontrase en la pelvis, sino varios centímetros más arriba, cerca del corazón, donde su amor por el patinaje y también la presión que este le causaba lo hacían latía con fuerza.

Esperó oír los pasos de Tao siguiéndola para pedirle más explicaciones, pero la puerta del vestuario se cerró a sus espaldas sin darle opción a replicar. Murmurando entre dientes, se desprendió de la ropa sudada y se envolvió en una toalla. El sonido de las chanclas resonó en la quietud del vestuario que, vacío a aquellas horas, la hizo sentir todavía más sola. Allí dentro, encerrada en una de las duchas, dejó que el agua caliente le mojara el pelo y...

El champú.

Rechinó los dientes a medida que se apresuraba en regresar a su taquilla. Helada por las gotas

que ya empezaban a secarse sobre su piel, rebuscó en su neceser para dar con los botecitos que siempre llevaba encima.

—Tendrían que estar por aquí... —masculló para sí. Nunca los sacaba de su mochila a no ser que se hubieran vaciado—. Mierda.

El recuerdo de la noche anterior, cuando los había sacado en el baño con la intención de rellenarlos y luego Amanda la había distraído al pedirle ayuda con los deberes de matemáticas, cruzó por su mente.

Se los había olvidado encima del lavabo, para variar.

—Joder —maldijo para sí.

Resistió la tentación de volver a vestirse y marcharse con el cuerpo sin enjabonar y el cabello todavía húmedo —y sucio, una sensación que no soportaba— para ducharse en condiciones en casa. Pero necesitaba esa ducha, porque anhelaba relajarse. La culpa la tenía Tao, que siempre conseguía sacarla de quicio y...

Tao. Claro. Seguro que el mundo no podía ser tan caprichoso como para haberle hecho cometer el mismo error que ella el mismo día. Y justo por ese motivo accedería a prestarle un poco de su champú, o al menos eso se dijo mientras salía de allí, tiritando y sin una pizca de vergüenza, en dirección a los vestuarios masculinos.

22



Abby

—Oh —fue lo primero que dejó escapar cuando la puerta se cerró a su espalda.

No sabía qué había esperado encontrarse al irrumpir de esa forma en los vestuarios contiguos, pero, desde luego, no era el silencio. No había nadie sentado en los bancos, como había esperado, ni ningún chico revolviendo entre sus pertenencias.

Estaba sola y, de alguna manera, nunca se había sentido tan visible. Abby inspiró hondo, como si necesitara armarse de valor antes de preguntar en voz alta:

—¿Tao? ¿Estás aquí?

No obtuvo respuesta, por lo que dio un par de pasos inseguros sobre el suelo húmedo. La distribución era igual que en el vestuario femenino, así que no tuvo ningún problema para encontrar las duchas. Solo de una de ellas salía una nube de vapor, mezclada con la letra de una canción de Elton John que la voz de un chico entonaba de manera desafinada.

—¿Tao? —volvió a intentarlo Abby, sintiéndose algo estúpida.

Anduvo hacia la puerta que, entrecerrada, dejaba salir parte del agua que la persona del interior estaba utilizando. ¿Por qué nadie había echado el pestillo desde dentro? ¿Qué clase de psicópata se duchaba con la puerta abierta?

Solo uno en concreto, por supuesto.

—Tao.

Esa vez, pronunció su nombre sin entonación de pregunta, sino afirmativamente, cuando distinguió los hombros anchos del chico —a los que en tantas ocasiones ella se había aferrado sobre la pista—, que se entrevieron por debajo del chorro de agua caliente que le resbalaba sobre la piel y salpicaba hacia todas partes.

El joven estaba de espaldas y continuaba cantando. Con horror, Abby se dio cuenta de que aún no había reparado en su presencia. Miró en derredor y se mordió el labio inferior sin saber

qué era lo que se suponía que debía hacer a continuación. Cuando se aseguró de que de verdad estaban solos y nadie iba a malinterpretar aquella escena, metió una mano en el interior de la ducha y le dio un golpecito en la espalda.

—¡Tao! —gritó con más fuerza.

Él se sobresaltó y estuvo a punto de resbalarse por culpa de las baldosas mojadas. Se volvió hacia ella con la misma rapidez que si hubiese visto un fantasma y abrió tanto los ojos que sus pestañas, negras y espesas, le rozaron las cejas. De sus labios y su cabello oscuro goteaba agua; Abby fingió que no sentía ganas de retirársela y, en lugar de eso, tragó saliva.

—¿Qué haces aquí? —inquirió él. No parecía estar dispuesto a interrumpir la corriente de agua ni tampoco avergonzado porque ella estuviese frente a él y, si bajaba la vista, pudiera verlo enteramente desnudo. ¿Sería porque se enorgullecería de su...?

«No lo hagas, Abby. Por lo que más quieras; no mires», se rogó a sí misma. No sería capaz de enfrentarse a él de nuevo si sus ojos continuaban deslizándose por los músculos que destacaban en su cuerpo y que, aún en parte cubiertos de jabón, eran más definidos de lo que habría esperado. ¿Eso habían conseguido unas semanas patinando? No, Tao tenía que llevar haciendo deporte desde antes de nacer. Quizá en el útero de su madre ya hubiese comenzado a hacer abdominales, porque no encontraba otra explicación para la manera en la que estos se marcaban en su torso.

—Eh... Me he quedado sin champú y gel —murmuró cuando fue capaz de recobrar el aliento.

Pestañeó, maldiciéndose a sí misma porque resultaba que al final sí había mirado. «Y vaya vistas», añadió para sí. Tao se había dado cuenta de la dirección que habían seguido sus ojos, a juzgar por la sonrisa divertida que le perfiló las comisuras de los labios.

—¿Me dejas los tuyos? —añadió Abby después de aclararse la garganta.

—Da la casualidad de que yo también los estoy usando —repuso él con una ceja arqueada. Señaló con un seco cabeceo la estantería metálica sobre la que reposaban los productos.

—Bueno, pero ya has acabado, ¿no? —Señaló los botecitos—. Mira, ya tienes el pelo limpio y todo. ¿Me los prestas?

—No he terminado. —Tao detuvo su mano en el aire y, lo que podría haber sido un movimiento brusco, resultó estar cargado de una increíble suavidad—. Pero, si quieres, nos turnamos.

La joven sintió que el aire huía de sus pulmones a toda velocidad. Jadeó. El corazón le dio un traspié. Tuvo la sensación de que todo lo que quedaba en aquel cubículo era el roce de la piel de Tao, desnuda y húmeda, contra el vello erizado de su brazo. Solo una toalla la diferenciaba del estado de desnudez del chico, que no apartaba la mirada de ella mientras aguardaba una respuesta.

—Esto es... —comenzó a balbucear Abby. A su mente acudieron distintas palabras, como «ridículo», «sin sentido» y hasta cierto punto «peligroso», porque nada volvía a ser lo mismo después de que dos personas rompieran esa barrera, pese a que a su vez sabía que Tao solo

quería provocarla y comprobar hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Fue el orgullo lo que la hizo encogerse de hombros y adentrarse en la ducha con decisión—. Otra de tus ideas de bombero, Williams.

La sonrisa del chico se expandió hasta el infinito.

—Igual que las que tengo respecto al hockey, por cierto. ¿Vas a ducharte con eso puesto? —Señaló con la cabeza la toalla que todavía envolvía el cuerpo de la muchacha.

Abby tuvo tiempo de estremecerse una última vez bajo los ojos intensos de Tao —y de fijarse en que sus pupilas se habían oscurecido, como si un hambre voraz se hubiese adueñado de ellas —, antes de desprenderse de la tela y dejarla colgada en uno de los ganchos de la puerta.

—Creo que es tu día de suerte.

Pasó por su lado fingiendo que las piernas no le temblaban, que el agua caliente que salía de la ducha no le había puesto los nervios a flor de piel y que todo estaba bajo control. Abrió el bote de champú y volcó parte de él en sus manos. Como si le hubiera leído el pensamiento, Tao se apartó de debajo del chorro y pegó la espalda a la puerta después de echar el pestillo.

Abby cerró los ojos cuando el jabón comenzó a resbalarle sobre los hombros a medida que se aclaraba el pelo. Era dolorosamente consciente de lo expuesta que estaba frente a la persona que se había pasado la adolescencia odiando y que había regresado para demostrarle que siempre había estado equivocada, porque Tao no solo sabía jugar al maldito hockey: Tao patinaba... más que bien, de hecho, porque era bueno en la pista de una manera que no tenía nada que ver con Sean; donde su mejor amigo era gentil y dulce, Williams era fortaleza y precisión. Y aquella suma de elementos la atraía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Cuando abrió los ojos, un par de segundos más tarde, descubrió que él no se había movido de la puerta y que, de brazos cruzados, estaba reclinado contra esta y la observaba con una pizca de descaro de más y un toque de vergüenza de menos. Centímetros de piel desnuda se extendían frente a Abby, que fue incapaz de pasar por alto la erección que destacaba en su entrepierna.

Tuvo que morderse la lengua para no confesarle lo mucho que le ponía verlo tan excitado como ella. No iba a dejarlo ganar tan pronto, así que permitió que el silencio se extendiera entre ellos sin decir nada. Tao tampoco parecía dispuesto a pronunciar palabra, por lo que, en un impulso, Abby cogió el gel transparente situado a su espalda y se lo tendió solo cuando estuvo segura de poder hablar sin titubear.

—¿Me ayudas a enjabonarme?

El chico la contempló como si se hubiese vuelto loca. Asintió, todavía sin abrir la boca. Avanzó hacia ella hasta que él también se encontró bajo el agua caliente y, con cuidado, le recogió el pelo en una coleta para no ensuciarlo con gel.

Su aliento le rozó la curva del cuello, con suavidad, cuando susurró a apenas unos centímetros de su oído:

—¿Así está bien?

Abby no comprendía cómo antes no habían sido capaces de oírse el uno al otro por encima del

chapoteo de la ducha, si aquel murmullo quedo pareció reverberar en cada uno de los rincones de su cuerpo.

—Ajá —musitó de forma débil.

Tao se movió de manera imperceptible a su espalda para echarse más gel sobre la palma de la mano. La deslizó sobre sus hombros instantes después, poniéndole los pelos de punta. Ella respiró hondo cuando sintió su respiración cosquilleándole en la piel, más cálida que el agua que caía sobre ellos y que los envolvía en la misma nube de vapor que había visto salir de la ducha hacía lo que le parecían siglos.

Las manos de Tao bajaron por sus brazos con la lentitud necesaria para hacerle saber a Abby que, en caso de que quisiera apartarse, podía hacerlo. Aunque quizá ese fuera el problema: saber que sus pies no iban a marcharse porque, en el fondo, deseaba quedarse.

Notó que el cuerpo de Tao se acercaba más a ella, tanto que su espalda se encajó a la perfección contra el pecho de él. Se estremeció al pegar el cuerpo contra su abdomen y dejar que las manos de él, que hasta ese momento habían estado enjabonándole la espalda, pasaran a su pecho. Despacio, como si quisiera deleitarse con el movimiento, Tao comenzó a rozarle los pezones. Abby tuvo que morderse los labios para no rogarle que parase de ser tan delicado y la tocase justo como ella estaba deseando.

—Hay que limpiar todas las zonas —explicó él.

Abby echó la cabeza hacia atrás en un acto reflejo, apoyándola en el hombro masculino. Se encogió entre sus brazos justo a la vez que el chico murmuraba su apellido con un leve tono de peligro.

—Langford...

Fue todo lo que Abby necesitó para sentir un tirón en el estómago, otro en el corazón y darse la vuelta para posar los labios sobre los del mismísimo Tao Williams.

23



Tao

Lo estaba besando.

Abby Langford, la mejor patinadora que Fall River había visto alguna vez y la chica que le había robado el aliento no solo a los dieciséis años, sino también a los veintidós de una manera muy distinta, lo estaba besando.

Tao se sintió desfallecer.

Antes de saber lo que hacía, sus manos le rodearon la cintura para acercarla a su propio cuerpo, cálido en comparación con el húmedo de la joven, como si necesitara fundirse con ella. Tembló al notar como Abby se ponía ligeramente de puntillas para pasar un brazo por detrás de su nuca y presionar sus labios como si no pudiera resistir durante más tiempo la distancia y rivalidad existente entre ellos en el pasado.

Un olor a menta y a cítricos que provenía de su propio champú le hizo querer ahogar la cara en su pelo e inspirar con fuerza. No sabía de dónde salía ese deseo irrefrenable de llenarse de ella y empaparse de cada partícula de su esencia, pero, cuando este comenzó a inundarle todos los sentidos, supo que jamás volvería a ser capaz de ignorarlo.

Le mordió el labio inferior y Abby soltó una risa ahogada, todavía entre sus brazos. Agachó la cabeza, quizá para separarse o dar un paso hacia atrás al reparar en la locura que estaban cometiendo, pero el suelo resbaladizo hizo que tropezara. Soltó un gritito que se confundió con el chapoteo de la ducha y se aferró a Tao para no caerse. Él la estabilizó, arrastrándola consigo hacia una de las paredes del cubículo.

—Lo siento —farfulló la muchacha. Sus ojos verdes subieron hacia los oscuros de Tao y se perdieron en lo que fuera que encontró en ellos.

—No lo sientas —replicó él en el mismo tono suave—. No lo sientas en absoluto, joder.

Era consciente de que lo más sensato habría sido detenerse, pero le resultaba imposible pensar en algo que no fuera el cuerpo desnudo de Abby bajo el agua de la ducha. Se acercó a ella con la

intención de besarla de nuevo y gruñó cuando su entrepierna rozó el vientre de la muchacha, tan cerca de su sexo que el contacto hizo que le hormiguearan hasta las puntas de los pies.

—¿A qué se debe esto? —susurró ella en su oído, poniéndole los pelos de punta.

Tao fue a responder, pero la joven le rodeó la erección con una mano y, entonces, él dejó de pensar. Apretó los ojos durante solo un segundo; cuando los abrió, Abby no se había amedrentado lo más mínimo, sino que había empezado a mover la mano de arriba abajo con suavidad, pendiente de cada una de sus reacciones.

—No me habías contado que te atraía tanto —añadió cuando el chico jadeó ante el movimiento.

—Y no me atraes —la contradijo entre dientes. Se apoyó en los azulejos de la pared y puso la mano a apenas unos centímetros del rostro de la chica, inclinándose hasta que su frente tocó la de ella.

—Algo me dice lo contrario —replicó ella en un susurro.

Se puso de puntillas en lo que Tao creyó que iba a ser un beso, pero que resultó ser solo un eco de todos los anteriores. Los labios de Abby le rozaron la mandíbula antes de jugar con el lóbulo de su oreja derecha, donde colgaba un pendiente en forma de aro. El joven sabía que debía decir algo inteligente; algo gracioso; algo mordaz; *algo*, a secas, para demostrar que seguía siendo dueño de sus actos. Y estaba seguro de que sería capaz, al menos hasta que notó que el ritmo de su mano aumentaba y tuvo que ahogar un gemido.

La risa de victoria de Abby fue todo lo que necesitó para darse cuenta de que estaba mostrando su lado más vulnerable ante ella; no porque estuviera desnudo, sino porque le estaba enseñando todo lo que se había guardado para sí durante tanto tiempo...

Las veces que le había preguntado cualquier cosa durante sus años de instituto por el simple placer de hablar con ella. Las discusiones tan acaloradas que habían mantenido, porque los dos habían sido adolescentes orgullosos y confiados, con la certeza de que, si las cosas hubieran sido diferentes, podrían haber llegado a tolerarse con tranquilidad. La manera en la que sus ojos la habían seguido allá a donde había ido; primero en los pasillos del centro escolar, entre los rostros de sus compañeros, y luego en el hielo que habían comenzado a compartir y que era de todo menos frío si era Abby quien estaba a su lado.

—Tú tampoco pareces disgustada con... esto, ¿no? —musitó en voz baja, haciendo un esfuerzo por formular palabras coherentes.

Cerró la distancia entre ellos cuando, a medida que se acercaba al orgasmo, su cuerpo empezó a pedirle más. «Más cerca. Más rápido. Más, Abby. Más.»

Alzó una mano para rozarle un pecho, pese a que el cuerpo le vibraba tanto que apenas podía tenerse en pie. Ella se la apartó con delicadeza y con una sonrisa divertida manchándole los labios.

—Me lo estoy pasando bien —le confesó. Al verla morderse el labio, Tao sintió un deseo irrefrenable de volver a besarla y dejar que fueran sus dientes los que lo marcaran a él—. Luego,

si quieres, te dejo a ti.

Él asintió, sin voz. Tenía la impresión de que cualquier cosa que Abby dijera le iba a parecer bien. Volvía a ser ese chico demasiado inmaduro para saber flirtear que pensaba que, aunque las broncas crearan más tensión entre ellos, al menos los juntaban más de lo que lo hacía el horario escolar. Ya siendo adolescente había pensado en dejarse caer de rodillas frente a ella para admirarla como se merecía, y en ese momento supo que terminaría haciéndolo tarde o temprano.

En el instante en el que la fricción hizo que estuvieran a punto de fallarle las piernas, se dio cuenta de que estaba perdido; de que nunca había dejado de estarlo si se trataba de Abigail Langford.

Se dejó ir cuando una corriente de placer erupcionó en su interior. Soltó un gemido, esperando que nadie en el vestuario lo hubiese oído. Apretó los dientes para evitar hacer más ruido, pese a que el chorro de agua caliente que caía sobre ellos ahogaba la mayoría de los sonidos.

Observó a Abby, todavía entre jadeos, como si no pudiera terminar de creerse lo que acababa de suceder entre ellos. La chica se sonrojó al notar la intensidad de su gesto y aquel detalle le pareció tan adorable que el corazón le dio un traspié.

—¿Y bien? ¿Te ha gustado?

Tao parpadeó, sorprendido por la pregunta. Incapaz de resistirse durante más tiempo, posó los labios sobre los de ella y dejó que ese calor que ya identificaba como familiar lo inundase por completo. Le puso una mano bajo la barbilla para alzarla hacia sí mientras la otra se enredaba entre los bucles de su pelo.

—Esa sería una manera de suavizar las cosas. —Rio con ligereza contra su boca, a lo que ella correspondió sonrojándose todavía más.

—No tengo mucha experiencia, así que me alegro —le confesó en una voz tan tenue que Tao se preguntó si la habría oído bien.

—Eso no importa. Ha sido genial porque lo has hecho estupendamente, pero también... —«Porque eres tú, joder», quiso añadir. Las palabras se le acumularon en la punta de la lengua y lucharon entre ellas para salir sin coherencia—. Bueno, digamos que hacer un *flip* no es lo único que se te da bien.

Quiso golpearse la frente contra los azulejos de la pared. «¿De verdad acabo de comparar un salto de patinaje con una paja en unos vestuarios?»

Abrió la boca para pedirle disculpas por la gran estupidez que acababa de soltar, pero Abby soltó otra carcajada. A Tao le asombró comprobar que no parecía molesta ni enfadada, como cuando discutían a la hora de entrenar, sino que la frase le había hecho gracia de verdad.

—Eres un caso perdido, Williams.

—Bueno, no siempre. Ya lo descubrirás.

Porque no lo era. O, al menos, trató de demostrarlo haciendo que el pulso no le temblara cuando volvió a rozarle el pecho con una mano; cuando estuvo seguro de que podía tenerse en

pie y paró de temer desplomarse allí mismo después de haberse corrido sobre las manos de Abby.

Se moría de ganas de besarla otra vez, de atrapar su labio inferior entre los dientes y hacerla gemir como él había estallado cuando...

El chorro caliente se cortó de repente y de la ducha solo quedaron un par de gotas que, en un rítmico golpeteo, aterrizaron sobre las baldosas del baño.

—¿Qué...?

Abby arqueó una ceja y se estiró hacia atrás para escurrirse el agua del pelo.

—Ya me he enjabonado, así que estoy lista. Muchas gracias por prestarme tus cosas —le dijo antes de pasar por su lado para envolverse en la toalla que había dejado colgada en uno de los ganchos de la puerta.

—Pero... ¿No quieres...? —balbuceó él, sintiéndose torpe y estúpido porque las palabras no acudieran a su mente con facilidad. Su cabeza estaba puesta en el cuerpo de la chica; la tela de la toalla lo marcaba tanto que sintió como la boca se le secaba.

Abby negó con la cabeza y le tendió el bote de champú que había utilizado. Tao lo aceptó sin apartar aún los ojos de ella, confundido.

—Claro que quiero, pero así tendremos una excusa para volver a desnudarnos otra vez. Por cierto —añadió divertida—, creo que el partido acaba de inclinarse a mi favor. ¿Cómo decís los jugadores de hockey? Ah, sí: me he marcado un tanto, ¿no?

Le guiñó un ojo. Por el amor de Dios, *le había guiñado un ojo*. ¿Y decía que no tenía experiencia? Eso no había quien lo creyera. No cuando lo dejó en la ducha con el cuerpo todavía tibio por los acontecimientos recientes y el anhelo por satisfacerla palpitándole en la entrepierna.

Abrió tanto la boca que, por un segundo, pensó que la mandíbula se le iba a desencajar. Aun así, al oír la puerta del vestuario cerrarse, ya no tuvo ninguna duda: Abby se había marchado con tan solo la promesa de que un encuentro similar volvería a suceder entre ellos en algún momento.

Y Tao no podía esperar a que aquellos eventos se repitieran.

24



Abby

—No me jodas. ¿De verdad le hiciste una paja mientras os duchabais juntos?

Abby enterró la cara en las palmas de las manos para ocultar el rubor que tiñó sus mejillas de color. Sabía de antemano la estupefacción qué vería en la cara de Sean.

Observó a su mejor amigo entre los huecos de los dedos y lo vio soltar una carcajada, atónito. Sintió un tirón en el estómago al ver que daba una palmada, todavía sin creérselo del todo. No le extrañaba. A ella también le costaba asimilarlo incluso después de haberlo vivido en primera persona.

—Si lo dices así, suena aún peor.

—¿Peor? —repitió él elevando la voz una octava—. ¿Te das cuenta de que has masturbado al tío más imbécil del instituto? Debería darte vergüenza.

—Eras tú el que me animaba a echar un polvo —se defendió ella con el ceño fruncido y las mejillas rojas—. Y, por favor, cállate. O no lo hagas si no quieres, pero deja de utilizar ese tipo de palabras —gimió en voz baja, avergonzada.

—Pásame el número de Tao. —Aquella petición la sorprendió tanto que Abby se incorporó de repente y pestañeó, sin comprender nada. Sean se encogió de hombros con despreocupación—. ¿Qué pasa? Solo quiero asegurarme de que es trigo limpio y no te está chantajeando o algo así.

—Vale, ya está. Una bromita más y te juro que te tiro el batido por encima. —Para añadir más énfasis a sus palabras, agarró el gran vaso de cristal que contenía la mezcla de chocolate blanco, plátano y azúcar que Sean había pedido para merendar esa tarde.

El chico reaccionó en un acto reflejo y se aferró a la bebida como si su vida dependiera de ello. Frunció el ceño a medida que la alejaba de Abby.

—Con la comida no se juega, señorita —la advirtió con un tono de superioridad.

—Y con lo que ha pasado, tampoco. ¡Es un desastre! —Apoyó la barbilla en la palma de una

mano y con la otra le dio vueltas al café que se enfriaba frente a ella.

Sean la contempló mientras relamía los restos de chocolate de la cucharilla que estaba hundida hasta la mitad en su batido. Ya le habían quitado la escayola; antes de entrar, le había enseñado a Abby su pierna recién vendada bajo unos pantalones anchos que la señora Carter detestaba porque no le gustaba nada que Sean los hubiese comprado en una tienda de segunda mano.

—Cree que me he lesionado para fastidiar, de verdad —había resoplado Sean la noche anterior al teléfono, cuando Abby lo había llamado para preguntarle si podían verse cuanto antes para contárselo todo—. ¿Tú qué tal estás?

Esa urgencia había hecho que quedasen en la cafetería en la que habían compartido apuntes y estrés durante su época estudiantil y que había conseguido que volvieran a ser, al menos durante un par de horas, dos amigos que cotilleaban sobre amoríos juveniles.

—Estuve pensando en aquello que dijiste, ¿sabes? —musitó Abby con la mirada perdida—. Sobre cómo siento que he perdido parte de mi vida al centrarme tanto en el patinaje. Y supongo que quise demostrarme que no era cierto con esa estúpida apuesta que hicimos.

Sean chasqueó la lengua y arqueó una ceja al ritmo de la canción de Beyoncé que sonaba por los altavoces.

—Así que te acostase con Tao Williams para probar lo contrario.

—¡No nos hemos acostado! Aún no, al menos. Nosotros no...

—¿«Aún no»? —Abrió mucho los ojos—. Hay que joderse. ¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga? —Sean soltó una carcajada amarga y le dio la vuelta al móvil que, hasta entonces, había permanecido boca abajo en la mesa que compartían—. Espera, dame un segundo —añadió cuando se lo llevó a la oreja.

Abby asintió y le dio un par de sorbitos a su café, ya casi frío, mientras presenciaba el montón de excusas que le daba a la persona que estaba al otro lado de la línea sobre lo «imposible que iba a ser que se vieran más tarde» y cómo «la nueva película de *Misión imposible* puede esperar, en serio, que los cines no se van a mover de su sitio de la noche a la mañana».

—¿Quién era? —inquirió cuando Sean por fin colgó y guardó el móvil en la mochila. La había decorado con una cantidad ingente de parches de distintos parques nacionales de Estados Unidos.

—Theo. Le he dicho que sentía mucho que no fuésemos a poder vernos después, pero este tipo de situaciones solo pasan una vez en la vida y necesito enterarme de todos los detalles.

—¿A qué te refieres?

—Has dicho hace unos minutos que *aún* no te has acostado con Tao, lo que implica que esa posibilidad es más que factible en el futuro. ¿Qué? No me mires así; yo solo me remito a los hechos —explicó cuando Abby puso los ojos en blanco, incapaz de creer que el chico hubiera cancelado una quedada con su novio solo por querer seguir cotilleando acerca de su vida sexual —. Ahora toda mi tarde es para ti, así que mejor empieza por el principio.



Y Abby se lo contó todo.

Le habló de que patinar con Tao no era lo más sencillo del mundo, porque tenían siempre opiniones muy diferentes que chocaban sobre la pista y que ponían a Levi de los nervios. Narró el ultimátum que el entrenador les había dado hacía semanas y cómo eso había hecho que comenzasen a hablar más; no solo a través de mensajes de texto, sino de las cosas que de verdad importaban. Así había sido como Abby había descubierto que Tao no había vuelto a conducir ni a patinar después del accidente de su padre y que se culpaba cada día por ello; que sus pesadillas trataban sobre cómo el hielo se fracturaba bajo sus pies para abrasarlo con su frío tan intenso. Había sido esa la razón por la que la chica le había enviado una nota de voz diciéndole que su familia era lo más importante para ella y, aun así, lo que la hacía sentir enjaulada al mismo tiempo porque temía decepcionarlos si alguna vez...

Eso no se lo había dicho, pero lo completó en su mente: «si alguna vez se atrevía a dejar de patinar y de ser tan perfecta como todos creían».

Le confesó a Sean que habían compartido cafés, discos de vinilo y un par de opiniones sobre libros de terror. A Tao le asustaban los payasos y Abby los adoraba, y había sido después de que el joven le dijera que detestaba las casas encantadas cuando ella había sugerido visitar una alguna vez.

Le habló de cómo había sido su historia hasta ese momento y no se dejó ni el más mínimo detalle.

Y, aun así...

—No quiero que lo que ha pasado entre nosotros estropee las cosas y cree malos rollos —murmuró cuando terminó de ponerlo al día—. A lo mejor la idea de la apuesta fue una mierda, pero me pareció un buen incentivo en su momento. Ahora, sin embargo, ya no estoy tan segura.

Se reclinó en el asiento acolchado. Sean alargó una mano hacia ella para acariciarle el dorso con dulzura. El contacto le recordó a cómo las manos de Tao la habían rodeado para acercarla a su propio cuerpo. Se estremeció.

—Porque no tiene que hacerlo, ¿verdad? —añadió, desesperada, clavando la mirada en el chico para incitarlo a responder de una vez—. Podemos seguir entrenando como hasta ahora. Levi ha notado que nuestra compenetración ha mejorado, así que la idea que tuvimos ha dado sus frutos. Si seguimos así, quizá haya una opción real de que...

—Pero a ti te gusta de verdad.

Abby parpadeó, como si hubiera despertado de una ensoñación.

—¿Qué? Pues claro que no.

—Quieres volver a tener sexo con él —le recordó Sean con una mueca.

—Sí, pero eso no quiere decir que me guste. Es solo que... No sé, es otra manera de conocernos. Me parece guapo y tenemos química y, si somos capaces de seguir teniendo momentos así a la vez que somos profesionales, no tendría por qué haber ningún problema. Además, te recuerdo que aseguró que sería capaz de hacer que me enamorara de él antes de que sucediera lo contrario, y ya sabes lo mucho que me gustan los retos y lo que odio perder.

Tragó saliva al notar la fuerza con la que el corazón le bombeaba en las sienes. Sus últimas palabras resonaron en su mente, llamándola ilusa. La verdad era que no quería volver a tener sexo con él por una apuesta, sino porque le apetecía realmente... aunque eso fuera algo que jamás fuese a reconocer en voz alta.

—Todo lo que dices tendría sentido si no fuera porque te gusta —insistió Sean, como si le hubiese leído el pensamiento. Abby abrió la boca para interrumpirlo, pero el chico alzó un índice en lo alto para continuar hablando—. Y no tiene nada que ver con lo atractivo que sea o deje de ser, sino que te conozco y sé que ese chico siempre te ha llamado la atención. Enróllate con él las veces que quieras, porque nunca viene mal darle un capricho al cuerpo de vez en cuando, pero ten en cuenta que pocas veces el sexo con una misma persona no acaba transformándose en amor, por mucho que al principio no sea así.

—A nosotros no va a pasarnos eso —se apresuró a aclarar. Le temblaba tanto la mano que estuvo a punto de derramar el segundo café que se había pedido—. Es decir, apenas hemos empezado a llevarnos bien *ahora*, y no siempre estamos de buenas. No vamos a enamorarnos solo por acostarnos, como mucho, un par de veces.

—¿Y qué pasa si lo haces? —Sean se frotó la nuca, como si quisiera decirle algo y no se atreviera a hacerlo. Se aclaró la garganta, visiblemente incómodo—. Es solo que no quiero que tengas que elegir en algún momento y que la situación sea incómoda para ti. Y, Abby..., lo cierto es que yo también quería hablarte de algo.

La chica arqueó una ceja, curiosa, y se inclinó hacia delante. Le dedicó una sonrisa en la que pretendió embutir todo el cariño que ella sentía hacia él.

—Puedes contarme lo que sea, Sean, ya lo sabes.

—¿Volverías a patinar conmigo?

Abby parpadeó.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué? —Soltó una risita nerviosa—. Hace nada estabas pasando por el quirófano, Sean. ¿De qué estás hablando?

—Quizá no sea un disparate —repuso el joven con un matiz de urgencia en la voz—. Si me pongo las pilas y entreno a diario, puede que aún llegue a tiempo de participar en la temporada, y

entonces ya no tendrías que preocuparte por acostarte o no con Williams. Todos saldríamos ganando, ¿no?

Abby no podía creerse que estuviera hablando en serio. Sean no podía pensar *de verdad* que pudiese estar cerca de ponerse a patinar siquiera, mucho menos competir.

—No voy a dejar de patinar con Tao ahora —repuso ella con firmeza—, porque tú no estás en condiciones de calzarte los patines. Tienes mucha rehabilitación por delante, ¡y ni hablar de entrenar! Lo primero es tu salud —añadió con tono conciliador, pese a que la mueca le flaqueó al ver que él no correspondía a su gesto— y el año que viene ya veremos qué hacer.

—Vamos, que prefieres patinar con él para poder volver a acostaros antes que hacerlo con tu mejor amigo.

Abby frunció el ceño e hizo una mueca, confundida.

—Claro que no. Lo de Tao solo es temporal. El año que viene todo será como antes, ¿vale? Te lo prometo.

Sean se terminó su batido azucarado de un gran trago. La luz del atardecer perfilaba su figura de forma que un halo de luz parecía rodear su rostro. Sus rasgos estaban llenos de una frialdad que no había estado ahí antes. Abby quiso achacarlo a la conversación que acababan de mantener y a nada más. Conocía a Sean lo suficiente para saber que no se tomaba bien que le llevasen la contraria. Pero ¿qué había esperado que le dijera? Por supuesto que aún era demasiado pronto para que volviese a la pista; una lesión como la que había sufrido no iba a curarse de un día para otro. Que ella aportase algo de sensatez al asunto era lo mejor que iba a venirles a los dos.

—Oye, ¿te ha molestado lo que he dicho? —le preguntó cuando el silencio entre ellos se alargó hasta volverse incómodo.

Estiró la mano hacia él con la intención de acariciársela, pero Sean la apartó en un acto reflejo, ceñudo. Hundió los hombros con aire de derrota antes de mascullar:

—No, Abby, haz lo que quieras. Pero luego no digas que no te he avisado.

25



Abby

Abby se había equivocado en algo: las cosas sí cambiaron entre ellos.

Fueron detalles tan imperceptibles que, al principio, creyó estar imaginándoselos. Parpadeó dos veces cuando vio a Tao morderse el labio inferior al verla aparecer en *leggins* y una camiseta ajustada y se dijo que lo más seguro era que aquello se debiese a que tenía la boca seca por algún motivo que desconocía. Fingía no darse cuenta cuando los ojos del chico la seguían en la distancia, ya fuera en el extremo opuesto de la pista o en la avenida cercana al patinadero, porque le daba demasiado miedo girarse para comprobar si él la observaba de la misma manera que ella lo hacía con él. Intentó no estremecerse cuando sus manos se encontraron en las coreografías y él la sujetó por la cintura con la firmeza y solidez que lo caracterizaban, pero también con cierto aire de vulnerabilidad, como si se sintiera menos hombre y más niño cada vez que se hallaba a su lado.

Dejaron de despedirse al entrar en los vestuarios a modo de regla no escrita para evitar recordar lo que sucedió la última vez que se acompañaron mutuamente a las puertas. Abby dejó de ver a Tao apoyado para quitarse los patines, porque, en su lugar, su mente repetía una y otra vez la escena del otro día, cuando ambos se habían encerrado en una ducha y él había puesto esa misma mano sobre los azulejos, a apenas unos centímetros de su rostro, mientras ella lo tocaba y gemía como si ese placer repercutiera a la vez en su cuerpo.

No pensó en la última vez que había conversado con Sean y en que este se había cerrado en banda cuando Abby le había dicho que no iba a patinar con él esa temporada, pero sí notó que su amigo dejaba hablarle poco a poco. Y aunque en otras circunstancias se habría inquietado por ello, en esos momentos sus pensamientos solo giraban alrededor de otra persona.

—¿Estás bien? —La voz de Tao la trajo de vuelta al presente, donde Abby tuvo que pellizcarse para asegurarse de que no estaban encerrados en ninguna ducha, ambos conservaban

la ropa y no había besos de por medio—. Habías vuelto a quedarte ausente —añadió a modo de explicación cuando vio el rostro de ella congestionado en una mueca de pánico.

—Me pasa a menudo. Es horrible cuando es en un momento importante, pero qué le voy a hacer, soy muy distraída. —Rezó porque el rubor de sus mejillas no delatase el rumbo hacia el que se habían dirigido sus pensamientos.

—No pasa nada. No creo que...

—¡Langford! ¡Williams! —Levi les dio un toque de atención.

Sonó tan cerca que se separaron en un acto reflejo y, reticentes, volvieron al entrenamiento. Aquella conversación no habría tenido por qué ser algo fuera de lo común entre dos personas que se llevaban bien y se esforzaban al máximo por un mismo objetivo, pero la forma en la que se dejaron ir, como si en el fondo no quisieran hacerlo, era un factor que Abby sabía que debían tener en cuenta de un modo u otro.

La manera en la que sus ojos se encontraron constantemente en el hielo era algo que no dejaba de ponerle los pelos de punta. Sobre todo, porque la coreografía que estaban preparando para las eliminatorias de la copa Longan requería que Tao se arrodillase ligeramente frente a ella y eso le hacía desear de forma irrefrenable que aquella misma posición se diese en otras circunstancias.

Tao parecía estar experimentando algo similar, a juzgar por la manera en la que le clavó las uñas en la cintura cuando ella alzó demasiado la cabeza en su dirección. Abby no comprendía la forma en la que el tiempo se ralentizaba a su alrededor; aunque tenían que girar en varias ocasiones —Levi aseguraba que el jurado de la ronda clasificatoria tenía predilección por ese tipo de movimientos y por eso había incorporado un montón—, el mundo al completo parecía detenerse cada vez que Abby se hallaba entre sus brazos.

Eran momentos en los que ambos entreabrían los labios y se observaban con tan solo la melodía distante de la música a sus espaldas y todo un horizonte lleno de posibilidades por delante.

Pero la coreografía siempre llegaba a su fin y entonces los dos se separaban, en silencio, con tanta tensión entre ellos que Levi solo podía gritar «¡Estupendo, chicos! ¡Me encanta!» antes de que los dos se alejaran para entrar en sus respectivos vestuarios con todas las emociones a flor de piel.

Pese a que Abby disfrutaba de haber tomado la delantera en la extraña apuesta que tenían entre manos, no podía dejar de pensar, cada vez que notaba sus manos en su cintura y el aliento de él en el cuello, en cuándo conseguirían empatar... si es que acaso la ocasión llegaba alguna vez.

No pensaba decírselo —no iba a darle tal gusto—, pero se moría de ganas de que Tao tomase la iniciativa por fin.



—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Abby miró en derredor como si buscara un lugar en el que esconderse para rehuir la pregunta. «Sí» y «no» parecían las respuestas fáciles y, al mismo tiempo, las únicas que no podía contestar. Lo que Tao le estaba pidiendo no podía resumirse en dos simples palabras; no cuando el pecho le vibraba con una emoción que todavía no sabía identificar.

—Podría ser divertido —musitó al final.

Tao frunció el ceño antes de responder. Se dio la vuelta para bajar la persiana de The Vinyl's House. No fue hasta que se aseguró de que la tienda estaba cerrada a cal y canto cuando se dio la vuelta hacia ella.

—No sé si esa era la definición que tenía en mente, pero funciona. —Abby arqueó una ceja, sorprendida, mientras el chico salía en dirección hacia el coche de ella, aparcado frente al establecimiento, y continuaba hablando—: Es decir, creo que me vendría bien aprender de forma más visual. Cuando jugaba en el equipo, mis amigos y yo pasábamos las tardes de los fines de semana viendo partidos de hockey. No solo los nuevos, sino también los más clásicos, los históricos... ¿Nunca has hecho algo así con Carter?

Abby intentó recordar la última vez que Sean y ella habían estado frente a una pantalla sin estallar en carcajadas por cualquier chiste que derivase de lo que estuvieran viendo. No fue capaz de dar con una fecha exacta. Solo habían hecho lo que Tao sugería cuando acababan de empezar a patinar juntos.

—Supongo que sí —terminó diciendo con la mirada fija en el paisaje otoñal que se adivinaba al otro lado del parabrisas. Las hojas caídas de tonos marrones, rojos y naranjas volaron a medida que ella arrancaba el motor de su coche y se ponía en marcha—. Pero ir a tu casa es una cosa muy distinta, Williams.

—Mi sofá es lo bastante grande para los dos —repuso él con cuidado—. Quizá mi madre haga el amago de venir a ver las competiciones con nosotros, pero se aburrirá a la mitad y se irá a su habitación.

—¿Tu madre sabe quién soy?

La joven sí se acordaba de la madre de Tao; alta y esbelta como su hijo, de melena cortada justo por encima del hombro y los labios fruncidos de manera permanente en una sonrisa tensa. No quería reconocer que la intimidaba, pero no encontró otra explicación al temblor de su estómago mientras aparcaba delante de la casa de los Williams.

—Claro que sí; no seas boba. Eres Abby Langford, por el amor de Dios.

Dijo aquello de manera tan contundente, como si la simple mención de su nombre bastara para hacerle un lugar en el mundo, que la chica no pudo evitar sonreír, como si el otoño nunca hubiese irrumpido en la ciudad y continuasen viviendo en un eterno verano.

—Parece que no hay nadie —hizo notar el joven después de abrir la puerta principal y encender las luces más cercanas—. Ponte cómoda si quieres. El salón está aquí a la izquierda y el baño, doblando la esquina. Es la última puerta de la derecha. Si te parece bien, yo voy a por algo de picar.

Abby asintió, algo sorprendida por la familiaridad con la que el chico la trató, y recorrió el salón con la mirada antes de atreverse a poner un pie en él. Oyendo el distante ajetreo de Tao abriendo y cerrando armarios, vio cómo había sido la vida del chico antes de conocerlo. Reconoció su pose fanfarrona en fotos familiares de su adolescencia, pero también lo vio sonreír abiertamente cuando no era más que un niño sentado sobre los hombros de su padre, tan feliz que los ojos aparecían como finas rendijas. Alzó un dedo, dispuesta a rozar una fotografía que mostraba a la familia Williams de pie frente a una iglesia tiempo antes de que sucediera el accidente, justo antes de que Tao volviera a aparecer.

—¿Te gustan los refrescos o prefieres el té? ¿Un café? No tenemos, pero puedo mirar si alguno de los supermercados cercanos todavía está abier... —Al ver lo que estaba haciendo Abby se detuvo—. Oh.

Ella se separó de la exposición de fotografías con la misma rapidez que si la hubieran pillado haciendo algo ilegal. Esbozó una sonrisa culpable. Le ardía la cara por la vergüenza.

—Eras adorable de pequeño —se defendió con la intención de salvar la situación.

—Ya, y también estaba obsesionado con las camisetas más feas de Mickey Mouse. —Tao dejó un bol de palomitas en la mesilla de cristal que descansaba delante de la televisión. Se sentó y puso un brazo en lo alto del sofá—. ¿Alguna recomendación, Langford?

Abby acudió a sentarse a su lado, casi con prisa, para no parecer más cotilla de lo debido. Aun así, los rostros de los padres de Tao permanecieron en su mente, deslumbrándola con la felicidad que habían desprendido. No recordaba mucho al señor Williams, pero verlo en las fotos le había provocado la misma punzada de dolor que si lo hubiese conocido en vida. Se parecía tanto a Tao que no pudo evitar preguntarse qué pensaría el chico al verse cada mañana en el espejo; si se acordaría de su padre o si, por el contrario, la cara de este apenas frecuentaría sus sueños.

—Prueba a buscar las coreografías de Nathan Chen —sugirió—. Es un genio —añadió a medida que robaba palomitas de la fuente que Tao había preparado para ellos.

—Así que un genio, ¿eh? ¿Tengo que ponerme celoso? —bromeó él al buscar el nombre en internet.

Abby le dio un empujoncito en el hombro. No le había pasado desapercibido que el brazo que Tao tenía en lo alto parecía rodearla, mas no dijo nada en voz alta. Le gustaba esa sensación de

confort que parecía guardar el hogar de los Williams, como si fuera un oasis privado en mitad del bullicio que provenía del mundo exterior.

Tao la obedeció durante la siguiente hora y puso en orden los fragmentos de las competiciones que Abby le fue pidiendo. A ella se le secó la boca explicándole cada momento y puntuación; la manera en la que el hechizo se creaba cuando el filo de las cuchillas de los patinadores no solo cortaba el hielo y el aire, sino el aliento de todos aquellos que los animaban desde las gradas; lo que contaban las expresiones de sus rostros y sus miradas compartidas, la historia que había detrás de cada coreografía y actuación.

—Eso tenemos que hacer nosotros —comprendió Tao cuando, él también, dejó escapar una ovación al finalizar uno de los vídeos.

«Magia», decían sus ojos. Abby asintió para darle la razón.

—Eso es lo que llegaremos a hacer algún día —le confió ella en el mismo tono, segura de sus palabras.

Al fin y al cabo, Tao, como ella, había aceptado formar parte de esa alianza también de manera egoísta, lo que significaba que había algo que quería sacar de todo aquello. Y la promesa de que iban a darlo todo de sí para hacerse con la copa Longan era una promesa que los dos estaban dispuestos a cumplir.

26



Tao

Hacía tiempo que Tao había dejado de prestar atención a los vídeos que se reproducían en la televisión.

Casi le avergonzaba la atención que le estaba poniendo a todo excepto a la coreografía que se desarrollaba en la pantalla. El pelo de Abby le rozaba el antebrazo, produciéndole un suave cosquilleo que hacía que su corazón aletease como las alas de un colibrí. Pese a que el rostro de la chica permanecía oculto debido a que estaba apoyada casi del todo en su hombro, Tao era consciente de cómo tenía las mejillas arreboladas y los labios entreabiertos. Solo Dios sabía que de ellos era de lo que Tao estaba tan pendiente. El resto del mundo daba igual, porque en su cabeza solo se repetía un único pensamiento: «Bésala, bésala, bésala».

Carraspeó y se enderezó, jugando con el mando del televisor que descansaba en su regazo.

—¿Tienes frío? Puedo poner la calefacción.

—Estamos en otoño —le recordó Abby todavía sin despegar la vista de la pantalla.

—Bueno, si tienes calor y quieres que encienda al aire acondicionado...

—Tao —lo interrumpió Abby. Su voz fue apenas un eco en mitad de la explicación que aquel vídeo cutre de YouTube trataba de ofrecer sobre hacer ciertos saltos y piruetas. Al chico no podrían haberle importado menos, atento como estaba al calor que emanaba el cuerpo de la joven —, es otoño —repitió como si eso lo explicase todo.

—Ah, ya, claro.

¿Qué significaba eso? ¿Acaso era él el único que no podía respirar? No, menuda ridiculez. En ese salón hacía una temperatura asfixiante y, por muy formal que Abby pareciese, tenía que notarlo también. Venga ya.

—¿Estás bien? —Ella rompió la quietud. Tao no creyó imaginarse la carcajada que ocultaba su tono, como si fuese capaz de leerle el pensamiento.

—Claro, ¿por qué lo dices?

—Te noto un poco nervioso.

—Tonterías.

—Ya, claro —dijo Abby imitándolo. Sonreía de una manera desquiciante, a sabiendas de que había algo que él no le estaba diciendo.

Joder. ¿De verdad era tan transparente?

Y, si lo era, decidió Tao en ese momento, ¿por qué no lanzarse? Se movió de manera imperceptible para apoyar la mejilla en la coronilla de ella y suspiró, dejando salir todo el aire que había estado guardando para sí. El contacto con Abby envió una descarga eléctrica hasta las puntas de sus pies, consiguiendo que se estremeciera.

Siguió haciéndolo cuando dejó caer la palma abierta sobre el muslo de la chica segundos antes de agarrarlo como si el gesto no significara nada. Ninguno apartó los ojos de la televisión. Tampoco cuando comenzó a dibujarle círculos en la pierna; ella tuvo que tragar saliva y él recolocarse la cinturilla de los pantalones para que no se le notase el bulto que había aparecido en su entrepierna.

—¿Algún problema? —musitó Abby con suavidad.

Tao no dejó de acariciarla al tiempo que murmuraba:

—De hecho, sí. Háblame más del patinaje, por favor.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué está haciendo el chico de la pantalla?

—Un salto picado. Se llaman así aquellos que pican el hielo para hacer el salto —respondió casi sin voz. Se detuvo en mitad de una respiración cuando los dedos de él pasaron a acariciar su piel acercándose poco a poco hacia el centro de sus piernas con movimientos suaves—. Y son el *lutz*, el *flip* y el *toe loop*.

—Entiendo.

No lo hacía. No tenía ni idea de lo que le estaba diciendo y no le avergonzaba reconocer que no le importaba. Apenas podía concentrarse en la actuación que estaba haciendo ese patinador profesional; prefería centrarse en la respiración pesada de Abby y en la brusquedad con la que cerró los ojos, apenas un instante, cuando su mano continuó subiendo hasta rozarle esa zona del vientre en la que terminaban sus *leggins*.

—¿Estás seguro de que no va a venir tu madre? —preguntó Abby. La tensión alargó sus vocales hasta convertirlas en silbidos que se le metieron por dentro del cuerpo para poner patas arriba todo lo que siempre había creído: que odiaba a Abigail Langford y, a la vez, no podía mantenerse lejos de ella.

—Claro que no —respondió con dulzura antes de seguir hablando, cada fibra de su ser vibrando con excitación—: ¿Y qué más? —presionó—. Estoy seguro de que hay muchos más datos curiosos sobre el patinaje que todavía no me has contado.

Abby se acomodó más en sus brazos, facilitándole el contacto con su cuerpo. Tao creyó que sufría un colapso cuando sus dedos rozaron el..., ¿eso era encaje?, de sus bragas. Sintió que el

corazón se le paraba para volver a latir más rápido, a juego con la música a la que bailaba el patinador que había elegido Abby poner en pantalla.

—También existen los saltos lanzados —continuó con tono quedo. Aguantó la respiración cuando los dedos de Tao bajaron hasta encontrar su clítoris y se quedaron allí, masajeándolo en círculos—. Y son... Eh... El *axel*, el *loop* y...

—¿Ajá?

Apenas podía pensar en decir alguna palabra más coherente. Él mismo sentía la presión a punto de estallar en su erección, y aquello se debía única y exclusivamente a lo mojada que estaba Abby. Se moría de ganas de saborearla y también de comprobar la sencillez con la que se deslizaría en su interior, pero al mismo tiempo no quería romper el hechizo que se había creado entre ellos y que sumía la casa en una tensión que podía cortarse con el filo de un cuchillo.

—No te oigo, Langford —ronroneó al tiempo que introducía un dedo en su interior.

Abby ahogó un gemido.

—El *salchow* —terminó ella por fin, sujetándose a su muñeca con fuerza.

—Interesante. ¿Y cuál es tu favorito?

—El *axel*.

—¿Por qué?

—Porque es el que se te da peor —respondió ella con un brillo peligroso en la mirada. Ni aun con esas dejaba de burlarse de él.

Los labios de Tao se curvaron en una sonrisa que no prometía nada bueno. Introdujo un segundo dedo, comprobando que Abby todavía no hubiese desviado los ojos de la pantalla. Vio que apretaba la mandíbula al mismo tiempo que los músculos de sus piernas se tensaban.

—¿Así que aún no sabes todas las cosas que sí se me dan bien?

La joven frunció los labios.

—Demuéstramelas.

—Túmbate —murmuró Tao entre dientes, incapaz de aguantarlo más. En ese momento, sí, Abby se giró en su dirección, como si necesitara asegurarse de que lo había oído bien—. Y sigue hablándome del patinaje si quieres, pero túmbate.

Contra todo pronóstico, ella no obedeció. El chico debería haber sabido de antemano que no era de las que acataban órdenes en silencio, pero no pudo reprimir una exclamación de sorpresa cuando ella solo se inclinó hacia atrás al tiempo que le pasaba un brazo por la nuca para arrastrarlo consigo.

Sus labios arrasaron con fuerza sobre los de él, robándole el aliento.

Y Tao dejó atrás las sutilezas para dejar paso al hambre que llevaba semanas conteniendo. Le rodeó la cintura para pegarla hacia sí y cerró los ojos cuando notó la redondez de sus pechos chocar contra su torso. La necesitaba tan cerca que incluso la escasez de distancia entre ellos era casi insoportable. Dejó de ver su sonrisa confiada y sus ojos verdes para centrarse en el lío de

manos, besos y lengua en el que se convirtieron en apenas unos segundos y que hicieron que el universo que seguía girando a su alrededor se volviese borroso.

Toda ella olía bien. Joder. ¿Era justo que le excitase hasta el perfume que desprendía su pelo? Tao inspiró con fuerza en su cuello, donde comenzó a dejar un reguero húmedo de besos que no tardaron en descender.

La empujó con delicadeza para que se tumbase, aquella vez sí, y Abby lo hizo sin negarse. El sofá no era muy cómodo, pero sí lo suficientemente grande para que la chica pudiera echarse casi del todo. Tao le quitó de un tirón la ropa interior y los *leggins* que ocultaban todo lo que se moría de ganas de volver a ver y de probar por fin.

—Que un salto sea sencillo, doble, triple o cuádruple depende de las vueltas que se haga en el aire. —Un beso en la curva de sus pechos, un mordisco suave justo encima del ombligo. Abby apretó las piernas; Tao se hizo un hueco entre ellas—. Mis favoritos son los dobles; no demasiado ambiciosos ni tampoco muy fáciles.

—Lo justo —susurró Tao contra sus ingles, haciéndola estremecer con la proximidad de su aliento.

—Lo justo —dejó escapar Abby como un suspiro cuando él empezó a devorarla.

Fue ese el momento en el que ella paró de hablar y, en su lugar, gimió con suavidad. Entrelazó los dedos en los mechones lacios de Tao para tirar de él, pidiéndole sin palabras más. Más intensidad, más rápido, más, más, *más*. Él apartó el par de cojines que le dificultan moverse antes de hundir la cara en el centro de Abby con ansia, empapándose de ella y de todo lo que tenía que ofrecerle.

—Tao...

Su nombre en sus labios fue lo que necesitó para introducir un dedo en su interior sin dejar de mover la lengua. Abby arqueó la espalda y jadeó entre dientes. Tenía la frente perlada de sudor y la respiración entrecortada, y no podía ser más preciosa. Le arañó los hombros instantes antes de que el orgasmo que explotó en su interior provocara que le temblaran las piernas.

Tao se incorporó con una sonrisa satisfecha en el rostro y el pelo mojado por la humedad. Ver a Abby tumbada en el sofá dispuesta para él con las piernas abiertas soltando bocanadas de aire, acelerada, hizo que el corazón le diera un vuelco y su miembro le rozase tanto contra el pantalón que se vio forzado a contener un quejido de dolor.

Se aclaró la garganta antes de sentarse en la posición en la que había estado toda la tarde: con la espalda recta y los ojos clavados en la pantalla de la televisión que no habían apagado en ningún momento. Ardía en deseos de seguir disfrutando de Abby con todas las cosas que le quedaban por hacer en mente, pero ni siquiera ese anhelo pudo superar las ganas que tenía de soltar:

—Creo que acabamos de empatar.

Y solo la forma en la que ella abrió la boca sin decir nada, como si no supiera si pegarle un puñetazo o besarlo de nuevo, hizo que reprimir ese anhelo mereciera la pena.

27



Abby

Octubre y noviembre pasaron entre saltos en el hielo y notas de piano; con la compañía de cafés con leche e historias de terror que se leían con música de jazz de fondo.

Casi resultaba ridícula la rapidez con la que se acostumbraron a la rutina de entrenar cada día hasta que los músculos se les entumecían y las luces nocturnas de Fall River los recibían al final de cada jornada. La comunicación no siempre era sencilla, porque continuaban discutiendo al tener distintos puntos de vista sobre qué funcionaría mejor o cómo debería ser su progreso, pero durante el camino de vuelta a casa —que los días más cálidos era a pie y los lluviosos o fríos, en el coche de Abby— solucionaban sus diferencias. Siguieron masturbándose y dándose sexo oral de vez en cuando en sofás repletos de cojines y duchas privadas, sin mencionar nunca nada después, casi por el mero placer de tomar la delantera en una competición que parecía no tener fin. No avanzaban más allá, como si dar el siguiente paso fuese una etapa que aún no estuviesen seguros de querer iniciar. Los sentimientos quedaban fuera de la ecuación que conllevaba besos, mordiscos y gemidos ahogados, pero a ninguno de ellos parecía importarle aquel detalle porque se sentían cómodos así. Tao también había dejado de trabajar con tanta asiduidad en The Vinyl's House, aunque sacaba horas de donde podía para no abandonar el negocio. La chica todavía no había conocido a su jefe, pero, a juzgar por las descripciones que Tao le proporcionaba entre mañanas tempranas bebiendo café y noches en las que cerraba la tienda mientras le escribía decenas de mensajes de texto, era un hombre mayor y comprensivo que lo apoyaba en el patinaje.

—Es genial tener gente que crea en ti, ¿no te parece? —le preguntó el chico un día mientras los dos paseaban con la mochila llena de la ropa del entrenamiento y los patines echados al hombro—. A mi madre siempre le ha gustado que haga deporte, pero mi padre era mi mayor fan.

—Su sonrisa se tiñó de nostalgia, como siempre que mencionaban al señor Williams—. ¿Cómo es tu familia?

—Es... —a su mente acudieron varios adjetivos, desde *caótica* hasta *alegre*, pasando por *ruidosa* y *amable*—... una familia, supongo. Tengo tres hermanos pequeños, así que siempre me he sentido más como una segunda madre que como una hermana para ellos. Aunque amenacen con volvernos locos a todos, son adorables. Mis padres se desviven por ellos y se quieren tanto el uno al otro que, a veces, me da miedo no encontrar a alguien que me ame con la misma intensidad.

—¿Y cómo se conocieron?

El chico le dio un puntapié a una piedrecita; esta salió rodando con tanta fuerza que asustó a una de las ardillas que corrían por el parque situado al lado de la avenida por la que paseaban. La visión le hizo tanta gracia a Abby que, distraída, estuvo a punto de tropezarse con un bache de la acera.

Era una suerte que Tao estuviera allí, dispuesto a sujetarla, y que la escuchara con atención para no perderse ni un solo detalle. Una ventaja para no caerse, desde luego, y para nada más.

—Como ya sabes, son de Florida y yo pasé allí los primeros años de mi vida —le recordó cuando se recuperó del traspié y retomó el control de su respiración. No sabía si la agitación se debía a haber estado a punto de darse de bruces contra el suelo o al contacto con Tao, que todavía no le había soltado la mano pese a que ella ya se había estabilizado—. Mi padre era cartero y una vez le entregó un paquete a mi madre. Se pasó los siguientes dos meses llamando a su puerta, llevándole cartas que él mismo escribía y que hacía pasar por correspondencia de otra persona, solo para tener la oportunidad de verla todos los días.

—Un hombre dedicado —comentó, y silbó con admiración. Miró de reojo sus manos unidas y guardó silencio un par de segundos antes de añadir—: No me extraña que se enamorasen.

—De jóvenes vivieron una de esas historias de amor de verano. Lo que explica mi bronceado, ¿a que sí?

—Eres incluso más pálida que Blancanieves, fíjate. Oye, eso ha dolido —refunfuñó cuando la chica le dio un golpecito en el hombro.

—Todavía no entiendo por qué tú siempre estás moreno. Antes de que me conocieras, apenas salías de esa tienda de discos, Williams.

—Antes de conocerte, era mucho más... —rebatió él, pero nunca llegó a completar la frase. Al menos, no en el primer intento. Una gota de sudor le resbaló por la sien; pese a que la temperatura ya era fría, parecía que el cansancio después del entrenamiento hacía que incluso andar fuese algo fatigoso—. La clasificatoria está a la vuelta de la esquina —soltó de repente, cambiando de tema.

Abby fingió que no se había quedado con ganas de descubrir lo que iba a decir y, en cambio, preguntó:

—¿Y tienes ganas? Va a ser nuestra primera competición como pareja artística. Cada día me

llegan decenas de mensajes en las redes sociales comentando las ganas que tienen de ver por fin cómo patinas.

Tao tensó el contacto de la mano con la que sujetaba la suya, pero no se apartó. Mantuvo la mirada fija al frente, pese a que Abby notó que tragaba saliva con dificultad.

—Aún me cuesta creer que haya tanta gente pendiente de nosotros. Desde que empezaste a colgar fotos conmigo, *desde que estamos juntos*, me han subido muchísimo los seguidores. Y me da un poco de vergüenza —le confesó en un susurro tan tenue que sus palabras se confundieron con el bullicio de las calles de Fall River— y de miedo. No sé si estoy preparado para todo lo que conlleva estar contigo.

Abby sabía que se refería a patinar con ella, pero no pudo evitar encogerse al oírlo decir eso. Claro que Tao no había querido implicar en ese «estamos juntos» algo literal, como si fueran a ser algo más en el futuro.

Pestañeó con rapidez, como si eso fuera a hacer desaparecer del todo aquella posibilidad, y le apretó la mano con fuerza con la intención de infundirle ánimo.

—Lo vas a hacer genial, ya verás. Levi cree que no vamos a tener ninguna dificultad en pasar a la verdadera competición, y ya sabes que lo que él piense es sagrado.

—Todo en este condenado deporte lo es para vosotros.

—Y, en el fondo, estás aprendiendo a amarlo —lo provocó ella con un empujoncito.

Tao la observó con una sonrisa tan nerviosa como enorme, enmarcada por sus hoyuelos, antes de volver a clavar la vista al frente y murmurar:

—Sí, pero lo negaré si lo vas proclamando por ahí.

Abby sonrió, satisfecha con la respuesta. Dejó que el silencio se extendiera entre ellos hasta que llegaron a la puerta de su casa. Solo entonces retomó el tema que habían dejado antes a medias; no quería tener que despedirse aún y no era que no se le ocurriese otro tema del que hablar, sino que de verdad quería saber cómo era la familia de Tao.

—Bueno, mi madre es de Cantón, una ciudad situada en el sur de China —le contó él a continuación—. Acabó en Boston para ir a la universidad, y allí coincidió con mi padre. El resto es bastante simple: se enamoraron, se casaron... y aquí estoy yo, supongo, sin conocer realmente raíces de mi madre, porque nunca he salido del país, pero ya harto de los ideales americanos.

Abby observó de reojo el rostro de Tao. ¿Qué pensaría él al ser de raza mixta en un país que abogaba por la libertad y la igualdad y, en secreto, rechazaba a los que eran diferentes? Se sintió algo culpable al caer en la cuenta de que era un tema del que nunca habían hablado por el sencillo motivo de que jamás se le había pasado por la cabeza.

Comenzó a acariciar en círculos la mano del chico, distraída, mientras pensaba en qué decir a continuación.

—¿Te gustaría visitar China alguna vez?

—Claro que sí. Era el sueño de mi padre —le confesó él con tristeza. El corazón de Abby se encogió al notarlo tan vulnerable, tan humano y real, a su lado—. Odio pensar que es algo que ya

nunca podrá hacer.

—Pero tú sí —se apresuró a responder. De un impulso, se zafó de su agarre y se colocó frente a él con un dedo que le clavó en el pecho con suavidad cuando el joven hizo ademán de dar un paso en su dirección—. Tu vida no se acabó cuando falleció tu padre, aunque a veces tengas la sensación de que sí. Solo tienes veintidós años y el mundo a tus pies. Si es lo que quieres, llegarás a ver todo lo que te propongas. Porque puedes hacerlo.

Jadeó después de soltar aquello de sopetón y sonrió al distinguir el brillo que iluminaba los ojos de Tao. La luz de las farolas recortaba sus perfiles contra el cielo nocturno de Massachusetts, resaltando todas las diferencias que siempre habían existido entre ellos y que, en ese momento, se confundían con la negrura del cielo que pendía sobre sus cabezas como un inmenso mar de tinta. Eran los protagonistas de un teatro vacío mientras el mundo contenía la respiración a la espera de que algo sucediera entre ellos.

Abby achacó el temblor de sus rodillas al cansancio acumulado; a veladas trasnochando por responder a las decenas de fotos de gatitos que Tao le enviaba; a las cenas ayudando a los mellizos con los deberes y a las mañanas en las que se llevaba a Ava a dar una vuelta antes de ir a ver a Tao. Por supuesto que la fragilidad de su cuerpo y sus sentimientos tenían que ver con la presión que se había puesto a sí misma para lograr que la temporada fuera bien y no porque el joven se estuviera acercando a ella, con la boca entreabierta y una mano cerrándose alrededor de su cintura.

Quizá fuera a darle un ultimátum; a rogarle que no volviera a decir algo similar, porque no tenía derecho a actuar como si siempre hubiesen sido amigos y jamás hubieran querido lanzarse al cuello del otro por no ser capaces de ponerse de acuerdo.

Puede que le hubiese parecido un discurso demasiado intenso o incluso banal. No le había gustado. ¿Le había gustado? Abby no lo sabía, pero temblaba y temblaba y...

La vorágine de pensamientos que la mareaban se detuvo cuando Tao borró cualquier distancia entre sus rostros al posar los labios sobre los suyos. Un sabor a menta inundó la boca de Abby, que ahogó un suspiro, extasiada. Jamás llegaría a acostumbrarse a los besos de Tao, que siempre habían sido ansiosos y desesperados. El que compartían en ese momento, sin embargo, era diferente en todos los aspectos. Tenía el mismo ritmo que las canciones de Ella Fitzgerald que escuchaban en la tienda; el roce áspero del mentón de Tao poseía el mismo tacto que la voz de Louis Armstrong; la delicadeza con la que introdujo la lengua en la boca de ella sonó igual que los éxitos más famosos de Frank Sinatra colándose en los rincones de su cerebro.

Abby se puso de puntillas para pasarle una mano por detrás de la nuca y atraerlo hacia sí, anhelando seguir sintiéndose ligera, ingrávida, entre los brazos de él. El chico entendió lo que quería y se inclinó para seguir besándola con la misma profundidad que él mismo parecía necesitar.

Así que la besó, la besó y la besó durante tanto rato que creyeron que la noche se fundiría con el amanecer y la vida se les esfumaría entre los dedos, pese a que a ninguno les importó lo

suficiente para romper el contacto. Perdieron la noción del tiempo hasta que la puerta de una casa se abrió y dos niños de la misma estatura, con la misma sonrisa desdentada y el rastro de travesuras pasadas que parecía seguirlos allá a donde fueran, gritaron al unísono:

—¡¡Mamá!! ¡Abby ha venido con su novio!

28



Tao

Lo primero que Tao pensó sobre los Langford fue que transmitían calor.

No lo hacían de una manera agobiante, sino que este se parecía más bien a la calidez propia de los primeros días de primavera, cuando la esperanza de que volviese a hacer buen tiempo inundaba los sentidos para remarcar, durante unos breves segundos, que se había resistido un año más como lo hacían las flores que perduraban durante el invierno. No eran muchas, pero, si uno se fijaba bien, siempre se podía ver el suficiente rastro de vida entre los edificios. La naturaleza como una grieta en medio de la piedra: libre, salvaje y, sobre todo, viva. Era lo que caracterizaba a los que sobrevivían: no siempre lo gritaban a los cuatro vientos, sino que llevaban el éxito en silencio, como si no quisieran molestar al resto.

Tao siempre se había considerado así —algo invernal y frío, distante con la realidad para no pincharse con ella, como si esta fuera el filo de una cuchilla— y, no obstante, tuvo la impresión de que los Langford llevaban la primavera por dentro.

La envidia sana le calentó el corazón.

—Sabía que Abby tenía novio. ¡Lo sabía! —chilló una niña pequeña de rostro redondo y ojos del mismo color que los de Abby, por lo que el joven intuyó que sería una de las hermanas pequeñas de las que le había hablado.

—¿Te gusta jugar a videojuegos? ¿Cuáles tienes? —le preguntó el niño, que también salió corriendo a su encuentro. Titubeó, como si tratara de decidir qué decirle a continuación—. Si mis padres te invitan a cenar, ¿me dejarás jugar con tu móvil?

—Yo... Yo no sé si... —comenzó a balbucear Tao algo confuso.

—¡Ya está bien! —La voz de Abby, elevándose una octava más de lo que era normal en ella, hizo que se girara en redondo en su dirección—. Volved los dos dentro de casa. ¡Vamos, Adam! —le insistió al crío, que le estaba tironeando de la camiseta mientras le preguntaba una y otra vez cuál creía que era el mejor personaje para jugar a Mario Kart y por qué la única respuesta correcta era Yoshi.

Con el corazón todavía latiéndole con fuerza contra el pecho, vio que los mellizos desaparecían a regañadientes en el interior de la vivienda. Abby se dio la vuelta hacia él con las mejillas rojas; Tao prefirió pensar que ese detalle se debía a la súbita aparición de sus hermanos y no por lo que habían estado haciendo antes de que estos aparecieran.

Se había lanzado demasiado rápido. El sexo que habían compartido hasta entonces había estado motivado por la excitación y el deseo del momento, pero la manera en la que él la había besado minutos atrás, como si temiera que ella se esfumara entre sus brazos, era diferente. Pese a que una parte de su interior necesitaba que Abby reparase en ello, la otra temía lo que pasaría si lo hacía. ¿Se encararía con él? ¿Diría que no quería seguir patinando a su lado? ¿Que habían llegado demasiado lejos?

—Bueno, ya has visto cómo son. —Abby le rozó el brazo, distraída. Aunque apenas le tocó la manga de la sudadera, Tao sintió cómo sus dedos marcaban cada rincón de su piel—. Siento mucho si te han agobiado. ¿Quieres pasar a cenar, entonces?

El joven parpadeó y se frotó la nuca, nervioso. Se miró la puntera de sus deportivas desgastadas y los vaqueros estilo cargo que llevaba, mordiéndose el labio inferior.

—No quiero ser una molestia...

—Oh, para nada. Solo me siento un pelín obligada después de que Adam lo haya sugerido. —Le dio un empujoncito amistoso antes de guiñarle un ojo para hacerle saber que estaba bromeando. Al ver que ella ya no parecía tan incómoda como hacía un segundo, Tao se permitió tranquilizarse por fin—. Si te apetece entrar, la puerta está abierta. Yo he pasado mucho tiempo en tu casa y solo quiero que sepas que... —Rehuyó su mirada, apenas un instante, mientras ocultaba las manos dentro de los puños de su jersey—. También eres bienvenido en la mía, eso es todo.

A Tao le pareció mucho más pequeña y vulnerable que nunca, como si quisiera desaparecer dentro de la ropa holgada que llevaba. Un mechón rebelde se le había escapado de la coleta y él intentó por todos los medios resistir el impulso de ponérselo detrás de la oreja. No estaba seguro de si gestos como esos estaban permitidos en el juego que tenían entre manos; no todavía, al menos. Así que guardó las manos en los bolsillos de los pantalones para que Abby no reparase en su temblor y se encogió de hombros para aparentar indiferencia.

—Si hay hueco para mí, me encantaría —agradeció. Y lo decía de verdad; había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había sentido bien recibido en una familia ajena. Cuando jugaba al hockey pasaba mucho tiempo rodeado de los padres de sus amigos, pero eso había desaparecido cuando el deporte se esfumó de su vida.

La mano que le tendió Abby para guiarlo al interior de la casa era un comienzo nuevo, sin embargo; uno que iba mucho más allá de patinar sobre hielo, ganar una apuesta, una competición o volver a entrenar. Tenía más que ver con la reconciliación que necesitaba y el perdón que, poco a poco, se estaba dando a sí mismo.



—¿Te gusta el puré de patatas, Tao? Estoy probando de hacer una nueva receta para Acción de Gracias, pero no sé si la textura...

—Está perfecto, señora Langford, gracias. —Trató de sonreír, pero se dio cuenta de que aún tenía la boca llena y que parecería algo grosero, así que se limitó a asentir con la cabeza en un movimiento que esperaba que expresara lo rico que estaba.

—¿En serio? Menos mal que los consejos de tu tía Stephanie han funcionado, Albert. —La mujer se dirigió a su marido, que estaba pendiente de que la menor de la familia llevase más comida a su boca que al suelo—. Si te ha gustado de verdad y quieres repetir, puedes venir a celebrar aquí Acción de Gracias..., aunque seguro que lo celebras con tu familia.

Tao se aclaró la garganta y dejó a un lado la servilleta. Una pierna le tembló un poco al murmurar:

—Lo cierto es que hace mucho que no celebramos Acción de Gracias. Desde que mi padre falleció, en realidad. —Tosió cuando reparó en que las miradas de todos los presentes, incluyendo la de la pequeña Ava, estaban clavadas en él—. Mi madre es de China, así que solemos celebrar más las festividades propias de allí en lugar de las americanas. Aun así, gracias por la invitación, señora Langford.

—Oh, por favor, llámame Aria. —Ella le dedicó una sonrisa repleta de cariño.

—Aria —correspondió con una gentil inclinación de cabeza.

Ava empezó a llorar porque no quería cenar más y, con dulzura, su padre la sentó sobre sus rodillas. Tenía unas gafas cuadradas de esas que años atrás la gente habría clasificado como parte de la estética hípster, pero que al señor Langford le daban un aire muy intelectual. La sombra de una barba grisácea le oscurecía el mentón y le otorgaba un aspecto muy cálido, tan de padre que a Tao se le encogió el corazón.

—Y bien. —Albert se dirigió a él a la vez que hacía reír a la menor de sus hijas. Esta se colgó de su cuello como un monito a medida que continuaba hablando—: ¿Cómo es patinar con mi hija? ¿Más difícil que jugar al hockey?

—Sin duda, señor. —El chico cruzó una mirada cómplice con la muchacha, que puso los ojos en blanco con fingida exasperación—. Sin duda, requiere de mucha más paciencia.

—Vigila tus palabras. No olvides que Levi todavía me prefiere a mí.

Era un tipo de amenaza que, aunque parecido al que siempre había visto en su rostro, también era distinto: Abby ya no lo observaba con odio, como años atrás, sino con un cariño especial. Era esa misma suavidad que respiraban los Langford y que, sin darse cuenta, Tao llevaba anhelando sentir desde que su padre se había marchado.

—Tú lo has dicho: *todavía* —repitió él con una sonrisa sincera. Al darse cuenta de que los padres de Abby lo observaban como si trataran de determinar si estaba bromeando o no, se apresuró a añadir—: Es maravilloso patinar con Abby, de verdad. No solo porque haga cada entrenamiento más agradable que el anterior, sino porque siento que aprendo algo nuevo todos los días gracias a ella y eso me impulsa a querer ser mejor.

—Nuestra chica perfeccionista. —Aria le revolvió con dulzura el pelo a su hija, ya de por sí despeinado—. Sé que debéis seguir una dieta estricta, pero, bueno, los trajes van a continuar sentándoos como un guante cuando os los pongáis para competir. Vais a juego, ¿verdad?

—Sí, llevamos los mismos colores —le recordó Abby—. Rosa y azul difuminados...

—Como en el cielo —completó Tao con tono de broma. Se ganó un codazo, pero no le importó.

Abby le había sonreído, y eso hacía que todos los nervios por la inminente clasificatoria, por lo extraño que se sentía con el atuendo que tendría que vestir para ese día y por lo que fuera que se estuviese desarrollando entre ellos, desaparecieran.

—Estaba todo riquísimo, mamá. —Abby se levantó para darle un beso en la mejilla y le dirigió una mirada que Tao interpretó como una invitación para salir de allí—. Voy a enseñarle la casa mientras termináis vosotros, ¿de acuerdo?

Pese a que el chico pensó de primeras que aquello no era más que una excusa, Abby sí lo guio por las distintas estancias que, desordenadas, desprendían un encanto particular. El revuelo presente en la casa de los Langford era muy diferente del silencio y pulcritud que reinaba en su propio hogar, pese a que eso solo demostrase lo vivas que estaban las personas que vivían allí. Había personalidad en cada juguete desperdigado en los lugares más extraños y en las fotos que, lejos de parecer perfectas, siempre mostraban a alguien que salía borroso o haciendo una mueca.

—Bien, creo que eso es todo. —Abby suspiró cuando los dos regresaron al punto de partida. Se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la pared, como si los acontecimientos recientes la hubiesen agotado. Parecía más ella misma de lo que Tao la había visto jamás, y eso que llevaba meses patinando a su lado—. ¿Qué te ha parecido, Williams?

Tao podría haberle dicho muchas cosas, como que los labios todavía le hormigueaban después del beso que habían compartido hacía un par de horas; que le había encantado conocer a su familia, aunque sus hermanos pequeños insistieran en que era su novio; que allí dentro se respiraba un ambiente que hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que había añorado y que tenía una casa preciosa en la que le gustaría pasar mucho más tiempo.

Sin embargo, lo único que pudo susurrar con la voz queda por la emoción fue un tímido:

—Que tienes mucha suerte.

29



Abby

Se acercaba el momento de la verdad.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Abby se había puesto así de nerviosa. Las ventajas que tenía patinar con Sean iban más allá de hacerlo al lado de su mejor amigo; cuando compartían la pista, siempre era el chico el que temblaba tanto como una hoja caída de otoño y Abby la que lo consolaba y no al revés. Le susurraba palabras de aliento al oído, promesas del estilo «Cuando acabe la temporada iremos a comer perritos calientes al restaurante de carretera más cutre y barato que encontremos, justo como a ti te gusta» y le apretaba la mano para devolverlo a la realidad.

Por eso se estremeció cuando Tao hizo lo mismo con ella y entrelazó los dedos con los suyos mientras esperaban a que llegase su turno. Abby abrió la boca para decirle que el roce de su piel le provocaba aún más calambres en el cuerpo, como si el hecho de tenerlo tan cerca fuese similar a entrar en contacto con una toma de corriente, pero no tuvo voz para explicarle que lo único que conseguía al acariciarle la mano era alterar aún más sus nervios.

—Estás helada. —Tao giró la cabeza en su dirección y frunció el ceño con la inquietud marcada en el semblante—. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

«Lo único que sé ahora mismo es que debería estar concentrada en nuestra coreografía, en la música que va a sonar por los altavoces y en el posible resultado que nos den cuando finalice todo este circo. Y, sin embargo, solo me puedo fijar en cómo me coges de la mano y en las sonrisas que me diriges en silencio, como si temieses romper la magia del momento.»

—Sí, claro —mintió con una sonrisa temblorosa.

—No tienes de qué preocuparte. Solo es un paso previo antes de tener confirmado nuestro pase a la copa Longan, ¿no? Y Levi me ha contado que te has pasado la vida clasificándote en todo lo que has querido, así que hoy no va a ser una excepción. Todo va a salir bien, ya verás.

—Me he clasificado con Sean —murmuró ella entre dientes, demasiado rígida para moverse. El tul de la corta falda del vestido le picaba por todas partes; sentía cada lentejuela como la herida de una bala—. Esta es una ocasión muy distinta.

—Porque estás conmigo. —Tao leyó sus pensamientos.

Los ojos de Abby se clavaron en los suyos. Le costaba creer que fuera el chico el que la estuviera consolando en ese momento cuando debería ser al revés. Distinguió en su cuerpo los estragos del nerviosismo: mandíbula apretada, labio tembloroso, manos sudadas. No tenía ni idea de lo difícil que debía de ser para Tao estar ahí después de los años jugando al hockey y del accidente de su padre. Y, sin embargo, era él quien tenía palabras de aliento y no al revés; él, la persona que trataba de calmarla mientras ella notaba las náuseas amenazando con hacerla vomitar allí mismo.

El joven tenía razón: aquello se debía a que estaba con él y no con Sean, y a que la posibilidad de que todo fuera mal la aterraba de una manera que no era capaz de poner en palabras.

Por primera vez, no solo temía decepcionar a todo el mundo que confiaba en ella —su familia, Levi y sus seguidores—; tampoco quería defraudarlo a él.

—Ya veo —musitó Tao al ver que ella seguía sin responder. La decepción se palpó en esas dos cortas palabras, pero Abby no hizo nada por disiparla. La culpabilidad que sentía por haberlo arrastrado hasta allí, donde el hielo le traería recuerdos que se había pasado la vida tratando de olvidar, le impedía hablar.

Nunca tendría que haberle pedido ayuda. Estaba siendo una egoísta. Había sido una mala compañera y, si Tao entraba en pánico, no iba a poder decirle nada, porque estaban ahí por ella.

Por ella.

Abby cerró los ojos, mareada por el torrente de nervios y emociones que centrifugaban en su interior, justo en el mismo instante en el que los apellidos de ambos resonaron con fuerza en el eco del patinadero. Respiró hondo e, intentando dejar la mente en blanco, se levantó mientras se sacudía la corta falda de tul.

Tao ni siquiera la miró a medida que entraban en la pista, pero todo era tan diferente por su presencia que la chica se preguntó cómo era posible que nadie más se diera cuenta. Quería señalarlo con luces de neón y gritar «¡Es él el motivo por el que estoy tan atacada! Es él quien tiene este efecto en mí. Es *él*, a secas».

No encontró voz para gritárselo al mundo ni tampoco para admitirlo ante sí misma, por lo que dejó que el joven le pusiera una mano en la cintura, que la intensidad de sus ojos oscuros la sobrecogiese por completo y que la actuación comenzara por fin.

Cuando la música que tanto habían escuchado y cuyos violines y pianos estaban tan adheridos a su mente que a menudo sentían que bailaban dentro de una caja de música y no sobre hielo, se dio cuenta de que Tao estaba tan tenso como ella; de que, al contrario de lo que habían ensayado, sus labios no se habían curvado en una sonrisa plastificada, sino que estaban fruncidos en su

dirección como si se muriesen por besarla. Notó la mano en su cintura, guiándola a su misma velocidad, y reprimió un escalofrío cuando el chico le dio un apretón.

Aún recordaba la fuerza con la que la había sujetado en la ducha del vestuario y cómo el frío de los azulejos se había clavado en su piel para hacerla sentir tan viva como patinar con Tao en ese momento. Lo mullido que era el sofá sobre el que se daban placer cuando su madre no estaba en casa y la desesperación de cada uno de los besos que habían compartido y que siempre gritaban la misma palabra: *victoria*.

Pese a que la sensación que la embargó distara mucho de la tranquilidad que Sean le proporcionaba durante una competición, Abby supo entonces que siempre preferiría sentirse así de real. Con los ojos de Tao clavados en la curva de su cuello y sus piernas moviéndose a su mismo compás, el resto del mundo parecía no existir. El corazón le latía a la velocidad de la melodía que se colaba por los altavoces y que poco a poco iba *in crescendo*. Tragó saliva cuando notó el aliento del chico rozarle las mejillas mientras su tenso agarre la hacía girar sobre sí misma. Había rabia en cada uno de sus movimientos, como si quisiera demostrarle en cada momento que estaba a la altura de sus expectativas.

Sus ojos se encontraron en una de esas piruetas que, al ser complicadas, aún no habían conseguido coordinar del todo. Temió que los nervios les jugaran una mala pasada, así que cerró los ojos para no ver el desastre aproximándose.

Voló en el aire apenas unos segundos y cuando aterrizó sobre el hielo, se percató de que Tao la sujetaba como si temiera que se alejase de su lado para siempre.

A medida que la melodía se acercaba al final, los últimos segundos sucedieron a cámara lenta. El público soltó un par de exclamaciones de asombro que se mezclaron con ese sentimiento de libertad que Abby tanto adoraba del patinaje. Por mucho que hubiese estado dándole vueltas a la idea de dejarlo, le chiflaban esos instantes en los que sentía que eran los únicos presentes en un mundo de frío y luces, de color y seda, de miradas que desnudaban por sí solas y pieles que ardían al entrar en contacto.

Abby se estremeció cuando sonó la última nota y se quedó tan cerca de Tao que pudo contar cuántas pecas se alineaban bajo su mandíbula, el número de pestañas que sombreaban sus pómulos y los latidos que, acelerados, le pedían una sola cosa: «Bésalo. Bésalo».

Tao no apartó los ojos de ella, quemándola con su intensidad.

—Lo conseguimos —murmuró cuando el público estalló en vítores, algo que debería haber sido suficiente para ahogar su voz y que, sin embargo, no fue más que ruido de fondo.

Abby jadeó y le apretó las manos, la emoción vibrando en cada parte de su cuerpo. Una vez que salieron del patinadero, se lanzó a sus brazos sin poder contenerse ni un segundo más.

—Ya está —susurró en su oído mientras duraba el abrazo—. Ya está.

Tao la estrechó con fuerza contra sí, como si temiera que, en el momento en el que se separasen, a los dos les fallasen las piernas y terminaran desplomándose en el suelo. Se quedaron

con las manos unidas mientras los siguientes participantes competían y el sonido de los aplausos, las voces a través de la megafonía y una canción más animada llenaba el patinadero.

No se soltaron ni un instante; no dejaron de mirarse, sin pestañear, como si les asustara que la magia terminara si lo hacían.

Abby cogió aire y lo dejó ir, poco a poco, a medida que el ritmo de su corazón se ralentizaba. No esperaba elogios por parte de Levi, algo que agradeció; el silencio del entrenador era a lo que estaba acostumbrada y lo que, en medio de aquella situación en la que jamás hubiese esperado encontrarse, le daba parte de sentido a todo.

—Estabas más nerviosa que de costumbre —fue el único apunte que le hizo el entrenador.

Ella asintió, temblando, y se giró para dirigirse a Tao.

—¿Qué te ha parecido la experiencia? ¿Te ha gustado?

Él sacudió la cabeza. Aunque aún la cogía de la mano con firmeza, seguía estando serio.

—Solo espero haber estado a la altura —murmuró entre dientes. A la muchacha no le pasó desapercibida la bilis que dominaba sus palabras.

—Oye, respecto a lo que he dicho antes...

—Lo he pillado —la cortó con más dureza de la que esperaba. La chica se echó hacia atrás, cogida por sorpresa por su tono de voz—. No creías que fuera a salirnos bien porque somos nosotros, no tú y Carter.

—Yo no he dicho eso. —Abby frunció el ceño. La frustración que la llenó eclipsó todo lo demás, desde sus radiantes atuendos hasta la purpurina que parecía flotar entre ellos—. Entiéndeme, por favor. Nunca habías patinado de esta manera y este tipo de competiciones son muy diferentes a los partidos de hockey. Es normal que estuviera tan atacada.

—Y no sabías si lo bordaría, ¿no? —completó él. La ironía manchó su sonrisa cuando la chica asintió para darle la razón. Tao se inclinó hacia ella para susurrarle las siguientes palabras al oído —. Créeme: hay muchas cosas que se me dan bien y que tú todavía no sabes.

Abby habría jurado que la pista de hielo podría haberse derretido por completo al oír aquella afirmación; que sus piernas se transformarían en mantequilla de un segundo a otro y no solo no sería capaz de volver a patinar, caminar ni siquiera sería una opción después de que lo que Tao había dicho se asentara en su estómago.

Ocultó las palmas de las manos tras la espalda para que el muchacho no se diera cuenta de lo mucho que le sudaban.

—¿Y cuáles son algunas de esas cosas?

Empezaron a anunciar los apellidos de los clasificados y fue la primera vez en su carrera como patinadora que a Abby no le importó estar distraída. No le preocupaba mucho de todas maneras; Massachusetts tenía patinadores increíbles, pero llevaba en el deporte el tiempo suficiente para estar convencida de que ambos pasarían sin problema.

Ella solo podía mirar a Tao, cuyo torso se adivinaba con claridad gracias a la ajustada camiseta de licra. El flequillo negro, que al principio había estado engominado, le caía por la

frente debido al sudor. Respiraba a su mismo ritmo, como si a él también le estuviese costando centrarse en la competición y no en los labios de Abby, que, entreabiertos, aguardaban a que le diese una respuesta.

—Si nos clasificamos, prometo enseñarte algunas de ellas.

Y casi como si su voz hubiese convocado al destino, los mencionaron. A ellos: dos jóvenes de Fall River que nunca se habían tolerado y que solo hacía poco habían comenzado a hacerlo; que patinaban y se enfadaban con frecuencia, pero que continuaban esforzándose día a día por ser la mejor versión de sí mismos.

Abby saltó del asiento y, esa vez sí, estuvo a punto de derribarlo de un abrazo. Las felicitaciones de Levi, que llegaron de forma escueta y se mezclaron con las del resto del gentío, quedaron ahogadas por la euforia que les pitó en los oídos.

Tao soltó una carcajada sorprendida cuando los brazos de la chica se cerraron alrededor de su cuello y, con efusividad, lo estrecharon contra su cuerpo menudo. Abby tuvo la sensación de que el muchacho estaba venciendo su orgullo cuando correspondió a su gesto y la abrazó por la cintura.

—Te dije que todo iría bien —le susurró mientras se abrazaban entre risas, felicitándose el uno al otro.

Esa victoria era el pistoletazo de salida para la auténtica competición que comenzaba a partir de entonces: conseguir la copa Longan.

30



Abby

El cansancio arrolló con todo cuando la competición acabó. Vino como una ola dispuesta a llevarse por delante los nervios, las inseguridades, el cosquilleo que nacía de las palmas de sus manos, que permanecían unidas, y algo que solo se podía describir como burbujas bullendo en la parte baja de su estómago.

—No me puedo creer que ya haya terminado. —Abby suspiró cuando el frescor de la noche los recibió al salir de aquel edificio de calor asfixiante y música alta.

—Lo importante es que nos hemos clasificado, ¿no?

La joven alzó la mirada hacia él mientras se hacía una coleta para recogerse el pelo, todavía húmedo después de la ducha. Negó con la cabeza con vehemencia.

—Lo importante es que lo hemos hecho juntos, Williams.

Vio la sonrisa de Tao flaquear y se preguntó si él también sentía que aquel día había marcado la diferencia. Ya no solo entrenaban juntos, sino que el mundo al completo lo había visto a él rodear la cintura de ella; a Abby dedicándole una sonrisa deslumbrante antes de poner toda su vida en sus manos y a los dos juntos, compenetrados y certeros, sobre la pista de hielo. No eran un secreto; estaban delante de las cámaras y en todas las redes sociales, sobre todo en el Instagram de Abby, que con el *selfie* que subió de los dos se ganó decenas de reacciones.

—Creo que les gustas —le dijo a medida que le enseñaba los emoticonos plagados de corazones y los comentarios repletos de exclamaciones—. Al final me voy a poner celosa —bromeó.

Tao sacudió la cabeza para restarle importancia. Un par de mechones del flequillo le caían lacios sobre la frente y Abby se encontró a sí misma teniendo que contenerse para no apartárselos del rostro.

—Aún no me acostumbro a toda esa atención —le confesó él con un suspiro de cansancio.

Ella se mordió el labio, insegura. Las pecas suaves de su cara relucían bajo la luz fantasmal de las farolas que poblaban la avenida, haciendo brillar su rostro como si estuviese cubierto de polvo de hadas.

Tao entrecerró los ojos mientras la repasaba con la mirada, desde la puntera de sus Converse hasta el abrigo oscuro que llevaba.

—¿Volvemos a casa? —preguntó, la duda asomando en su voz.

—Solo si no vuelves a dudar de mí.

—Bueno, veré lo que puedo hacer. Tú asegúrate de conducir bien para que no nos estrellemos.

—¿Qué pasa, Williams? ¿Acaso no te fías de mí?

El joven soltó una carcajada atónita y Abby sonrió a su vez. Dejó que el olor que siempre desprendía Tao después de una ducha la envolviera con ese toque familiar a medida que se subían al coche de los Langford. Le recordaba a los días que pasaban entrenando, cuando no existía nadie más que el otro y el universo se reducía al patinadero y a las coreografías que compartían. Casi parecía sencillo fingir que solo era una jornada más y que no acababan de superar el paso previo que necesitaban para asegurarse su participación en la copa Longan.

Casi.

Si no fuera porque Tao tragó saliva al subirse en el lado del copiloto y Abby se estremeció cuando se abrochó el cinturón de seguridad, como si en realidad no quisiera que ni aquella tarde ni aquel momento terminasen, la escena habría sido una parte más de su particular rutina.

Si Abby no hubiese arrancado y, después de tomar la carretera en dirección a la casa de él, Tao no le hubiera puesto la mano en la pierna con suavidad, como si fuese un gesto innato que nacía de la comodidad y el cansancio, todo habría sucedido como siempre.

Si la canción que puso el reproductor aleatorio del móvil de Tao no hubiese sido ese tema tan cursi de John Coltrane, *My one and only love*, no se habrían visto transportados de vuelta a las noches que pasaban en The Vinyl's House rodeados de vinilos y café.

Si no fuera porque Abby se tensó cuando el semáforo se puso en rojo y se giró hacia él, casi falta de aliento, para dejar que los ojos le resbalasen por sus labios antes de devolver la mirada a la carretera, no habría ocurrido nada.

—¿Tienes frío? —preguntó tratando de que sus nervios no salieran a la luz—. Puedo subir la calefacción si quieres.

—Hace calor. —Él levantó una mano al mismo tiempo que ella. Sus dedos se rozaron frente a la palanca de cambios durante un instante tan breve que podría haber sido insignificante de no ser porque Abby esbozó una sonrisa que le bailó en los labios, algo secos por el esfuerzo y el frío del hielo, e hizo ademán de apartarse. Tao, no obstante, la cogió de la mano y la puso sobre la palanca de cambios para acelerar después de que el semáforo cambiase de color.

Igual que patinar, eso también lo estaban haciendo juntos: recorrer la ciudad mientras las luces nocturnas iluminaban los lados de la calzada; los rojos, amarillos y verdes deslumbrándolos

a medida que avanzaban y cantaban con el corazón abierto y los dedos enredados. Un millón de dudas revoloteaban entre ellos, uniéndolos y separándolos.

—No estoy seguro de querer ir a casa, Langford —musitó Tao en un susurro quedo cuando varias viviendas comenzaron a dibujarse alrededor del coche.

Ella abrió la boca para decir algo y se detuvo al notar la boca seca. Las comisuras de los labios le tironearon hacia arriba en una sonrisa que le fue imposible reprimir.

—¿Y a dónde quieres ir?

—Déjame darte una sorpresa. Sigue mis instrucciones y ve por donde yo te diga.

—¿Sabes? Si me quieres secuestrar, lo tienes bastante fácil. —Abby soltó una risita, rogando porque el latido de su corazón no fuera tan sonoro como ella lo sentía en su interior.

Tao cruzó una mirada con ella en el espejo retrovisor.

—No sabía que te gusta ese rollo, pero, si vas a dejarte maniatar en los asientos traseros...

«Está bromeando. Tiene que estar bromeando, ¿no? No puede decirlo en serio. Sí, seguro que es un farol y eso no se le ha pasado por la cabeza en ningún momento. No como a mí ahora, al menos. Y no de una manera extraña, sino... Mierda, creo que me he puesto roja. Joder, joder, joder.»

Abby enderezó la espalda en el asiento y fingió que el corazón no le había dado un vuelco.

—No me importaría —repuso todo lo confiada que fue capaz.

Tao comenzó a darle indicaciones en susurros. La muchacha tuvo que hacer un gran esfuerzo por concentrarse en la conducción y no en él. Un jersey de cuello alto que se le adhería al pecho como una segunda piel, y Abby se encontró con el deseo de quitárselo cosquilleándole bajo la piel.

Ese tipo de pensamientos desaparecieron de su mente, aun así, cuando el vehículo entró en un camino de gravilla que lo hizo zarandear. El reflejo del río Quequechan, con tan poco caudal que parecía el rastro de lágrimas sobre unas mejillas, refulgía un par de metros por delante debido a la presencia de la luna. Los juncos que bordeaban su orilla se alzaron alrededor de las llantas del coche cuando Abby aparcó con cuidado mientras dejaba que los últimos acordes de la canción se difuminaran en la noche antes de apagar el motor.

—¿Y bien? —preguntó la chica para romper el silencio—. ¿Es aquí donde me vas a secuestrar?

Tao sacudió la cabeza a la vez que exhalaba el aire que había retenido dentro durante los últimos segundos. Se inclinó hacia atrás en el asiento para tener una vista más amplia del cielo. Señaló los puntitos brillantes que destacaban en el cielo como chinchetas en un corcho y que se entreveían a través de la luneta delantera.

—He pensado que quizá te gustaría ver las estrellas. Después del día tan estresante que hemos tenido... En fin —cinceló una sonrisa cansada que provocó que varias arruguitas se le formasen alrededor de los ojos—, un poco de paz nunca viene mal.

Si hubiera tenido más voz y hubiese sido un poquito más valiente, la muchacha le habría

explicado que con él nunca estaba tranquila en el sentido más literal de la palabra, porque a su lado todo cobraba una nueva intensidad que, hasta entonces, había desconocido que existía; que las estrellas no eran solo estrellas, sino un mapa que mostraba todas las posibilidades que estaban al alcance de su mano si tenían el suficiente coraje para darles nombre a los sentimientos que, sabía, estaban floreciendo dentro de ellos.

Ya no sabía quién iba por delante en la apuesta que habían hecho, pero, si era sincera consigo misma y pese a lo competitiva que era de normal, ya no le importaba. No estaba enamorada de Tao, pero tampoco lo odiaba como antes. Y esa tierra de nadie, ese territorio neutral en el que se besaban y se daban placer para luego estar a punto de empujarse al otro sobre el hielo, era lo que la estaba volviendo loca.

Se descalzó antes de cruzar las piernas sobre el asiento. Notó que Tao se estremecía cuando la chica apoyó la cabeza en su hombro. Soltó un suspiro que pareció vaciar el mundo entero y, a su vez, darle un nuevo color al paisaje nocturno que los rodeaba. La noche era eterna y se estiraba a su alrededor. En ese momento, se olvidaron de la competición, de las diferencias que separaban el patinaje del hockey, y simplemente observaron cómo la oscuridad se cernía sobre Fall River y los cobijaba de los ojos indiscretos.

Y entonces Abby sintió aquel movimiento imperceptible: Tao girándose ligeramente hacia ella para apoyar la mejilla en su coronilla.

La joven alzó el rostro en su dirección apenas un par de centímetros. Hacía rato que estaban en silencio y, sin embargo, nunca había oído tanto ruido. Este provenía de su interior, de la respiración irregular de Tao y del lejano murmullo de los coches que pasaban por la avenida más cercana.

No creyó estar imaginando cómo el chico continuaba bajando la cabeza hacia ella y, con delicadeza, entreabría los labios para invitarla a actuar. A reaccionar. A unir su boca con la de él en una canción que solo ellos conocían y que se sintonizaba cada vez que sus lenguas entraban en contacto, justo como hicieron en ese momento.

Abby jadeó cuando Tao le puso una mano tras la nuca para atrapar con los dientes su labio inferior. El corazón le dio un vuelco al notar la rapidez con la que cambiaba la intensidad del beso, que había empezado siendo suave y, en apenas un instante, se había tornado desesperado..., como si la tensión después de la competición se estuviese materializando en forma de deseo y ninguno de los dos pudiera soportarla durante más tiempo.

Todo empezó a incomodarla, desde el roce de la tela de su ropa hasta la firmeza del cinturón de seguridad. Sonó un clic y luego otro, y los agarres volvieron a sus posiciones originales. La risa del chico, que se elevó en la quietud de la noche como un secreto bien guardado, fue lo único que se oyó cuando se separaron para que preguntara en un susurro:

—¿Estás segura de que no quieres pasar a los asientos de atrás?

31



Tao

Y pasaron.

No se pareció en nada a la manera en la que lo pintaban las películas románticas de Hollywood, donde los movimientos eran fluidos y elegantes, sonaba música sin letra y los únicos sonidos que acompañaban la situación eran besos que te robaban la respiración. En su lugar, hubo risas, Tao soltando un «Mierda, me he enredado con el cinturón» y Abby tropezándose con la palanca de cambios para estar a punto de caer sobre los asientos traseros de la manera ideal para hacerse un esguince en el tobillo. Tampoco sonaba The Weeknd de fondo, sino la voz nasal de Louis Armstrong cantando la letra de un tema que ninguno supo identificar por culpa de los nervios.

Fue diferente a cualquier fantasía que Tao hubiera imaginado y, a la vez, mucho más perfecta.

—Deberíamos haber salido por la puerta, como dos personas en su sano juicio —juzgó la chica después de llegar, por fin, hasta el asiento de atrás. Resopló, con la maraña de cabello castaño en la cara y un par de gotas de sudor bajándole por las sienes, y frunció el ceño al ver que Tao abría la puerta del copiloto sin despeinarse ni un pelo después de haberse dado cuenta de que no iba a poder pasar entre el hueco que dejaban los asientos de delante.

—Es una pena que no se te haya ocurrido antes esa idea —comentó bromeando.

Rieron, se besaron, gimieron cuando el más mínimo roce bastó para alterar todos sus nervios. Tao maldijo entre dientes al no haber recordado echar para delante el asiento en el que había estado sentado segundos antes, pero no pudo pensar más en ello cuando Abby se sentó en su regazo y le rodeó el torso con las piernas. Se chocó contra el techo e hizo una mueca, lo que solo les sacó a ambos una nueva sonrisa. Armstrong seguía cantando, esa vez de modo más suave, y las estrellas en el cielo titilaban como si quisieran unirse a ese coro de carcajadas que se colaba por las rendijas abiertas de aquel coche aparcado frente al río Quequechan.

—¿Esto entraba en tu plan de relajarnos después de la competición? —murmuró la muchacha contra sus labios.

Por toda respuesta, él le clavó los dedos en la delgada franja de piel que se le había quedado al descubierto después de que el jersey se le subiera apenas un par de centímetros. Abby se mordió el labio inferior para contener un gemido al sentir que los dedos del chico trepaban por su columna vertebral, jugando con el tacto de su piel.

—Se me ocurren un par de cosas que te ayudarían a eso —musitó en voz baja, sus pupilas expandiéndose en la oscuridad.

Abby abrió la boca para responder, pero Tao no la dejó continuar. Lo invadió una peligrosa sensación de placer cuando la vio estremecerse entre sus brazos, a su merced. Siguió con la boca la curva de su mandíbula, justo antes de empezar a dibujar una línea de besos húmedos que le llegaron hasta el mentón. La muchacha alzó la cabeza, dejándole vía libre para que también explorase su cuello como quisiera; para que Tao recorriera con la lengua esa zona que iba hasta el lóbulo de su oreja y que, descubrió entonces, la volvía loca.

—¿Quieres que pare? —susurró. Ella murmuró algo tan cerca de su oído que el chico sintió su voz reverberando en los rincones que hasta él mismo desconocía que existían—. Una palabra y haré lo que quieras. Eso es todo.

No parecía que Abby fuera capaz de formular una contestación coherente, por lo que Tao le leyó el rostro para saber qué era lo que le gustaba y lo que no. Continuó besándola con lentitud, rozándole las comisuras de la boca sin llegar a detenerse del todo ahí, dejándola con la miel en los labios. Ella le clavó las uñas en los hombros y eso hizo que un torrente de calor se deslizara entre sus piernas, haciéndolo sentir más vivo y corpóreo, más real solo porque Abby estaba a su lado.

Apretó los dientes cuando le colocó las manos bajo el jersey y acunó sus pechos con las palmas. Ella se arqueó bajo el contacto, momento que Tao aprovechó para quitarle el sujetador.

Joder. Joder. Joder.

El corazón le dio un vuelco cuando vio sus pechos bañados por la luz nocturna que se colaba por las ventanillas del coche. Piel pálida en contraste con la negrura de la noche, y el rostro de la chica más bonita que había visto observándolo como si quisiera devorarlo hasta que no quedase nada. Tao siempre se había considerado un tipo con recursos y, sin embargo, en ese instante se quedó paralizado. Solo podía contemplarla y sentirse el más afortunado del mundo.

—Joder, Langford —susurró en sus labios, en sus hombros y en sus pezones cuando comenzó a acariciarlos con la lengua, buscando empaparse de ella hasta la médula—. Un día de estos, me vas a matar.

Si seguían adelante con el juego de provocarse el uno al otro para ver quién caía primero, Tao estaba convencido de que sería el que iba a perder. Y no habría tardado ni dos segundos en reafirmarlo después de que Abby lo apartase con suavidad para recolocarse sobre su regazo. La fricción de su culo contra el bulto de sus pantalones hizo que tuviera que apretar los dientes para contener un gruñido.

No podía dejar que continuara retorciéndose así, ajena al torrente de sensaciones que le

recorrían el cuerpo y que lo urgían a desvestirla del todo para poder hundirse dentro de ella. Le puso una mano en la nuca para tumbarla con cuidado sobre los asientos, ansioso de hacerle todo lo que se le pasaba por la cabeza.

—¿No estás incómodo? —le preguntó ella con dulzura—. Lo digo porque eres muy alto y, bueno, no quiero que esta sea una mala experiencia para ti. Si ves que no cabes o que necesitas más espacio, podemos...

—¿Qué? —la interrumpió, el peligro elevando una de las comisuras de sus labios en una sonrisa excitada. Le temblaban las manos y el torso, los hoyuelos y las piernas. Lo único en lo que podía pensar era en besarla hasta saciarse—. ¿Prefieres salir al aire libre?

—Yo no... —trató de decir, pero Tao la acalló con un beso, impaciente.

—Era una broma. Ya tendremos tiempo de hacer todo eso y más si es lo que quieres.

Esperaba no ser el único en anhelar demasiados imposibles, porque Tao quería demasiadas cosas y no sabía cómo pedirlas, cómo expresar las necesidades que se acumulaban en su interior y que hacían imposible distinguir entre las que le nacían del instinto y las que le provocaban calambrazos en la punta de los dedos.

Se apoyó en un antebrazo para que el peso de su cuerpo no recayese del todo sobre ella y susurró en la penumbra del coche:

—¿Me dejas hacer lo que quiera?

Le acarició la cinturilla de los *leggins*, deleitándose ante el simple contacto con su cuerpo. Abby estiró un brazo para pasarlo detrás de su nuca, desesperada porque sus labios no abandonasen su piel. Las manos de Tao no lo hicieron, bajándole la ropa poco a poco hasta que la joven se quedó tendida en los asientos sin nada más que una sonrisa velada por la excitación.

El corazón del chico latió con fuerza. Pum, pum, pum. Sonaba de forma tan atronadora que estaba seguro de que alguien fuera los oiría y llamaría a la policía por escándalo público, aunque le era imposible preocuparse por algo así. No cuando Abby estaba intentando hacerse espacio en el lugar tan pequeño que compartían. Se dio con la cabeza en el techo durante el proceso, provocando que soltaran una risita nerviosa al unísono, y jadeó cuando él empezó a tantear el interior de sus muslos con los labios.

—¿Y esto? —preguntó de nuevo a medida que introducía un dedo en su interior—. ¿Me dejas?

Ella le hundió las uñas en un hombro, todavía tapado por la ropa de la que él no se había desprendido. Asintió mientras ahogaba un gemido. Tao clavó sus ojos oscuros en los verdes de ella, que le devolvieron una mirada llena de ganas. Abby se retorció sobre sí misma cuando Tao introdujo otro dedo en su interior a la vez que movía otro sobre su clítoris, cada vez más rápido.

—No te oigo —susurró en su oído—. ¿Qué hago? ¿Paro? ¿Sigo? ¿Dejamos de jugar y pasamos a la acción de una vez?

Ella murmuró un débil «sí» tan cerca de su rostro que Tao apenas vio algo que no fuera el sudor que le caía por las sienes, la luz tenue del exterior rodeando su figura y el lío de piernas,

manos y cuerpos que reinaba en los asientos traseros.

Le besó con suavidad el abdomen.

—Dame permiso también para esto, Abby.

«Abby» y no Langford. Abby, ese nombre resonó en la tapicería del vehículo y se adhirió a la piel de la chica, cobrando un nuevo significado tras escapar de los labios de Tao de esa forma tan queda. Abby, que se sujetó a sus brazos mientras el chico hundía el rostro en su interior y deslizaba la lengua por la humedad que habían causado sus besos y palabras, sus dedos y movimientos. Abby, que arqueó la espalda cuando el orgasmo llegó y arrolló con toda la excitación, nervios y ganas para dejarla temblando frente a él.

—Tao... —susurró, todavía con voz débil, cuando el chico se incorporó para besarla con dulzura en la frente, como si no acabasen de tener sexo oral en un coche tras una competición de patinaje. Alzó la cabeza hacia él para mirarlo a los ojos, la súplica casi escrita en ellos—. No quiero que te contengas más.

Y como si esa frase hubiese abierto una veda entre ellos, el joven se apresuró a desvestirse de cintura para abajo. Estiró una mano hacia el asiento de delante para alcanzar su mochila y sacar de ella un preservativo ante la mirada divertida de Abby.

—¿Cuántas ganas tenías de esto? —lo provocó.

Tao se sonrojó y balbuceó algo ininteligible que no aclaró porque ni siquiera él mismo sabía lo que quería decir. Estaba feliz, agotado y excitado, y aquel cóctel de emociones le recorría las venas como pura dinamita. Acalló sus protestas con un beso a medida que se ponía el condón.

—No te haces una idea de cuántas.

No se separó de sus labios cuando apoyó las piernas de la chica sobre sus hombros ni cuando entró dentro de ella poco a poco ni tampoco cuando suspiró en mitad del beso, casi mareado por la sensación. No le había mentido: había echado de menos verla así, jadeante y preciosa debajo de él, tanto como oírla gemir mientras Tao le daba con más fuerza cada vez.

—No dejes de mirarme —le pidió, apoyando la frente sobre la de ella. El espacio reducido le dificultaba los movimientos, pero no por eso iba a parar—. Quiero ver cómo terminas.

La voz le salió algo ahogada, pero no tuvo tiempo de preocuparse por ello. No si lo único en lo que podía pensar era en el calor que lo envolvía cuando su cuerpo entraba en contacto con el de Abby, volviéndolo loco.

—Estoy cerca —susurró ella frente a sus labios—. Más fuerte, Tao.

—Joder —dejó escapar él. No estaba seguro de durar mucho más, pero se apoyó sobre los antebrazos para poder impulsarse mejor.

La besó cuando notó que se deshacía entre sus brazos y Abby hacía lo mismo al clavarle las uñas en los hombros. Era una suerte que estuvieran tan alejados de la población, porque, a pesar de que habían tratado de hacer el menor ruido posible, había cosas que era imposible silenciar, como los gemidos al correrse y los besos de después, suaves y tranquilos, que aun así resonaron como un eco en la quietud del vehículo.

—Ya podemos volver a casa —murmuró Abby, todavía recostada sobre los asientos de atrás a medida que trataba de recuperar la respiración. Su pecho subía y bajaba de forma atropellada; a Tao le era imposible apartar la mirada de ahí.

Ojalá hubiera tenido el valor suficiente para decirle que él sentía que ya lo estaba en momentos como ese, cuando el mundo les daba el respiro y estaban a solas. Sin embargo, asintió, se subió los pantalones y volvió al asiento del copiloto para dejar que el traqueteo de las ruedas mordiendo la gravilla les recordase que nunca serían invisibles, y que incluso eso era bonito a su manera.

32



Abby

Le gustaba.

Ya no tenía sentido negarlo, sobre todo si se le aceleraba el pulso hasta en los momentos más insospechados. No encontraba sino una explicación a por qué, cuando entrenaba a su lado e intercambiaban más palabras secas que amables, porque la presión por la competición sacaba lo peor de ellos, intentaba recordarse que también podían compenetrarse hasta los límites más insospechados. Cada tarde en la que entraban en el patinadero con una sonrisa y se iban de allí echando humo por las orejas al ser incapaces de ponerse de acuerdo, cerraba los ojos y pensaba en qué pasaría si se metía de nuevo en el vestuario con él. Levi cada vez parecía tener menos paciencia, a juzgar por la manera que resoplaba siempre que los veía discutir, y Abby no podía dejar de comparar su actitud con cómo había sido cuando Sean era el que competía con ella y no Tao.

—Dile a Carter que ni se le ocurra volver a lesionarse —había gruñido el hombre después de un entrenamiento particularmente estresante—. No os aguanto a ninguno de los dos.

Había dicho aquello mirándolos a ambos como si tuviesen que repartir la culpa de forma equitativa. Por toda respuesta, Abby había puesto los ojos en blanco y Tao se había cruzado de brazos, rehuyendo su mirada en un gesto que la chica había tachado de cobarde.

Nunca se lo había dicho en voz alta, por supuesto, igual que jamás le había confesado que había pensado tanto sobre cada beso, roce y caricia; de haber sido posible, hubiera jurado que los recuerdos se habían degastado en su cabeza.

En paz.

¿Qué narices había querido decir con eso?

Lo peor de todo era que no podía preguntárselo. Las bases sobre las que, para ella, no solo se asentaba el patinaje sobre hielo, sino también su vida, habían cambiado, porque la firmeza, el

trabajo duro y la disciplina se habían cambiado por los nervios antes de cada entrenamiento, trasnochar por intercambiar un mensaje más y suspirar cuando sus ojos se encontraban en la pista y permanecían fijos en el otro durante un tiempo que parecía infinito.

Maldecía la estúpida apuesta que los había llevado a actuar de esa manera y que hacía imposible fingir que no había ocurrido nada entre ellos. Se habían acostado, sí, y se daban cada vez como si llevasen años deseando hacerlo.

Pero no era para tanto. Por supuesto que no.

Porque no podía serlo, ¿verdad?

Sin embargo, llegó un punto en el que la situación se hizo insostenible y las dudas comenzaron a arderle con más fuerza en la garganta, haciendo que los ojos le escocieran por la incertidumbre. Se miraba las manos a sabiendas de que no solo lo había tocado a él con ellas; también a sí misma las noches en las que las dudas no la dejaban pensar, el odio se acumulaba en su estómago y un sentimiento desconocido, mucho más potente y peligroso, llenaba todos sus sentidos.

Y si por algo destacaba Abigail Langford era por la impaciencia. Así que, cuando no pudo resistirlo más, le propuso quedar para tomar algo y soltarle todo lo que pensaba.

—Oye, Tao, hay algo que quiero preguntarte.

Era la primera vez que acudían a una cafetería los dos solos, y Abby no pudo evitar acordarse de Sean. Le hizo una foto a su café y lo etiquetó, escribiendo que lo echaba de menos. Quizá así su amigo se dignara dar señales de vida, pero eso tendría que descubrirlo después. Dejó el móvil a un lado y observó a Tao, cuyo jersey de cuello alto le tapaba las pecas alineadas bajo la mandíbula. Quiso rozarlas para comprobar si su piel era tan suave como en su memoria y sacudió la cabeza para apartar esa clase de pensamientos.

—¿Ajá? —Él arqueó una ceja. Abby no creyó estar imaginando que su tez se cubría por un rubor rosado, como si se avergonzara de algo que ella aún no sabía—. Si es sobre la fiesta de Año Nuevo, no te preocupes; ya les he dicho que no.

La joven arqueó una ceja, sorprendida. La conversación no iba a ir por ahí, pero ya tendría tiempo de explicarle eso después.

—¿Fiesta de Año Nuevo?

—Ya sabes, la de los chicos del equipo de hockey. —Chasqueó la lengua cuando ella negó de nuevo con la cabeza, confundida—. ¿De verdad no te han...? Vaya, los he subestimado. —Hizo una mueca que Abby no supo distinguir si era dolorida o aliviada.

Sin embargo, y al ver que estaba a punto de cerrarse en banda, le tiró de una manga para que girara la cabeza hacia ella y la escuchara. Y cuando Tao lo hizo y clavó sus ojos rasgados en el rostro redondo de la chica, inclinándose hacia delante como si estuviera a punto de besarla, ella sintió que todas las palabras que había pensado morían en su garganta. Lo único que pudo soltar fue:

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Cada año, mi equipo de hockey celebra una fiesta por Año Nuevo. Solía ser en mi casa por todo eso de que era el capitán, pero desde lo de mi padre... —Tragó saliva, incómodo—. En fin, el sitio va rotando. Y como les dije que había vuelto a patinar, contigo, pensaron que también sería buena idea que retomara la vieja costumbre de asistir a esa fiesta. Me pidieron que te llevara. Creo que están un poco picados porque no haya vuelto a la pista con ellos, así que supongo que querrán preguntarte el secreto. —Sonrió de la manera más inocente que había visto nunca.

—¿A mí? —Abby no daba crédito a sus oídos.

Debía de estar oyendo mal. El mundo se había vuelto loco si era cierto que los amigos de Tao querían invitarla a *ella* a una fiesta.

—Claro. Eres quien me está ayudando a superar el odio que le tenía a patinar. La famosa Abby —añadió, haciendo una referencia a lo que la chica sabía que eran sus seguidores de redes sociales, que habían hecho que la propia popularidad del joven en internet también aumentara—. Y también eres la persona de la que más estoy hablando estos últimos meses, así que es lógico... —se detuvo y desvió la mirada hacia la barra, en la que se acumulaban los carteles que anunciaban las nuevas incorporaciones al menú de cócteles—... que quieran conocerte, supongo.

—Me conocen —replicó ella con el ceño fruncido.

—Sí, pero conocen la parte de ti que no soportaban en el instituto. Ahora todos han cambiado. Están más maduros. Como yo, ya sabes. —La observó con cierta burla, y apoyó la barbilla en los puños para mirarla con más atención.

—A lo mejor a quien subestimas es a ti mismo. Pero está bien. —Se inclinó hacia atrás, rogando porque el asiento acolchado le transmitiese confianza con su respaldo mullido—. Iremos a esa fiesta.

—¿Qué?

—Que iremos a esa fiesta si es lo que quieres.

—Yo no he dicho que quiera. Ya les había dicho que no —le recordó.

—¿Acaso te da miedo que conozca a tus amigos?

Ah, la pregunta. Ahí estaba, flotando entre ellos como bruma venenosa. Abby entrecerró los ojos, fulminándolo con la mirada, y disparó la primera bala hacia Tao con un pestañeo. «A ver qué respondes; solo tienes una oportunidad», pareció decirle con tan solo alzar el mentón. Aunque los sentimientos que se acumulaban en su interior fuesen confusos, tenía muy claro que no iba a dejar que nadie se avergonzara de ella. Había límites que nunca había que cruzar, y ese era uno de ellos.

Además, no era que estuviesen saliendo; solo eran amigos que se liaban de vez en cuando y compañeros de patinaje, pero amigos al fin y al cabo.

—Me asusta lo que te puedan contar de mí. Hay algunas cosas de las que me arrepiento de mi adolescencia.

Abby arqueó una ceja y se inclinó hacia él hasta que la distancia entre sus rostros fue casi

inexistente.

—¿Y cuáles son algunas de esas? ¿Muchas fiestas, malas notas...? Oh, espera, déjame adivinarlo. —Se interrumpió a sí misma con un dedo en lo alto, como si hubiese dado con la respuesta—. ¿Un par de novias con las que la cosa no cuajó? Sí, tiene que ser eso.

—¿Por qué? ¿Te pondrías celosa?

El tono de su voz hizo que el estómago le diera un vuelco.

«No, porque no tengo derecho. Sí, porque imaginarte con otras chicas me provoca un escalofrío que no sé muy bien a qué se debe. No puedo decirte la verdad, pero tampoco quiero mentirte.»

Tao le dio un golpecito en la pierna por debajo de la mesa.

—¿Abby?

No creía que fuera a superar nunca lo mucho que adoraba cómo su nombre sonaba en los labios de él.

—Pues claro que no —contestó con más brusquedad de la que pretendía.

—¿Y qué pasaría si te llevase a la fiesta como mi novia?

El mundo se detuvo de repente.

Abby abrió la boca para decir algo y la cerró, incapaz de pronunciar palabra. No porque estas le faltaran, porque se le acumulaban en la lengua y le producían un hormigueo nervioso, sino porque sentía que no iba a encontrar las correctas para un momento como ese.

Tao ladeó la cabeza. El espacio entre ellos era tan mínimo que la joven pensó que sellaría esa pregunta con un beso tímido y después uno largo, de esos que robaban la respiración, una vez que saliesen de la cafetería.

—Era broma, tranquila —dijo el muchacho rompiendo el silencio, reclinándose hacia atrás para desterrar la tensión tan extraña que se había apoderado de la escena. Abby contuvo un juramento—. Solo me ha hecho gracia imaginar la reacción de mis amigos. «Sí, es la chica que me ha hecho volver al patinaje y con quien estoy saliendo ahora, menuda casualidad.» —Fingió una voz aguda que no casaba en absoluto con su personalidad ni su modo de hablar—. Ya puedes borrar esa cara de susto. Lo que ha pasado entre nosotros no va a hacer que vayamos a salir juntos.

«No, claro que no.»

Abby lo sabía y, aunque era consciente de ello, no pudo evitar sentir que algo se resquebrajaba en su interior al oírselo decir.

Forzó una sonrisa y se acabó su bebida de un trago, sin preocuparse ya por los modales. En ese momento, solo deseaba salir de allí de lo atrapada que se sentía.

—Entonces, ¿iremos a la fiesta como amigos? —preguntó con voz débil. Trató de obligarse a sonar alegre, en vano.

Por suerte, Tao no pareció darse cuenta de lo que su declaración había causado. Se terminó su café y le guiñó un ojo, todavía con la taza frente a los labios.

—Pasaré por tu casa para recogerte.

33



Tao

Eso fue lo que hizo.

Tao se presentó en casa de los Langford a las ocho de la tarde con los primeros botones de una camisa blanca desabotonados y el pelo engominado. Tenía la incómoda sensación de que parecía un payaso fuera de su circo; alguien disfrazado para un evento que no era para nada su ambiente y que destacaba como un pez fuera del agua. Desconocía si esa impresión se debía al hecho de volver a las fiestas que habían protagonizado su adolescencia, cuando el hockey era su vida y su padre aún vivía, o si el hecho de ir con Abby era lo que le aceleraba el corazón sin que pudiera evitarlo.

Cuando la vio, sin embargo, enmarcada por la luz amarillenta del porche de su casa y con un par de mechones rizados cayéndole por el escote en forma de uve, se dio cuenta de que era la última opción.

«No le mires las tetas, no le mires las tetas, no le...»

Pero, joder, se quedó sin aliento.

—Estás... —¿Qué podía decirle? «Preciosa» se quedaba corto e «increíble» sonaba demasiado superficial. No existía palabra alguna capaz de describir la belleza de Abigail Langford.

Ella arqueó una ceja ante su silencio y esbozó una sonrisa nerviosa. Bajó las escaleras con cuidado de no resbalarse; llevaba unos zapatos que, si bien no tenían demasiado tacón, tampoco parecían del todo cómodos.

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato?

Y lo único que pudo hacer él fue asentir, porque tenía que ser eso; el gato, el mundo o la visión de ella acercándose a él con un vestido negro que se ajustaba a todas sus curvas y hacía que fuera muy difícil mantener el contacto visual.

—Su carruaje la espera, Cenicienta —murmuró Tao. Lo que había pretendido que fuera una broma acabó pareciéndose más a un gruñido hosco, grave por el deseo que se apoderó de su voz.

Abby alzó la mirada hacia su propio coche, aparcado a un lado de la casa.

—Es de mala educación exigirle prisa a la conductora. —Entrecerró los ojos—. ¿Ahora resulta que tenemos que llegar a la fiesta los primeros? Ni que fuéramos los anfitriones.

«Lo que pasa es que me muero de ganas de presumir de ti delante de todo el mundo», pensó Tao a medida que se encaminaban hacia el vehículo.

—No querrás que nos quedemos sin comida ni bebida, ¿verdad? —preguntó en su lugar.

—No creo que vayan a volar en un tiempo *tan* récord.

Alargó una mano para coger una bolsa de tela de los asientos traseros —Tao se obligó a no pensar lo que había sucedido en ellos hacía poco— y cambió los tacones por unas deportivas desgastadas.

Ante su mirada confundida, la chica le explicó:

—No sé conducir con estos zapatos. —Se abrochó el cinturón de seguridad y arrancó el motor. Un par de pulseras tintinearon sobre su muñeca al agarrar el volante—. Pero aún no has respondido a mi pregunta: ¿tengo que preocuparme por no llegar a tiempo de picar nada de comer?

—Olvidas que hemos sido jugadores de hockey. Tú me has enseñado estos meses cómo es tu mundo —bajó la voz a medida que una canción suave envolvía el interior del vehículo—; ahora deja que te muestre cómo es el mío.

Y lo hizo. Lo hizo con una sonrisa que le bailó en los labios mientras presentaba a Abby a todos sus amigos una vez que llegaron a la fiesta. Travis, Isaac y Finn, que eran los más altos; Peter, Michael y Nathan, los de acento sureño, y Patricia, Emily y Charlotte, las novias de tres de ellos. Estaba aterrado porque Abby pusiera cara a las personas que lo habían hecho ser quien era y ansioso al mismo tiempo por poder comentar después la noche con ella, durante uno de los entrenamientos o en sus encuentros clandestinos en The Vinyl’s House. Se sentía más vulnerable que nunca y, al mismo tiempo, le desconcertaba notar esa sensación de urgencia bullendo en su interior. No podía negar que tenía ganas de que ella viese esa parte de él, la de las personas que lo habían acompañado desde que era niño y que lo habían cuidado hasta que él los había apartado de su lado. Una parte de su interior tenía la esperanza de que, si veía que a Tao lo podían querer, ella terminase haciéndolo también.

Sacudió la cabeza para apartar ese pensamiento. No, aquella fiesta no tenía nada que ver con el amor.

Le retiró el cabello del hombro para susurrarle al oído, rogando porque Abby no notase lo nervioso que estaba por el simple hecho de estar tan cerca de ella:

—¿Quieres algo de beber?

Ella se giró, reluciendo bajo las luces de colores con las que Finn había decorado su casa, y le hizo un gesto afirmativo sin darle ninguna indicación más. Estaba en mitad de una conversación con la chica con la que Nathan había comenzado a salir hacía poco, por lo que Tao se dirigió a la mesa de las bebidas con las dudas para darle su espacio.

Notó que alguien lo interceptaba en la cocina, porque le pasaron un brazo por los hombros

para atraerlo hacia sí en un gesto cariñoso.

—Me alegro un montón de que hayas venido, tío. —Era la voz nasal de Michael, quien, varios centímetros más bajo que él, se servía un líquido rojizo—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vimos en un evento como este.

—La verdad es que sí —contestó Tao mientras rellenaba dos vasos; uno de refresco y otro de cerveza, para que Abby pudiera elegir.

—Todos estamos muy contentos de que hayas venido. A ver si también te pasas pronto por uno de nuestros partidos amistosos. Ha sido por ella, ¿verdad? —Michael alzó su propia bebida para señalar a Abby, que movía las piernas al ritmo de una canción—. Langford, ¿eh? Quién lo hubiese dicho hace años.

—¿A qué te refieres? —El joven frunció el ceño mientras se apoyaba en la pared, al lado de Michael, y observaba al núcleo de jóvenes cantar el último éxito de Lil Nas X. Era un mar de luces y ruidos que a simple vista podía parecer confuso, pero que, de alguna manera, resultaba resplandeciente porque era Abby quien estaba en el centro, sosteniéndolo todo.

Sosteniéndolo *a él.*

—A que la odiabas en el instituto. No me jodas, que seguro que te acuerdas. —Le dio un empujoncito al muchacho, que asintió con un seco cabeceo para darle la razón—. ¿Así que ahora estás con ella?

—No estoy... —tragó saliva con dificultad— con ella. Solo somos amigos; compañeros, más bien.

—Vuestros fans en Instagram parecen decir lo contrario.

Tao se encogió de hombros.

—No sabía que había tantos seguidores del patinaje artístico sobre hielo hasta que Abby me lo mostró. Las fotos que subimos... A veces son un poco teatro; ya sabes, para alimentar la emoción —mintió, porque él mismo sabía muy bien que todo estaba siendo real, y eso era lo que tanto lo asustaba—. Aunque a veces me abruma un poco la atención, no te voy a mentir. No soy de los que quieren ser *influencer*.

Michael arqueó una de las cejas, espesa y oscura, al tiempo que una sonrisa peligrosa se deslizaba por sus labios.

—Entiendo. Entonces, si no estáis juntos, ¿es porque ella tiene pareja?

Aquello le sentó a Tao como una patada en el estómago.

—Está soltera —respondió de forma cortante.

No pensaba decirle a Michael que no tenía ni idea de si alguien rondaba los pensamientos de ella. No estaba dispuesto a reconocer...

—Ah, pero te gusta —canturreó su amigo al leer su expresión.

Él se zafó de su abrazo como si tratara de apartar a un mosquito.

—Cállate.

—Sí, sí, me acabo de fijar en cómo la miras —continuó Michael, intercalando los tragos que

le daba a la bebida con las risas ahogadas que le brotaban de la garganta—. ¿Acaso ella lo sabe? ¿Crees que tú le gustas a ella?

«Sí.» «No.» Aquellas palabras fueron las primeras que sintió el impulso de decir mientras el ambiente psicodélico de la fiesta hacía mella en su cabeza y le traía fogonazos de los breves encuentros que habían compartido. No había duda de que existía química entre ellos, tanto en la pista como en la cama, pero Tao no era capaz de decir hasta qué punto los sentimientos que lo atormentaban por la noche y no lo dejaban dormir eran recíprocos. ¿Se desvelaría también Abby pensando en él? ¿Se le aceleraría el pulso al creer reconocerlo en mitad de una multitud? ¿Habría estado esa misma tarde pensando una y otra vez sobre lo que ponerse para impresionarlo, justo como él había hecho?

No tenía ni idea, pero al mirar a Michael y darse cuenta de los ánimos que este le lanzaba, con los pulgares en alto y el contenido del vaso estando al límite por los movimientos con los que se balanceaba, se percató de que tenía que descubrirlo esa noche.

Así que se acercó a ella, saludándola con un tímido gesto de la mano, y comenzó a mover la cabeza a su mismo compás.

Abby le sonrió. Tenía las mejillas llenas de la purpurina que se le había desprendido de las pestañas. Charlotte, de espeso cabello rojizo y ojos claros, le había pasado un brazo por los hombros y entonaba de forma desafinada el último sencillo de Miley Cyrus.

—¡Te estábamos esperando, Tao! —le gritó antes de tirar de él para que se uniera a ellas.

Tao asintió, sintiéndose algo torpe, e intentó bailar sin parecer el tío más ridículo de la fiesta. Lo que sí era ridículo, sin embargo, era la forma en la que le era imposible apartar los ojos de Abby. Repasó con la mirada sus bucles castaños y la curva de su culo, que el vestido que había elegido le marcaba demasiado bien.

Se ahuecó el cuello de la camisa para tratar de respirar mejor. Joder, era criminal lo necesitado que estaba de rodearla y besarla, de quitarle la ropa y devorarla.

—No sabía que te gustara bailar —le dijo Abby, aun sin acercarse del todo a él. Los centímetros que los separaban ardían sobre su piel.

Él no la oyó por encima del gentío que los envolvía, por lo que tuvo que leerle los labios. Mirarle la boca era lo contrario a tranquilizarse, así que tragó saliva y rezó porque las luces de colores ocultaran el bulto que sobresalía de su entrepierna.

—¡No me gusta! —replicó en el mismo tono. Agachó la cabeza para que su boca quedara cerca de su oído, y no supo si fue por la gente que los empujaba o por los pensamientos que se arremolinaban en su interior, pero sus brazos terminaron rodeando su cintura y su rostro muy pegado al suyo—. Pero una noche es una noche, ¿no?

Ella soltó una carcajada y continuó bailando, ajena a la excitación que vibraba en el cuerpo del chico como una corriente a punto de estallar. Notó un brazo en la espalda y se encontró a Finn saltando a su lado, borracho como una cuba. Tenía las mejillas rojas y los rizos despeinados como si hubiese metido la cabeza en una lavadora.

—¡Williams, nuestro delantero estrella! —le chilló al oído, arrastrando las vocales. Le quito la bebida que ya se había terminado del todo y le puso otra en la mano—. Joder, ¿te he presentado a mi prima? Esta es Angelica.

Tao hizo ademán de negar con la cabeza y se vio interrumpido por un sonoro beso en la mejilla. Farfulló, atontado, antes de estrecharle la mano a una chica preciosa de piel morena.

—Encantado.

No distinguió lo que ella respondió, pero a nadie pareció importarle. La canción que estaba sonando terminó y empezó otra mucho más animada. Tao le dio un trago a su copa, y luego otro y otro más. Abby bailaba a apenas centímetros de distancia, pero parecía que estaba a años luz.

Angelica, sin embargo, estaba mucho más cerca. Y daba la sensación de ser más nítida, también, porque la primera impresión que Tao se había llevado de ella no dejaba lugar a dudas: no le gustaba. No sabía nada de ella, eso era cierto, pero la manera en la que se juntaba a él y...

Lo besaba.

Lo besaba.

Lo besaba.

En un acto reflejo, Tao alzó la mano para detenerla y se encontró con los rizos de su pelo. Iba a pedirle que parase, pero tenía la boca ocupada. Y las manos, porque aterrizaron en la cintura de la chica sin saberlo. Sabía a vodka y olía a frutas y Tao tosió débilmente, mareado por tantos estímulos.

El grito de Finn en su oído le hizo despejarse del todo:

—Joder, ¡pues sí que fluye la cosa!

Se separó de los labios de la chica con la cabeza dándole vueltas. Retrocedió un par de pasos, observando en derredor sin tener ni idea de lo que estaba pasando. Vio a algunos de sus amigos bailando, a otros observándolo sin comprender a qué venía su comportamiento y a la tal Angelica moviéndose al ritmo de la música, sin importarle nada. No se conocían, al fin y al cabo. No sabía que los pensamientos de Tao estaban fijos en otra persona que distinguió que se alejaba entre la multitud a toda prisa.

Se escurría entre sus dedos y no podía hacer otra cosa que no fuera correr tras ella para evitarlo.

Se tambaleó antes de salir en su busca, chocándose con las personas de la fiesta, que apenas le prestaron atención. Vació de un trago el vaso de plástico y lo dejó sobre la repisa de la chimenea que estaba al lado de unas escaleras. Creía recordar que Abby había subido por ellas, pero los eventos que habían sucedido hacía apenas unos segundos se presentaban tan confusos en su cabeza que incluso dudaba de ello.

No obstante, no podía hacer otra cosa sino seguir ese instinto, así que eso fue lo que hizo. Subió, subió y subió hasta que vio la melena indomable de Abby, que estaba frente a la puerta del baño de la casa de Finn rodeada de un par de chicas.

—Langford... —trató de decir, pero se calló cuando Abby se separó del grupo para situarse

frente a él con el mentón alzado y los ojos echando chispas.

Chasqueó los dedos un par de veces antes de espetarle:

—Pero ¿tú de qué cojones vas?

34



Abby

No entendía nada.

Abby no había creído que fuera capaz de pasárselo tan bien con gente desconocida, pero las chicas que había conocido en la fiesta le habían demostrado todo lo contrario. Mientras Tao había estado saludando a sus antiguos compañeros, Charlotte y Emily se habían quedado con ella para no dejarla sola.

—Alucino con tu talento, de verdad —le había dicho Emily, deshaciéndose en sonrisas mientras Charlotte la rodeaba con el brazo para moverse al ritmo de la música—. Eres increíble.

—Los chicos no hacen más que hablar de ti —le había asegurado Charlotte acto seguido—. Al principio flipaban con que precisamente tú hubieras devuelto a Tao a la pista, pero a raíz de eso todos te empezaron a seguir más de cerca y ahora eres una especie de superheroína para ellos, tanto por haber sacado a Tao de su cueva como por todo lo que has conseguido.

—Bueno, han sido años de trabajo —había explicado ella, sonrojándose y bebiendo traguitos cortos de su cerveza para evitar el silencio—, y Tao es igual de talentoso. No ha sido fácil entendernos, pero...

Se había dado la vuelta hacia él, que permanecía rodeado de sus amigos y parecía más feliz que nunca con aquellas personas que lo habían visto crecer. Abby no había podido evitar reprimir una sonrisa al decir:

—Aquí estamos, al fin y al cabo.

Después de eso, habían bailado, al principio con timidez y luego con más soltura. Saltaba a la vista que Charlotte y Emily tampoco se conocían de hacía mucho, pero lo extrovertidas que eran y la facilidad de conversación que tenían hacía que Abby se sintiese cómoda con ellas. Se dejó la voz cantando una canción en español que ni siquiera sabía qué decía, pero que había oído hasta la saciedad, y bebió y gritó y fue feliz.

Realmente feliz.

No le importó que se sacaran fotos con ella y la trataran de celebridad, que alabasen sus victorias en el patinaje artístico y sus avances con Tao. Porque a buena honra podía presumir de todo ello, y estaba orgullosa de sí misma.

—Entonces ¿estáis juntos? —le había preguntado Charlotte al oído, compartiendo una mirada cómplice con Emily.

—Más o menos. Es decir, no de forma oficial...

—Pero os habéis acostado —resolvieron las dos al unísono.

Emily soltó un chillido cuando Abby asintió; ni siquiera la avergonzó el vuelco que le dio el corazón al admitirlo, porque lo deseaba tanto que le dolía el pecho al pensarlo.

—¿Y cómo la tiene? —había seguido preguntando Emily entre risas—. Porque la vida de Tao siempre ha sido un misterio para todos.

—En realidad...

Abby se había dado la vuelta para mirarlo con el recuerdo de sus labios sobre los de ella en mente, y aquel había sido el instante que lo había cambiado todo. La boca de Tao ya había estado ocupada y él no parecía arrepentirse en lo más mínimo.

¿Qué había cambiado en tan solo un par de minutos?

—Abby, ni siquiera la conozco —le explicó él con torpeza. Se apoyó en la pared para mantener el equilibrio y poder mirarla a la cara—. Te lo juro. Finn me la acaba de presentar y...

—Finn. —Emily resopló entre dientes y se apartó la melena rubia del hombro. A Abby, que permanecía de pie delante del chico, le atravesó el pecho una corriente cálida cuando se dio cuenta de que parecía casi tan enfadada como ella—. A estas alturas ya deberías saber cómo es, Tao.

—No... No esperaba que pasara algo así —continuó él, desviando la mirada hacia Abby. Tenía los ojos algo vidriosos por lo que ella no sabía si eran lágrimas de desesperación o alcohol —. Y no ha sido nada. Solo un beso que...

—*Solo un beso* —repitió ella antes de coger aire. Era verdad lo que decía, y sabía que no tenía derecho a haberse enfadado tanto al verlos así, tan cerca que la distancia entre ellos había sido inexistente. Pero tampoco podía ignorar lo que esos celos significaban—. ¿Y por qué se lo has dado?

—Porque...

—No vas a jugar conmigo —lo interrumpió al tiempo que le clavaba con fuerza un dedo en el pecho—, porque no me lo merezco. Y porque yo no quiero ser *solo un beso* para ti.

—¿Qué...?

La muchacha resopló y puso los ojos en blanco. Estaba sudando, tenía el pelo pegajoso y se sentía hecha un desastre, tanto por dentro como por fuera. No sabía qué versión de sí misma estaba ofreciendo, si la de la patinadora profesional para aquellos que la admiraban o la de alguien que quería evitar que le rompiesen el corazón para otros, pero no le importaba.

Lo único que quería era que Tao supiese cómo se sentía respecto a todo, porque había perdido la apuesta. Y verlo dándose el lote con esa chica se lo había confirmado de la forma más cruel y punzante que existía.

—A veces los hombres no os enteráis de nada, joder —espetó antes de estampar sus labios contra los de él.

Fue consciente de cómo la respiración de Tao se detenía a mitad, pero no se apartó. Notó que alguien pasaba por su lado e intuyó que eran Emily y Charlotte, que regresaban a la fiesta para dejarlos solos. Sonrió, agradecida, todavía con la lengua de Tao enredada en su boca.

—Vas a tener que explicarme a lo que te has referido antes. —El chico le puso una mano en la nuca para atraerla más hacia sí y la cogió del culo con la otra, soltando un débil gemido cuando Abby tembló entre sus brazos—. Con lo de que no solo quieres ser un beso y...

—¿Tú qué crees que puede significar? —contraatacó ella. Estaba enfadada y excitada y dolida y emocionada y tantas cosas a la vez que apenas podía distinguir lo que le pedía el cuerpo en cada momento—. Piensa un poco si es que puedes.

—La duda ofende.

—Ofende mucho más que no le pongamos nombre a lo que somos de una vez.

Él pareció reaccionar entonces, porque intensificó el beso de una manera que hizo que las piernas de Abby temblaran. Alzó una para que lo rodease con ella, pero la chica señaló la puerta abierta del baño a su espalda.

—Vamos —fue lo único que dijo. La cerró cuando entraron, sin importarle quién pudiera verlos u oírlos. Hacía rato que ellos habían dejado de escuchar la música de la fiesta y de sentirse partícipes de ella, pero no les importaba.

Sin necesidad de palabras, Tao sentó a Abby en el borde de la encimera del lavabo y ella, esa vez sí, lo rodeó con las piernas para atraerlo hacia sí. Notaba el bulto de sus pantalones duro contra el vientre, y sonrió mientras él le apartaba el pelo a un lado para poder bajar los besos hasta su cuello, sus clavículas y el escote que, sabía, llevaba atrayendo su mirada toda la noche.

—Quítamelo —susurró ella en su oído. Tao gruñó en voz baja y le desabrochó la cremallera lateral del vestido con cuidado de no rompérselo.

—¿No llevas sujetador ni bragas? —jadeó cuando Abby se quedó con solo los zapatos puestos, el pintalabios corrido y la respiración jadeante.

Ella le mordió el labio inferior, sabiendo el efecto que eso provocaba en él.

—Me gustan más tus manos.

Y como si eso hubiera despertado algo en él, Tao se apresuró a lamer sus pechos como si llevara años deseando hacerlo. Abby gimió en voz baja cuando le rozó un pezón con los dientes para jugar con él.

—Fóllame ya, Williams.

No sabía de dónde le nacía la valentía para decir algo así, pero no la avergonzó verbalizar lo que necesitaba. Quizá el alcohol la hiciera desinhibirse más, pero era lo que hubiera querido

decir de todas maneras.

Y Tao se bajó los pantalones al tiempo que se sacaba un preservativo del bolsillo y rompía el envoltorio ante la sonrisa burlona de ella.

—Siempre preparado, ya me conoces.

Abby asintió, falta de aliento, y se inclinó hacia atrás en el lavabo para facilitar el contacto. Cerró los ojos cuando sintió que la llenaba sin dejar espacio a nada más. Nunca se acostumbraría a verlo delante de ella, sudoroso y con esa expresión extasiada que lo dominaba siempre que entraba dentro de ella.

—Dime lo que quieres —le pidió mientras la embestía poco a poco. Conocía a Abby y ninguno de los dos se andaba con sutilezas.

—¿Qué somos? —planteó ella, sus pupilas oscureciéndose a medida que aumentaban el ritmo del movimiento de sus caderas. Necesitaba más, más y más y, joder, que él dijera que...

—Soy tuyo —respondió por fin, sosteniéndola entre sus brazos. Abby tensó los músculos de las piernas al oírlo decir eso, notando que se aproximaba al orgasmo—. Y tú eres solo mía, Langford.

Gruñó al terminar, apenas instantes después de que lo hiciera ella. Jadeó y apoyó la cabeza en su hombro, tratando de recuperar la respiración mientras salía de su cuerpo. Tiró el condón, tambaleante, y Abby observó con una sonrisa cansada cómo se alzaba el pantalón antes de subirle a ella la cremallera del vestido.

—Supongo que ahora sí es oficial, entonces.

Tao la besó en los labios antes de declarar:

—Siempre lo ha sido, sí. Es hora de que volvamos a la fiesta —añadió—. Aunque antes deberíamos hacernos una foto para recordar este momento.

Abby no supo si fue debido a lo que acababa de suceder entre ellos o el ambiente festivo que se desarrollaba al otro lado de la puerta cerrada, pero apoyó las manos en el pecho de Tao al tiempo que él juntaba los labios con los suyos en el momento de hacerse la foto. Sonó un clic que los hizo despegarse al cabo de un par de segundos, todavía con los ojos velados por un deseo irrefrenable.

—Salgo un poco despeinada —señaló Abby al ver que él publicaba la instantánea, donde ambos aparecían con los labios hinchados y las mejillas rojas.

—Y más lo vas a estar si seguimos así —repuso Tao. Se ganó un codazo por parte de la joven que, embriagada de felicidad, soltó una carcajada a medida que dejaban aquel cuarto de baño atrás.

Salieron de la mano, más tranquilos y despejados. La noche que habían pensado que sería una más —el fin de un año que había empezado con la misma oscuridad protagonista la última temporada de su vida; ese odio férreo hacia un deporte que lo había hecho feliz en el pasado y que había comportado que trabajar en una tienda de música *vintage* fuera todo lo que había tenido a su disposición— era también la noche en la que todo aquello terminaba. Porque, cuando

tras bajar por las escaleras cenaron algo del picoteo que los chicos del equipo habían dispuesto para la noche, subieron el volumen de la música y las bebidas burbujeantes comenzaron a sacarles risas sinceras con más facilidad, se dieron cuenta de que, en ese momento, empezaban juntos el nuevo año que se avecinaba. Cuando dieron las doce y la bola de Times Square cayó en la pantalla de la única televisión encendida, Tao juntó los labios con los de Abby en lo que pretendía que fuera un comienzo perfecto.

Porque, por fin, tenía la oportunidad de iniciarlo a su lado.

Tercera parte

35



Tao

Aquel invierno dio la impresión de formar parte de un sueño.

No era que la nieve escasease en Massachusetts, sino que el manto blanco que cubrió Fall River a partir de principios de enero trajo consigo tardes calientes envueltas en mantas y días que se sucedían en el patinadero, perfeccionando saltos, giros y piruetas. Mientras el cielo se deshacía en copos que caían al otro lado de las ventanas, el pequeño universo que Abby y Tao habían creado para ellos se movía entre las notas que resonaban en la pista y que los transportaban a un mundo donde los cafés calientes, los besos al resguardo de la calefacción del coche de los Langford y las tardes que pasaban en The Vinyl's House antes de cerrar se repetían en un bucle encantador.

—No sé qué os ha pasado, pero me alegro de que hayáis hecho las paces —masculló Levi al verlos tan cercanos y unidos, como dos imanes que siempre se atraían al centro de la pista al no poder pasar tiempo separados—. Sin duda, esto facilitará las cosas.

Y los dos creyeron que lo haría, al menos al principio.

—¿Quieres saber un secreto? Mis amigos pensaban que ya estábamos juntos en Año Nuevo —le confió Tao una noche, mientras ambos cenaban en la casa del chico y los diálogos de *The Office* todavía sonaban de fondo porque habían olvidado apagar la televisión.

—Yo era consciente de que me ibas a besar a las doce. ¿Qué? No me mires así. —Abby le sacó la lengua al tiempo que le daba un empujoncito cariñoso. Alargó una mano en su dirección y esbozó una sonrisa cuando el chico entrelazó los dedos con los suyos—. Es decir, era obvio. Admite que te has pasado media vida enamorado de mí.

Y aunque a él le hubiera gustado negarlo, en el fondo sabía que era verdad; que los piques que los habían distanciado en el instituto habían sido por el carácter y orgullo de ambos, sí, pero que, a su vez, habían hecho que continuasen buscándose el uno al otro, aunque fuese con la excusa de discutir, para seguir hablando.

—A lo mejor tienes un poquito de razón. —Tao le besó la punta de la nariz, a lo que ella

respondió sonrojándose como si aquella situación jamás se hubiese dado antes.

—Si vas a estar conmigo, te vas a dar cuenta de que la tengo la mayoría de las veces.

Se había acostumbrado a soltar frases como esa y le había sorprendido darse cuenta de que Tao nunca se lo había negado.

Tao, por su parte, había reparado en que le seguiría la corriente las veces que fueran necesarias si con eso lograba hacerla reír. Dejaría que se durmiera en su hombro antes de finalizar cualquier capítulo de una serie si eso hacía que descansase mejor.

—Estás pillado del todo, ¿eh?

Volvió al presente cuando Michael, Travis e Isaac, sentados frente a él en un restaurante mexicano con cócteles en la mano, lo despertaron de su ensoñación. Las luces cálidas se reflejaban en sus rostros, tan similares al suyo y a la vez tan distintos. Rostros que había visto llenarse de granos en la adolescencia y de barba en la juventud, y que lo observaban con el orgullo que sentían al ver a Tao de vuelta con ellos.

—Poco a poco. —El joven intentó contener una sonrisa, mas esta se asomó al precipicio de sus labios de todos modos al recordar el tacto sedoso del cabello de Abby deslizarse entre sus dedos, la suavidad de su piel haciendo que quisiera tocarla en todos esos lugares que aún no había memorizado por completo y que sabía que tardaría la vida entera en recorrer, porque no quería terminar nunca—. Solo nos conocemos desde hace meses y...

—Yo conocí a Emily trabajando en unos campamentos de verano y antes de que empezara el otoño ya estábamos saliendo. —Isaac se encogió de hombros y le dio un trago a su bebida. Anillos dorados destacaban sobre su piel oscura. Tao distinguió aquel que el grupo de amigos al completo le había regalado por su decimoctavo cumpleaños y que el chico no se había quitado desde entonces.

Quizá volver a patinar no solo le hubiera brindado la oportunidad de conocer a Abby más en profundidad, sino de reconectar con sus amigos y sus orígenes. Puede que, cuando acabara la temporada y tuviera que decidir qué hacer a continuación, si seguir dedicándose al deporte o cambiar de aires, también fuera capaz de perdonarse a sí mismo por lo que le sucedió a su padre.

Quizá ya no fuera necesario ganar la copa Longan para reunir el dinero suficiente y salir del estado, tal vez le bastara con quedarse allí y disfrutar del proceso de patinar al lado de Abby.

Quizá existiera el perdón para él.

—Eso, eso —corroboró Travis—. Yo conocí a Patricia durante el primer año de carrera y ya fuimos a pasar las vacaciones de primavera a casa de sus padres.

—Y yo estuve dos años conociendo a Charlotte antes de atrevernos a dar el paso de iniciar una relación. —Michael se encogió de hombros y soportó un par de golpes cariñosos por parte de sus amigos—. Así que cada uno tiene tiempos diferentes, tío. Puedes conocer a una persona, que te atraiga al momento y enamorarte de ella rápido, o dejar que las cosas sucedan de una manera más o menos lenta. Y todos los ritmos son válidos.

—Lo importante es que estés bien.

—Sí, lo que dice Travis: tú tienes que estar a gusto. —Isaac le dio una palmada en el brazo; Tao se tensó al ser el centro de atención de sus amigos—. Y Abby parece muy simpática, por mucho que tú te hayas pasado años creyendo lo contrario.

El muchacho soltó una risa suave en la que dejó ir todos los nervios que, sin darse cuenta, había retenido hasta el momento. No le había preocupado lo que sus amigos pudieran pensar de su nueva relación, sino estar apresurándose de un modo u otro. Lo último que quería era que Abby sintiera que las cosas estuvieran yendo demasiado deprisa y que esa rapidez empeorase la confianza que tenían.

—¿Y qué sabéis de Mark?

La pregunta brotó de sus labios antes de que pudiera detenerla. Desde el comienzo del año, llevaba dándole vueltas a la idea de llamar a su antiguo entrenador para ponerse al día con él. Sentía que se lo debía al hombre que había tratado de cuidar de él aun cuando el chico lo había apartado, sobre todo si, poco a poco, estaba retomando contacto con sus compañeros de hockey.

Solo le hacía falta reunir coraje para pedirle a alguien su número de teléfono y ser lo suficientemente valiente para escuchar su voz grave al otro lado de la línea.

—Se mudó a Michigan hace un par de años con su familia —le contó por fin Travis después de intercambiar una mirada cómplice con Isaac.

Al ver que Tao no respondía, este último preguntó:

—¿La tierra de los gatos?

Travis parpadeó, sin entender a qué se refería.

—¿Qué?

—Ya sabes, la tierra de los gatos —explicó Isaac con una sonrisa—. Michi-gan.

Se ganó un puñetazo por parte de su amigo, que puso los ojos en blanco.

—Creo que sus hijos tenían algún problema en el colegio y por eso se marcharon —comentó en dirección a Tao, para ver si así conseguía hacerlo reaccionar.

—Oh —dejó escapar él con voz queda. No había esperado oír eso y se le hacía raro que, de un momento a otro, sus esperanzas de volver a ver a Mark se hubiesen esfumado como si nada.

—Te mando su número, por si acaso quieres llamarlo —añadió Isaac, ya con el móvil en la mano—. No tiene que ser ahora, pero... le hará ilusión saber que estás mejor, tío. Se pasó años preocupado por ti.

Tao asintió con un nudo en la garganta y grabó el contacto del entrenador en su teléfono. Aunque aún no se sentía preparado para contarle a Mark lo que había sido de él, sí pensaba hacerlo con el tiempo. Se dio cuenta de que sus amigos habían tenido razón: ningún ritmo era mejor que otro y no solo todas las personas eran diferentes, sino que las relaciones también lo eran. Y él pensaba disfrutar al máximo de lo que compartía con Abby y de todo lo bueno que estaba trayendo a su vida.

Suponía que, de una manera u otra, los dos habían roto el trato que se habían impuesto a sí mismos. Y, aunque el joven siempre había odiado perder, no podía negar que una parte de él se

alegraba de ello.

Nunca hubiera esperado tomarse un margarita en un mexicano de carretera y contarles a sus amigos todos los detalles de su novia que lo volvían loco; esa vez, a sabiendas de que era una persona que le gustaba de verdad; de que no era una chica pasajera o un simple encuentro esporádico, sino el comienzo de algo que, esperaba, durase mucho tiempo. Si aquella escena en particular se hubiese dado años atrás, Tao habría recibido burlas y comentarios de risa, y todos habrían brindado por haber perdido la virginidad antes de los diecinueve.

El nombre de Mark aún rondaba en su cabeza, recordándole que había partes de su pasado con las que todavía no había hecho las paces y a las que tendría que enfrentarse tarde o temprano.

En ese momento, no obstante, prefirió fijarse en cómo los antiguos jugadores de Spring High habían madurado y hablaban con un amor inmenso de las personas que tenían al lado, de lo seguros que se sentían y de lo bonito que era no solo seguir amando el deporte que los había unido, sino también a aquellos que los acompañaron día a día.

Y aunque era pleno invierno y la nieve cubría cada establecimiento de Fall River, y pese a que el mundo se había vestido de un encaje blanco como si la mejor boda de la temporada estuviera a la vuelta de la esquina, Tao no podía dejar de sentir que el verano nacía en su interior con la luz más brillante.

¿Quieres pasarte luego por casa? Puedo comprar palomitas y así vemos alguna película hasta que nos quedemos dormidos. Sigo preparado para todo ;)

36



Abby

A Abby todavía se le hacía raro estar allí, con Sean, hablando como si nada hubiese pasado; como si la última vez que se hubiesen visto él no se hubiera molestado con ella por algo insignificante y no le hubiese estado haciendo el vacío desde entonces.

Claro que, a veces, Sean funcionaba con altibajos. Ignoraba los memes que le enviaban durante un par de semanas y luego aparecía alegando que tenía un millón de cosas que contar. Y aunque Abby lo sabía, no podía evitar estar algo recelosa por ello. Nunca habían pasado tanto tiempo separados y, aunque Tao le robaba la mayor parte de sus horas últimamente, había veces en las que echaba de menos al amigo que la había acompañado desde siempre y que de un día para otro se había ofendido porque ella ya hubiese encontrado un compañero para la temporada.

Pero no podía echarle en cara eso para siempre, se dijo. No si Sean había hecho el esfuerzo de quedar esa tarde con ella para hablar, aunque no dijesen lo que de verdad importaba. Abby tenía la sospecha de que se había llevado a Theo con él para suavizar el ambiente.

Se resignó, encogiéndose de hombros, y fingió que no le dolía ese vacío cuando Sean inclinó la cabeza en un gesto dramático al preguntar:

—Y bien, ¿cómo te sientes al estar con tu compañero de patinaje? Porque eso nunca te pasó conmigo, ¿eh? —bromeó—. Me siento insultado.

Abby tragó saliva antes de responder. Comprobó el mensaje que le había llegado al móvil, temiendo que fueran sus padres pidiéndole que volviese a casa para ayudar a Amanda y Adam con los deberes. Sin embargo, una sonrisa se deslizó en sus labios antes de que pudiera evitarlo. La posibilidad de ver a Tao esa noche hacía que le resultara menos duro haber tenido que tragarse el orgullo y haber quedado con Sean.

Recibió un golpecito por debajo de la mesa por parte de su amigo, que le disparó una mirada algo molesta.

—Eh, enamorada, que te estoy hablando.

—Oye, que yo nunca me metí contigo cuando vosotros estabais empezando —se defendió ella con el ceño fruncido. Señaló a la pareja con la cabeza.

Theo asintió para darle la razón, algo que su novio despachó con un gesto de la mano.

—Bah, tonterías. Siempre dijiste...

—Que estabais hechos el uno para el otro y que debíais dejar de dar vueltas como si fueseis abejas en busca de una flor —sentenció—. Sí, Sean, eso fue justo lo que dije —añadió cuando vio que su amigo volvía a abrir la boca para replicar—. Alguien debería haberos explicado en su momento que tantos «Me gusta» en Instagram no son nunca una mera casualidad.

—No me habías contado que Abby era experta en redes sociales —bromeó Theo con una ceja arqueada.

Sean chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco.

—¿No te has fijado en la cantidad de fotos que ahora ella sube a su perfil solo porque está enamorada? Sois unos cursis —le soltó y, aunque había pretendido sonar amigable, su tono cortaba como el filo de un cuchillo—. Estoy seguro de que los que te siguen lo hacen por el patinaje, Abby, no porque tu novio sea exjugador de hockey.

—Sigo subiendo contenido en la pista de vez en cuando —replicó ella, demasiado sorprendida por la acusación para reaccionar—, pero no creo que esté haciendo daño a nadie subiendo lo que me apetece. Ni tú deberías echármelo en cara.

—Solo digo lo que pensará mucha gente, tranquila. —Sean hizo una mueca y entrelazó una mano con Theo, que observaba a su novio como si también estuviese desconcertado con su actitud—. Anda, respóndele de una vez, que te mueres de ganas —añadió señalando el móvil de la chica con la cabeza.

Abby se obligó a sonreír antes de desviar la mirada hacia la pantalla y teclear una respuesta afirmativa. Aunque la conversación con Sean no estuviese yendo como había esperado, la perspectiva de ver a Tao en un par de horas le dio fuerzas para seguir tratando de recuperar la relación, en ese momento algo distante, con su mejor amigo. Se obligó a forzar la sonrisa más conciliadora de la que fue capaz.

—Lo cierto es que estas primeras semanas están yendo mejor de lo que esperaba —les confesó, jugando con el batido que tenía entre las manos y a cuya pajita no dejaba de dar vueltas, distraída.

—Tú con Tao Williams —resopló Sean entre dientes. Le acariciaba la mano a Theo, que lo observaba como si él también estuviese algo sorprendido por cómo se había tomado la noticia—. Sois un cliché andante. Dijisteis de acostaros y terminasteis enamorándoos.

—Bueno, poco a poco. —Abby se sonrojó y se revolvió en el asiento, incómoda—. El sexo ha ido bien hasta ahora, veremos el amor...

Dejó de hablar cuando distinguió a dos personas familiares entrar en la cafetería. La melena rubia de Emily y el rostro amable de Charlotte se iluminaron al reconocerla a ella en una de las

mesas.

—¡Abby! Teníamos pendiente escribirnos para quedar un día de estos —le dijo la primera de ellas, sentándose a su lado en el banco mullido de estilo cincuentero—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal van los entrenos?

—Bien, bien. Cada vez queda menos. —El estómago le dio un vuelco al decirlo en voz alta, pero al fin y al cabo era verdad—. Además, Tao está mejorando un montón.

—Los vídeos que subís de cómo acaba en el suelo dicen lo contrario —intervino Charlotte entre risas. Parpadeó cuando Sean se aclaró la garganta desde los asientos de delante y solo entonces las recién llegadas parecieron reparar en la presencia de los chicos—. Yo soy Lottie, encantada. Somos amigas de Abby.

—¿Amigas? —Sean arqueó una ceja en su dirección a medida que él y Theo estrechaban las manos de ambas.

—Bueno, nos conocemos desde hace poco, pero parecen majas.

—¿Parecen? —repitió Emily, dándole un pequeño empujoncito cariñoso—. Más te vale que lo parezcamos, porque necesitas aliadas en ese grupo de amigos. Cuando se ponen técnicos con el hockey, pueden ser un poco plastas. —Puso los ojos en blanco, lo que consiguió que las tres soltaran una carcajada.

—Bueno, nosotras nos vamos ya y os dejamos tranquilos. Te escribiré, que todos nos sabemos tu nombre de Instagram. —Charlotte le guiñó un ojo al tiempo que las dos se levantaban a la vez —. ¡Nos vemos, guapa!

Abby no pudo dejar de sonreír mientras las veía alejarse en dirección a la barra. No solo había pasado mucho tiempo desde la última vez que había conocido a gente nueva, porque el ritmo tan exigente del deporte de élite apenas dejaba tiempo libre para socializar con alguien que no perteneciera a aquella burbuja, sino que tampoco recordaba cuándo dos chicas tan simpáticas habían tenido interés en ella.

Volvió a la realidad cuando Sean chasqueó la lengua, casi con disgusto, después de que Emily y Charlotte se marcharan.

—Los jugadores del hockey son como una secta —rezongó con disgusto—, siempre tan unidos... Es un círculo complicado.

—Pero me tratan bien —le aseguró Abby. Se dirigió a Theo entonces, que escuchaba la conversación sin emitir palabra—. Apuesto a que, cuando tú conociste a los amigos de Sean, también te hizo ilusión.

—Bueno, tampoco es que tenga muchos —respondió de modo cordial, tímido como siempre se había mostrado—. Pero me gustó mucho conocerte en su momento, Abby.

—Tonterías; tengo un montón —replicó Sean con el ceño fruncido—. Y lo bueno es que son de verdad. Si esas chicas terminan alejándose porque Tao rompe contigo, Abby, que no te extrañe.

Ella se encogió de hombros para disimular lo que le dolieron esas palabras. No porque Sean

pareciese molesto desde que este le pidió volver a ser su pareja de patinaje después de la lesión —por absurdo que fuera— y ella se negó, enfado que creció más cuando Abby le contó que había formalizado lo suyo con Tao, sino porque daba por sentado que su relación con él y las personas que lo rodeaban iba a acabar en algún momento.

¿Era esa la impresión que daban juntos? ¿Acaso era el único que lo pensaba?

—Seguirás aquí si eso ocurre, ¿verdad?

Él le dedicó un mohín y se terminó su bebida de un trago, inmune a las inseguridades que sus palabras habían creado en Abby.

—Como si fuera el primer día —le prometió.

37



Abby

La competición se acercaba.

Era curiosa la manera en la que el tiempo avanzaba sin que uno se diera cuenta. La vida transcurría de forma casi imperceptible, marcada por momentos que destacaban sobre otros, como la primera vez que entrenaron sin discutir y sonrieron tanto que luego les dolieron las mejillas, o la noche que Tao llamó a Abby, entre lágrimas, porque pensar en el hielo le había provocado ansiedad y ella estuvo contándole chistes para animarlo hasta que ambos se quedaron dormidos.

El tiempo avanzaba entre los árboles desprovistos de hojas y troncos delgaduchos donde los enamorados tallaban sus iniciales; en las cafeterías que mantenían iluminado Fall River con sus luces amarillentas cuando el sol se ponía en el horizonte; entre cafés con hielo y vinilos abandonados al fondo de un cajón. Quizá un día cualquiera pudiera no significar nada para algunos, pero para Abby y Tao, que pasaban la mayor parte de sus horas encontrándose en el hielo y no se despegaban hasta que era absolutamente necesario, todos y cada uno de ellos adquirían una textura especial por el simple hecho de poder disfrutarse al lado del otro.

Y eso los descolocaba a ambos, porque habían crecido viendo —en las redes sociales, en las películas de los noventa y en novelas románticas, que, a veces, no sabían distinguir lo que era tóxico de lo que no— que las relaciones eran difíciles; complicadas, hasta cierto punto. Y aunque a medida que fue terminando enero y comenzó febrero el estrés por la inminente copa Longan comenzó a hacerse notar hasta en los detalles más insignificantes, a ninguno le pareció un esfuerzo sobrenatural cuidar lo que, poco a poco, florecía entre ellos.

Hasta que llegó aquel tuit.

Abby se quedó blanca cuando Tao se lo mostró en la pantalla del móvil. Abrió la boca, aunque de ella no salió ningún sonido. Nada que no fuera un balbuceo nervioso y la ausencia de

su corazón, que daba la impresión de haber dejado de latir después de que la chica leyera las palabras que flotaban frente a sus ojos: «Abigail Langford dejó tirado a Sean Carter no por su lesión, sino para liarse con su nuevo compañero y poder ganar la copa Longan. Menuda zorra».

Debajo de las palabras habían adjuntado una captura de pantalla de una de las fotos que habían subido juntos a Instagram. A Abby le sentó como una patada en el estómago que alguien utilizara ese recuerdo para decir algo así.

—Me parecía importante que lo supieras. —Tao la observó con la tristeza velando su expresión. Apretó los labios en una línea de rabia, como si tuviera que contenerse para no responder al comentario.

—Pero... ¿por qué...? —balbuceó atónita. No dejaba de releer una y otra vez aquello publicado en Twitter como si fuese a encontrar en él una razón para vomitar semejante bilis.

—Es una cuenta anónima —señaló Tao como si en verdad quisiera decir «Ya sabes que no podemos luchar contra eso, porque es lo que el ser conocido conlleva».

No hablaron más del tema hasta que hicieron una pausa durante el entrenamiento ese día, en silencio y taciturnos. Levi, que era siempre el más callado de los tres, se extrañó al ver ese comportamiento y no tardó en preguntar a qué se debía.

Tao alzó el móvil en lo alto por toda respuesta. Las cejas rubias del hombre se fruncieron al tiempo que él chasqueaba la lengua con disgusto.

—Suponía que esto pasaría más pronto que tarde —les confesó. Al ver que parecían no entender por qué, le puso una mano en el hombro a Abby con cierto aire paternal. A juzgar por la tensión que congestionaba su rostro, la chica intuyó que leer ese tipo de cosas sobre sus patinadores tampoco debía de ser fácil para él—. El deporte es un mundo complicado y, como en todos los ámbitos, hay gente que lleva el fanatismo al extremo. De igual manera que hay gente que os adora a ti y a Carter y se ha encargado de repetíroslo sin descanso —le recordó con voz dulce, como si quisiera suavizar lo que seguiría a esas palabras—, también hay gente que se preguntará por qué decidiste presentarte igualmente a la copa Longan sustituyéndolo por Tao en lugar de esperar a competir con él el año próximo. El hecho de que hayáis hecho pública vuestra relación... Bueno. —Se frotó la nuca, incómodo. Nunca se le había dado bien hablar de sentimientos—. Habrá quien lo interpretará como que has reemplazado a Carter justo por eso, Abby.

—¡Se lesionó! —replicó ella sin dar crédito a lo que oía.

Levi se encogió de hombros, incapaz de ofrecerle una respuesta. A su lado, Tao se cruzó de brazos con el ceño fruncido y habló al ver que el entrenador no pensaba contestar, al menos de momento.

—No sabía que no podíamos subir lo que quisiéramos a nuestros perfiles de Instagram.

—Y nadie os ha dicho lo contrario —repuso Levi con calma. La sombra de una barba perfilaba su rostro ovalado, dándole un aspecto cansado. Incluso parecía que el mensaje también lo había afectado a él, al imperturbable Levi que nunca demostraba de forma abierta lo que sentía

—, pero debéis entenderlo: aunque hay gente que vive obsesionada con el cotilleo deportivo, hay ciertas... habladurías que aparecen con la intención de arruinar la reputación de alguien o, como mínimo, dañarle la autoestima. Y ya sabéis lo importante que es esto último para el patinaje artístico sobre hielo.

Abby desvió la mirada hacia sus patines, que la sostenían en ese instante, y, aun así, le dieron la impresión de poder fallarle en cualquier momento. Pese a que habían pasado varios años desde la última vez que se había permitido preocuparse por su apariencia, sabía que Levi decía aquello con la intención de hacerle recordar lo mucho que se había preocupado por su físico durante la adolescencia. El entrenador había estado a su lado entonces y había visto de primera mano cómo las estrictas dietas y tablas de ejercicio habían amenazado con desestabilizarla, sobre todo al principio. Era una suerte, aun así, que su cuerpo se adaptase de forma natural a los cánones de belleza aptos para ese deporte. Eso no había hecho las comparaciones más fáciles, pero sí había facilitado que pudiera relajarse más en ese aspecto.

Cada vez que recordaba lo mal que lo había pasado por ese tema, le entraban escalofríos. Detalles así solo le hacían tener más ganas de dejar el deporte atrás y empezar a vivir libre de restricciones de cualquier tipo. Tao le apretó la mano como si le hubiese leído el pensamiento y recordado la vez que habían hablado sobre ese asunto y quisiera infundirle ánimos.

«Solo un poquito más», se dijo, porque siempre se prometía a sí misma que seguiría aguantando.

Solo Abby había contado la cantidad de noches que había pasado frente al espejo, pellizcándose la piel y secándose las lágrimas, preguntándose por qué sus piernas eran tan largas, su pecho tan pequeño y su rostro tan pecoso, pese a que cambiar esas cosas no prometía hacerla mejor atleta.

Y únicamente Abby era consciente del peso real que las críticas podían tener sobre ella.

Se había comparado no solo con las mejores patinadoras de la historia, sino también con las chicas de su clase..., con sus labios carnosos, que nunca estaban cortados por el frío, y la libertad con la que comían lo que quisieran. Con el paso del tiempo, se había dado cuenta de que ciertos complejos nunca desaparecían del todo, por mucho que no tuvieran un papel principal en su día a día.

Y que la acusaran de haberse alejado de Sean, dejándolo en la estacada en su peor momento, no por su lesión, sino para poder liarse con Tao y poder ganar, era algo muy distinto.

—Escribiré a la persona que ha puesto eso —murmuró, todavía sin reaccionar del todo. Cuando alzó la mirada, se dio cuenta de que Levi y Tao estaban prestándole toda su atención— y a cualquiera que se dedique a propagar este tipo de rumores, para explicarles lo que ha pasado y pedirles que dejen de decir cosas similares sobre nosotros.

No sabía qué tipo de respuesta había esperado al decir aquello, pero, sin duda, no había sido que Levi soltase una risa tan amarga.

—Entiendo que esto os pille de nuevas a los dos, pero, como ya os he dicho, los cotilleos se

dan en todos los ámbitos de la vida y el deporte no iba a ser una excepción. Lo que sí podéis hacer es elegir manipular esa imagen según os plazca a partir de ahora.

—¿Manipular? —repitió Tao.

Abby notó un hormigueo familiar en la parte baja del estómago cuando la mano del chico se posó al final de su espalda. Era su manera de decirle que estaba allí, con ella, y que la apoyaría fuera cual fuese su decisión. Sonrió, agradecida, y supo que el chico reparaba en el gesto cuando curvó los labios también.

—Estáis contando una historia, pese a que no fuerais conscientes de ello hasta ahora —explicó Levi—. Vuestra presencia en redes dice algo de vosotros, lo queráis o no. Y las redes creen que Sean ha desaparecido del mapa porque Abby lo ha sustituido para salir contigo, Tao. Los que lean esta basura —añadió señalando el móvil con la cabeza— creerán lo mismo. Los que os sigan de verdad, sin embargo, confiarán en lo que vosotros tengáis que contarles. Podéis limitaros a subir solo fotos a Instagram dándoos besos en la pista, lo que sería respetable, o mostrar otras facetas de vuestra relación. Hacerles ver que sois...

—Reales —terminó Tao.

Abby intercambió una mirada cómplice con él antes de añadir con voz queda:

—Darles a entender que no te estoy utilizando para ganar, justo como ese tuit sugiere al no patinar ya con Sean.

—Me alegro de que lo hayáis entendido tan rápido. —Levi esbozó una sonrisa satisfecha y dio una palmada que resonó en el eco de la pista—. Y ya es hora de volver a entrenar, chicos. Las competiciones no se ganan por sí solas.

Claro que la joven ya sabía eso, por supuesto. Nada se conseguía por arte de magia; ni una copa ni, por lo visto, el respeto del mundo deportivo en el que se había criado desde niña y que solo en ese momento había decidido sugerir algo así.

Siempre había dado por hecho que podría evitar las calumnias que la tachaban de «interesada» y que derivaban en otros pensamientos peores, pero, por lo visto, se equivocaba. Y Abby no sabía si eso se debía a cambiar de compañero o, simple y llanamente, al hecho de ser mujer.



—¿Tú qué opinas?

La voz de Tao la sacó de sus pensamientos. Habían entrenado solo por la mañana, porque

luego Levi tenía una cita con el médico, así que estaban estirando el día hasta el final en The Vinyl's House, tomando bebidas azucaradas y compartiendo recomendaciones que luego leían —y escuchaban— a medias. Se habían pasado la última media hora discutiendo sobre si *El exorcista* se había quedado anclada en su tiempo o seguía teniendo cierta relevancia en el presente.

—Bueno, la primera vez que lo leí, tendría unos trece años. Todo me impresionaba a esa edad, así que diría que sigue resultando terrorífico si eres un niño susceptible a...

—No me refiero a eso —Tao sacudió la cabeza y le arrebató el vinilo con el que jugaba distraídamente. Su camisa de franela rozó el jersey de punto de ella; estando de pie el uno junto al otro, con sus sombras proyectándose largas sobre el resto de las estanterías de madera de la tienda, casi parecía que lo que hablaban quedaba protegido de oídos indiscretos—, sino de lo que nos dijo Levi el otro día. No lo hemos hablado todavía.

—Ah.

Eso era todo. Una sílaba exhalada a media respiración, a medio latido, porque así era como esa clase de rumores dejaba a las personas que los protagonizaban: a medias de la felicidad, del estupor y sin saber cómo actuar.

—¿Y bien...?

—No sé qué quieres que diga —replicó la muchacha por fin. Una parte de ella se sorprendió al reparar en que lo decía de verdad—. Nunca me había pasado algo así y aún no me siento capaz de reaccionar. He buscado lo que dicen de mí por ahí. Hay más comentarios —confirmó sus sospechas, deteniéndose al notar la boca seca. Aunque tragó saliva con la intención de refrescarla, el nudo de la garganta siguió impidiéndole respirar con normalidad. El rostro de Tao se vació de cualquier expresión— y no me gusta ni un pelo. Esa no soy yo, Tao. La persona de la que hablan... No soy como me pintan por ahí.

—Lo sé. Joder, claro que lo sé. —Abrió los brazos para que ella se refugiara en ellos. La abrazó con fuerza hasta que el sol se puso al otro lado de la ventana, alargando los instantes en los que los comentarios de las redes sociales y las críticas que las personas les lanzaban sin saber dejaron de existir de forma momentánea—. Y te prometo que encontraremos la manera de demostrarlo.

38



Tao

Tenía que intentar ser mejor.

Al menos, eso era lo que se repetía a sí mismo mientras salía de casa hecho un manojo de nervios y con manos temblorosas. El peso de las llaves del coche caía en su bolsillo como un yunque, queriendo retenerlo en el sitio para impedirle avanzar. Era la manera que tenía su subconsciente de pedirle que recapacitara, que se quedase a salvo en el interior de la vivienda y no pusiera su vida en riesgo, porque Tao sabía muy bien lo peligrosos que eran los vehículos. Y aunque aquella posibilidad lo aterraba como nada más lo había hecho, ahí estaba él: pulso acelerado, respiración entrecortada, la llave entrando en el contacto y el cinturón de seguridad bien abrochado.

Se había jurado a sí mismo que jamás volvería a conducir después del accidente de su padre, pero ahí estaba. Todavía no estaba seguro de si sería una buena idea y, sin embargo...

—Tengo que hacerlo —gruñó entre dientes, casi furioso consigo mismo—. Tengo que ser mejor.

No podía seguir permitiendo que Abby lo llevara a todos sitios, desde el patinadero hasta The Vinyl’s House, y que él continuara sin hacer nada. No iba a convertirse en la clase de chico que no podía hacerle ningún plan sorpresa a su novia porque no podía coger el coche y llevarla hasta donde quisiera.

No iba...

No iba a conducir, tampoco.

Tao se dio cuenta de ello al quedarse paralizado frente al volante, como si hubiese olvidado todos los movimientos rutinarios. Reconocía el interior del vehículo y, aun así, era incapaz de hacerse a la idea de que él estaba ahí dentro como conductor. No podía. No iba a arrancarlo siquiera y a dejar que el rugido familiar del motor le diese la bienvenida, porque entonces saldría corriendo, despavorido.

No era tan valiente.

No estaba tan seguro.

Lo que sí tenía era miedo, lo que sí estaba era asustado, lo que sí era...

«Cobarde, cobarde, cobarde», se repitió mentalmente.

Se apresuró a levantarse del asiento y salió fuera del coche a toda prisa, buscando respirar. El pecho le dolía de un modo que ya empezaba a identificar como mala señal, porque era la señal previa a que todos sus pensamientos se enredaran sin remedio y él acabase justo como en ese momento: de rodillas en la calle, tratando de controlar su respiración en un espacio que, aunque abierto, parecía cernirse sobre él sin piedad.

Pero quería ser mejor. Claro que quería. Quería...

—¡Joder! —gritó, resistiendo las ganas de darle un puñetazo al suelo porque sabía que eso solo haría que se rompiese algún dedo de la mano, y no podía permitirse algo así estando tan cerca de la competición.

Cerró la puerta con fuerza y volvió al interior de la casa para cambiarse de ropa. Había creído que podría conducir hasta el patinadero como primer paso, y ni eso había logrado. Coger el transporte público era lo que menos le apetecía del mundo, así que tendría que ir andando al entrenamiento, con la autoestima machacada y la ansiedad revoloteándole en el pecho como una mariposa enfadada.

Genial. El día comenzaba de maravilla.



—No me gustan las impuntualidades, Williams.

—Lo sé. Lo siento. No volverá a ocurrir —respondió él de forma automática, sin levantar la mirada.

Notaba la mirada intensa de Levi sobre su frente, pero Tao no se amedrentó. No cuando sentía la mano de Abby acariciarle el hombro distraídamente mientras ambos escuchaban el sermón de Levi, cabizbajos y en silencio.

—¿Por qué has llegado tarde? —cuchicheó Abby en su oído cuando el entrenador por fin les dio un par de minutos de descanso y Tao se permitió respirar hondo para tranquilizarse.

—Estaba...

Se detuvo. ¿Qué? ¿Conduciendo? Ni siquiera eso era verdad, porque no había llegado a arrancar. ¿Intentándolo? Sí, pero incluso a él mismo le sonaba patético.

Sacudió la cabeza, se mordió la lengua para evitar decir cualquier tontería y se limitó a encogerse de hombros.

—Se me ha pasado la hora —dijo, su voz tan tensa que resultaba cortante—. No volverá a

ocurrir, tranquila.

Abby asintió con el rostro velado por la preocupación y alzó la cabeza para besarlo. Tao se aferró al gesto con desesperación, poniéndole una mano en la cintura y otra bajo la barbilla antes de posar los labios sobre los suyos. La suavidad y el calor que lo invadieron fueron tales que, a pesar de medir cerca de dos metros, haber trabajado muy duro en el gimnasio en los últimos meses y llevar unos patines que lo hacían parecer más alto, hicieron que se sintiera pequeño a su lado.

Y cuando ella abrió los ojos solo lo corroboró: necesitaba estar a la altura de la mujer que era y quería que ella se sintiera orgullosa de él.

Pestañeó con rapidez para disipar las lágrimas que se habían acumulado en sus ojos y que, sabía, Abby había visto.

—¿Estás bien? —le preguntó ella en apenas un susurro.

Tao asintió antes de besar el dorso de su mano y terminar la breve pausa que les habían concedido.

—Lo estaré —le prometió.

No supo si Abby lo creyó o no, pero la chica asintió, algo recelosa, y lo siguió al centro de la pista sin hacer más preguntas. Tao fue consciente de que no apartó la mirada de él durante el resto del entrenamiento, a pesar de que respetó su silencio.

Bien. Quería darle la sorpresa de que volvía a conducir cuando se sintiese lo suficientemente preparado para hacerlo con normalidad y no antes. Y, para eso, tendría que volver a intentarlo.



—Hijo, ¿qué...?

—Lo he pensado mucho —se apresuró a explicarle él, rehuyendo el contacto visual con su madre—. Y quiero conducir como antes, sin miedo, como lo hace todo el mundo. No quiero que lo que pasó con papá me siga torturando.

Parada delante del vehículo con los brazos cruzados, Mei frunció el ceño a medida que una sonrisa triste le iba colgando de los labios. Repasó la carrocería del vehículo con la mirada y luego la posó sobre Tao, que temblaba frente a ella como si no se atreviese a dar el paso de sentarse de nuevo ante el volante y enfrentarse a todos sus miedos.

—Me parece maravilloso, y sé lo difícil que esto va a ser para ti. —Mei tragó saliva antes de dar un par de pasos hacia él y abrazarlo con fuerza. Tao no opuso resistencia y, con movimientos lentos, cerró los brazos alrededor de ella y dejó caer la cabeza sobre su hombro—. Estoy contigo, hijo. Todos lo estamos y te vamos a apoyar siempre.

Tao esbozó una sonrisa tan sincera que sus hoyuelos también aparecieron, y se subió al coche por fin. Le temblaban las manos y el corazón, pero hizo acopio de valor y arrancó el motor. El suave rugido de este bastó para que se le detuviera la respiración, apenas unos segundos antes de que pusiera las manos sobre el volante y clavara la mirada al frente.

—Voy a hacer esto —declaró antes de mover el coche un par de centímetros hacia delante. Solo tenía que incorporarse a la carretera y...

Nada.

No se movió de allí. Tuvo la sensación de que alguien había anclado el vehículo al suelo y que harían falta no solo años de esfuerzo, sino un milagro para moverlo de allí.

Apoyó el rostro contra el volante, notando el llanto inminente abriéndose paso por su garganta. «No llores, no llores, no llores», se rogó a sí mismo, en vano, porque ya notó el sabor salado de las lágrimas en los labios.

—Tao...

—No puedo hacerlo —concluyó él con tono de derrota, hundiéndose sobre el asiento. Se tapó la cara con las manos y sollozó—. No voy a poder hacerlo y solo quiero ser mejor, mamá, de verdad. Ahora hay tanta gente pendiente de mí y de lo que hago —añadió con la voz tomada por los nervios. Se pellizcó las palmas de las manos para centrarse en ese dolor ligero y no en el que le atravesaba el pecho y le impedía respirar—, que siento que tengo que darlo todo de mí, y solo quiero que sea suficiente.

—Lo eres, cariño. Y si... —Tragó saliva, con una mano sobre su pierna y los ojos rasgados, tan oscuros como los de su hijo, anegados de preocupación—. ¿Y si buscásemos ayuda profesional que te ayudara a superar esto?

Señaló con la cabeza el coche, la carretera y las manos de Tao, que no dejaban de temblar. El primer impulso del chico fue negarse en redondo, más por la falta de tiempo que por miedo al qué dirían, pero se obligó a sí mismo a contenerse. Asintió, desviando la mirada hacia la puntera de sus zapatillas al tiempo que liberaba un sollozo.

—De acuerdo —susurró cuando encontró la voz en su interior para hacerlo.

Mei le pasó un brazo por los hombros y lo atrajo hacia sí. No dejó de abrazarlo hasta que Tao paró de llorar y solo quedaron el silencio, la incertidumbre y la promesa de empezar a ir a terapia pronto. El joven no sabía cuánto tiempo tardaría, pero estaba decidido a volver a conducir. Y quería hacerlo por Abby y por su madre, pero también por él. Para ser un poquito más libre que el día en el que se encerró en sí mismo por el accidente de su padre.

Y cada día estaba más cerca de lograrlo.

39



Abby

Encontrar el equilibrio entre darlo todo de sí en el patinadero y evitar los comentarios de las redes sociales se estaba volviendo cada vez más complicado. Sobre todo, porque era aún más difícil ignorarlos una vez que se sabía que las acusaciones y los rumores estaban ahí y que no dejaban de llegar en bandada, acumulándose cada vez más en su bandeja de entrada.

Abby nunca se había considerado famosa, ni siquiera dentro del mundo del patinaje artístico. No había ido jamás a los Juegos Olímpicos; su fama resplandecía en Massachusetts y se extrapolaba a todo Estados Unidos, pero no iba más allá. Al menos, no por méritos propios; que Levi fuera su entrenador sí impulsaba el cariño de la comunidad internacional, aunque jamás hubiera pensado que fuera a hacerlo a ese nivel.

No había creído que a nadie le importase de verdad lo que subiese o dejase de subir en sus perfiles de redes sociales hasta ese momento. Sus sospechas se vieron confirmadas cuando, la siguiente vez que subió una foto a Instagram con Sean, alguien le respondió diciendo lo mucho que echaba de menos verla patinar con él y que quizá debería darle una oportunidad a su amigo y dejar de lado a Tao.

¿Has visto este comentario?
Me parece una locura.

Ella misma odiaba que alguien le escribiese sin saludar primero, pero esperaba que la captura de pantalla que adjuntaba junto a aquellas palabras fuera justificación suficiente. Le había pasado también con el primer tuit de odio que había recibido, pese a que el chico tampoco le había respondido con efusividad. Abby quería creer que era porque solo cuando alguien se veía involucrado de forma directa se preocupaba realmente por algo y no porque en el fondo no le importara lo más mínimo.

¿Crees que puedo cobrar por cada vez que mi nombre aparezca en tus redes sociales?

Céntrate, Carter. Esto es serio.

Ya lo sé, solo estoy tratando de quitarle hierro al asunto. ¿Qué has contestado?

La muchacha resopló antes de volver a entrar en la conversación con aquel usuario de internet, sintiéndose algo culpable por dejar a su amigo en visto. Leyó y releyó el nombre de la persona que le había dejado aquel comentario para intentar identificarlo, pero no le sonaba de nada. No parecía que fuera una cuenta falsa, sin embargo, así que quizá tan solo fuese un admirador que se creía con el derecho de decirle algo así.

Tecleó un rápido «¡La temporada con Tao Williams también está siendo maravillosa!» y volvió a capturar la pantalla para enseñárselo a Sean.

La reacción del chico no se hizo esperar.

Como para no serlo, listilla. Te pasas más tiempo comiéndole la polla que entrenando.

Aquello la puso tan nerviosa que estuvo a punto de dejar caer el móvil. Lo agarró con fuerza a tiempo, sus dedos temblando, y miró en derredor para asegurarse de que Ava, en la camita de al lado, siguiera durmiendo. Los ronquidos suaves que llenaban la habitación se lo confirmaron; solo entonces la joven se permitió respirar tranquila.

«Voy a matarlo —pensó—. Voy a matarlo y luego voy a huir del país, porque seguro que entonces también se me acusa del asesinato y la prueba de esta conversación no será suficiente para exculparme.»

¿Qué puedo decir? Se le da tan bien amar como patinar.

Vas a conseguir que me ponga celoso. A mí no me querías tanto.

Tú no me hacías las mismas cosas que él.

Esto se pone interesante. ¿A qué te refieres?

Pese a lo obvio que resultaba la connotación de sus palabras, lo primero que le vino a la cabeza no fueron los momentos sexuales que habían compartido, sino cuando Abby se quedaba dormida apoyada en su hombro mientras veían vídeos de competiciones pasadas y Tao la tapaba con una manta antes de depositar un beso en su coronilla para dejarla dormir tranquila; cada vez que los mellizos le preguntaban por su novio y ella se sonrojaba, porque, aunque el término aún se le hacía demasiado raro, era todavía más surrealista que se refiriesen al mismo Tao Williams al que se había pasado la vida odiando; las ocasiones en las que sus padres habían insistido en

que volviera a invitarlo a cenar y cómo ella se había negado una y otra vez, porque una parte de su interior que no se atrevía a reconocer en voz alta quería seguir alejándolo del caos que era su casa entre las riñas constantes de los gemelos y las pataletas de Ava, al menos un poquito más.

Para ella, Tao era la paz que necesitaba cuando el mundo a su alrededor era demasiado ruidoso y le hacía falta concentrarse en algo que no fuera la coreografía de la copa Longan, el tejido del traje que iban a llevar o la presión que sentía cada vez que tachaban un día más del calendario. Eran los ojos de Tao, oscuros y rasgados; sus labios suaves y los brazos fuertes que la alzaban en volandas sobre el hielo y la estrechaban con ganas cuando solo quería un abrazo los detalles que le devolvían la cordura.

Así que eso fue lo que le dijo a Sean, a pesar de que fuese a través de frases más escuetas y menos sentidas, porque estaba segura de que lo último que el chico anhelaba para combatir el insomnio era escuchar lo maravilloso que era Tao.

Y no se equivocaba. Cuando terminó de enviarle al menos una docena de mensajes que contaban cómo poco a poco se estaba enamorando de él, Sean contestó enviando una foto de su cara iluminada por el *flash* en la oscuridad. Aparecía con un dedo en la lengua, como si estuviese listo para vomitar.

Sois asquerosos. Aún me acuerdo
de cuando teníamos quince años
y tú lo insultabas por los pasillos.

Venga ya, no seas dramático.
Con quince años solo lo ignorábamos; lo de los insultos vino después.

Lo que tú digas. Pero me estás reemplazando poco a poco y no me gusta. Echo de menos patinar contigo.

Ya, bueno, yo también.



Sean tenía razón en una cosa: al resto del mundo le resultaba igual de extraño que Abby y Tao se hubiesen enamorado en tales particulares circunstancias. La primera vez que salió a cenar con los amigos de Tao se sorprendió al ver que ellos también lo percibían así.

—Si nos hubieran dicho hace años que terminaríamos en la misma mesa sin matarnos los

unos a los otros, nadie se lo habría creído, ¿eh? —Isaac le dio un empujoncito. Sentado a su lado, había estado preguntándole una variedad de cosas sobre el patinaje artístico para hacerla sentir integrada en la conversación.

—Habría asegurado que era más fácil ganar la lotería antes que conoceros de esta manera, sí. —Abby le dio un sorbito a su bebida y notó como las burbujas del gas descendían hasta su estómago.

Charlotte soltó una carcajada y apoyó su mata de rizos en el hombro de la chica, dejando escapar un suspiro.

—Que no te engañen, tía, siempre les has parecido superinteresante. Lo que pasa es que jamás se han atrevido a reconocerlo.

Michael se apresuró a negar con vehemencia ante las risas de todos los presentes. Tao le rodeó la cintura con un brazo para atraerla hacia sí. Le dio un rápido beso en la mejilla antes de intervenir.

—Qué puedo decir, Abby, intimidabas mucho.

—Siendo tan alta... —corroboró Isaac.

—Y guapa... —añadió Finn.

—¡Y famosa! —intervino Emily dando una palmada—. Ese tipo de cosas siempre asustan, tienes que entenderlo —bromeó guiñándole un ojo.

Abby notó que se sonrojaba. Las luces del restaurante al que habían acudido todos a cenar eran tenues y, sin embargo, notaba que la vida a su alrededor era brillante como nunca antes. No solo porque la mano de Tao la rodease, sino porque se sentía bien en aquel grupo; escuchada y comprendida, importante de manera individual y no solo como novia de Tao.

—A mí me acojonaba más que fueras capaz de derramarme encima el ponche en el baile de graduación —confesó, mirándola de reojo con cierto deje acusador.

—Pero te lo merecerías —replicó ella con los ojos en blanco.

—Es verdad, ¡no sabes la turra que nos dio toda la noche! —Finn le dio un codazo a Michael entre risas—. ¿No querrás repetirlo ahora, Abby, por los viejos tiempos? Podemos inmortalizar el momento en vídeo y todo.

Todo estallaron en carcajadas. Formaban una melodía perfecta que, si bien apenas comenzaba a acompasarse y a sonar al unísono, creaba una cadencia de risas y calidez; de una confianza que prometía tiempos mejores, por más difíciles que estos fueran de imaginar.

Cenando con ellos y conociéndolos más a fondo, Abby se dio cuenta de lo mucho que podía aprender de Tao gracias a sus amigos. No porque estos le contaran anécdotas graciosas —«¿Te ha dicho alguna vez que tenía una lámpara de dinosaurios porque era incapaz de dormir con la luz apagada?», «¿y que un día se indigestó por comer una cantidad exagerada de patatas fritas?»—, sino porque Tao estaba vivo a través de lo que decían. Su personalidad resaltaba en sus palabras de cariño y en sus gestos, en sus sonrisas y en la complicidad que compartían. Los seres queridos dicen sobre las personas más de lo que parece; cuentan historias que otros

escuchan y así, de alguna manera, es como el legado de cada persona se expande a través de parejas, familiares y amigos.

—¡Vamos a hacernos una foto! —exclamó Abby con el móvil en alto. Hizo un *selfie* con todo el grupo, con ella en medio esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

No le importó que varios mechones despeinados le cayesen por las sienes ni que la máscara de pestañas se le hubiera esparcido por las mejillas. Se sentía no solo preciosa, sino feliz de poder compartir con Tao momentos como ese.

El chico le apretó el hombro cuando vio que ella la subía a sus redes sociales. En cuanto Abby alzó la mirada en su dirección, se encontró con que el joven tenía el ceño fruncido.

—Así verán que no solo paso mi tiempo contigo patinando; que no somos una de esas parejas que se juntan por interés —le explicó cuando Tao siguió sin relajar la mueca ante la primera frase, como si no lo convenciera lo más mínimo—. ¿Qué? No me mires así. A lo mejor este tipo de comportamiento amansa a las fieras.

Él chasqueó la lengua y se encogió de hombros con aparente desgana, aunque Abby lo conocía lo suficiente para saber que no estaba de acuerdo con lo que decía.

—No tienes que calmar a nadie, Langford. Los únicos a los que debería importarles nuestra relación es a nosotros.

—Lo sé, pero...

Pero Tao nunca iba a saber lo que era sufrir acusaciones al haber cambiado de compañero y que la gente lo achacase a ser oportunista. No iba a sentir en sus propias carnes lo que era leer comentarios y opiniones en los que nunca hablaban de su carácter o de su talento; solo de los chicos con los que había patinado. Jamás iban a reducirlo no solo a una cara bonita, sino a alguien calculador que se acercaba a las personas para sacar algo de ellas. Como mucho, recibiría algún comentario en su perfil de Instagram, pero nunca al mismo nivel que los que ella leía todos los días. Y eso teniendo en cuenta que aquello ni siquiera estaba sucediendo a la mayor de las escalas; Abby no quería ni tener que imaginarse cómo tenía que ser para patinadores olímpicos, como el que Levi había sido en su momento.

Tampoco sabría nunca lo mucho que había añorado siempre sentirse parte de un grupo de amigos como ese, que la dejasen ser ella misma sin miedo. Sabían muchos de sus defectos, porque se conocían desde niños, pero, aun así, la aceptaban con ellos. Y eso era lo más bonito de todo.

No pensaba dejar que una lluvia de críticas y rumores la salpicase teniendo en cuenta que, además, no estaba haciendo nada malo al enamorarse de su compañero ni tampoco iba a dejar de defenderse. Y si además subir una foto con el grupo era una manera pacífica de hacerlo, nadie debería discutirle lo contrario.

40



Abby

No sabía cuándo había empezado a buscarlo en los libros que leía.

El cambio había sido tan sutil que, si miraba hacia atrás, no era capaz de recordarlo. Solo era consciente de que había llegado un momento en el que las palabras habían dejado de formar frases acerca de un personaje cualquiera y en su lugar habían comenzado a hablar de Tao Williams de cien maneras diferentes. No solo porque, cada vez que discutían en la pista sobre alguna nimiedad que acababa con ellos retándose de forma estúpida, Tao lo compensaba regalándole libros de terror de segunda mano —«Me parece muy bien que ese chico sea un romántico, Abby, pero quizá debería regalarte estanterías nuevas en vez de novelas. Te estás quedando sin espacio y Ava también necesita su parte de la habitación», le dijo su madre un día —, sino porque, quisiera o no, todos los libros que acababan en sus manos hablaban sobre Tao de un modo u otro.

Y había una paz curiosa en darse cuenta de ello. En reconocer rastros de su sonrisa entre las líneas de una novela que bien podía hablar sobre monstruos y sangre, pero que siempre escondía cierta humanidad entre las páginas. Y era en esos momentos en los que las personalidades de los protagonistas asomaban en mitad de una pelea, de un descubrimiento o de algo peor —porque los libros que frecuentaban las baldas de Abby eran, cuando menos, siniestros hasta cierto punto — cuando la chica sabía que los protagonistas habían dejado de tener rostros aleatorios para tener el de Tao y el suyo, porque no existía mejor historia que la que estaba viviendo; que besaría a Tao con la misma desesperación que describían después de sobrevivir a un apocalipsis zombi y le acariciaría esos dedos que algunas veces había visto sujetando los *sticks* de hockey y tantas otras alzándola en volandas. Y entonces le confesaría que siempre estaba deseando que le rozaran el cuerpo igual que lo hacían en los recuerdos que se reproducían en su mente cada vez que cerraba los ojos.

—Deberías traerlo a casa más veces. —Esa era Amanda, que irrumpió en su cuarto arrastrando los pies. Se tumbó a su lado sin preocuparse por si la molestaba o no—. ¿Qué? No me mires así. Estabas pensando en él; se te nota. Tienes esa sonrisa tonta en la cara.

—No tengo ninguna sonrisa tonta —protestó Abby. Se frotó la boca con disimulo, como si eso fuera a hacerla desaparecer—. Y si no viene tan a menudo a casa es porque siempre reina el caos por aquí.

—Pero a mamá y a papá les gustaría conocerlo más —insistió su hermana. La empujó con suavidad para hacerse un huequecito en la estrecha cama de Abby—. Y a mí me cae bien. Adam incluso asegura que le ganaría a una partida de Just Dance, por mucho que él tenga cuerpo de deportista y todo eso.

La joven soltó una carcajada ante la simple imagen de su hermano bailando con Tao frente al televisor del salón. Sin duda, ese era uno de los escenarios más desastrosos en los que podía pensar y que tenía que evitar a toda costa.

«No quiero que huya si se da cuenta del caos que tengo dentro —pensó—. Ni tampoco que descubra por accidente que me muero de ganas de dejar el patinaje. No cuando se ha estado esforzando tanto. ¿Qué pasaría si quisiera continuar? No podría abandonarlo entonces. No me lo perdonaría jamás.»

—Y el tiempo que no pasáis en su casa o en la pista —dijo Amanda con el ceño fruncido al ver que la muchacha se había perdido en sus ensoñaciones y se le había olvidado responder—, ¿qué hacéis?

—Sobre todo, entrenar. No hay que olvidar que estamos trabajando para ganar la copa Longan. —«La última competición de mi vida, con suerte, antes de retirarme por todo lo alto», añadió para sí. Suspiró al darse cuenta de que su hermana no iba a darse por vencida, así que continuó hablando—. En general, lo típico, supongo. Cuando no está patinando, Tao trabaja en la tienda *vintage* de discos de vinilo que hay enfrente de esa hamburguesería con luces de neón, ¿te acuerdas? Y, a veces, también damos paseos en mi coche o caminamos por ahí. Vemos películas, salimos con amigos...

—¿Y él sabe lo que dicen de ti en internet?

Abby se atragantó con el aire que respiraba. Se incorporó, revolviéndose entre toses violentas que hicieron que se doblara en dos.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó con voz débil después de calmarse.

Amanda se limitó a devolverle una mirada sorprendida con esos ojos verdes que tanto se parecían a los suyos y que, a la vez, eran tan diferentes. Aunque eran más inquietos, sobre todo para su edad, le recordaban a la Abby de diez años que acababa de decidir dedicar su vida al patinaje.

—No tengo Instagram, pero sí conexión —reconoció la niña a medida que se sonrojaba—. Sé la contraseña del móvil de mamá, así que...

—¡No puedes hacer eso!

—No se lo digas, *porfi*. —Amanda hizo un puchero, como si supiese que eso iba a darle una imagen más tierna. Funcionó, porque el corazón de Abby se ablandó un poquito—. Es que me gusta ver lo que subes a Instagram y Tao sale muy guapo en todas las fotos. Lo que comenta la gente...

—Sí, ya. —La chica frunció los labios y notó un tirón en el estómago. Solo de pensar que su hermana pequeña sabía que la tachaban de interesada y de adjetivos peores hacía que tuviera ganas de vomitar—. Pero no podemos controlarlo. No somos lo que otra gente cree de nosotros —musitó en voz baja—, pero sí me da miedo... —Vaciló, dejando que la frase flotara en el aire hasta extinguirse por completo. Una parte de ella no podía evitar sentirse algo ridícula al estar desahogándose con una niña de nueve años, pese a que otra supiera que lo estaba haciendo con una de las personas que mejor la conocían—..., no sé, que él sí pueda llegar a creerse esos rumores; que piense que solo estoy con él para intentar ganar la competición.

—Pues dile que no y ya está.

—No es tan fácil, Amanda.

—Entonces, demuéstraselo —repuso con ese tono sabiondo que caracterizaba a los niños que se creían más listos que nadie.

Abby chasqueó la lengua y dejó el móvil a un lado. Era cierto que llevaba obsesionándose con su imagen pública un par de días, pero, si seguía así, no iba a conseguir nada. Nada que no fuera que le escociesen todavía más los ojos por las inseguridades y los miedos.

—No sé cómo —le confesó con voz pequeñita—. Tú mejor que nadie sabes lo agobiante que es todo este mundo a veces. Y eso sin tener en cuenta... —tragó saliva—... los insultos, las acusaciones o la atención en redes sociales que yo sé que a él no le gustan. No quiero que huya por eso.

—Te quiere mucho —opinó la pequeña—. Os he visto besaros —explicó con una risa infantil y las mejillas rojas, como si eso también le produjese a ella cierto bochorno—, y solo se besan las personas que se quieren de verdad. No va a salir corriendo.

Abby puso los ojos en blanco ante la inocencia de su hermana. Ojalá pudiera decirle que sí había besos que se daban sin amor y mucho amor que no cabía en un par de besos, pero eso ya lo entendería cuando fuese mayor.

Esperaba que nunca tuviese que lidiar con temas como los suyos, pero seguro que, entonces, le tocarían otros. Ni mejores ni peores; simplemente diferentes. Y quería que Amanda confiase en ella para contárselos y pedirle consejo, justo como Abby estaba haciendo en ese momento.

Sonrió y le tendió una mano que la niña le estrechó con fuerza.

—¿Y qué me sugieres que haga?

—Enséñale que te gustan muchas más cosas que *entrenar* con él. —Amanda puso los ojos en blanco, como si le cansara tener que dar explicaciones más que obvias—. Lo haces porque te gusta y punto, ¿no? Y, al fin y al cabo, el hielo fue lo que os unió cuando ibais al instituto.

—Exacto. —Abby chasqueó la lengua, ya sin saber si hablaba del deporte o del chico cuya

imagen cruzaba su mente cada vez que cerraba los ojos.

—¿Y cuándo fue la última vez que patinasteis juntos teniendo eso en cuenta?

41



Abby

Puede que lo que estuvieran haciendo fuese una locura, pero Abby sabía que iba a ser incapaz de dormir tranquila después de hablar con Amanda.

Revisó el móvil para comprobar si había leído el último mensaje que le había enviado aun a sabiendas de que era imposible, porque Tao la había avisado de que ya había salido de casa y nunca miraba el móvil cuando caminaba porque siempre estaba escuchando música. Al ver que su figura aparecía perfilada en la distancia porque los faros de su propio coche la iluminaron, no pudo evitar sentirse algo estúpida. Lo había llamado con la intención de que acudiera a su casa con los patines en mitad de la noche y luego le había colgado sin darle más explicaciones, prometiéndole que ella lo llevaría en coche.

Y Tao había dicho que sí sin ponerle ni una pega.

Una respuesta, era lo único que ella le había permitido decirle. Al verlo aproximarse con las manos escondidas en los bolsillos de una sudadera de la Universidad de Yale —que le había regalado Michael si no se equivocaba—, no pudo evitar que el corazón le diese un vuelco.

—Si planeas secuestrarme, Langford, ya sabes que solo tienes que avisarme de antemano. —Tao le disparó una sonrisa que le aceleró el corazón una vez que arrancaron.

Abby lo besó durante el tiempo que un semáforo tardó en ponerse verde, apenas unos instantes que bastaron para hacer que las mejillas se le tiñeran de color en la penumbra de la noche.

—Si te avisara, ya no sería un secuestro. —Arqueó una ceja cuando Tao ladeó la cabeza, interesado en saber más—. Porque te vendrías conmigo de forma voluntaria, por supuesto.

—Pareces tenerlo muy claro —repuso él con voz suave—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Has venido hasta aquí en cuanto te lo he pedido y te ha dado igual que sea cerca de medianoche.

—Eso es porque eres tú y siempre que me necesites voy a estar para ti.

Abby trató de disimular que los nervios no se apoderaron de su cuerpo durante el resto del trayecto; que no temblaba mientras aparcaba, porque tuvo que maniobrar un par de veces. Apretaba con tanta fuerza el volante que parecía estar a punto de arrancarlo de cuajo.

Una sonrisa emocionada se deslizó en sus labios a medida que, al bajar del coche, sacaba un manojo de llaves que llevaba años guardando polvo en su habitación. Pese a que Tao no comentó nada al respecto, Abby fue consciente de que los ojos de él prestaban atención tanto a la rapidez con la que abrió el patinadero como al vaivén imperceptible de su pecho.

Solo cuando entraron en la pista se atrevió a romper el silencio por fin.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —Tao se puso de puntillas y entrecerró los ojos para distinguir si había algo diferente.

Abby lo cogió de las manos, grandes y calientes en comparación con las suyas, y lo guio mientras andaba hacia atrás.

—Patinar. Esta vez, sin que Levi nos grite todo lo que hacemos mal ni un recordatorio del tiempo que nos queda para la competición. Solos tú, yo y el hielo para pasarlo bien. —Tragó saliva, aunque no era como si la declaración la intimidase. Habían pasado una infinidad de momentos a solas y todos y cada uno de ellos habían sido especiales—. Si te parece bien, claro.

Tao estiró el cuello, buscando a alguien escondido entre las gradas vacías del público que le confirmara que aquel plan era una broma. Solo cuando se cercioró de que, en efecto, no había nadie más, soltó una carcajada incrédula.

—A veces pienso que se te ha ido la pinza del todo. ¿Cómo has conseguido las llaves de este sitio?

—Sean y yo tenemos una copia desde los quince años. No creo que los actuales trabajadores lo sepan; nos llevábamos muy bien con la recepcionista que había antes. Creo que le dábamos auténtica pena, porque siempre decíamos lo mucho que nos gustaría entrenar incluso a deshoras, así que nos dio un manojo de llaves a cada uno por si alguna vez necesitábamos venir hasta aquí.

—¿Y nunca habéis pensado en devolverlas?

Abby negó con la cabeza y se mordió el labio inferior, ligeramente avergonzada. Recordó el mensaje que le había mandado a Sean hacía una hora, avisándolo de que iba al patinadero en breve, por si acaso el chico pensaba pasarse por allí. No para patinar, lógicamente, porque aún no podía, sino para hacer otro tipo de cosas que Sean no había podido hacer en su propia casa cuando tenía dieciséis años.

Sacudió la cabeza para borrar los detalles. No entendía el morbo de hacerlo en un sitio público, pero siempre era mejor asegurarse de que no iban a abrir la puerta para encontrarse una escena que, seguro, preferirían olvidar.

—Nunca sabes cuándo pueden venir bien.

—Eres...

Tao se calló, como si necesitase pensar en cómo terminar la frase, pero ella no lo dejó

continuar. Lo besó para acallar sus protestas con la única intención de seguir arrancándole una risa tras otra una vez que se calzaron los patines y salieron a la pista. Hacía un frío horroroso, pero consiguieron entrar en calor a base de carreras y juegos, de giros y bailes que realizaron al ritmo de una canción que solo latía en sus corazones.

A pesar de que patinar con Tao se había convertido en su rutina desde hacía meses, Abby no recordaba si alguna vez lo había visto deslizarse sobre el hielo así, tan libre y vivo. Este era una extensión más de él que revelaba lo feliz que lo hacía patinar. Las bromas y la alegría, el buen humor y ese leve temblor en los músculos que se quejaban después de un día duro, hacían que regresar al patinadero fuera como volver a casa.

Lejos quedaba el chico que había temido regresar al deporte, por mucho que la frágil superficie que ocultaba esos miedos pudiera resquebrajarse en cualquier momento.

—¿Sabes? —murmuró Tao. Su voz se amplió debido al eco de la pista—. Sí que estoy convencido de que estás completamente loca.

Abby negó con la cabeza y luego la apoyó en su pecho, girando con lentitud sobre su propio eje. Olía a detergente de limón y a hogar.

Perdió el equilibrio de forma momentánea, y resbaló. Tao trató de sostenerla pasándole un brazo por la cintura, pero ambos terminaron cayéndose con un golpe sordo. Se miraron desde allí, algo atónitos, antes de que las risas que estallaron en sus labios rompieran también el hechizo de una noche que parecía existir solo para ellos.

—Loca, loca, loca. Estás loca —repitió Tao una y otra vez, en bucle, mientras se sacudía el hielo de la ropa.

Abby solo pudo asentir y darle la razón, porque una parte de ella sabía que estaba en lo cierto; que el sentimiento que nacía en su interior y que crecía poco a poco —con cada entrenamiento y cita, y también con cada beso compartido o robado— solo reafirmaba que estaba dispuesta a cometer ese tipo de locuras si así lograba que él riera de esa manera.

Alzó la cabeza en su dirección y él le puso una mano tras la nuca para profundizar el beso. Tao la guio para que patinara hacia atrás con cuidado hasta que su espalda tocó los límites de la pista. Puso ambas manos alrededor de su cintura para arrinconarla allí.

Abby arqueó una ceja.

—Tao... —lo avisó—..., estamos en un lugar público —añadió cuando los dedos del chico se colaron en el interior de la cinturilla de sus *leggins*.

—Y solos —señaló él con voz grave. Se inclinó hacia ella para retirarle un mechón del rostro y le susurró al oído—: ¿No quieres aprovecharlo?

Solo entonces Abby se dio cuenta de lo equivocada que siempre había estado; de que Sean había tenido razón y sí había cierto morbo en tener la pista entera para ellos, a sabiendas de que podían apagar las luces cuando quisieran y mimetizarse con el ambiente.

El corazón le dio un salto dentro del pecho. Asintió con la boca seca y dejó que Tao colase la mano derecha en su interior a medida que apoyaba la espalda del todo para asegurarse de que no

se resbalaba.

La piel de Tao estaba helada, por lo que se mordió el labio inferior para contener un gemido cuando introdujo un dedo en su interior. El chico cinceló una sonrisa ladeada al ver que los músculos de sus piernas se tensaban a su alrededor.

—¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza sin apartar los ojos verdes de los oscuros de él. La voz le salió algo ahogada cuando susurró:

—Mejor que nunca.

Tao se acercó más a ella y comenzó a acariciar su clítoris con el pulgar. No pestañeaba, atento a todas las reacciones de la chica. Con cuidado de sostenerla con el otro brazo para que no resbalara, le lamió el lóbulo de la oreja y notó que Abby se estremecía entre sus brazos.

—No te cortes —le pidió, tan cerca de él que vio con claridad como las piernas de Tao temblaban al oír esas palabras.

—No me da miedo que alguien pueda entrar y pillarnos así —le confesó él mientras aumentaba la presión con la que la tocaba y Abby cerraba los ojos, jadeando—. Quiero que todo el mundo sepa que eres mía.

Introdujo un segundo dedo y ensanchó la sonrisa al percibir que la respiración de Abby se volvía más pesada. La joven le apretó el antebrazo con la mano y gimió en voz baja, cerrando las piernas en un acto reflejo cuando el orgasmo estalló en su interior. Con cuidado, Tao hizo un círculo hacia atrás sin apartar la mirada de ella y se relamió los dedos uno por uno.

—Tan rica como siempre —le dijo, haciéndola sonrojar violentamente.

Abby se adecentó los *leggins*, todavía algo sensible, y cogió aire. Sacudió la cabeza para apartar todas las imágenes que habían acudido a su mente al imaginar las cosas que quería hacerle y que, sabía, iban a requerir que se quitasen los patines y que tuvieran una cama debajo.

—No te vayas muy lejos. Ahora me toca comerte a ti.

Tao arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí? No creo que te atrevas.

Atenta a mantener siempre el contacto visual, Abby salió de la pista, se descalzó y avanzó en dirección a la primera fila de gradas que bordeaba un extremo del patinadero. Sonrió para sí al ver que Tao se apresuraba a acudir a su lado e imitarla, dejando los patines a un lado sin preocuparse de ellos. El chico arqueó una ceja, expectante. Abby señaló el primer asiento y aguardó a que se sentara antes de arrodillarse delante de él.

—A veces, todavía me subestimas.

Le bajó los pantalones, impaciente por devorar el bulto que se adivinaba dentro de ellos. Tao le sujetó el pelo con una mano y gimió en voz baja cuando su lengua entró en contacto con su miembro. Aun sin levantar la mirada, Abby notó que el chico se relajaba y disfrutaba con cada leve succión.

Los nervios porque alguien los viera disminuyeron a medida que la tensión en los músculos

de Tao crecía, y Abby se esmeró en hacerlo como a él más le gustaba. Lo habían hecho las suficientes veces para que se hubiese aprendido de memoria cada respiración entrecortada, la forma en la que le empujaba la cabeza con suavidad cuando ella se lo permitía.

—Joder, estoy muy cerca —jadeó.

Abby se incorporó ligeramente para poder saborearlo mejor y continuó lamiéndolo hasta que notó un sabor salado llenarle la boca. Tragó, con cuidado de no mancharse, y solo entonces se levantó del todo para encontrar a Tao, sudoroso y excitado, sentado en la grada frente a ella.

—Me mantengo en que estás loca —le dijo a medida que se subía los pantalones y sonreía, cansado y deslumbrante—, pero también en que cada día me sorprendes más.

Abby rio y lo besó, dejando que Tao la alzase en el aire, esa vez descalzos en lugar de con patines. La pista reverberó con el eco de sus carcajadas, que sonaron con más fuerza que la música que acostumbraba a reinar por allí y que continuaron reverberando entre sus paredes durante un tiempo que pareció infinito.

42



Tao

Las palabras de Levi cayeron sobre ellos como una tormenta.

—¿Acaso no se os ocurrió pensar en la imagen que daríais si alguien os veía? Porque eso es justo lo que ha pasado. Teniendo en cuenta los comentarios que habéis recibido últimamente, pensaba que seríais más discretos.

El chico agachó la cabeza al ver al entrenador resoplar por la nariz como un toro enfadado. Si fueran parte de un cómic, Tao estaba seguro de que lo habrían ilustrado echando humo por las orejas. Miró de reojo a Abby, que tenía los hombros hundidos y miraba hacia abajo. El par de mechones rebeldes que se le habían escapado de la coleta resbalaban por su rostro. Sintió la tentación de alargar una mano para retirárselos, pero se detuvo a tiempo al ver que era ella la que hablaba a continuación y musitaba con voz pequeñita, avergonzada:

—Lo sentimos mucho.

Tao recordaba haber visto a Abby comportarse de muchas maneras —altanera y orgullosa; emocionada y feliz; triste y ansiosa y viva, mucho más de lo que jamás había contemplado en otra persona—, pero nunca así, como si el mundo fuera demasiado grande para que lo pudiese conquistar. Odiaba ese brillo apagado en sus ojos vidriosos y detestaba todavía más sentir que Levi lo juzgaría si la estrechaba entre sus brazos, aunque fuese para calmarla. Después de las fotos que corrían por las redes sociales, llenas de frases que criticaban lo poco que estaban trabajando si se dedicaban a hacer ese tipo de cosas, lo último que quería era decepcionar más a Levi.

—No me malinterpretéis; a mí me da igual que entrenéis a deshoras. No os vendría mal, dadas las circunstancias. —La mirada fría del hombre se clavó esa vez en él, que asintió con un seco cabeceo—. Lo que no voy a tolerar es que vuestra imagen también me afecte a mí y, si os acostáis en público, es justo lo que estáis haciendo. No sé quién narices habrá filtrado esas fotos, pero menos mal que no se os ve apenas. Lo que hubiera faltado, vamos.

—Nosotros no...

—Quiero que os pongáis serios, chicos —interrumpió Levi a Abby. Ella cerró la boca con brusquedad para dejarlo hablar—. Quedan dos meses para la competición y eso es lo único que debería importaros. Los besos y los arrumacos pueden esperar —añadió con los ojos entrecerrados—. Mientras tanto, quiero que penséis solamente en el patinaje. Os pedí que congeniarais y me habéis demostrado que sabéis hacerlo de la mejor manera; ahora hacedme caso también en esto si queréis volver a casa con una copa bajo el brazo.

Aunque Tao tuvo ganas de protestar, no dijo nada al ver que Abby se limitaba a fruncir los labios y asegurar que todo iba a salir bien. Murmuró algo que sonó a un «gracias» tan borde que consideró disculparse también por ello. Todos sus pensamientos, sin embargo, se centraron en la muchacha que abandonaba el hielo después de un entrenamiento especialmente duro. No solo destacaban en ellos las ojeras causadas por la falta de sueño del día anterior; en las mejillas de la joven también brillaba el rastro plateado de las lágrimas.

—¡Abby! —Detuvo su huida a tiempo de que esta desapareciera en los vestuarios.

Ella se zafó del contacto, pero no siguió avanzando. Se giró hacia él. Le temblaba la barbilla.

Tao se quedó sin habla. El corazón se le quebró al tratar de encontrar unas palabras que pudieran consolarla.

—Aquí no —fue lo único que le dijo ella antes de abrir la puerta y desaparecer en el interior para cambiarse de ropa y ponerse cómoda.

Tao no le impidió marcharse entonces, pese a que tuvo que obligarse a sí mismo a permanecer en el sitio y no seguirla con el único propósito en mente de que dejase de llorar.



—¡Es que no lo entiendo! —Abby soltó el tenedor tan de repente que este tintineó hasta quedarse quieto sobre la ensalada que Mei Williams había preparado para ellos—. ¿Quién podría estar en el patinadero a esas horas? ¿Y a qué vienen tantos comentarios quejándose de que seamos pareja? ¡No entiendo a quién le importa! ¡Como si eso fuera a hacernos mejores o algo así! ¡No tiene ningún sentido!

—Exacto. No es que vaya a ponernos la copa en bandeja —añadió Tao con voz suave. Comía con la mano izquierda, así que alargó la derecha para jugar con los pulgares de Abby mientras hablaba—, pero sí entiendo a Levi en cuanto a que estuvo mal que nos arriesgásemos de esa manera. No me arrepiento, por supuesto —agregó con delicadeza—, pero sí debemos tener cuidado. A la gente le flipan esos rollos, para bien y para mal. Hay personas que nos tienen tirria por eso y otras tantas que nos adorarán.

—¿Así que estás de acuerdo con lo que hacen?

Lo que no dijo en voz alta flotó en el aire entre ellos: «¿Estás de acuerdo con lo que hacen *con nosotros*?».

El rostro fiero de Abby no dejaba lugar a dudas: ella no pensaba seguir fingiendo que eran los protagonistas de un espectáculo de feria.

—Claro que no —negó con rotundidad. Opinaba lo mismo que ella; Tao sabía dónde estaban las lealtades y qué era lo correcto—, pero sí sé que, en este mundo, ya sea por Levi o por tu propio recorrido, somos conocidos. Tú como patinadora y yo como...

—La exestrella de hockey, sí. —Abby puso los ojos en blanco—. Y no por eso tenemos que aguantar que nos llamen, como mínimo, busca famas o poco profesionales. *Yo* —añadió, después de darle un traguito al té de frutos rojos que Mei había hecho al verlos llegar tan alterados— no quiero que me insulten de la manera en la que lo hacen. Porque es conmigo con quien más se pasan.

Tao había fruncido los labios ante lo primero que había dicho, pero solo se tensó más cuando vio confirmadas sus sospechas: a él lo llamaban reemplazo y exestrella, pero era ella quien recibía la peor parte.

Respiró hondo para contener las ganas de avivar más aquel fuego. Tenía que mostrarse calmado delante de Abby y no darle más motivos para enfadarse. Apretó los puños. Su madre comía en silencio a su lado, intercalando la mirada entre los dos como si asistiese a un partido de tenis. Tao se había acostumbrado a verla junto a Abby, cenando después de entrenar, el cabello oscuro y corto de Mei contrastando con la coleta desenfadada de la muchacha. Destacaban tanto una al lado de la otra, brillando de forma tan distinta, que el corazón del chico dio un pequeño traspié cuando vio que su madre le ponía una mano en el hombro a la chica y le daba un apretón cariñoso.

—Sabes a qué juegan, cariño. Tú mejor que nadie deberías saber cómo contraatacar.

Abby parpadeó, sorprendida también ante la muestra de cariño, y se sonrojó antes de balbucear algo que nadie entendió. Sus ojos verdes buscaron los de él por encima de la mesa y solo cuando se clavaron en los oscuros de Tao, del mismo color que el café recién molido, parecieron relajarse.

«¿Qué hacemos?», parecían preguntarle.

Ojalá él pudiera ofrecerle una respuesta.

Ojalá tuviera los medios necesarios para hacer desaparecer de la red las fotos que alguien les había tomado la noche anterior sin que ellos lo supieran y que se habían subido bajo comentarios bastante desagradables.

Así que, solo cuando estuvieron los dos tumbados en la cama de él, el brazo de Tao debajo de la cabeza de Abby y la respiración de ella haciéndole cosquillas en el cuello, se atrevió a preguntar:

—Dime cómo quieres enfrentarte a ellos. —Y no hizo falta que especificase a quién se refería, ni tampoco por qué la estaba dejando elegir exclusivamente a ella.

Aunque aquella batalla los incluyese a los dos, su voz tenía más peso en la guerra que la martirizaba a ella con dureza.

Abby se revolvió en su pecho y lo abrazó con fuerza, como si necesitara cerciorarse de que Tao no se iba a marchar.

—Solo quiero disfrutar de todo esto —susurró como si temiera que oídos indiscretos la pudieran oír— y que nos dejen en paz. El resto...

—Que digan lo que quieran —completó por ella, acariciándole el pelo con gesto distraído.

Tenía la mirada clavada en el techo, donde su padre había pegado estrellitas de plástico que brillaban en la oscuridad, y la mente puesta en las fotos que aseguraban que habían dejado de entrenar para vivir su propia historia de amor. No le gustaba leer los comentarios de las redes que hablaban de él y de la chica a la que quería, pero se dio cuenta en ese momento, con Abby a su lado tarareando una canción infantil, de que soportaría eso y más si a cambio podía cenar con ella todas las noches; si así el mundo parecía un poco más cálido y un poco menos amenazante.

—Hasta el fin del mundo, Langford. —La frase brotó de sus labios de repente.

La muchacha detuvo el tarareo para quedarse en silencio. En la oscuridad de la habitación, sus ojos verdes lo miraron, como si entendiera a la perfección de dónde venía su comentario y quisiera hacerle saber que estaba de acuerdo.

Unió sus manos bajo el calor de las mantas de superhéroes de Tao, que daban cobijo a dos corazones que latían al unísono.

—Hasta el fin del mundo, Williams —corroboró con un beso que sonó al chasquido de una cerilla al prenderse.

Porque el amor era eso: fuego y ardor. Y, como todos los incendios, también corría peligro de apagarse si no se cuidaba bien.

43



Abby

La copa Longan se acercaba.

Abby trataba de fingir que la cuenta atrás no estaba terminando a una velocidad de vértigo y que la presión no se estaba materializando en todos los aspectos de su vida. Era lo único con lo que soñaba y el tema de conversación más recurrente entre los Langford; incluso Ava, que no comprendía lo que sucedía a su alrededor la mitad de las veces, había comenzado a dormir en su cama las noches que Abby se despertaba entre sudores fríos y sollozos.

Lo que nadie sabía, sin embargo, era que el llanto y los nervios no venían de la posibilidad de perder o ganar, sino de los comentarios que cada vez llegaban con más frecuencia a sus redes sociales y la atormentaban día y noche, sin descanso.

—¿Has dormido mal? —Un abrazo por encima de la palanca de cambios, un beso en la punta de la nariz y un rizo castaño recolocado detrás de la oreja, el cariño palpable en cada uno de los movimientos.

Abby no fue capaz ni de mirar a Tao a los ojos aquella mañana, aparcados frente a la pista, minutos antes de que empezase su entrenamiento.

—No tienes ni idea —fue lo único que pudo decir con voz lúgubre.

El chico no hizo más preguntas y ella no dio más explicaciones. Cada vez que se encontraban en el hielo, las manos cálidas de él sobre el cuerpo de ella, Abby apartaba el rostro para que no viera la palidez de sus labios, blancos por el frío y la tensión que se acumulaba en su interior.

—Solo faltan un par de semanas para que estemos en Boston. —Un abrazo de esos en los que se apretaba fuerte; un café templado y dos mensajes sin leer, una noche de insomnio tras otra sucediéndose en bucle.

Abby cada vez tenía más ganas de librarse del patinaje.



—No me había pasado esto nunca. —Caminó de arriba abajo en la habitación de Sean, forrada de pósteres de Marvel de su época más antigua, mientras decía eso—. Y no consigo entender por qué. ¿Es culpa de Tao? Ni siquiera era tan famoso cuando se dedicaba al hockey. —Chasqueó la lengua sin ser consciente de que su mejor amigo, sentado en su cama, alzaba la cabeza como si quisiera decirle algo—. Y yo tampoco he sido nunca tan relevante; no cuando patinaba contigo, al menos.

Sean hizo una mueca de dolor. Frunció el ceño y se cruzó de brazos, a todas luces molesto por el comentario.

—¿Me estás preguntando qué tiene él que no tenga yo?

Abby detuvo su caminata, la mano derecha en lo alto y el puño de su cárdigan de punto retorciéndose en la izquierda, y abrió la boca como si el muchacho acabase de soltar un disparate. Él, al ver que no respondía, continuó hablando.

—Porque podemos empezar por hablar de los músculos con los que se te cae la baba. ¿Sabes qué? A lo mejor me propongo ligármelo yo también, que no me vendría nada mal. —Resopló, dejando que la bilis se filtrase en sus palabras a medida que soltaba una tras otra—. Quizá podríamos poner una de esas encuestas en Instagram y dejar que tus fans decidieran a cuál de los dos prefieren.

Abby parpadeó, confundida. El silencio fue lo único que salió de ella. Eso, y el impulso de golpear a su mejor amigo con el cojín que tenía más cerca, cosa que hizo.

—¡No tiene gracia! —Se sentó a su lado después de que él emitiera débiles protestas que cesaron cuando Abby se desahogó lo suficiente—. Lo que trato de pedirte es ayuda, Sean. No quiero que me ataquen en internet y sé que no es algo que deba importarme, pero no lo puedo evitar. Yo también soy humana. —Desvió la mirada hacia un lado y murmuró con la boca pequeña, casi como si se avergonzara de pedirle algo así—: ¿Sabes lo que creo que sería de utilidad?

—Soy todo oídos, querida.

—Sube una foto conmigo —estalló Abby entonces. Lo miró con ojos suplicantes, a lo que Sean reaccionó abriendo y cerrando la boca varias veces, sin saber qué responder a eso—. O hazte una tú solo explicando que, aunque estés lesionado, seguimos siendo amigos y te parece bien que patine con Tao.

—Quedaría forzado —se defendió el chico con el ceño fruncido—. No quiero hacer eso.

—Entonces ¿qué sugieres?

—Pues creo que la solución es bastante sencilla. —Una rodilla chocando con la otra, dos hombros rozándose para entrar en calor pese a lo alta que estaba siempre la calefacción en casa de los Carter—. Rompe con él.

La muchacha se giró en su dirección como si no lo hubiera oído bien.

—¿Perdón?

—En el fondo, nunca has querido una relación, ¿no? —Sean se encogió de hombros con desgana—. Todo lo vuestro se inició por un juego, porque hacía mucho que no echabas un polvo y cosas así. Quizá deberías acabar con todo ese circo de una vez.

—Pero ahora no... No... —Las palabras habían huido de su interior, porque Abby no era capaz de encontrar una respuesta lógica a aquella sugerencia. Era tan alocada que jamás se le habría pasado por la cabeza y, desde luego, era algo que no estaba dispuesta a llevar a cabo—. No puedo hacer eso, Sean.

—¿Por qué? ¿De verdad te ha embaucado tanto?

—Porque lo quiero. Y con querer va implícito darlo todo por esa persona. —Lo miró como si no lo conociera. Su pelo rapado casi al cero, sus vaqueros rotos y la camiseta estampada con un chiste que ya ni siquiera se esforzó en leer—. Tú mejor que nadie deberías comprender cómo me siento.

Nada siguió a sus palabras. Nada excepto el golpeteo nervioso de los zapatos deportivos de Sean contra la moqueta de su cuarto.

—¿Por qué estás tan raro? —inquirió Abby con una ceja arqueada y el corazón en la mano—. Se supone que deberías alegrarte por mí.

—Y me alegro de verte feliz —repuso entonces el chico en una voz tan tenue que ella tuvo que acercarse para asegurarse de que lo estaba oyendo bien—, lo que no me gusta es él. No creo que sea bueno para ti, eso es todo. Mira lo que te está costando esta relación que, no lo olvides, comenzó siendo una farsa en primer lugar.

Abby se separó de su amigo como si hubiera recibido un calambrazo. Se levantó, jadeando no solo por la brusquedad del movimiento, sino también por el impacto de sus palabras.

—No tienes ningún motivo para desconfiar de Tao.

—¿Así que lo defiendes? —dijo Sean con una calma letal, levantándose a su vez. Solo juntó los labios debido al movimiento; no dejó que su rostro reflejara el dolor de la lesión durante más de tres segundos, por lo que enseguida cuadró los hombros—. ¿Después de haberlo insultado durante años, Abby?

—Antes no lo conocía.

—¿Y ahora es el amor de tu vida? —replicó él burlón.

—A lo mejor sí, ¡no lo sé! No sé qué pasará en unos años, pero lo importante es que ahora mismo quiero estar con él y me duele que pienses que la única solución posible a un problema

que ni siquiera hemos causado nosotros, sino gente anónima de internet, sea dejarlo. ¿Qué pensaría Theo si consideraras abandonarlo a la mínima dificultad?

—Theo nunca me habría abandonado como tú has hecho.

Abby se tambaleó. Tuvo la sensación de que el aire no llegaba a sus pulmones y de que todo —desde los pósteres de superhéroes hasta la botella de agua vacía de la mesilla de noche— desaparecía para dejar solo aquella acusación tácita en su voz, fría como nunca antes la había oído.

—¿Qué has dicho?

—Abby, no...

—No me toques. —Sacudió el brazo para zafarse del intento de abrazo. Sean tenía los ojos abiertos como platos, horrorizado porque hubiera salido a la luz algo a lo que Abby no daba crédito—. ¿De verdad piensas que te he reemplazado? ¿Es por eso por lo que quieres que rompa con Tao?

—Déjame expli...

—¡Si estabas celoso podrías habérmelo dicho! —estalló ella con los brazos en alto.

—Y, entonces, ¿qué? —Sean también elevó la voz—. ¿Lo habrías dejado todo? ¿Habrías ido corriendo a contárselo a tus nuevos amigos? ¿Habrías parado de patinar solo porque yo no podía hacerlo contigo? Porque te recuerdo que te dije que podría intentar volver al hielo. Lo habría intentado *por ti* —añadió con los ojos vidriosos—. Pero ni siquiera te importó, porque siempre has preferido ganar la jodida copa que conservar nuestra amistad.

—¿Nuestra amistad? —repitió atónita—. ¡Eso es justo lo que te estás cargando por hacerme chantaje emocional de esta manera! Nunca deberías haber tenido celos de Tao, porque sois personas diferentes y tenéis roles muy distintos en mi vida. No...

—Pues que te vaya bien con él, Abby —la cortó él con dureza antes de volverse a sentar en la cama. Quizá aún no se sintiera con las suficientes fuerzas para estar de pie durante tanto rato o puede que fuera su manera de pedirle sin palabras que se largara de allí—, y ojalá los dos ganéis todas las copas y medallas que queráis. Porque no vas a querer patinar conmigo después de haberlo hecho con él, ¿no es así? —Alzó los ojos marrones hacia ella, una última vez, como si le suplicara que negara sus sospechas. La chica balbuceó algo, incapaz de ofrecerle lo que le pedía, y eso pareció ser todo lo que Sean necesitó para concluir con un rotundo—: Por supuesto que no, joder.

Abby no quería llorar. Lo último que deseaba era que dos lagrimones le colgaran de las pestañas, justo como ocurría en ese momento, y se deslizaran por sus mejillas como ríos de plata. Se abrazó a sí misma, temblando, y alzó la barbilla para fingir más seguridad de la que sentía.

Había discutido con Sean en varias ocasiones, pero nunca de manera tan ácida.

—Me voy —anunció. La voz se le quebró en la segunda palabra.

—Pasadlo bien en Boston. —Sean se reclinó contra la pared, como si su marcha no lo afectara.

Y Abby podría haberle dicho muchas cosas entonces, como que no soportaba la idea de irse de allí sin que arreglasen aquello; que ir a Boston no iba a ser igual sin que Sean patinase a su lado, como siempre habían hecho; que, aunque echaba de menos entrenar con él, no cabía en sí de felicidad al tener la oportunidad de presentarse a la competición con el chico del que se estaba enamorando, si no lo estaba ya, y que lo que más necesitaba en esos momentos en los que su autoestima se venía abajo por culpa de los anónimos de la red no era perder a su mejor amigo, sino apoyarse en él.

Sin embargo, lo único que hizo fue salir de allí. Huyó. Corrió, sin mirar atrás en ningún momento y con el móvil en la mano. El número de Charlotte estaba en la pantalla cuando salió de casa de los Carter y se vio sola ante la inmensidad de la calle, que nunca le había parecido un lugar tan hostil como entonces.

—¿Abby? —dijo la voz de la chica al otro lado cuando descolgó la llamada—. ¿Qué tal todo?

—Podemos... —musitó ella a duras penas, sintiendo que se ahogaba—. ¿Podemos vernos? He discutido con un amigo y Tao está trabajando, así que no quiero molestarlo, pero me vendría bien hablar con alguien.

Cerró los ojos, dejando de andar en seco. No podía evitar pensar que estaba siendo una ilusa, que quizá se estaba tomando confianzas demasiado rápido, pero se había sentido tan cómoda en aquel círculo el tiempo que había pasado con ellos que llamar a Charlotte había sido su primer impulso.

—¿Dónde estás? Podemos vernos en el restaurante al que fuimos el otro día a cenar y comer algo por allí. Una buena hamburguesa siempre me sube el ánimo. Recojo a Emily y estamos ahí en quince minutos.

Abby sonrió, agradecida, pese a que Charlotte no pudo ver el gesto. Murmuró una respuesta afirmativa y colgó, sintiéndose algo más aliviada.

Se apresuró a caminar hasta el restaurante, dejando la casa de Sean a la espalda y todas las disculpas y explicaciones que esperaba recibir enterradas allí. Lo que necesitaba era desahogarse con alguien que quisiera escucharla de verdad y, si su amigo no iba a ser esa persona, no podía sentirse más agradecida porque Emily y Charlotte sí estuviesen dispuestas a prepararse en tiempo récord para hacerlo.

44



Tao

No sabía qué estaba haciendo allí.

Desde que había puesto un pie en la consulta, Tao se había dado cuenta de que tal vez se había precipitado tomando esa decisión. No es que fuera una mala idea, sino que desconocía el papel que se suponía que debía interpretar al sentarse en esa silla de patas chirriantes en mitad de un cuarto antiséptico.

La sonrisa que su nueva psicóloga le dirigió desde el otro lado de un escritorio de madera, sin embargo, le indicó que quizá no tuviera que jugar a ser algo que no fuera en realidad. Se subió las gafas de montura cuadrada a la cabeza y le dijo con voz dulce:

—Bien, Tao, cuéntame por qué has decidido venir aquí.

El chico notó la lengua pesada y tragó saliva con la esperanza de que eso hiciera las cosas más fáciles, en vano. Dejó que su mirada revolotease por todos los rincones del despacho a los que no había prestado atención en un primer momento y que, en ese instante, le parecieron más interesantes que cualquier respuesta que pudiera ofrecerle a la psicóloga: desde la planta de plástico que había en una esquina y a la que bañaba la luz del sol del mediodía hasta un par de cuadros que eran demasiado abstractos para su gusto.

Cuando creyó que permanecer callado durante más tiempo sería un gesto demasiado maleducado, se aclaró la garganta y respondió:

—Quiero ser mejor persona.

El motivo inicial no había sido ese, por supuesto, pero la base era la misma en todos los aspectos que se le ocurrían: dar todo de sí. Y para hacer eso, debía dejar atrás ciertos comportamientos, rutinas y pensamientos en los que se había visto sumido los últimos años de su vida. Había sido consciente de ello, sí, pero nunca se había preocupado lo suficiente por cambiarlos hasta que Abby había llegado a su vida para ponerla patas arriba.

Y ser la mejor versión de sí mismo era lo mínimo que ella se merecía.

—No le voy a mentir, doctora Blythe: soy una persona un poco complicada. La cosa es que

quiero dejar de serlo. —Tragó saliva y se frotó la nuca, sintiendo que le picaban todos aquellos lugares de su cuerpo que la psicóloga observaba como si tratase de descubrir pistas a través de ellos—. Y tengo poco tiempo libre, porque trabajo y entreno mucho, así que no sé cuán regulares van a poder ser nuestras sesiones. Pero quiero intentarlo.

La mujer asintió y se inclinó hacia delante con las manos cruzadas. Le recordaba a su madre en la actitud tranquila que desprendía, como si estuviera acostumbrada a lidiar con ese tipo de situaciones todos los días. Claro que era su trabajo, pero la sensación que transmitía era importante. Y Tao se descubrió, aun sin conocerla de nada, con ganas de confiar en ella y ponerse en sus manos con la esperanza de que pudiera ayudarlo.

—El primer paso es ese. Debes estar muy orgulloso de ti. —El chico se sonrojó al oír sus palabras y aguardó a que siguiera hablando, sin saber cómo responder a eso—. Bien, ahora háblame de ti y veremos por dónde empezamos. ¿Te parece bien?

Tao se mordió el labio inferior antes de comenzar a hablar, primero en susurros y sin alzar la mirada de las baldosas blancas del suelo y luego cada vez con más seguridad. Entrelazó las manos en el regazo y jugó con los pulgares a medida que dejaba salir los pedazos de su historia que consideraba más importantes y que lo habían hecho ser quien era. No era fácil desmenuzarse a uno mismo, pero había cierta magia en aprender a reconocerse mediante palabras.

Cuando volvió a guardar silencio después de pensar que ya lo había dicho todo, cogió aire. Había muchas cosas que la doctora Blythe aún no sabía, por supuesto, pero ya habría tiempo para explayarse en esos detalles que sirviesen para trabajar todos esos aspectos de sí mismo que Tao quería mejorar.

Al salir de la consulta una hora más tarde, el joven se subió al autobús sintiéndose más libre de lo que hubiese creído en un principio. No porque hablar un rato con la psicóloga hubiese obrado milagros, sino porque sabía que más pronto que tarde ella le daría todas las herramientas que necesitaba para ser la persona en la que aspiraba a convertirse.

El traqueteo del autobús le revolvió el estómago. De momento, seguía odiando los vehículos por mucho que se viese obligado a cogerlos de vez en cuando, pero no podía permanecer anclado en esa fobia sin sentido para siempre. Así que, durante el breve trayecto, echó un vistazo al listado de sus contactos y pensó en a quién podría llamar para pasar el rato.

El nombre de Mark, su antiguo entrenador de hockey, brilló en la pantalla antes de que él mismo supiera lo que hacía.

—¿Diga?

Tao cerró los ojos al oír la voz familiar del entrenador. Se captaba cierto ajetreo a su alrededor, por lo que intuyó que, quizá, no lo pillaba en buen momento, pero lo había llamado y no pensaba colgarle sin decirle, al menos, quién era.

—Hola, entrenador —fue lo primero que pronunció antes de darse cuenta de que era posible que ya nadie lo llamase así—. Soy Tao. Tao Williams —se apresuró a aclarar.

—No me jodas, ¡Tao! —exclamó con alegría genuina. El chico sonrió, sin interrumpirlo, ante

su tono, que revelaba pura sorpresa—. ¿Cómo estás, muchacho? ¡No creía que me llamases un día de estos!

—Yo tampoco —confesó. Se mordió el labio inferior antes de continuar—. Pero estoy retomando el contacto con los chicos poco a poco y me dieron su número. No sé si puede hablar ahora, pero quería saludarlo porque...

Se calló. Porque, *¿qué?* Se le ocurrían cientos de explicaciones y a la vez sentía que ninguna de ellas era suficiente. Nada que resumiese lo que realmente quería decirle, que fue lo que terminó haciendo:

—Solo quería decirle que lo siento. Sé que me porté igual de mal con usted que con el resto del equipo, pero usted siempre fue como un segundo padre para mí. —Se le quebró la voz en la última palabra, pero hizo un esfuerzo por continuar. Las casas de Fall River continuaban sucediéndose una detrás de otra al otro lado de la ventanilla del autobús y Tao sabía que no le quedaba mucho para llegar a casa—. No estuvo bien que cortase de raíz todo el contacto con usted después de que dejara el hockey y tenía que saber que lo lamento. Me arrepiento mucho de todo.

—No tienes que disculparte por nada de lo que pasó, chico. Todos lo entendimos y sabíamos por lo que estabas pasando. —Aunque Tao tenía claro que lo decía en serio, no pudo evitar que un sabor amargo le subiera como bilis por la garganta—. ¿Ahora qué tal te encuentras?

—Mejor. Hoy mismo he empezado a ir a terapia, que ya era hora. Y, además..., he vuelto a patinar.

—¿A patinar? —La voz alegre de Mark le sacó una sonrisa—. ¡Eso sí que es una buena noticia! Isaac me escribe de vez en cuando para contarme que jugáis partidos amistosos, pero no sabía que tú también participabas.

—Aún no he vuelto a patinar con ellos —especificó él, sintiéndose algo culpable. Claro que Mark no había pensado de primeras que Tao podría tener más motivos para patinar de nuevo, pero eso no hacía que la sensación fuese más agridulce—. Estoy entrenando al patinaje artístico con Abigail Langford; ¿le suena?

—¿Langford? Hubiera jurado que la odiabas, hijo.

—Sí, bueno, las cosas han cambiado un poco. —Sacudió la cabeza y notó que se sonrojaba—. Ahora nos estamos preparando para competir por la copa Longan. Con los chicos también me gustaría jugar —agregó—, pero poco a poco. Aún hay cosas para las que no me siento preparado.

—Por supuesto, y es normal. Estoy muy feliz de saber que estás progresando y te agradezco mucho que me hayas llamado, Tao. Recuérdame que me pase pronto por Massachusetts para haceros una visita a todos.

—Aquí lo esperamos, entrenador. —La nostalgia le pellizcó la voz, a pesar de que Tao se esforzó por no derrumbarse allí mismo—. Hablamos pronto.

—Sí, hijo. Cuídate mucho.

Y colgó.

Tao se bajó del autobús en la siguiente parada, temblando y hecho un manojo de nervios. Llegó a casa, abrazó a su madre y lloró un poco para dejar salir todas las emociones que había estado conteniendo, y luego fue a entrenar. Trabajó, cenó con Abby y se fue a dormir. Al día siguiente, volvió a intentarlo, y así sucesivamente.

Trabajar en uno mismo y enfrentarse a los mayores miedos no era algo fácil, pero Tao estaba dispuesto a pelear por ello; a seguir despertándose por las mañanas con la ilusión de estar cada vez más cerca de la meta que quería alcanzar.

—Mamá, ¿puedes conducir hoy conmigo?

La voz le salió algo entrecortada al pronunciar esas palabras, pero Mei no tardó ni dos segundos en asentir. Se sentó en el asiento del copiloto de su propio coche y le puso una mano en la pierna a su hijo cuando este comenzó a hiperventilar, nervioso, frente al volante.

—Estoy contigo, Tao —susurró con afecto—. Todos lo estamos, cariño.

Y Tao intentó arrancar una, dos y hasta tres veces antes de rendirse. Frustrado, apoyó la frente en el volante y dejó que un débil sollozo le abriera el pecho, haciéndole descargar las emociones de los últimos días.

—Volveremos a intentarlo —le prometió Mei a medida que le acariciaba el hombro—. Y algún día lo conseguirás.

El chico asintió y trató de tener esas palabras en mente cuando volvió a acudir a la consulta de la doctora Blythe y habló con ella de temas que, hasta ese momento, ni siquiera se había dado cuenta de que se habían enquistado en su interior.

—Con la predisposición que tienes, estoy segura de que las cosas van a ir bien, Tao —le comentó la mujer. Vislumbrar en su tono la sinceridad hizo que el muchacho creyese de verdad que aquello iba a llegar a buen puerto, que estaba haciendo lo correcto y, sobre todo, que, por fin, también se estaba cuidando a sí mismo.

Era consciente de que no todo iba a cambiar de un día para otro, y de que habría veces en las que conduciría un par de metros antes de detenerse durante el resto del día y otros en los que podría dar la vuelta a la manzana sin problema, pero no le importaba. Lo que sí sabía, no obstante, era que pensaba esforzarse al máximo, igual que patinar al lado de Abby y conocer a la chica que se escondía detrás del mito le habían enseñado a hacer.

Estaba creando algo nuevo y Tao, que había llegado a creer que estaba acabado del todo, tenía todas sus esperanzas puestas en ese futuro.

45



Abby

—¿Llevas todos los jerséis que te dejé encima de la mesa?

—Sí, mamá.

—¿Y el gorro de lana?

—No puesto, pero creo que lo he metido en la mochila antes de salir de casa.

—*¿Crees?* Abby, por favor, hace mucho frío y no pue...

La joven puso los ojos en blanco para resistir la lluvia de palabras que salía del móvil que sujetaba con el hombro —mientras hacía malabares con dos bolsas y una mochila para que no se le cayeran y que, por accidente, toda su ropa interior acabase sobre las baldosas sucias del pavimento— y que le aterrizaba en los oídos, en la piel y en todas esas partes que Abby consideraba de sí misma vulnerables ante los ojos críticos de su madre.

Alzó la mirada y vio el coche de Levi en la distancia. Era de un granate desvaído que había sido testigo de cada ataque de nervios previo a una competición, de las magdalenas que Sean compraba a escondidas para merendar antes de los trayectos en coche y de las canciones de Rihanna que él y Abby destrozaban al gritarlas a pleno pulmón cuando eran adolescentes y volvían loco a su entrenador.

Sean.

Su nombre fue un pinchacito en el costado izquierdo. Abby cerró los ojos de manera momentánea para resistir el fogonazo de recuerdos que cruzaron su mente en apenas unos segundos. Sabía que no era justo y para nada cercano a la verdad, pero no podía evitar la culpabilidad que la carcomía por dentro y que llevaba impidiendo que conciliara el sueño desde la discusión. Estaba segura de que todos debían de haber notado las ojeras tan pronunciadas que destacaban en su rostro, pero, al menos, nadie se había atrevido a preguntarle el motivo en voz alta.

—Abby, ¿me estás escuchando?

La joven parpadeó, cogida por la sorpresa, y estuvo a punto de tropezarse. Resopló, acalorada pese al frío que envolvía Massachusetts a aquellas alturas del año, y detuvo su caminata para recolocarse el móvil sobre el hombro e impedir que este se precipitara hacia el vacío y acabase destrozado.

—Sí, mamá. Estoy a punto de subirme en el coche de Levi, por eso no te estaba contestando. —Se adelantó a su pregunta. Aunque la mentira le salió natural, porque seguía sin querer contarle a nadie lo que llevaba días inquietándola, era cierto que el coche le pitó desde lejos para meterle prisa—. Oye, te tengo que colgar, que me están esperando. Llamaré a papá cuando lleguemos a Boston, ¿de acuerdo?

—Vale, pero a lo mejor está yendo a buscar a Adam y a Amanda al colegio. Si no te contesta y yo tampoco, tú sigue insistiendo, hija. Y si aun así no lo cogemos, la abuela está en casa para...

—Es solo una hora de camino, mamá; no vamos a hacer la Ruta 66. —Puso los ojos en blanco, aunque Aria Langford no pudiese verla—. Os mandaré un mensaje, de todos modos. ¡Hablamos luego!

—¡Y abrígate mucho! —chilló su madre antes de que la comunicación se cortara por fin—. ¡Y saluda a Tao de nuestra parte! ¡Y tened cuidado! ¡Y desayuna leche desnatada y no entera, que luego te sienta...!

La voz de la mujer desapareció con brusquedad al mismo tiempo que Abby tocaba a la puerta del maletero no solo para indicarles a Tao y a Levi que ya estaba allí, pues ya la habían visto, sino que necesitaba que se lo abriesen para que ella pudiera dejar su equipaje. Mientras esperaba, respondió al mensaje que Emily le había escrito en el grupo que las dos compartían con Charlotte y en el que le deseaba suerte para la competición.

Se sorprendió al ver que el joven bajaba del interior con una sonrisa cálida y un suave jersey de franela. El corazón le dio un vuelco al ver la imagen tan tierna; una visión que amenazó con traer lágrimas a sus ojos porque se moría de ganas de decirle que lo echaba de menos y necesitaba abrazarlo, comérselo a besos y devorarlo a él entero, pero que no se sentía con las fuerzas suficientes. El acoso que estaba recibiendo en redes sociales había mermado toda su energía.

—¿Preparada? —fue lo primero que dijo al verla. Sus palabras estuvieron acompañadas de un roce dulce en la parte baje de la espalda y un beso que, aunque corto, hizo que una corriente cálida le recorriera el pecho.

—Nací preparada —replicó ella con una sonrisa que destilaba cansancio—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué te has bajado?

Por toda respuesta, Tao se agachó para coger el par de bolsas que Abby había dejado caer sobre la calzada. Le cogió también la mochila que le colgaba del hombro y abrió el maletero con la mano que tenía libre. Descargó el equipaje después de haber removido sus cosas para que hubiera espacio para todo.

—Tenía ganas de verte —le explicó al terminar. Ya sin nada cargado al hombro ni a los pies, la levantó en el aire igual que hacía sobre la pista; esa vez, sin embargo, volaban sobre el asfalto.

Y quizá esa fuera la magia de Tao, hacer que cada lugar del mundo fuera especial a su manera.

Abby soltó la primera carcajada de pura felicidad en mucho tiempo. Creyó que, si estiraba los dedos, sería capaz de rozar las nubes que decoraban el cielo; que, si cerraba los ojos con la suficiente fuerza, la discusión con Sean nunca habría tenido lugar, ya habrían llegado a Boston y ganarían la copa que le permitiría retirarse por la puerta grande.

Porque tenía ganas de terminar aquella etapa y poder emplear el dinero que había ganado a lo largo de los años como patinadora para poder ir a la universidad por fin. Esperaba que sus padres no se opusieran demasiado a la idea cuando llegase el momento de contársela.

Esos instantes de momentánea alegría se vieron emborronados cuando pensó en que tal vez alguien estuviera haciéndoles una foto en ese mismo momento. Cuando sus pies volvieron a tocar el suelo, Abby miró hacia todos lados y buscó la cámara de un móvil o la luz intensa de un *flash*.

No había nadie, por supuesto. Nada que no fuera el rostro de Tao torciéndose en una mueca de preocupación y sus manos acariciándole la cintura para atraerla hacia sí.

—¿Qué te ocurre, Abby?

La joven abrió la boca para confesarle lo que la inquietaba, pero cualquier sonido que fuera a emitir quedó ahogado por el pitido del claxon que Levi hizo sonar de nuevo. Los dos sabían que era la impaciencia del entrenador personificada pidiéndoles —sin un «por favor» de por medio, porque esas cosas no iban con él— que se subieran al vehículo para que pudiesen abandonar Fall River de una vez.

No obstante, Abby no dejó de buscar a posibles acosadores ni siquiera cuando se subió al vehículo; ni cuando Levi le sonrió con cariño, quizá al tanto de que la chica no era la misma desde las críticas que recibía en la red; ni cuando Tao alargó una mano para coger la suya y dibujarle círculos con el pulgar sobre su dorso.

—Vamos a quedarnos en el hotel Boston Harbor. —Su entrenador rompió el tenso silencio al cabo de unos cuantos minutos, una vez que se pusieron en marcha. Varios árboles desnudos se sucedían al otro lado de las ventanillas—. He reservado dos habitaciones contiguas, así que espero que me dejéis dormir por las noches.

Pese a que Tao soltó una risita nerviosa que aligeró el ambiente, Abby no reaccionó. Sus ojos estaban fijos en el paisaje de la ciudad que la había visto crecer y que había contemplado todas sus victorias y derrotas. Aunque no era la primera vez que salía de Fall River para ir a la capital del estado —había recorrido casi todo el norte del país debido al deporte—, sí era extraño no tener a Sean en el asiento de al lado haciéndola reír con cada frase.

Pestañeó con rapidez para hacer desaparecer las lágrimas que habían comenzado a acumulársele en los ojos. En su lugar, se centró en el tacto de la piel de Tao contra la suya; en

cómo el chico no apartaba sus ojos rasgados de ella, siguiendo cada uno de sus movimientos, como si necesitara cerciorarse de que se encontraba bien, y la manera en la que el calor que transmitía su cuerpo parecía atraparla por completo en una nube de seguridad.

La voz de Levi se mezclaba con la cháchara suave que se reproducía en la radio, pero Abby no lo estaba escuchando, y algo le decía que Tao tampoco. No era como si no hubieran oído una y otra vez los mismos consejos que les estaba dando en ese momento, de todas formas: «Sed profesionales, trabajad duro y hacedme caso en lo que os diga. Escuchad la música y escuchaos también a vosotros mismos hasta el punto de que os fundáis el uno con el otro sobre la pista».

Y el patinaje, que siempre había sido lo que guiaba la vida de Abby hacia delante, de pronto perdía su importancia si lo comparaba con las inseguridades que las críticas le habían creado, con el miedo a perder definitivamente a su mejor amigo y la sensación de que cada vez alzaba un muro más inquebrantable entre Tao y ella al no querer preocuparlo con los temas que le comían la cabeza.

Decidió rendirse al suave traqueteo del coche cuando Levi se calló, un cuarto de hora más tarde, al darse cuenta de que nadie le prestaba atención. Abby estiró al máximo el cinturón para acercarse a Tao pero sin rozarse con él.

—¿Me puedo apoyar? —Señaló con la cabeza su hombro. El chico se recolocó en el asiento para que el espacio resultara lo más cómodo posible y le depositó un beso en la coronilla.

Abby no quería dormirse, porque adoraba la sensación que la embargaba al llegar a Boston. Se sentía diminuta por la inmensidad de sus rascacielos, el gentío que llenaba las calles y el tráfico que se acumulaba en cada rincón. A pesar de ver lo pequeña que era en comparación con el caos de la capital de Massachusetts, esta solo le demostraba lo lejos que podía llegar.

En aquella ocasión, sin embargo, no vio grandes edificios ni captó el distante sonido de una sirena cruzando la ciudad. No repasó con la mirada los escaparates de sus tiendas favoritas ni bajó la ventanilla para dejar que el viento le golpease el rostro con ferocidad y le despeinase los rizos, haciéndola sentir viva y real.

Se perdió todo eso y más, porque sí se quedó dormida sobre el hombro de Tao. De alguna manera, el mundo parecía un lugar mucho más amable y cálido desde el hueco entre su cuello y el borde de su jersey; el lugar al que Abby pertenecía, más allá del hielo.

46



Tao

La primera vez que Tao pisó Boston después de tantos años, poniendo un pie detrás de otro sobre el pavimento lleno de *tickets* de la compra que la gente dejaba volar a su aire y un par de chicles que se pegaron a la suela de sus deportivas, sintió que no había pasado el tiempo desde que se había dejado perder entre sus calles.

Todo estaba igual que siempre y eso le parecía extraño, como si no fuese justo. De una manera u otra, su vida en aquel momento era muy distinta a antaño. No solo porque notase ese incómodo cosquilleo en la parte baja del estómago cada vez que cruzaba una mirada con Abby —ni que ese calor que se acumulaba ahí bajase poco a poco por su cuerpo, electrizando su entrepierna y atravesando centímetros de piel que ni siquiera sabía que podía sentir con tanta intensidad—, sino porque su padre ya no estaba ahí, a su lado, enseñándole la ciudad con unas gafas de sol negras colgadas del cuello y una sonrisa cálida decorándole el rostro.

Apretó los ojos con fuerza para retener los recuerdos que amenazaban con desbordársele de las pestañas y en su lugar se centró en resistir la dentellada del viento. Si dejaba vía libre a que el pasado se interpusiera en el presente, la figura de su padre aparecería detrás de cada esquina y no podía permitirlo si quería estar concentrado en ganar la competición.

—No creáis que vais a tener mucho tiempo para hacer turismo. —Levi lo despertó de su ensoñación, como si le hubiera leído el pensamiento. El perfil desgarbado del entrenador se dibujaba contra el intenso azul del cielo, sobre el que destacaban las cristaleras de los rascacielos que había frente al hotel en el que se alojaban—. Seguiremos un entrenamiento muy estricto mientras estemos aquí. Os quiero ver en la Warrior Ice Arena no más tarde de las ocho y media todas las mañanas. Si venís conmigo en coche, saldremos desde el hotel a las ocho. Si preferís asistir por vuestra cuenta, también podéis hacerlo, mientras cumpláis con el horario.

El muchacho asintió, algo distraído, y se dispuso a sacar el equipaje del maletero. Tenía la esperanza de que fuera Abby quien se estuviese quedando con los detalles de la charla, porque él ya ni siquiera recordaba la hora que acababa de decir. No podía fijarse en algo tan simple como

las palabras cuando el hotel que quedaba frente a la bahía y que se extendía a lo largo hasta donde les alcanzaba la vista captaba toda su atención. El sol grisáceo se reflejaba sobre el agua y la hacía parecer una piscina de plata.

—¿Estás bien?

La voz de Abby llegó hasta él. La chica se encogía sobre sí misma al llevar solo una chaqueta térmica y unos *leggins*; Tao no lo dudó ni un instante antes de quitarse el abrigo y ponérselo sobre los hombros.

—No podemos dejar que te resfríes —se apresuró a explicar cuando ella le dirigió una mirada confundida—. Tienes una copa que ganar, Langford.

—*Tenemos* —lo corrigió ella con voz débil.

Y no supo por qué, pero el hecho de que lo incluyera en una frase tan simple hizo que Tao se sintiera un poco menos solo, un poco más acompañado, incluso si durante ese viaje a Boston la ausencia de su padre le pesaba con fuerza en el corazón.



—Esto es...

—Enorme.

—Sí, eso es justo lo que iba a decir —corroboró Abby cuando pareció recuperar el aliento.

Levi no les había mentido: iban a seguir el entrenamiento a rajatabla durante los últimos días y daba igual lo cansados que estuvieran por el viaje, esa tarde habían ido a visitar la pista de hielo para familiarizarse con el entorno. Aunque Tao dudaba que pudiera hacer algo así cuando solo tenía en mente la gigantesca habitación que Abby y él iban a compartir en el hotel.

Una habitación con tres cuadros encima de la cabecera de la única cama que había y en la que, antes de que pudiera reprimir la imagen, se imaginó a Abby tumbada no solo a su lado, sino encima de él, jadeando.

Se estremeció mientras notaba que su cuerpo al completo vibraba, y sacudió la cabeza para pensar en otra cosa. Fue incapaz de dejar de recordar el sabor de su piel y la curva de sus pechos ni siquiera cuando acudieron al encuentro y la magnitud del sitio los sobrecogió también. La Warrior Ice Arena era más espectacular que el patinadero de Fall River y Tao quiso pensar que por eso se sintió tan insignificante bajo los focos que colgaban del techo.

—¿Listo? —le preguntó Abby con una sonrisa que le hizo preguntarse cuánto de niño aún quedaba dentro de su cuerpo de hombre, porque era ridículo el efecto que Abigail Langford tenía sobre él.

Era capaz de hacer que sus piernas se volvieran de mantequilla y que todo —la presión, el

ceño fruncido de Levi y las horas que faltaban hasta el campeonato del próximo viernes, que era al cabo de cuatro días— desapareciera para dejar paso solo a la complicidad que nacía entre ellos cuando patinaban en armonía; al hormigueo nervioso que se le acumulaba en la punta de los dedos cada vez que sus manos se posaban sobre la cintura de Abby segundos antes de alzarla en volandas y hacerle ver, aunque solo fuera durante los minutos que duraba la canción, lo que eran capaces de crear juntos.

«Confía en mí —le pedían sus ojos con desesperación—. Confía en nosotros.»

Y, sin embargo, la mente de la chica siguió pareciendo estar a varios kilómetros de distancia. Sus ojos revoloteaban por todos los lugares del estadio como si buscasen a alguien entre el público y estuviesen a la espera de que algo —el *flash* de una cámara, el clic de una foto y una mirada indiscreta colándose entre los respaldos de plástico amarillo— apareciera.

Tao comprendió entonces que Abby se estaba limitando a realizar de manera mecánica la coreografía que tantas veces habían ensayado porque su mente estaba repasando una y otra vez las críticas y fotos que se habían publicado de ella en internet.

Y que ya no quedaba nada que pudiese decir para tratar de tranquilizarla excepto patinar a su lado.



—¿Quiénes son?

Tao sentía curiosidad por saber los nombres del chico y la chica que cenaban en el lado opuesto del restaurante y que no les quitaban la mirada de encima. Abby, en todo caso, había estado callada durante la última hora, por lo que Levi pareció sorprendido al oírla hablar. Ella arqueó una ceja y dejó que la cuchara aterrizase en su plato cuando paró de comer para decir:

—Derek y Ana Greshman, de Pennsylvania. Son hermanos y, por lo que he visto, unos grandes rivales.

—¿Tan buenos son? —se atrevió a preguntar Tao.

Aquel mundo lo pillaba de nuevas. Él estaba acostumbrado a comidas ruidosas con sus compañeros de equipo y a las fiestas en las que daba igual cuánto desmadre hubiese, porque incluso salirse de los límites estaba permitido de vez en cuando.

El patinaje artístico sobre hielo era, sin embargo, algo muy distinto. Era control y frialdad y rigidez hasta en los momentos más banales, como la postura impecable que Abby mantenía mientras cenaban aun cuando Tao era capaz de distinguir el taconeo nervioso de sus deportivas bajo la mesa.

—Son más que buenos —respondió Levi con tono lúgubre—. Son letales.

Si había pretendido animarlos con aquel comentario, fracasó de forma estrepitosa. Media hora más tarde, los tres subieron a sus respectivas habitaciones arrastrando los pies, en silencio.

Tao intentó que la mano no le temblase cuando abrió la puerta del cuarto con la tarjeta que servía como llave. Por su mente pasaron una decena de frases para aligerar el ambiente y un montón de opciones sobre lo que podía suceder a continuación, pero la manera en la que Abby se dejó caer en la cama, aun sin desvestirse, le indicó todo lo que necesitaba saber: estaba agotada y sin ánimos ni siquiera para hablar.

—Estoy reventada —fue todo lo que le ofreció a modo de explicación.

Tao no quiso recordarle que a finales de aquella semana volverían a casa para descansar por fin y que todo merecería la pena. En ese instante, incluso eso parecía demasiado lejano. Solo había que centrarse en sobrevivir otro día más, una noche más, como lo hacían las flores al terminar el invierno y dejaban paso a la primavera.

Se tumbó a su lado, sin quitarse tampoco la ropa que se le ajustaba a la piel como una segunda capa, y dejó que un cómodo silencio los envolviera. Los bucles de Abby se extendieron por la almohada y le hicieron cosquillas en el brazo que había alargado en su dirección para que ella lo cogiera de la mano.

Tao se volvió hacia ella y abrió la boca al toparse con la mirada penetrante de la joven. Lo estaba observando como si quisiera encontrar en él una respuesta, algo de consuelo o la promesa de que pronto todo mejoraría.

—¿Tao? —musitó al cabo de varios segundos, su voz mezclándose con el lejano murmullo de los coches que circulaban por la avenida Atlantic varios metros por debajo.

—¿Sí?

Estaba asustado. Tenía miedo porque jamás se había sentido de esa manera y eso lo aterraba. Había un deseo que crecía en lo más hondo de su ser y que lo impulsaba a acercarse a ella más y más para poder rodearla con los brazos. Solo quería que se desahogara con él, besarla y abrazarla y...

Nada.

Aunque estuvieran tumbados en la misma cama y el corazón le diera suficientes brincos en el pecho como para reventarle la caja torácica, Tao nunca había estado tan lejos de ella.

—¿Sí? —insistió, con la esperanza de poder hablar, aunque solo fuera un rato, aunque el silencio pesara y la competición se aproximase a un ritmo vertiginoso, sin darles tregua.

Pero ella ya se había quedado dormida; todavía vestida, con las luces encendidas y una mano estirada hacia el cuerpo de él.

47



Abby

Abby se despertó un par de horas antes que Tao.

El corazón le dio un vuelco al reparar en que estaba en una habitación desconocida. Esta estaba decorada de manera elegante, con paredes pintadas de un beige que le recordaba a la arena templada de las playas de Florida que protagonizaron su infancia. Parpadeó, todavía entre la bruma del sueño y la realidad, y sonrió cuando las pestañas negras de Tao le acariciaron la mejilla al moverse. La línea de pecas que se le alineaban bajo la mandíbula le hacían pensar en esas constelaciones que tenían las suficientes estrellas para concederle lo que más deseaba.

¿Y qué era eso? Si trataba de dar con una respuesta, solo se topaba con una neblina de angustia y preocupación que emborronaba cualquier emoción por competir por la copa Longan. Esa misma sensación era la que le impedía alargar la mano y apartarle a Tao los mechones que le resbalaban por la frente y que dotaban su rostro de una paz que Abby envidiaba profundamente.

Podría despertarlo entre risas y enseñarle que los dos se habían quedado dormidos todavía con la ropa puesta, que el cuerpo les iba a doler a la mañana siguiente porque habían pasado varias horas en una posición muy incómoda; frente a frente, sí, pero con la espalda y el cuello torcidos. Le habría dicho todo eso y más, y luego quizá lo hubiera besado hasta desgastarse los labios por lo mucho que lo echaba de menos. Si de algo estaba convencida era de que estaban a salvo en ese espacio que era solo suyo. Sin embargo, a la vez no quería perturbar el silencio tranquilo que los envolvía y que tan segura la hacía sentir.

Estiró la mano para coger el móvil que había dejado en la mesilla. Maldijo entre dientes al fijarse en que estaba a punto de quedarse sin batería. Les envió una foto a Charlotte y a Emily para hacerles saber que seguía viva y se entretuvo contestando al resto de los mensajes que tenía pendientes. Consideró llamar a su madre para contarle lo que la preocupaba, pero no quería despertarla y en el fondo era consciente de qué era lo que debía hacer.

Supongo que estarás dormido, pero no dejo de darle vueltas a la última vez que hablamos y quiero que sepas que, a pesar de que nada me gustaría más que compartir esta experiencia contigo como siempre hemos hecho, otra parte de mí espera que te alegres de que sea Tao quien me acompañe.

Sean: es un buen chico... y me quiere más de lo que habría creído posible, porque es así como me siento yo. Odio pensar que hay gente ahí fuera que opina que lo nuestro es una treta para ganar atención, ¿sabes? Porque amarlo es la sensación más bonita que he tenido jamás y no debería verse empañada por la opinión ajena.

Sé que, si no estuvieras enfadado conmigo, me dirías que solo son celos.

Celos.

La palabra resonó en su interior durante un par de segundos con la fuerza del tañido de una campana. Se repitió una y otra vez en sus oídos, en su mente e incluso detrás de sus párpados, sin dar tregua. Abby cerró los ojos para recordar el tono de voz que Sean había empleado al echarle en cara sus sentimientos hacia Tao; cómo apenas había sido capaz de sostenerle la mirada mientras sus palabras se llenaban de ese odio corrosivo que la había descolocado por completo. Aquello era tan impropio del chico como lo sería para ella comer pizza con piña. Sabía, aun así, que siempre era una posibilidad que las personas cambiasen de forma tan súbita... o puede que no tanto y, en el fondo, solo estuviesen mostrando aquella faceta que habían mantenido escondida hasta ese momento.

Los cambios podían ser tan repentinos como la fama que se podía ganar en internet de la noche a la mañana.

Internet.

Un pensamiento le agarró el corazón y lo sacudió con fuerza, dejándola incluso más intranquila que antes. Pero lo que se le había ocurrido era una locura, ¿verdad? Tenía que serlo. Ni siquiera se atrevía a ponerlo en palabras.

Llámame cuando leas esto, por favor. Da igual la hora que sea. Necesito hablar contigo para confirmar que no me estoy volviendo loca.

Aunque luchó por quedarse despierta hasta que saliera el sol, fue inútil. El cansancio terminó por vencerla; a ella y a todos los miedos que se le acumulaban en la boca del estómago y amenazaban con hacerle subir la bilis por la garganta; algo que no lograba tragar, igual que tampoco conseguía deshacerse de la preocupación que se había adueñado de cada centímetro de su piel.



—¿Por qué miras tanto el móvil? —La voz de Tao le hizo alzar la cabeza.

Abby tragó saliva al verlo limpiarse el sudor del cuello con una toalla. Tao esbozaba una de esas sonrisas exhaustas que revelaban un cansancio absoluto y, a la vez, la satisfacción que se sentía al haber realizado un buen trabajo.

—¿Quién esperas que te conteste? —añadió el joven cuando ella, demasiado extasiada por la imagen, se quedó sin palabras para responder.

—Sean —dijo cuando se recuperó, notando que las mejillas se le teñían de color. Lanzó el móvil al interior de la bolsa para dirigirse hacia los vestuarios—. Hace días que no me contesta y estoy un poco inquieta. ¿Crees...? —Se mordió el labio inferior, sin estar segura de qué decir a continuación—. ¿Crees que me odia?

—¿Odiarte? —repitió Tao. Parpadeó como si pensara que había perdido la cabeza—. ¿Por qué iba a hacerlo?

Fue la manera en que esas últimas palabras abandonaron su boca, casi como si estuviera desesperado porque confiase en él, y la rapidez con la que sus manos se posaron sobre sus hombros, lo que la hizo balbucear sin tener ni idea de qué explicación ofrecerle. De repente, fue consciente de todo; desde el calor que el chico desprendía, tan cerca de ella, hasta la potencia de las luces que iluminaban la arena. Acababan de terminar el entrenamiento y se habían cruzado con la pareja de patinadores que tomaba su relevo sobre la pista.

—Es una tontería —musitó—, pero por un momento he pensado que... No sé. —Chasqueó la lengua y dio un paso hacia atrás, achacando el estar espesa a la hora de hablar con el agotamiento. Nada que ver, por supuesto, con que Tao estuviera mirándola con intensidad mientras aguardaba una respuesta—. Nos vemos luego.

Recibió un rápido beso en la mejilla antes de darse la vuelta, con el corazón hecho un mejunje debido a todas las emociones que sentía.

Una vez que llegó al vestuario, apoyó la espalda en la puerta y respiró hondo.

—Tú debes de ser la patinadora de la que todos hablan. A la que pillaron follando en aquel patinadero.

Abby alzó la mirada con brusquedad. Se topó con una joven de corto cabello negro y tez tan blanca que las manchitas que el acné había dejado sobre su piel se entreveían incluso a distancia. Era algo más alta que ella y llevaba una mochila bastante aparatosa que le colgaba del hombro izquierdo.

—Si antes eras famosa, ahora lo eres más. No me mires así; todos hemos visto las fotos —continuó la desconocida, encogiéndose de hombros. Se acercó a ella con una mano extendida—. Me llamo Ana Greshman. Creo que no nos han presentado.

Abby le estrechó la mano, algo tensa. Por un instante, sintió la tentación de salir corriendo de allí y entrar en la puerta de al lado, donde estaría Tao a punto de cambiarse, para evitar aquella conversación. No sabía nada de Ana más allá de que era una muchacha preciosa, una patinadora letal y que su mirada era capaz de anclarla en el sitio por lo mucho que la intimidaba.

—Abby Langford —se atrevió a decir por fin.

—Lo sé; todo el mundo aquí te conoce, y a tu chico. —La patinadora no le soltó la mano, sino que tiró de ella en su dirección para que quedaran cara a cara—. Y, si me permites el consejo, eso es algo que debería jugar a tu favor, no en tu contra.

Abby hizo ademán de retroceder, impactada por sus palabras, pero Ana no dejó que se apartara.

—Toda publicidad es buena —le recordó con voz suave— y solo tú sabes la verdad. Me pasó algo parecido con mi exnovia, aunque nosotras no tuvimos un final feliz. —Hizo una mueca antes de sacudir la cabeza para regresar al presente—. Que vaya bien, por cierto.

Después de lo que le pareció un tiempo muy largo, dejó que se marchara. Abby frunció el ceño, demasiado boquiabierta para pronunciar palabra, y la vio recoger sus cosas con rapidez. Se movía de forma decidida y elegante; la misma actitud que la había visto mantener sobre el hielo durante los entrenamientos. Y no parecía asustada.

Abby se preguntó qué clase de imagen ofrecería de sí misma y, sobre todo, qué pensaría Ana de ella para haberse acercado a decirle una cosa así. No tuvo ocasión de preguntárselo porque desapareció al segundo, tan veloz como si, en realidad, jamás hubiera estado a su lado.

48



Abby

Apenas quedaban dos días para la competición y Abby sentía que su vida se había convertido en un frenesí de mensajes que responder —«Sí, mamá, te prometo que estoy bien», «No, papá, no me estoy alimentando a base de gofres, ¡tenemos una dieta que seguir! Dile a Amanda que no me llame más de dos veces al día, por favor, y que no discuta con Adam en mi ausencia. Recuérdales que yo también los echo de menos»—, entrenamientos que se alargaban durante horas y nervios que le impedían respirar con normalidad.

Por eso parpadeó, completamente descolocada, cuando Tao la cogió de la mano al salir del vestuario después de entrenar y la alejó de Levi. El entrenador los esperaba en la puerta con una ceja arqueada, pero no les metió prisa al ver que se detenían antes de salir de la arena.

—¿Confías en mí?

La voz Tao fue un grito en el vacío. Le estaba pidiendo una obviedad, pues estaba claro que Abby se habría puesto en sus manos sin dudarlo ni un instante. Sin embargo, ahí estaba, rogándole una respuesta como si necesitara escucharla de sus labios. Los ojos de la muchacha se desviaron hacia la figura de Levi, que no apartaba la mirada de ellos mientras aguardaba a que se unieran a él. Tragó saliva antes de fijarlos de nuevo en el rostro ilusionado de Tao.

—Ya sabes que no necesitas preguntarme eso, Williams.

Y quizá fue el uso del apellido en su boca —una palabra que tenía la sensación de que hacía mucho tiempo que no pronunciaba y que echaba de menos decir para ver los hoyuelos que aparecían en el rostro de él— lo que hizo que Tao tirara de ella y saliera corriendo hacia la salida.

—¡¿Qué se supone que haces?!

—¡Tú déjate llevar!

Pasaron como una exhalación al lado del entrenador. Levi abrió la boca, confuso, al ver que

salían a la carrera.

—¿A dónde vais a estas horas?

Abby fue incapaz de ofrecer una explicación; Tao solo gritó antes de que ambos se adentrasen en el fresco de la noche sin mirar atrás:

—¡No nos esperes, Levi!

Pese a que los primeros indicios de la primavera comenzaban a entreverse en las parcelas de césped que bordeaban algunas de las aceras de Boston, no cabía duda de que el invierno seguía reclamando su presencia en la ciudad. Abby inspiró con fuerza al salir al exterior para notar como el frío de la estación le calaba en los pulmones. Se esforzó en caminar a la misma velocidad que Tao para no dejar que la arrastrara entre los rascacielos que arañaban el cielo ya nocturno, puesto que el chico sí parecía estar ansioso por llegar pronto a algún lugar.

—Espera, ¡espera! —repitió ella entre risas anonadadas, sin tener ni idea de lo que estaba sucediendo. La parte de su mente que todavía seguía en la pista, centrada en los últimos detalles a retocar antes del viernes, estaba siendo sustituida con cada paso que daban por las preguntas que se le acumulaban en la punta de la lengua—. ¿Adónde vamos?

—Has dicho que confiabas en mí —respondió Tao con tono enigmático. Tiró de ella, instándola a ir más rápido. Hizo una mueca cuando el golpeteo de la goma de sus zapatillas chirrió contra el asfalto—. Date prisa, ¡vamos!

—¿Qué...?

No obstante, si esperaba algún tipo más de explicación, no pudo sentirse más decepcionada. Atravesó calzadas irregulares y pasó por delante de los semáforos que parpadeaban cada dos segundos mientras una sonrisa le iluminaba los ojos y las manos se le congelaban por las bajas temperaturas. Por primera vez en muchos días, no pensó en si alguien los estaría siguiendo con el único objetivo de criticarlos en internet. No se recordó a sí misma que tenía que descansar esa noche para poder darlo todo de sí en el entrenamiento del día siguiente ni contestó al mensaje que su madre le dejó para preguntarle cómo le había ido el día. No pensó en Sean y en lo mucho que le dolía que se estuviera alejando de ella como si no le importara que sus celos destruyesen la amistad que los unía desde hacía años.

Simplemente se dejó llevar, con la ropa del entreno al hombro y la coleta deshaciéndose a cada paso que daban, hasta que llegaron a un restaurante italiano.

—¿Vas a contarme ya qué es todo esto? —farfulló cuando se detuvieron frente a la puerta, jadeando mientras intentaban recuperar la respiración después del ritmo que habían mantenido durante media hora.

—Eh... —Tao nunca vacilaba. Aunque puede que fuera reservado de primeras, jamás titubeaba. Abby adoraba eso de él; que, cuando hablara, lo hiciera sin miedo ni dudas. Sin embargo, viéndolo sonrojarse por el esfuerzo y frotándose la nuca como si se hubiera quedado sin palabras, se dio cuenta de que también le gustaba ese balbuceo nervioso. Lo amaba en todas sus vertientes—. ¿Te gustaría cenar conmigo? Hay una mesa para dos esperándonos ahí dentro.

Señaló con la cabeza el interior del lugar, donde candelabros artificiales dotaban la estancia de un íntimo brillo amarillento a juego con las letras enormes que decoraban el cristal de la fachada. Intentó no darle demasiada importancia a la sudadera que llevaba, con el logo de Disneyland Orlando estampado en ella, y sus Converse favoritas, algo sucias por las lluvias recientes. No quería compararse con lo arreglada que iba la gente al otro lado de la cristalera, pero sus mejillas se tornaron de color rojo antes de que pudiera evitarlo.

Tragó saliva y se acercó a él, apurada.

—No he metido ropa bonita en la bolsa.

Hizo ademán de soltarle la mano, como si quisiera rebuscar en ella para asegurarse, pero Tao no la dejó alejarse. En su lugar, le acarició con suavidad los nudillos.

—No hace falta. Estás preciosa así.

—Pero, esto... —Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua—. Si me hubieras avisado, yo... No sé, me habría arreglado un poco o...

—Voy a quererte estés en pijama o con el vestido más bonito que exista —la interrumpió Tao dando un paso hacia ella. La luz de las farolas de la calle tintó su cabello de mechones grisáceos. Sus pestañas parecían estar enhebradas con hilos de plata—. Y voy a quererte estés patinando, haciéndome compañía en The Vinyl's House o ayudando a tus hermanos con los deberes. Voy a quererte en todas tus versiones, porque eso es de lo que se trata amar: de hacerlo con libertad.

La joven parpadeó un par de veces para retener las lágrimas que se le habían acumulado en los ojos al oírle decir algo así. Cogió aire, pero no dijo nada más.

Le costaba admitirlo, pero Tao la había dejado sin palabras.

—Además, quería que fuera una sorpresa. —añadió él al ver que la chica era incapaz de responder—. Te parece bien, ¿no?

Entrecerró los ojos, preocupado. Abby se puso de puntillas para que sus rostros estuviesen más cerca y sintió que las rodillas le temblaban al respirar el mismo aliento que Tao. Dejó que el contacto con su barba suave de hacía un par de días le hormiguease en la piel antes de decir:

—Me parece maravilloso, Williams. Siempre tienes las mejores ideas.

Tao sonrió, satisfecho. Que se olvidase de todo lo que la inquietaba había sido su intención al idear aquel plan. Abby no pudo resistir más el impulso que llevaba conteniendo desde que los dos habían salido corriendo de la pista y le acarició el cabello corto, rapado por la nuca pese a la longitud del flequillo que le caía sobre la frente.

Y lo besó.

Cuando sus labios se cerraron sobre los de Tao, Abby sintió que por fin respiraba después de haber pasado un largo período debajo del agua; que sus pulmones se llenaban de aire mientras el muchacho estiraba un brazo y lo pasaba alrededor de su cintura para atraerla más hacia sí, como si necesitase tener su cuerpo bordado con el suyo.

—Dame un poco de margen —susurró contra sus labios. Desvió la mirada y desbloqueó el móvil para comprobar la hora que era. Volvió a tomarla de la mano, esta vez para guiarla hacia el

interior del restaurante—. Aún tenemos mucha noche por delante.



No se equivocaba: la cena fue solo una de las sorpresas que el chico había preparado para la penúltima noche antes de la competición.

Aunque Abby descubrió que habían llegado tarde a la hora que Tao había reservado, la velada transcurrió sin más imprevistos. Pidieron platos que no entendieron —porque ninguno hablaba italiano, pese a lo mucho que Tao presumió de ser un gran fan de las canciones que Måneskin cantaba en su lengua materna— y bebieron, sedientos de agua y besos tras el entrenamiento y la posterior carrera.

Abby no habría cambiado por nada las caricias que intercambiaron por encima de la mesa y las patadas suaves que se lanzaron el uno al otro por debajo, sin hacerse daño, como si no fuesen más que niños jugando a algo que solo ellos conocieran.

Terminaron las dos bolas de helado que les sirvieron de postre y, a diferencia de todo lo que la chica esperaba, fueron en taxi hasta el puente de la Universidad de Boston. A aquellas horas de la noche, las estrellas titilaban en lo alto y el susurro del viento era su único acompañante.

—¿Tienes frío? —murmuró Tao después de que el vehículo desapareciese en la distancia y Abby se acurrucase contra la lana de su jersey.

—Estoy bien —fue todo lo que musitó como respuesta.

Y por primera vez desde que las críticas en la red habían estallado, lo decía de verdad. Un rápido vistazo le hizo saber que Tao la creía, que veía su sinceridad en sus mejillas sonrojadas por las bajas temperaturas y en la manera en la que tenía la cabeza apoyada en su hombro. Tao la rodeaba con un brazo, en silencio, mientras el río Charles discurría por debajo de sus pies.

Comenzó a hablar antes de darse cuenta de que lo hacía, cabizbajo y sin mirarla.

—A menudo me pregunto qué pensaría mi padre si me viese aquí —dijo con voz queda. Tragó saliva—. Sé que es una tontería, ¿no? Porque, callado como era, probablemente no opinaría gran cosa. Soltaría algo similar a «Tú pásatelo bien y disfruta» y le cogería la mano a mi madre durante toda la actuación, porque vendrían a verme. Claro que vendrían —añadió para sí con una tímida sonrisa.

Abby le frotó un brazo sin responder nada; en el fondo, tenía la sensación de que no existían palabras suficientes para un momento así. Lo abrazó con más fuerza y escondió el rostro en su pecho, respirando el calor que desprendía.

—Creo que nunca te he contado lo que le pasó en realidad —continuó él murmurando bajito, aun así sobresaltándola. No la miró a medida que hablaba, por lo que Abby también fijó la vista al frente para darle ese espacio seguro en el que los ojos no se cruzaban, pero sí lo hacían los corazones.

—¿Quieres hacerlo? —lo animó a continuar.

Tao se tensó a su lado, pero asintió.

—Habíamos discutido un poco, ¿sabes? —Soltó una risa rota, carente de alegría, que le rompió el corazón—. Fui un capullo. Michael celebraba una fiesta, de cumpleaños, y yo quería llegar pronto a casa para cambiarme de ropa antes de ir, así que llamé por teléfono a mi padre para pedirle que me viniera a recoger al entrenamiento de esa tarde.

—¿Y se negó?

La mirada que Tao le dirigió fue la más triste que jamás le había visto, y se sintió tan pequeñita que, durante un par de segundos, dejó de respirar. En sus pupilas había una culpa tan honda que Abby creyó estar a punto de ahogarse en ella.

—Ojalá hubieras llegado a conocerlo, porque entonces hubieses sabido que no, que él nunca se negaba a nada, excepto a ver la saga entera de *Star Wars* sin una buena ración de patatas fritas en las manos. —La sonrisa que esbozó en ese momento sí fue alegre, y Abby se encontró a sí misma imitando esa alegría que los hoyuelos del chico reflejaban.

—Y, entonces, ¿por qué discutisteis? —dejó escapar.

Necesitaba saciar su curiosidad, y Tao escondía tantos misterios en su interior que no podía evitar querer saber más y más.

—Tenía planes con mi madre o algo así. Iban a salir a cenar. —Cerró los ojos, como si el recuerdo le escociera—. Y yo fui un niñato que le insistió al teléfono una y otra vez hasta que él cedió, a regañadientes. Vino con prisa para llegar con tiempo a la reserva que tenían en el restaurante y...

Se calló.

Fue uno de esos silencios sonoros que parecen eclipsar el resto de los sonidos del mundo. Abby sintió que este retumbaba dentro de sí con tanta fuerza que resistió el impulso de taparse los oídos.

—Sé lo que vas a decirme —se adelantó él—: no fue culpa mía. Pero, en el fondo, sí lo fue. Y lo sigue siendo, porque, si no hubiera ido a entrenar esa tarde, si no hubiese querido ir a esa fiesta, si el hielo no hubiera estado ahí, él...

—Tao —lo interrumpió ella, abrazándolo con fuerza. Se mecieron al son de la cadencia de la brisa nocturna y el lejano barullo del tráfico de la ciudad—. No...

—Estuvo en coma dos días, Abby. Y al tercero nos sacaron de esa jodida sala de espera, y todo fue una mierda y...

Comenzó a jadear. Se puso una mano en el pecho, como si necesitara cerciorarse de que seguía vivo y estaba respirando, porque ni él mismo parecía creérselo.

—El funeral fue horrible —murmuró ella en voz baja tratando de buscar sus ojos, en vano—. Todo el mundo estaba hecho polvo.

—Recuerdo verte allí. —Tao alzó la cabeza entonces. La barbilla le temblaba, delatando que estaba haciendo un esfuerzo por no llorar más—. Y sé que fui un imbécil contigo. No me lo tengas en cuenta.

—Lo hice durante años —repuso ella en lo que intentó que sonara a broma. La voz, sin embargo, le salió como un graznido al final. Sacudió la cabeza—, hasta que te conocí de verdad. Y ese es el motivo por el que sé que no...

—No tengo que culparme por lo que pasó —susurró él con cierto retintín. La voz se le quebró en la última sílaba—. Lo intento, Abby, te juro que lo intento. Pero hay días en los que es muy difícil.

Ella no lo soltó cuando el muchacho sollozó ni dejó de hacerlo cuando le manchó el hombro de lágrimas. No se alejó cuando lo oyó llorar, sino que lo abrazó con más fuerza, como si así quisiera demostrarle que seguía allí, junto a él, y que no pensaba marcharse.

No lo dejó ir, y ella tampoco se movió de allí.

—Yo hace mucho tiempo que dejé de pedirles a mis padres que vinieran a verme competir —murmuró la chica entonces para romper el silencio que se había instalado entre ellos—. Ya te conté que nunca me ha gustado.

Tao frunció el ceño y la separó, apenas unos centímetros, para poder clavar los ojos en los suyos. Abby, sin embargo, se resistió a dejarlo marchar, como si la barrera que creaba su cuerpo no solo la protegiera de la brisa que se colaba entre los edificios de Boston, sino de lo que temía que se derramase de su interior si se abría demasiado de golpe.

—Pero nunca me explicaste por qué —repuso él con suavidad.

—Porque me aterra que me vean fallar —soltó ella con amargura—. Ahórrate todo el discurso de que no ganar no es un fracaso; eso es algo que, aunque lo sé ahora, también es un pensamiento con el que no crecí. Así que siempre fueron los padres de mis amigas quienes me llevaron a las competiciones y, desde que empecé a conducir, lo he hecho yo misma.

—¿Eso significa que no van a venir el viernes a verte?

—No quiero que lo hagan, así que no. Además, prefiero que mis hermanos crezcan lo más alejados posible de todo esto.

—¿Y eso a qué viene?

—El patinaje es la pasión de mi vida, pero también lo que la ha condicionado desde niña. —Levantó la cabeza; Tao vio la mirada triste que se había adueñado de sus pupilas—. Es el responsable de que no hiciera amigas que no fueran del equipo, porque siempre estaba muy ocupada entrenando. Todo esto me hizo creer que no había vida más allá del deporte. No quiero eso para ellos. —Se limpió una lágrima silenciosa antes de continuar hablando—. Si deciden meterse en este mundo, me parecerá bien, pero quiero que sea su decisión y no que lo hagan porque siempre me hayan visto a mí como un modelo a seguir.

—Creo que lo entiendo.

—¿De verdad?

Tao le apretó la cintura con los dedos, haciéndola estremecer, mientras contestaba.

—Aunque yo no tengo hermanos, supongo que también querría que ellos eligiesen su propio camino. Así es como mis padres me educaron a mí. ¿Quieres saber un secreto? —Sonrió con dulzura. Abby asintió para pedirle que no dejara de hablar—. Llevo varios días pensando en traerte aquí, porque me encanta esta vista, sobre todo de noche, pero también porque mi padre solía traernos a este sitio a mi madre y a mí la noche antes de que regresáramos a Fall River. Veníamos mucho a Boston por su trabajo. Yo me quedaba dormido durante todo el camino de vuelta, así que esta siempre era mi última visión de la ciudad: el río oscuro fluyendo como tinta derramada. Me asustaba que las sombras de los árboles delgados que bordean la orilla parecieran monstruos en la oscuridad. Todo eso es lo que significa Boston para mí y...

Se calló. Estiró los dedos y los entrelazó con los de Abby, como si necesitase anclarse al presente de alguna manera. La muchacha sintió que una corriente cálida le recorría el pecho a medida que lo escuchaba hablar y el mundo permanecía en silencio solo para ellos.

—Y es muy importante que estés conmigo, porque no es que mis recuerdos contigo sustituyan los que ya tengo, sino que... —Tao se mordió el labio inferior y repasó con la mirada el rostro atento de Abby, inclinado en su dirección—... brillan más, si cabe, porque ahora tengo la suerte de crear nuevos a tu lado.

Le cayó una lágrima por la mejilla —efímera y escurridiza, como eran los mejores momentos de la vida— que se mezcló con la risa suave de ella.

—Creo que se te da mejor la poesía que el patinaje, ¿sabes? —bromeó, dándole un empujoncito cariñoso.

Tao fingió una mueca de enfado.

—Vigila tus palabras. Sigo siendo el que mejor se conoce la ciudad.

Ella arqueó una ceja. Varios rizos se le habían soltado de la coleta y volaban alrededor de su cara como una aureola salvaje.

—¿Así que planeas enseñarme más lugares?

Él la miró de arriba abajo antes de responder, con tanta intensidad que las mejillas de Abby se colorearon con viveza.

—No te haces una idea de cuántos.

49



Tao

La risa de Tao fue el oasis que Abby necesitó para olvidarse de que existía un mundo ahí fuera que esperaba algo más de ella. La noche se estiró para ellos como si en el universo no existiesen un principio ni un final; solo ese breve «para siempre» que había nacido a partir de todos los besos y caricias que habían sido testigos de las carreras infantiles que hicieron dos adultos a través de las calles de Boston.

Eufórico se quedaba corto para describir cómo se sentía Tao. Ver a Abby bromear y sonreír como antes de que su relación estallara en las redes sociales lo hizo sentir el más afortunado del mundo durante el rato que duró la velada. Él no leía lo que la gente decía sobre ellos, pero sabía que a la chica sí le importaba. La distancia que había tratado de poner entre ambos se debía a ese miedo de que los dos salieran heridos del proceso, y Tao no sabía cómo agradecerle toda esa preocupación. Lo único de lo que tenía ganas era de hacer que Abby riera como antaño, sin parar, llenando de sonido cada avenida silenciosa a aquellas horas de la noche.

Al mismo tiempo, Tao tenía la sensación de que nunca había oído tanto ruido..., aunque puede que, en el fondo, estuviera más relacionado con el frenético latido de su corazón. Se aceleraba cada vez que la chica lo observaba con el amor desbordándose de sus pupilas.

—¿En qué piensas para contemplarme con esa cara de enamorado?

Ah, ahí estaba Abby, *su* Abby, que no mostraba ni una pizca de vergüenza y sí un poco de descaro de más y que decía lo que pensaba sin pararse a ponerse ningún filtro; al menos, no con él. La había echado tanto de menos...

—No te miro con ninguna cara, boba, es que tienes un moco. Sí, justo ahí —añadió cuando la chica se llevó una mano al rostro con aire ausente.

—¿Qué? Estás mintiendo. Dime que no llevo toda la noche haciendo el ridículo —gimió desesperada. Se frotó la nariz con energía.

Tao fue incapaz de contener una carcajada al verla sacar el móvil del bolsillo, dispuesta a comprobar con la cámara si lo que decía era cierto.

—Está bien, está bien; solo era una broma. Tranquila —agregó con voz queda cuando ella frunció el ceño en su dirección. Le colocó un dedo debajo de la barbilla para obligarla a alzar la cabeza. Fue entonces cuando susurró, tan cerca de su oído que vio que Abby entrecerraba los ojos, como si las palabras le provocasen escalofríos—: Y solo para que lo sepas, pero me daría igual verte de cualquier manera, Abby, porque quiero estar a tu lado en todas las situaciones posibles. Me da igual la opinión de otros. —La miró a los ojos; los de la muchacha se habían cristalizado por las lágrimas al entender por qué decía eso—. Lo único que me importa es lo que tú quieras de mí y de nosotros; lo que yo sé es que quiero estar contigo, pase lo que pase.

La respiración de Abby era irregular; la de Tao, tan tenue que solo se distinguía por el vaho que flotaba entre su boca y la de ella con cada bocanada de aire. Y si antes lo único que el chico había oído era su propio pulso retumbándole en las sienes, en aquel momento solo era consciente del ligero temblor que sacudía la barbilla de la joven, como si un pequeño terremoto hubiese brotado en su interior y amenazara con arrasar con todo.

—No quiero que te salpique nada. No quiero que te alejes por mi culpa —musitó Abby con voz débil.

Tao se acercó más a ella. Verla así le rompía el corazón.

—Nada de esto es culpa tuya...

—Ahora sí estás mintiendo —lo interrumpió ella con decisión al ponerle una mano en el pecho—. Fui yo la que te convenció para patinar conmigo y, por ende, la que te metió en todo este lío. Si no fuera por mí, tu vida seguiría siendo más...

—¿Qué, Abby? ¿Cómo habría sido mi vida si tú nunca me hubieras ofrecido patinar a tu lado? Dime lo que piensas y luego te diré cuál es la auténtica verdad.

—Sencilla. —Sonó como una sentencia tan tajante y decidida, sin un ápice de duda, que por un segundo Tao creyó que jamás sería capaz de convencerla de lo contrario—. Y tranquila; sin duda un poco más aburrida, porque nadie estaría pendiente de tu vida, pero serías feliz. Habrías sido feliz sin mí. —Esa vez, dejó que las lágrimas que hasta el momento se habían acumulado en sus ojos resbalasen con libertad por sus mejillas—. Nunca habrías tenido que preocuparte por lo que otros pudieran pensar de ti y...

—Venga ya; a todos nos preocupa eso en mayor o menor medida. —Puso los ojos en blanco, exasperado—. La única diferencia estaría en que no tendría a decenas de extraños opinando de mí en la red, pero quizá entonces las críticas vendrían de la gente del supermercado, de los parroquianos de cualquier bar o incluso de los clientes de esa cafetería tan mona a la que te gusta ir de vez en cuando. No puedes decidir por mí qué es lo que quiero y qué preferiría evitar. —Alzó una mano en su dirección y le acarició la mejilla con delicadeza, temiendo que Abby saliera corriendo y lo alejara para siempre—. Y tampoco puedes hablar por mí. Exprésate como quieras y desahógate todo lo que necesites, pero no supongas que pienso algo que nunca he dicho en voz alta. Es cierto que mi vida sería más aburrida si nunca te hubiera conocido, pero eso es solo una mínima parte de la verdad. Porque tú eres mucho más.

Ella inclinó la cabeza en su dirección y se puso de puntillas, suplicándole con la mirada algo que el chico todavía no se había atrevido a expresarle con palabras... por miedo a que pudiera resultarle demasiado pronto, demasiado intenso; que él fuera *demasiado*, a secas. Tao creía que Abby estaba lo suficientemente asustada como para que él vaciara todos sus sentimientos sobre ella y le hiciera saber...

¿Qué?

Se mordió la lengua y sintió que algo se rompía en su interior al verse reflejado en la mirada que Abby le devolvía. Reparó en cómo ella lo contemplaba a él; un chico de ojos tristes que parecía estar desesperado por vocalizar lo que sentía después de tanto tiempo demostrándolo con gestos, pero no con palabras. Siempre había pensado que tenía cierta labia; quizá no fuera un experto, pero sí tenía evidencia de las cosas que había conseguido gracias a esta. Había sido así como lo habían nombrado capitán del equipo de hockey del instituto tras convencer a todos sus compañeros de que él era la mejor opción, y también la razón subyacente de ese molesto hábito de salirse con la suya durante la adolescencia. Había estado en el grupo de debate durante el primer curso antes de centrarse exclusivamente en el deporte, y no se le había dado del todo mal.

No obstante, en ese momento no contaba con las palabras necesarias. No creía que ninguna fuera suficiente para asegurarle que no le importaba nada más que su bienestar y que no cambiaría las circunstancias que los rodeaban, porque entonces su relación no sería como en ese momento.

—Abby... —comenzó a decir, inseguro sobre cómo seguir. Tenía la sensación de que su nombre bastaba para llenarlo todo, que la simple mención de esas cuatro letras evocaba su melena permanentemente despeinada y la vitalidad que desprendía por los cuatro costados; que Abby abarcaba el mundo en su plenitud y su pequeño universo en particular.

Falto de palabras y de aliento, hizo lo único que sintió que sería capaz de igualar la turbulencia de sentimientos que le impedían pensar con claridad: volvió a besarla. Esa vez, poniéndole una mano en la cadera para atraerla hacia sí y otra en la nuca, como si la necesidad por tenerla cerca eclipsara todo lo demás.

—Eh, Tao —ella rio contra sus labios. El sonido hizo que le diera vueltas la cabeza, mareado por la euforia que le provocaba verla feliz—, ¿a qué viene todo esto?

—Joder, Langford —gruñó él. Se separó de ella, estremeciéndose por el frío nocturno que traía consigo el río y que le helaba centímetros de piel que ni siquiera sabía que tenía—. ¿Aún no lo entiendes? —Dejó que el silencio se expandiera entre ellos antes de continuar, cuando se aseguró de que la muchacha le prestaba toda su atención—. A pesar de lo mucho que he intentado no enamorarme de ti porque te recuerdo algo complicada en el instituto, con más carácter del que yo nunca tendré y con una insoportable afición a las canciones de Taylor Swift... Déjame acabar —añadió con un dedo en lo alto y una sonrisa manchándole el rostro—, he terminado queriéndote como nunca imaginé que lo haría. Y voy a estar apoyándote siempre que

me lo permitas. No te voy a abandonar ni me preocupa lo que otros piensen de nosotros, solo lo que yo opino y...

—¿Y qué es eso que opinas?

Estaba de puntillas, de forma que sus labios carnosos estaban a punto de rozarle el mentón con la ligereza de una pluma.

—Que te quiero, te quiero, te quiero, y quiero seguir haciéndolo durante tanto tiempo como me permitas. Estamos juntos en esto, siempre.

Ella se echó a reír. Y durante los segundos en los que su carcajada flotó en el aire, Tao hubiera jurado que al mundo llegaba la primavera, por fin.

—Al final va a resultar que sí eres poeta.

Y lo besó.

Y aunque ese beso no fue del todo diferente a los que habían compartido hasta el momento, también fue mucho más intenso. Tao reconoció en él cómo Abby al fin se liberaba de la presión de las últimas semanas, olvidaba la última discusión con su mejor amigo y, simplemente, se dejaba llevar allá a donde el amor quisiera dirigirlos.

50



Abby

Abby siguió besándolo hasta que perdió la noción del tiempo. Siempre había creído que esa expresión era estúpida, porque nadie podía olvidarse de que el mundo seguía girando a su alrededor por un simple beso. Al menos, lo creía hasta que llegó *ese* beso; aquel cruce de labios y dientes y saliva que no tenía nada de ordenado ni elegante, y que fue la personificación más notable del hambre que habían estado reprimiendo durante muchos días al centrarse tanto en la copa Longan.

Perdió de vista sus manos y las de Tao, que se colaron por debajo de su ropa para acariciarle la piel. Solo se separó de él para pedirle a un taxista que los llevara al número 70 de Rowes Wharf. Abby tuvo la sensación de que el conductor les echaba un par de miradas de reojo a través del espejo retrovisor al verlos devorarse sin reparo, pero no le importó. Y había una ardiente sensación de libertad en que le diese igual lo que pudiera pensar; en lo poco que debía preocuparle si aquel desconocido creía que era solo una chiquilla viviendo su primer amor o alguien que, de haber podido, se habría acostado en ese momento con el chico que la acompañaba.

Porque lo habría hecho. Era un secreto a voces lo emocionada que estaba por llegar al hotel y deshacerse de la ropa que había querido quitarse desde que habían terminado de cenar en ese restaurante italiano, cuando los ojos de Abby se habían llenado de lágrimas al sentirse tan... querida; sí, esa era la palabra.

Así que lo besó y lo besó y lo siguió besando mientras llegaban a la lujosa recepción del Boston Harbor, porque necesitaba saciarse de la necesidad de notar su piel pegada a la suya y anhelaba sentir su lengua marcándole todo el cuerpo. Lo besó entre risas cuando estuvieron a punto de tropezarse con un pliegue de la moqueta, borrachos de felicidad. Lo besó cuando subieron al ascensor y se vieron reflejados en el espejo mientras este ascendía: mejillas rojas,

ropa que no abrigaba lo suficiente para la noche que hacía, dos manos entrelazadas que no se separaron ni siquiera cuando Abby abrió la puerta.

—¿Está mal que diga que llevo pensando en esto todos los días que hemos dormido aquí? —murmuró Tao en la quietud de la habitación.

Abby soltó una risita al tiempo que entrelazaba los brazos por detrás de su cuello y lo atraía hacia sí, incapaz de alejarse de él.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes?

—No estabas bien —respondió él, meciéndose al compás de la respiración agitada de ambos — y lo último que quería era que te sintieras obligada solo porque ya estuviésemos juntos. Aunque entiendo que los problemas no se solucionan de un día para otro, me alegro de que la noche de hoy esté sirviendo para animarte un poco..., aunque se me ocurren muchas más maneras de cómo seguir haciéndote feliz.

La sonrisa de Abby flaqueó por la excitación.

—Ah, ¿sí? —Fingió que no estaba agitada; que un hormigueo nervioso no le recorrió las manos a medida que las deslizaba por los hombros de Tao para ayudarlo a desprenderse del jersey de lana que solo quería ver desaparecer.

Soltó un suspiro cuando apoyó la cabeza en el pecho del chico, ya sin nada que lo tapase, y dejó que su aroma le llenase los pulmones. Olía a limón y a frío, como si el que hacía fuera se le hubiese tatuado en la piel. Las pequeñas pecas que le decoraban el torso no estaban lo suficientemente juntas para formar constelaciones, pero a Abby le gustó pensar que eran estrellas aisladas que brillaban por sí solas. Al fin y al cabo, eso era lo que los había unido a ellos: el querer relucir y dar lo mejor de sí para darse cuenta de que resplandecían más si lo hacían juntos.

—Dame tiempo. —Una sonrisa bailó en los labios de Tao, que se curvaron hacia arriba en mitad de uno de los infinitos besos—. Hoy, menos que nunca, quiero que la noche termine rápido.

Con cuidado de no volver a tropezarse, guio a la chica hasta la cama. Su equipaje estaba desperdigado por el suelo, pero a ninguno de los dos pareció importarle lo que se pudiera arrugar en ese momento. En cuanto la espalda de Abby tocó el colchón, abrió las piernas y las puso a ambos lados del torso de Tao, como si quisiera aprisionarlo contra sí.

El chico se inclinó sobre ella y se apoyó en los codos para seguir besándola, esa vez en el cuello. Abby cerró los ojos y sintió que se deshacía a medida que la boca de Tao exploraba su mandíbula y el lóbulo de su oreja derecha. La presión de la rodilla que había dejado en su entrepierna aumentó ligeramente, activándole todas las terminaciones nerviosas.

—¿Te gusta? —susurró él a apenas centímetros de su cuerpo, después de colar una mano por debajo de su ropa para acariciarle la curva del pecho. La muchacha no sabía a cuál de todas las cosas que estaban pasando al mismo tiempo se refería. En la tenue penumbra del cuarto apenas distinguía algo de él que no fueran sus manos cálidas y el bulto que se adivinaba en sus vaqueros

ejerciendo presión contra ella—. Dímelo, Abby. Quiero asegurarme de que lo estoy haciendo bien.

—Lo estás haciendo bien —confirmó ella con dulzura. Se incorporó sobre los codos para robarle un beso con la esperanza de tranquilizarlo, porque se dio cuenta de que no era la única que temblaba—. Me encanta lo que haces.

—Y si no es el caso, me lo dices, ¿vale? —insistió él. ¿Cómo no podía darse cuenta de lo que le estaba costando a Abby pensar mientras su pulgar e índice jugaban con su pezón derecho?—. Quiero que te sientas cómoda en todo momento.

Aquel Tao era muy diferente de las versiones del chico que había conocido hasta entonces, incluyendo los encuentros sexuales que habían compartido, cuando el joven seguro de sí mismo no tenía nada que ver con el nervioso que era entonces. Abby, sin embargo, lo amaba igual. Como él le había dicho antes, el amor era quererse en todas sus versiones.

Los ojos rasgados de Tao repasaron su cuerpo varias veces, como si quisiera asegurarse de que la chica era real y no iba a escurrirse entre sus dedos a la menor oportunidad. Con lentitud, Abby apartó una de las manos que había apoyado a un lado de su cabeza y la bajó poco a poco hasta sus *leggins*. Quería que fuera él quien la desnudara; el que siempre la observara con esa mezcla de veneración y asombro, como si no pudiera creerse que estuvieran en esa situación. Sin apartar la mirada de la suya y notando que su respiración se interrumpía de pronto, como si una bocanada de aire no fuera suficiente, Abby dirigió la mano por su abdomen hasta que solo quedó ropa interior entre ellos.

—Te quiero, Tao. —Las palabras resonaron con fuerza debido al silencio del cuarto.

El muchacho sonrió tanto que el gesto fue como una estela cruzando el cielo. Se inclinó sobre ella para atrapar su labio inferior entre los dientes y morder con suavidad, arrancándole un gemido. Sus dedos se deslizaron con rapidez por el interior de sus muslos, como si la confianza que necesitaba para disfrutar del momento hubiera aterrizado sobre sus hombros con la fuerza de un huracán. Abby jadeó cuando sintió que un par de dedos entraban en su interior y le robaban el aliento, pero cualquier sonido que fuera a hacer a continuación quedó ahogado por los labios de Tao, firmes sobre los suyos.

—¿Sigue estando bien? —preguntó de nuevo. La joven no creyó estar imaginando que su voz había descendido una octava. Se apartó de ella para depositar un nuevo beso en su frente a medida que aumentaba la intensidad con la que la tocaba—. No te oigo decir nada...

Porque era cierto que Abby no podía responder. No habría sido capaz de formular las respuestas que se acumulaban en su interior y que se rompían en su mente antes de poder pronunciarlas.

No podía pensar. Lo único en lo que podía concentrarse era en el cuerpo de Tao, cálido y grande encima de ella, haciéndola suya con cada beso y movimiento.

Abrió la boca para decir algo, pero de ella solo salió un suspiro ahogado cuando el chico pasó a sustituir sus dedos con la lengua. Se retorció sobre sí misma y le agarró del pelo mientras sus

piernas se cerraban alrededor de su rostro y apretaban, incapaces de permanecer quietas si el chico estaba entre ellas.

—Mira lo bien que suenas, Abby —susurró, separándose apenas un par de centímetros para asegurarse de que ella lo oía.

La muchacha jadeó al sentir que enterraba de nuevo la cara entre sus muslos. El calor que se había acumulado en su vientre explotó hacia todos los rincones de su cuerpo, haciendo que un calambre le llegara hasta las puntas de los pies. Se estremeció, temblando a medida que las últimas olas de placer recorrían su cuerpo.

El joven se tumbó a su lado con una sonrisa satisfecha en el rostro. Cerró los ojos sin borrar esa expresión de felicidad.

—Tao... —Él alzó la mirada como preguntándole si quería algo; momento que ella aprovechó para besarlo y sentir que los sentimientos se le desbordaban del pecho al rodearlo en un abrazo cálido—. Oye, no es justo que tú aún lleves puesta la ropa interior. Acabo de darme cuenta.

—¿Justo? —Había una nota de diversión en su voz.

—Tenemos que estar en igualdad de condiciones.

Lo siguiente que dijo él le puso los pelos de punta.

—Entonces quítamela tú. ¿Qué tal si lo haces con la boca?

Abby podía ser muchas cosas, pero nunca rechazaba un reto cuando lo tenía delante por muy arriesgado que este fuera en un principio. Se incorporó del todo, dejando que Tao reemplazara su posición sobre el colchón, y se agachó a la altura de su abdomen para hacer lo que le había pedido.

Cuando sus labios repasaron su erección, sonrió al notar lo mucho que el cuerpo de él la deseaba.

En ese instante, se percató de que lo que decían los libros y películas era cierto: sí se podía perder la noción del tiempo, sobre todo en momentos así. El mundo era un lugar infinito si era Tao el que dejaba que su nombre le resbalara en los labios. Le apretó con fuerza la muñeca cuando ella se retiró el pelo del rostro y empezó a devorarlo con movimientos lentos. Notó que él crecía dentro de su boca y tuvo que contener una sonrisa. Lo sentía en cada rincón de su cuerpo, llenándola cada vez que empujaba las caderas con suavidad para ayudarla a llegar hasta el fondo.

—Espera —jadeó el chico con dificultad pasados varios minutos—. Estoy a punto de terminar y... Joder. —Se mordió el labio inferior y se pasó una mano por la cara, respirando con irregularidad—. No quiero hacerlo así.

Abby se separó de él, con las mejillas rojas y el cabello despeinado. Se sonrojó cuando los ojos castaños del chico resbalaron por su cuerpo y se abrieron todavía más, como si no pudiera creer la visión que tenía ante sí.

—He traído preservativos —respondió a la pregunta que ella todavía no había hecho.

Ella arqueó una ceja, curiosa.

—¿En plural?

—Aún nos quedan un par de noches aquí —repuso él con una sonrisa que prometía peligro—. Y ya sabes que siempre estoy preparado.

Antes de dejarla contestar, Tao se sentó para quedar a su altura. Le enmarcó la cara con las manos antes de besarla, todavía jadeando y sudando. Abby pensó que estaba más guapo que nunca. No creía que la sonrisa que se dibujaba en su rostro fuera a borrarse nunca, sobre todo cuando el chico se colocó encima de ella y le abrió las piernas con cuidado. Se puso el condón con manos torpes y temblorosas, lo que les sacó una risa nerviosa a los dos.

Cuando lo sintió entrar, al principio de forma lenta y con uno de esos besos profundos que eclipsaban todo lo demás, contuvo la respiración. Era una sensación tan diferente a las veces anteriores que cerró los ojos para deleitarse con la fricción del movimiento. Tao le levantó una pierna para poder moverse con más facilidad, y aquel cambio envió una docena de descargas eléctricas a las puntas de sus dedos. El corazón de Abby se aceleró a medida que lo hacía el ritmo.

Con la mano que tenía libre, el chico comenzó a dibujar círculos suaves sobre su clítoris. Abby tragó saliva a duras penas para evitar gemir en voz alta.

—Levi está en la habitación de al lado —le recordó con dificultad. Los muelles del colchón crujían debajo de ella, acompañando los jadeos con su sonido estridente.

—No puedo pensar en eso ahora. —Como si las palabras de ella hubiesen activado algo en él, comenzó a tocarla con más intensidad—. No cuando quiero que todo el mundo sepa que eres mía.

Abby le clavó las uñas en el hombro y dejó escapar el aire a trompicones. Tao gruñó, aumentando la fuerza de cada embestida. El sudor le empapaba el flequillo y le caía por las sienes mientras cada vez se hundía un poco más en ella y que el orgasmo se acercaba para los dos a peligrosa velocidad.

—Mírame. No apartes los ojos de mí. —Apoyó la frente contra la suya. Irradiaba una mezcla de calor y ternura que, hasta ese instante, Abby habría tachado de imposible.

La joven obedeció sin pensárselo y, minutos más tarde, cuando los dos se abrazaron bajo las sábanas temblando todavía, supo que había hecho lo correcto; que haberlo mirado a los ojos al terminar y ver como él lo hacía apenas segundos después, sus pupilas dilatándose a medida que el placer estallaba en su cuerpo, sería un recuerdo que guardaría en su memoria para siempre.

Después de aquella noche, ya no tenía dudas: quería a Tao Williams. Lo quería con toda su alma.

51



Abby

—Tienes que estar de coña. No creo que esto me quepa —gimió Tao. Algo en su voz revelaba que estaba más agobiado de lo que quería transmitir—. Ayúdame, Abby, por favor.

La chica acudió a su lado con una sonrisa tranquila manchándole los labios ya pintados de carmín. El corazón le dio un vuelco al oír su nombre en labios de él. Había veces en las que captaba un atisbo de los hoyuelos de Tao en el espejo del baño que compartían, cuando la observaba a escondidas, y sentía un cosquilleo hormigueándole en los dedos. En ocasiones tenía la impresión de que estos tenían vida propia y de que se movían por sí solos para rodear el mentón firme de Tao y besarlo, haciéndole olvidar lo que eran el tiempo y los nervios, el miedo y la competición.

La competición que era ese mismo día y para la que se estaban preparando, entre risas y caricias suaves.

Abby volvió al presente con un pestañeo.

—Mira que eres dramático. ¡Te queda genial! —exclamó al ver que las cejas de Tao se fruncían, demostrando su inseguridad acerca de la manera en la que la chaquetilla bordada de lentejuelas negras se le ceñía a la piel.

Para la copa Longan habían decidido innovar en el vestuario y atreverse a probar cosas nuevas. Varias tiras de tela servían a Abby como falda, imitando el estilo de los flecos, y la parte de arriba, aunque parecía un corsé, se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel.

Era Tao el que estaba realmente incómodo entre las lentejuelas y los brillos. La prenda no le quedaba tan ajustada como habían pensado en un principio y no dejaba de rascarse el cuerpo, como si le picase por todas partes.

—¿Ocurre algo?

—Es solo que... —Tao chasqueó la lengua, frustrado al no poder encontrar las palabras

exactas. Se pasó las manos por el flequillo perfectamente engominado—. No sé, hay veces en las que me siento *demasiado* grande para este deporte, ¿sabes? Y me asusta que eso pueda afectarte de algún modo.

—¿Demasiado grande? —repitió Abby confundida.

—En el hockey, se priorizaba el tamaño —confesó entonces con voz pequeñita—. Los músculos —remarcó—. Sé que vas a decirme que ahora no debo pensar en el hockey...

—Porque no debes hacerlo —corroboró ella.

—Pero ese es el motivo por el que me comparo de forma inconsciente con el resto de los patinadores con los que nos hemos cruzado en la arena. Todos son muy esbeltos y delgados y, en comparación, yo me siento enorme. En el hockey se ensalzaba la típica masculinidad, ¿sabes? El fomentar esa hermandad que conlleva estar en un equipo lleno de hombres, con sus clásicas bromas y expectativas. Y ahora me siento como si no encajara del todo entre los patinadores que compiten a mi nivel —agregó bajando la voz, en la que había aparecido una pizca de remordimiento y vergüenza—. ¿Qué pasa si no soy capaz de hacerlo, Abby? Porque hoy no me siento con fuerzas para salir ahí fuera, pero no quiero fallarte. No a ti.

Abby le puso un dedo bajo la barbilla para obligarlo a alzar la mirada. Sus ojos verdes se perdieron en los oscuros del chico, que estaban vidriosos por las dudas que la joven ya sabía identificar como los minutos previos a cualquier competición. Había estado en la posición de Tao muchas veces y sabía cómo se sentía.

Temiendo que cualquier gesto brusco fuera a espantar a aquel chico de casi dos metros que estaba sentado a su lado, le rodeó una mano con las suyas y le besó los nudillos. No podía soportar verlo así, a punto de tirar la toalla por el miedo. No cuando, en el fondo, sí quería salir a patinar con ella como llevaban haciendo tanto tiempo, como llevaban cuidándose el uno al otro desde hacía unos meses, aunque ella tuviese la sensación de que fuera desde siempre.

—Ha habido muchos momentos de mi vida en los que yo me he sentido igual —susurró. Ahuecó la palma de la mano sobre su mejilla y él se recostó contra ella, manchándosela de purpurina—. Y eso que siempre he tenido un cuerpo que se ajustaba a los cánones del patinaje; no me quiero imaginar cómo se sentían los niños, y sobre todo las niñas, a las que no les sucedía lo mismo. Esto es algo mental. —Se llevó un dedo a la sien sin romper el contacto visual—. Y la confianza en uno mismo juega un papel esencial. Entiendo que en este momento estés nervioso...

—No son solo nervios...

—Pero el tamaño de tu cuerpo es lo último en lo que tienes que pensar ahora mismo. Un poco de brillos no cambia nada; son accesorios, y tú sigues siendo la misma persona —lo interrumpió ella con decisión—. Mírate, Tao. Estás guapísimo. Brillas y no solo por las lentejuelas, sino porque eres bueno y amable y vas a comerte la pista hoy. Que tengas un cuerpo diferente al del resto de los patinadores solo significa que tenéis pasados distintos, ni mejores ni peores.

El joven cerró los ojos durante un instante que se estiró en el tiempo hasta que susurró con voz queda:

—¿Y si no puedo hacerlo? ¿Y si algo horrible vuelve a pasar por mi culpa?

—Oh, Tao —dejó escapar ella al darse cuenta de que estaba hablando del accidente de su padre, que se había producido justo antes del partido más importante de la temporada.

Depositó un beso en su frente, permitiendo que el chico la abrazara y sollozara, temblando. Estaba haciendo grandes esfuerzos para no llorar y arruinar su imagen, pero le estaba costando.

—No va a pasar nada, ¿vale? —le dijo ella sin separarse de su lado—. Y todo va a ir bien. Vamos a estar con Levi y lo que es aún más importante: vamos a estar juntos. Estoy orgullosa de ti y de nosotros. Gracias por permitirme vivir este sueño contigo y por ponerme los pies en la tierra —añadió, refiriéndose a los comentarios de las redes sociales.

Había tenido el móvil apagado durante los dos últimos días. Echaba de menos hablar con sus padres y con sus amigas y saber cómo estaban, pero no podía volver a hundirse momentos antes de la copa. No cuando tenía que ser fuerte, porque se lo debía a sí misma y a Tao, aunque este tuviera los nervios normales previos a cualquier actuación.

Sintió el impulso de confesarle que era la última vez que planeaba patinar de esa forma; que la copa Longan había sido desde el principio su forma de despedirse como patinadora profesional, por mucho que nadie lo supiese todavía, y quizá, si podía, volver a estudiar, esa vez en la universidad; que por eso mismo necesitaba volar sobre el hielo una última vez, aunque su prioridad en esos instantes fuera que Tao estuviese bien en todo momento.

Sus propias inquietudes se calmaron cuando el chico alzó la mirada y le dedicó una sonrisa pequeñita, de esas que destacan por su efimeridad antes de desaparecer por completo. Había palidecido, pero no le había soltado la mano. No se había alejado ni la había dejado tirada.

Y eso era lo que más valoraba de todo.

—¿Me puedes prometer una cosa? —dijo él entonces con voz cálida y algo rasposa. La muchacha intuyó que era por el nudo que debía de tener en la garganta.

Recordaba la cantidad de veces que había pensado, meses atrás y durante su época en el instituto, lo insensible que era Tao. Si tan solo pudiera volver atrás en el tiempo y contarle a su versión del pasado que, al final, había conseguido derribar todas esas barreras que el hielo había interpuesto entre el corazón del chico y el mundo exterior...

—Por supuesto. Lo que sea.

—Si no ganamos, ¿seguiremos patinando juntos?

El corazón de Abby dio un traspié al oír eso. Se obligó a sonreír, sintiéndose como la persona más despreciable de la tierra al no contarle en ese mismo instante que quería apartarse del mundo mediático y del hielo.

—¿Querrías? —preguntó con voz queda.

—Claro. —Se rascó la nuca al tiempo que hacía una mueca. Ella reconoció los rastros de iluminador con el que lo había maquillado para hacerlo destacar todavía más bajo las luces del patinadero—. Quiero seguir patinando contigo toda la vida; me da igual si es a nivel profesional

o por puro *hobby*. Joder, nunca pensé que diría esto, pero me gusta. Me encanta, Abby, aunque sospecho que adoraría cualquier actividad que te involucrase a ti.

Ella le dio un empujoncito antes de ponerse en pie, con las manos sobre las caderas, para disimular el rubor que le cubría las mejillas. Se sorbió la nariz de la forma más disimulada que pudo al pensar en que, quizá, no tendría que romperle el corazón de esa manera.

Tal vez, como él mismo había dicho, pudiesen patinar sin necesidad de medallas ni copas de por medio. Tal vez fuera el momento de disfrutar del deporte de otra forma.

—Concedido; ahora ya no te podrás librar. Nunca jamás —remarcó con un guiño, notando como los ánimos volvían a hacerse hueco en su anterior. Abrió mucho los ojos, sin embargo, cuando notó que él la repasaba con la mirada sin nada de vergüenza—. ¡Oye! Te veo venir, Williams.

—¿Qué puedo decir? Mi novia me pone mucho. —Tao levantó las manos en el aire, como si quisiera demostrar su inocencia, pese a que sus pupilas se habían dilatado al ver el traje que llevaba.

El aire escapó de los pulmones de Abby al oír esa frase, pero fingió que esta no había tenido ninguna repercusión en ella; que la barbilla no le tembló durante el instante en el que se quedó boquiabierta, sin saber qué replicar, y que las piernas no le amenazaron con fallarle.

¿Qué pasaría si olvidasen la competición y en su lugar se quedasen allí dentro haciendo el amor?

Suspiró con aire de derrota. Por más que le apeteciera, tendrían que esperar.

—Tú y yo vamos a tener una charla luego sobre esto —lo advirtió con un dedo—. Por lo pronto, será mejor que termine de arreglarme. Salimos en nada y yo todavía voy con estas pintas...

Tao se incorporó y le rodeó la cintura con las manos para atraerla hacia sí. La miró fijamente antes de susurrar con dulzura:

—Estás preciosa, como siempre.

Y Abby se rio, luchando por liberarse del abrazo del joven, que no quería dejarla ir antes de besar todos los rincones de su cuerpo que estaban reservados para él.

Terminó de maquillarse mientras tatareaba una canción de Taylor Swift —«Me alegra que hayas pasado de *All too well* a *Lover*. Porque esa es la que estás cantando, ¿verdad?», le preguntó Tao cuando por fin salió del baño, tan reluciente como él— y se dio cuenta de que nunca se había preparado así para una competición, entre risas y besos y música que hablaba de amor y no de corazones rotos. Hasta entonces, siempre había pasado esos momentos previos dándose ánimos con Sean y asegurándose de que todo estaba en su sitio.

No era que una cosa fuera mejor que otra, tan solo distintas. Y, pese a todo, Abby no podía negar que había algo en aquel cambio que adoraba.

52



Tao

La luz quemaba demasiado.

El hielo olía demasiado.

El mundo era demasiado.

Él era demasiado.

Respiró hondo y trató de concentrarse en los rivales que ejecutaban su coreografía en ese momento. A su lado, Abby daba pequeños saltitos, como si necesitara desprenderse de la energía que se acumulaba en su cuerpo. Oyó su voz mentalmente, señalando que lo que lo inquietaba no eran más que pensamientos intrusivos sin orden ni validación, y el recuerdo fue lo único que consiguió tranquilizarlo. Entrelazó los dedos con los de ella, cálidos en comparación, y cerró los ojos al sentir como la música que en aquel instante sonaba por los altavoces hacía eco, a su vez, en su interior.

—Todo va a ir bien.

Tao pensó que quizá fuera magia la manera en la que la voz de Abby sonaba más fuerte que cualquiera del resto de los ruidos presentes en el pabellón o puede que fuera su cuerpo el que la buscase a ella en medio del caos, como si necesitara estar cerca en todo momento.

—Lo sé.

—Respira hondo, ¿vale?

Las comisuras de los labios de Tao apuntaron hacia las luces cegadoras y las barras que conformaban la estructura superior de la Warrior Ice Arena.

—Lo sé —repitió, solo por el placer de verla rabiar.

Esa alegría, sin embargo, fue momentánea. Duró la misma cantidad de segundos que el silencio breve entre el final de la actuación de los patinadores cuyo nombre desconocía, pero que destacaban por tener una fiera mirada decorándoles las pupilas, y los aplausos que estallaron.

Tao sabía lo que eso significaba y no estaba seguro de sentirse todo lo preparado que debería. No cuando Levi se inclinó entre la unión que formaban y proclamó usando un tono solemne que

le heló la sangre en las venas:

—Vosotros sois los siguientes.

Contra todo pronóstico —porque Tao siempre había creído que llegaría a aquel momento con la cabeza alta y la espalda erguida, y que todo sería más fácil de lo esperado—, fue Abby la que tuvo que tirar de él hacia el centro de la pista. Abby y sus ondas indomables recogidas en un moño tirante que, al estirarle los rasgos, la hacía parecer una persona completamente diferente. Alguien que intimidaba más que la chica que le llevaba cafés con hielo al trabajo y que le había explicado que tener miedo a fallar era lo más normal.

La joven que tenía frente a sí, con sombras de ojos oscuras perfilando su mirada y los labios pintados de color carmín, era la Abby que había nacido para volar sobre el hielo; para deslumbrar a todos los presentes con la elegancia de sus movimientos y la belleza de las figuras que creaba con el cuerpo en el centro de la pista.

Y Tao se dio cuenta, al ponerle una mano en la cintura y esbozar una sonrisa nerviosa, de que amaba a esa Abby, segura y decidida, tanto como a la vulnerable que solo se mostraba en los momentos íntimos.

—Empecemos con esto —musitó un instante antes de que la música comenzara.

En su cabeza, se había imaginado diciendo algo más parecido a «acabar», pero solo en ese instante se dio cuenta de que esa actuación marcaba el inicio de algo nuevo entre ellos. Un deporte que, tal y como le había dicho, esperaba que pudieran seguir compartiendo durante mucho tiempo, daba igual si era de forma profesional o como un secreto entre ellos.

Quería seguir viendo esa expresión de pura felicidad en el rostro de Abby al patinar y estar concentrada en lo que más dichosa la hacía. En cómo, sin apenas mirarlo para no romper la belleza de la coreografía, era capaz de guiarlo hasta con los gestos más sutiles. En la expresión que se adueñó de su rostro, justo como habían ensayado: la de alguien que buscaba a otra persona y, desesperada, lo ansiaba todo de ella. En la manera en la que sus labios se fruncieron mientras sus ojos hacían contacto visual con el público, como si les gritara «Estoy aquí, estoy aquí, ¡estoy aquí!». En la firmeza y no en el temblor con la que él la sujetó, a su lado y encima de él. En la forma en la que se coordinaron para saltar a la vez, a pesar de que tuviera la impresión de que no consiguieron el resultado más perfecto posible porque los nervios le jugaron una mala pasada. En el temblor que lo recorrió a él cuando enterró la cabeza en su cuello y aspiró con fuerza, sintiéndola en todas partes. Su cuerpo le pedía que se fundiese con ella y diese rienda suelta a sus impulsos, que le pedían de todo excepto patinar en ese momento.

Cerró los ojos, apenas un instante, para contener las ganas de besarla allí mismo, delante de todo el país. No podía romper la coreografía, pero su cuerpo al completo temblaba si ella lo miraba de esa manera, como si no se pudiese creer el milagro que era estar allí con él. El corazón de Tao dio un traspié cuando notó la mano de ella en su cuello, acercando tanto su rostro al de él que se quedó sin respiración.

Le dedicó una sonrisa uno, dos, tres segundos, hasta que ella se la correspondió con la más

brillante de todas.

Tao cogió aire como si acabase de emerger del agua y alzó la cabeza, rompiendo la intensidad del momento por miedo a no ser dueño de sus actos si los labios de Abby quedaban tan cerca de su rostro. De modo inconsciente buscó a su padre entre el público aun a sabiendas de que no lo encontraría ahí; de que no lo vería reír junto a su madre en las gradas, calentándole las manos frías con su propio aliento, ni animándolo con un puño en alto.

A Mei Williams, sin embargo, sí que la vio.

El corazón le dio un vuelco al reparar en aquella mujer de mediana edad que, con el pelo oscuro cortado a la altura de los hombros y los ojos tan rasgados como los suyos, lo observaba con atención desde la distancia. Su madre sonrió cuando sus ojos se toparon con los suyos, apenas un instante. Tao estuvo a punto de trastabillar sobre el hielo y caerse.

Abby pareció notarlo, porque le apretó con fuerza el hombro al que se sujetaba para llamar su atención. Le dio la sensación de que cierta magia se rompía; el Tao adolescente que había sido acompañado por sus padres a todos los partidos se vio vomitado con brusquedad al presente, donde solo su madre lo observaba. Parpadeó y luchó por concentrarse en la coreografía, pese a que esta amenazó con volar lejos de allí y desaparecer de su mente.

«No», rogó Tao para sí, desesperado. No podía dejar de patinar en ese momento. El pánico trataba de hacerse un lugar entre sus huesos, músculos y piel para dejarlo en blanco delante de todo el país. No iba a decepcionar a su madre, que había ido a verlo y, estaba seguro, se enorgullecería de él al verlo disfrutar sobre el hielo después de tanto tiempo.

Jamás le habría fallado a Abby, que había confiado en él desde el principio para que llegaran a ese momento y lo lograran, juntos. Tenía presente lo mucho que a ella le importaba ganar, aunque para él la verdadera victoria residía en estar allí, patinando.

Era consciente de que su padre, allá donde estuviese, también se habría alegrado de verlo así de feliz; de saber que, a pesar de todo, había salido adelante; que aún lo lloraba en las noches más oscuras y continuaba echándolo de menos cada día un poquito más, porque había pérdidas que nunca dejaban de doler. Y, aun así, Tao miraba a su alrededor y se daba cuenta, al mismo tiempo, de todo lo que había ganado con los años: confianza en sí mismo, resiliencia y, mirando a los ojos de Abby y distinguiendo la fina película de sudor que le resbalaba por la frente y la sonrisa que, aun exhausta, brillaba en su rostro, reparó en que también había ganado amor.



—¡Lo hemos hecho!

La voz de Abby resonó en sus oídos cuando Tao se acercó a ella al salir de la pista y la

levantó en volandas. La notó fuerte entre sus manos; nada que ver con la chica menuda que una vez había creído que era. Abigail Langford era enorme. Solo entonces se dio cuenta de que aquello era algo bueno y de que nunca tenía que avergonzarse por ser *demasiado*.

—Pues claro que lo hemos hecho —murmuró contra sus labios. Cerró los ojos para empaparse del perfume afrutado que le hizo sentirse menos abrumado por la oleada de aplausos a la que dio paso su actuación—. Siempre supe que lo conseguiríamos.

Y no mentía. Cuando Levi se acercó a ellos con una sonrisa tensa en el rostro —Tao aún no estaba seguro de que el entrenador supiese que mostrar alegría genuina no era capaz de matar a nadie—, confirmó sus sospechas de que todo había ido según lo planeado; que habían logrado realizar la actuación para la que llevaban tanto tiempo preparándose. Independientemente de cuál fuera el resultado de la competición, lo habían logrado. Habían conseguido no solo patinar juntos sin lanzarse al cuello del otro —lo que antes habría sido causado por el odio y que había terminado convirtiéndose en deseo—, sino crear algo hermoso que, esperaba, se hubiese transmitido a todos los asistentes.

Cuando Tao alzó la mirada hacia su madre y la vio sonriendo con orgullo entre el resto del público, se reafirmó, una vez más, en que estaba en lo cierto: había hecho historia aquel día, al menos para él.



Abby y Tao no ganaron la copa Longan.

54



Abby

Nada.

Nada.

No había conseguido *nada*.

No había servido para *nada*.

No iba a lograr *nada*.



Durante un rato que pareció interminable, Abby pensó que el mundo siempre se reduciría a las sonrisas plastificadas que ella mismo esbozó y recibió; a los elogios vacíos; a los apretones de manos con un poco de fuerza de más y ánimo de menos y a la sensación de vacío que se instaló en su interior con la fuerza de un yunque.

Los focos brillaban.

El hielo olía a derrota.

El cuerpo le picaba por culpa de la tela y todas las lentejuelas que, aun sin estar en contacto directo con su piel, le escocían recordándole su error. El haber confiado demasiado; el haberse permitido soñar que quizá ya era todo lo buena que necesitaba ser para dejar ese mundo atrás.

Pero nunca sería suficiente.
Nada.
No había servido para nada.

55



Abby

La experiencia le había hecho creer a Abby que lo peor era volver a casa con las manos vacías. En sus peores pesadillas no ganaba medallas, copas ni tampoco reconocimiento; en sus mejores sueños, sin embargo, solo patinaba, y no había glorias ni derrotas, solo una paz helada que consumía todo lo demás.

No obstante, a medida que el suave traqueteo de las ruedas del coche de Levi los llevaba de vuelta al hotel, Abby se dio cuenta de que había algo que superaba aquella falta de victoria: la decepción. La sentía como una serpiente reptando entre sus costillas, amenazando con asfixiarla. Era del color apagado del barro después de una tarde de tormenta, cuando el mundo parecía un lugar mucho más hostil y la primavera, lejana. En ese momento, Abby no se sentía como una de esas flores que, en los arcenes a ambos lados de la calzada, luchaban por salir adelante. Ella se parecía más a esa ramita, dura y llena de huecos en la que los bichos se resguardaban de la lluvia, que el viento manejaba a su antojo.

—No te lo guardes todo para ti. Habla conmigo, por favor —le pidió Tao cuando llegaron por fin a su habitación, tras terminar la competición, y un silencio pétreo se instaló entre ellos como si ya nunca fuera a desaparecer de allí—. Cuéntame cómo te sientes.

Ella frunció el ceño y luego los labios, sin decir nada. Todo su cuerpo se había replegado sobre sí mismo, como si hubiese recibido el impacto físico de una paliza que, en el fondo, no era otra que la que iniciaba su propia mente contra sí.

Quería retirarse y no sabía cómo, porque puede que no hubiera llegado lo suficientemente lejos.

Le aterraba encender el móvil y no solo contárselo todo a sus padres, sino ver lo que otros opinaban de su fracaso en la red. Si antes ya se habían metido con ella, no quería ni imaginarse una vez que vieran que, en efecto, no había ganado.

—No lo entiendes —rebatió con un tono tan tenue que el chico se inclinó en su dirección para oírla con claridad—. Tenía todas mis esperanzas puestas en ganar.

—Quizá ese haya sido el problema desde el principio. —Tao le cogió una mano entre las suyas y depositó con dulzura un beso sobre su dorso. La luz blanquecina del cuarto teñía de reflejos plateados su cabello oscuro, que ya se había despeinado pese a la cantidad de gomina que se había puesto antes de salir—. Ganar o dejar de hacerlo nunca va a determinar tu valor como patinadora, y mucho menos como persona. Eres más que una estúpida copa.

—Pero yo quería terminar *bien*. —La última sílaba se transformó en un quejido, una súplica; algo que brotaba de su interior sin control para dejar salir a la luz uno de sus mayores deseos y miedos—. He pasado mucho tiempo pensando en dejar el deporte para poder hacer otras cosas. Ir a la universidad, por ejemplo. Y no se lo he contado a nadie porque me aterraba que todos pensaran que me estaba rindiendo, que creyesen que tiraba todos los años de esfuerzo por la borda simplemente porque... —Tragó saliva y rogó porque la voz dejara de temblarle. Odiaba sentirse tan pequeña y vulnerable, tan indefensa y débil.

Tan ella cuando no era Abigail Langford, la gran patinadora, y se limitaba a ser *Abby* a secas.

—Porque he perdido la ilusión por esto, también a raíz de lo que ha pasado con las redes sociales. Y no es por cobardía, Tao, te juro que no —le confesó por fin entre sollozos, abrazándose a sí misma como si estuviese helada—, sino... No sé. Quizá algunos sueños estén destinados a cambiar. Quizá quiera cambiar de aires después de tanto tiempo. Quizá mi etapa como patinadora se haya acabado y pensaba despedirme de ella marchándome por la puerta grande, porque quiero hacer realidad todos los sueños que aún no me he atrevido ni siquiera a imaginar. ¿Tan malo sería eso?

—Oh, Abby.

El abrazo de Tao hizo que la joven se derrumbara sobre su hombro. Le manchó de lágrimas esa sudadera que tenía bordada una imagen de Buzz Lightyear en la parte delantera. Abby no se sentía astronómica ni galáctica ni ningún otro adjetivo relacionado con el espacio; solo podía pensar cómo era tan solo una de las infinitas estrellas que decoraban el universo y que, aun así, jamás destacarían de manera aislada.

Porque no había ganado. Sus anhelos de brillar se le escurrían entre los dedos sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Si ni siquiera se le daba bien aquello que siempre había sido, ¿qué le quedaba?

Se apartó un bucle sin apenas forma del rostro y se sorbió la nariz, maldiciendo en silencio haberse puesto tanto maquillaje. Seguro que este había terminado corriéndosele bajo los ojos para hacerla parecer un triste payaso.

—Que no hayamos ganado no significa que no vayas a poder estudiar, ¿de acuerdo? —Tao le dio un apretón en los hombros, sonriéndole con tanta ternura que sus ojos ya de por sí rasgados se convirtieron en dos finas rendijas de puro cariño—. Eres la chica más testaruda que conozco y sé que, si algo se te mete en la cabeza, no vas a parar hasta conseguirlo. Y amo eso de ti —

añadió, acariciándole la mejilla con el pulgar y dejando que ella se recostara contra la aspereza de su piel—, casi tanto como que intentes conseguir hasta el final todo lo que te propones. No haber ganado hoy el premio no significa que no vayas a poder empezar una nueva vida si eso es lo que deseas. Todos los que te queremos vamos a apoyarte siempre en ello.

—Es culpa mía —repuso la muchacha sin mirarlo, como si se avergonzara de sí misma—. Tendría que haberlo dejado hace tiempo, cuando me di cuenta de que ni siquiera valía para los Juegos Olímpicos, pero no me atreví. No cuando todo el mundo creía tanto en mí. Y estaba segura de que, si les demostraba que habían hecho bien en apostar por mí, entonces nadie se enfadaría cuando decidiera ir a la universidad, porque ya lo habría logrado todo. Habría conseguido...

No pudo seguir hablando. Volvió a aferrarse al cuerpo del chico, que la estrechó en sus brazos con la suavidad necesaria para que ella pudiera apartarse si quería. Con cuidado y al ver que no iba a separarse de él, la tumbó sobre la cama antes de que él lo hiciera a su lado.

—¿Te he contado alguna vez que mi animal favorito siempre ha sido la hormiga? —le preguntó entonces. El rostro de Tao, que apoyó la cabeza en la mano para incorporarse ligeramente, se perfilaba contra la luz artificial de la habitación—. Era la respuesta a la típica pregunta que todo el mundo te hace cuando eres pequeño. «¿Qué color prefieres?», «¿Cuál es tu película Disney favorita?» y «¿En qué animal te convertirías si tuvieses la oportunidad?». Yo siempre contestaba que elegiría ser una hormiga.

Abby soltó una risa débil que se transformó en una tos seca. No entendía a qué venía aquel cambio de tema, pero no pensaba protestar si eso le servía para distraerse. Le colgaban los pies y se sentía ingrávida, algo pegajosa por las lágrimas que todavía permanecían sobre sus mejillas, pero también con algo de alegría en el cuerpo. Las divertidas ocurrencias de Tao Williams tenían esa clase de poder sobre ella.

—Tenías un gusto horrible.

—Calla, anda. —El muchacho esbozó una sonrisa a medida que, con la punta de los dedos de la mano izquierda, dibujaba círculos perezosos sobre su pecho para tranquilizarla—. No me gustaban porque fueran bonitas, sino porque había algo en ellas que me atraía sin remedio. Era capaz de pasar horas mirándolas en el parque; la gente debía de pensar que estaba un poco pirado. En lugar de deslizarme por los toboganes, me sentaba en uno de los bordillos y las observaba trabajar sin descanso, siempre con un orden y una eficacia admirables.

Abby arqueó una ceja y dejó que una sonrisa suave se estirara en las comisuras de sus labios. Tao sonrió a su vez al notar ese gesto.

—Lo que trato de decirte con todo este discurso es que creo que tú te pareces un poquito a esas hormiguitas.

—¿Porque tengo antenas y más patas de lo que sería considerablemente aceptable?

—Porque trabajas y no te rindes, sea cual sea tu objetivo. Cada día que entrenamos juntos me demuestras que el deporte es mucho más de lo que pensaba. Tiene menos que ver con fiestas y

partidos e incluso victorias y derrotas, y más con... No sé. —Se encogió de hombros y rodó sobre sí mismo para que su rostro quedase paralelo a la lámpara del techo—. Superarse y sudar la gota gorda para sentirse realizado al final del día, eso es. Eres la mejor patinadora que conozco y eso no está relacionado con que te alces ganadora o que seas mi novia, sino porque lo vives todo con una intensidad fascinante.

—Te odio. —Abby le dio un puñetazo sin fuerza en el hombro. El chico fingió una mueca de dolor y apoyó la cabeza en su hombro, dejando que el cabello de ella, ya libre del moño tirante en el que había estado atrapado durante las últimas horas, le acariciase la piel desnuda de los brazos—. Me vas a volver a hacer llorar.

—Pero esta vez es por un buen motivo, ¿no?

—Claro que sí. —Se dio la vuelta para quedar cara a cara con él. Los labios le sabían a la sal del llanto pasado, pero también a todos los besos que aún no le había dado y que se le acumulaban en la boca, esperando a hacerse realidad al ritmo acelerado de su corazón—. Gracias por hacerme tan feliz.

—Gracias a ti por dejarte animar, hormiguita.

El apelativo cariñoso le sacó una carcajada y le hizo, a su vez, abrir los brazos para buscar esa definición de hogar en el pecho de Tao. El aliento de él le hizo cosquillas en el cuello, donde horas antes había brillado purpurina y en ese momento solo quedaban los rastros de unas lágrimas que desaparecían a cada segundo que pasaba.

—No me habías contado hasta ahora que querías dejar el patinaje de manera profesional para estudiar —susurró el muchacho sin dejar de abrazarla—. ¿Llevas mucho tiempo dándole vueltas a esa idea?

Puede que la decisión más inteligente hubiera sido incorporarse para responder de forma más seria, pero Abby no quería moverse y romper la magia del momento. Le gustaba el escenario en el que estaban: el mentón de Tao en el hueco de su cuello, suave después de afeitarse, la ropa desperdigada por todos los rincones del cuarto en un caos perfecto y la mano de ella aferrada a la de él, apretándolo con fuerza como si le dijera «estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí».

—No quería... Lo que más me asustaba era decepcionar a todo el mundo con mi decisión, así que por eso no se la conté a nadie —le confesó en un susurro—. No quería que mis padres se culpasen por haberme empujado a patinar desde niña. Empecé en el deporte con mucha ilusión, pero supongo que ese sueño se ha ido esfumando poco a poco.

—No tienes por qué renunciar a ello. Lo sabes, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Que puedes seguir patinando aun si vas a la universidad. —El corazón de Abby se encogió al oírle decir aquello, al reparar en que él tenía tan presente el deporte en la vida de ella que jamás se había planteado alejarla de él—. Está bien; puede que no vayas a dedicarle el mismo tiempo que si fuera tu única actividad profesional, pero, si lo que quieres es estudiar y eres capaz de permitírtelo, te debes a ti misma ser feliz.

Le cogió la cara con las manos para atraerla hacia sí, tan cerca que sus labios estuvieron a punto de rozarse. Musitó sus siguientes palabras con los ojos clavados en los suyos; la joven se perdió en esa mirada vidriosa que expresaba más sentimientos de lo que jamás hubiera creído posible.

La besó antes de seguir hablando, de forma tan suave que el contacto fue similar al de una pluma, al de un deseo, al de una promesa; al de un favor que se pronunció en voz tan tenue como la luz solar que iluminaba Boston entonces.

—No renuncies a esa parte de ti. —La besó en la mandíbula, en las mejillas y en la frente, hasta que ya no quedó piel sin marcar—. Ni tampoco renuncies a mí.

—No lo haré —susurró ella antes de atrapar su labio inferior con los dientes. Lejos quedaban ya la decepción que la había inundado cuando se había marchado de la pista de hielo con las manos vacías y la vergüenza como única acompañante. Dentro de sí solo había espacio para el amor y la esperanza que las palabras de Tao traían consigo—. Te prometo que no lo haré.

56



Abby

Estaba nerviosa por llegar a casa.

Las posibilidades se presentaban frente a ella como las diferentes cartas a elegir entre todas las de una baraja. Ya había sido lo suficientemente malo tener que escuchar una de las interminables charlas de Levi que, después de toda la presión que le había puesto sobre los hombros durante años, al verlos en el ascensor había sido más amigable que de costumbre. Quizá hubiese notado que el acoso en internet se había sumado a los resultados de la competición en un cóctel molotov que amenazaba con hacerla estallar en cualquier instante.

Abby desconocía si se había percatado de ello porque le había visto los ojos enrojecidos e hinchados mientras bajaban al comedor o porque Tao había hablado con él en algún momento. Mientras desayunaban, aun así, Abby estuvo demasiado ocupada fijándose en el resto de los participantes que se habían alojado en su mismo hotel. Distinguió a Ana Greshman, que le guiñó un ojo en la distancia a modo de saludo. A diferencia de la tarde anterior, no tenía ni una gota de maquillaje encima. Se la veía descansada y feliz, pese a no haber ganado tampoco, a medida que desayunaba con su hermano.

Al notar que Abby no apartaba la mirada de ella, Ana se levantó para ir en su dirección.

—Fue una competición alucinante, ¿eh? —le comentó al acercarse, dejando que la corta melena oscura que lucía le botase sobre los hombros alegremente—. Estuvo superreñida.

Abby asintió, algo cortada por el desparpajo. Antes de bajar al comedor, había encendido el móvil para leer decenas de comentarios que aseguraban que había perdido por haberse enamorado de Tao. No tenía mucha energía para socializar con desconocidos, sobre todo al pensar que llegarían a Fall River en un rato.

Desvió la mirada hacia Levi, que ni siquiera se había inmutado ante la llegada de Ana y, en su lugar, había seguido tomando sus tostadas como si la conversación no le importase lo más

mínimo. Típico de él, por supuesto. La simpatía no le duraba demasiado, y menos con desconocidos.

Abby suspiró y forzó su mejor sonrisa.

—Sí, supongo que sí. —Un sabor amargo le subió por la garganta al pronunciar aquellas palabras, pero una parte de Abby se sintió orgullosa al ser capaz de decirlas con sinceridad. Era lo que Tao había estado tratando de enseñarle la noche anterior, durante horas, hasta que había terminado quedándose dormida entre sus brazos: que la victoria no significaba nada—. Siento que tú tampoco ganaras.

—Habrá más ocasiones. —Ana se encogió de hombros con aparente indiferencia.

Aunque apenas era un poco más alta que ella, parecía más niña, como si su inocencia todavía no hubiese desaparecido y poseyese la esperanza que a ella misma le faltaba. Abby reparó en cómo la había juzgado de manera errónea sin conocerla y, aunque sintió el impulso de disculparse por su primera impresión, guardó silencio al no encontrar las palabras correctas.

Sus pensamientos se interrumpieron por la voz amable de Ana, que le preguntó sin malicia:

—Nos volveremos a ver en el hielo, ¿no?

Y esa frase tan simple y a la vez tan significativa —porque demostraba que lo que le había dicho Tao no era algo aislado; que siempre podría seguir patinando y que había personas ahí fuera con su misma pasión que, si bien no siempre ganaban, seguían disfrutando del deporte— hizo que Abby se creyera capaz de volver a casa sintiéndose en paz consigo misma.

—Hasta la próxima. —Le tendió una mano que Ana estrechó con fuerza, sellando así esa promesa.

El entrenador, a su lado, arqueó una ceja con curiosidad. Tao se encontraba en ese momento en la fila de los zumos naturales.

Sabía que era ella quien tenía que hablar con Levi sobre lo que iba a pasar a continuación, así que cogió aire para armarse de valor y lo retuvo en los pulmones hasta que se atrevió a hacerlo.

—Hay algo que me gustaría decirte. —El hombre asintió, los labios fruncidos en una línea de tensión, como si hubiese estado aguardando a que llegara ese momento—. Voy a dejar de competir.

El silencio fue lo único que secundó sus palabras.

—Levi...

No quería seguir mirándolo y ver esa máscara de estupefacción en la cara de quien llevaba entrenándola tantos años. No soportaría decepcionarlo también a él.

—¿No competir? —repitió él. El tono de la pregunta rezumaba la más grande de las sorpresas.

Abby sabía que a partir de ahí no habría vuelta atrás, pero también era consciente de que tenía que explicárselo todo. Así que dejó a un lado los cubiertos del desayuno y empezó a contarle su historia, la de la patinadora que siempre había estado bajo su ala y que, por primera vez en su vida, deseaba volar para ver lo que la vida tenía que ofrecerle más allá del hielo. Le explicó

cómo se había dado cuenta de que los sueños podían cambiar y no por eso eran peores, y también que necesitaba alejarse de las redes sociales por el bien de su salud mental.

—También he pensado en empezar a ir a terapia —susurró cabizbaja. Tao llegó a su lado en ese instante, cargando dos zumos, pero no la interrumpió.

«¿Estás bien?», fue lo único que articuló con los labios.

Por toda respuesta, Abby le apretó la mano y asintió. El chico hizo lo mismo y, sin dejar de acariciarle la parte baja de la espalda, continuó desayunando para darle su espacio con el entrenador.

—Dime algo, por favor —suplicó cuando Levi permaneció en silencio después de que ella se vaciara por completo.

Los ojos claros del entrenador la observaban sin pestañear, recordándole la dureza y el sacrificio a los que la tenía acostumbrada desde siempre.

—Creía que patinar era lo que siempre habías querido.

—Y quiero seguir haciéndolo —se apresuró a aclarar ella, la urgencia tiñendo su voz de decenas de matices diferentes—. A los dos nos gustaría, la verdad, pero no al nivel de exigencia que requiere aspirar a conseguir algo. Creo que es hora de probar cosas nuevas.

Levi asintió y suspiró con aire de derrota. Cuando volvió a alzar la mirada hacia ella, la chica se quedó sin aire al comprobar que esta era vidriosa. Jamás había visto al entrenador mostrar sus emociones y, sin embargo...

—Siempre he temido que este momento llegaría —le confesó, en voz tan baja que Abby pensó que estaba imaginando sus palabras—. Has crecido mucho, Abigail, y estoy muy orgulloso de la mujer y de la patinadora en la que te has convertido. No pienses en esto como un fracaso —añadió como si le leyera el pensamiento—, sino como una nueva oportunidad.

Abby no pudo seguir conteniendo las lágrimas que se acumulaban en sus ojos y soltó los cubiertos a los que se había aferrado, temblando. Abrazó a Levi con fuerza y le susurró un «gracias» que abarcó todo lo que había estado sintiendo durante esa última temporada.

La conversación sirvió para que todos emprendieran el regreso a Fall River algo más animados. Aunque nadie lo había dicho en voz alta, en el coche de Levi se respiraba un aroma especial aquella mañana; olía a un sueño que se terminaba para dar comienzo a algo muy distinto.

Una etapa finalizaba para empezar otra, donde no habría largos entrenamientos ni días enteros al lado de Sean, que ni siquiera le había preguntado qué tal estaba después de la competición, pese a que la muchacha estaba segura de que ya se habría enterado de los resultados por sus propios medios. Estaba a punto de iniciar un período de su existencia que introducía personajes nuevos en la película que era su vida y que, al final, no dejaba de enseñarle lecciones a las que ella se lanzaba dispuesta a aprender. Charlotte y Emily comenzaban a hacerse un hueco cada vez más grande, y Abby sabía que una de las primeras cosas que haría al llegar a casa sería responder a sus múltiples mensajes. Quizá los amigos de Tao, como Finn, Isaac y Michael, también se

hicieran con una parte de su corazón. Solo el tiempo revelaría cuántas nuevas experiencias todavía le quedaban por vivir.

Siempre había sido Abigail Langford, la patinadora con más talento de Fall River. «Y ni siquiera eso ha sido suficiente», pensó, pero sacudió la cabeza al instante para deshacerse de aquel pensamiento que ya empezaba a reconocer como intrusivo.

Puede que, una vez que llegara a casa y pasara a centrarse en sí misma y en lo que de verdad le importaba, se convirtiera por fin en la Abby que estaba destinada a ser y no en la que otros habían creído que era. Y aunque al principio había detestado la idea de ser eso —una versión diferente de ella misma; alguien a quien, a lo mejor, de primeras no reconocería en el espejo hasta pasado un tiempo—, no podía negar que, al mismo tiempo, se sentía emocionada.

Fue por eso por lo que derramó un par de lágrimas indiscretas cuando Levi aparcó frente a su casa. La conversación había destacado por su ausencia durante el trayecto, que se había hecho insoportablemente largo al no estar rellenado por música ni conversaciones banales. Aquella era otra de las señales que indicaban que todo había cambiado. Antes, cuando terminaban cualquier campeonato, siempre comentaban los errores y los aciertos, las mejoras que intentarían incorporar de cara al futuro. No obstante, Levi no les había dicho nada de la copa Longan a sabiendas de que esa iba a ser la última competición.

Los cambios no dejaban de aterrizar en su vida y, pese a que Abby no estaba segura de cómo enfrentarse a todos ellos, estaba deseando aprender a gestionarlos. Esa vez, con Tao a su lado.

—Gracias por todo —murmuró la chica al abrazarlo después de sacar su equipaje del maletero.

Por toda respuesta, Levi rodeó su cuerpo, menudo en comparación con el de él, y apoyó la mejilla en su coronilla para estrecharla con más fuerza.

—Todos estos años han sido un placer, Abigail. —De nuevo, su nombre en sus labios, demostrándole que sabía quién era y le tenía cariño precisamente por eso. Se aclaró la garganta al darse cuenta de que ella no se movía y que, en su lugar, se aferraba a él como si se resistiera a dejarlo marchar—. Aunque no vaya a entrenaros, eso no significa que no espere veros por la pista de vez en cuando, ¿de acuerdo?

—Por ahí estaremos: molestando. —La muchacha sonrió, sorbiéndose la nariz. Notó la mano cálida de Tao tomando la suya para infundirle ánimos. Aquel fue el detalle que necesitó para dar un paso atrás, ya cargada con sus cosas, y caminar hacia casa con su novio de la mano—. Nos vemos, Levi.

—Hasta pronto, chicos.

Esa despedida tan sencilla y simple, y a la vez tan sentida, fue lo que Abby precisó para cerrar el ciclo en el que había estado sumergida desde que tenía memoria. Uno que acababa de soltarla rumbo hacia la nueva vida que no podía esperar a comenzar.

57



Abby

—¿No volver a patinar?

Abby no sabía de quién esperaba esa reacción. Una parte de ella había intuido que la pregunta saldría de su madre, que se había privado de muchas horas de sueño para peinarla antes de las competiciones cuando era pequeña y que había acudido a un curso de costura para que las lentejuelas siempre quedasen intactas sobre los *maillots*. Puede que incluso su padre se lamentara así, porque, cuando aún no contaban con financiación externa, había sido él quien había madrugado los fines de semana para llevarla en coche a todos los entrenamientos y campeonatos sin quejarse nunca de los costes de la gasolina o alojamientos.

No esperaba que eso lo preguntara Adam, sin embargo. El niño la observaba con los ojos abiertos como platos, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—¿Para siempre? —añadió su hermana melliza. Aquella sentencia los había pillado a media discusión y aún tenía un brazo en alto, como si estuviera aguardando a que volviese a haber silencio para poder seguir con la pelea.

—De forma profesional, al menos. —Abby se encogió sobre sí misma al sentir la mirada de su familia fija sobre ella, mortificándola con su intensidad—. Aunque sí me gustaría continuar haciéndolo a modo de *hobby*. ¿Os...? ¿Os parece bien?

Pese a que la voz le tembló al final, nadie hizo ningún comentario al respecto. Tao se había quedado de pie a su lado, bajo el marco de la puerta de la cocina, y escuchaba la conversación sin ser partícipe de ella. Abby intercambió una mirada con él y respiró hondo al ver la sonrisa que el chico le dirigió para animarla a continuar. Todo era más fácil si era él quien la sostenía de la mano en los momentos más difíciles.

—¿Y tú crees que eso te haría feliz?

Aquella pregunta hizo que la joven alzara la vista hacia Albert Langford, el hombre que

estaba enfrente de ella y que destilaba un cariño inmenso por detrás de las gafas redondas. Abby se vio a sí misma reflejada en ellas; rostro preocupado, mirada acongojada, cabello despeinado y el miedo perfilando cada uno de sus movimientos.

No podía parecerle más irónico que aquella fuera la primera vez en la que se sentía valiente de verdad.

—Es... raro pensarlo —paladeó cada sílaba, sintiendo todavía un regusto amargo en el estómago al pensar en hacer definitiva esa decisión—, pero es lo que quiero en este momento. Me gustaría ir a la universidad.

—¿La universidad? —repitió Amanda. La muchacha no creyó estar imaginándose el brillo ilusionado que se distinguía en sus ojos, tan parecidos a los suyos a su edad—. A mí también me gustaría ir cuando sea mayor.

—¿Para qué? ¿Para graduarte en la carrera de la tontería?

La niña le dio una colleja a su mellizo, que soltó un gemido por el golpe.

—Seguro que sacaría mejores notas que tú, como siempre.

—Ya está bien —intervino su madre entonces, silenciando a los dos al fruncir el ceño. Abby, no obstante, sabía que esa cara de enfado no era más que la fachada que utilizaba para domar a los dos pequeños terremotos que tenía por hijos—. Cielo, ¿y qué te gustaría estudiar?

—Algo relacionado con el deporte, creo. A lo mejor siempre he estado equivocada y mi verdadera vocación no fuera patinar frente a todos, sino operar desde las sombras.

—¡Como los malos de las películas! —chilló Amanda emocionada.

Su madre puso los ojos en blanco antes de resoplar con un cansancio que resultó fingido y que, como Abby bien sabía, solo escondía el cariño que sentía por sus hijos.

—¿Cuántas veces hemos de decirte que no hay que meterse en conversaciones ajenas?

Adam le sacó la lengua y Amanda hizo un puchero que fue adorable en su rostro redondito.

—Jo, mami, es que a veces se me olvida...



Al final no ha ido tan mal, ¿no?

La joven rodó sobre sí misma en la cama con cuidado de no despertar a Ava, que dormía cerca de ella. Su tarde había terminado sentada junto a Tao en el sofá del salón mientras le contaba a su familia la experiencia en Boston. Le había sorprendido darse cuenta de que sus

padres apenas le habían dedicado tiempo al hecho de que no ganaran la copa Longan y, en cambio, habían preferido saber más sobre la cita sorpresa que Tao le había preparado en la ciudad.

—Y después de contemplar la vista sobre el puente de la universidad, ¿qué hicisteis? —había preguntado Aria con los puños cerrados sobre las rodillas, emocionada como si estuviese viendo a los protagonistas de su obra de teatro favorita actuando delante de ella.

Abby se había sonrojado y Tao se había aclarado la garganta, incómodo, antes de que ella pudiera responder.

—Paseamos y volvimos al hotel; solo queríamos descansar después de un día tan agotador.

—¡Pero Abby patalea mucho cuando duerme! —había intervenido Amanda con voz chillona —. ¿No lo notaste?

—No conseguimos dormir mucho. —Cuando Abby había reparado en la tensión que había cuadrado los hombros de Tao, se había apresurado a añadir—: Porque madrugábamos mucho, quiero decir, no porque...

Albert la había interrumpido con un dedo en lo alto y el rostro orientado hacia Tao.

—Cuidadito, chaval.

Eso había conseguido que todos se rieran y que, al menos durante el resto de la velada, el ambiente fuera mucho más relajado. Aquel rato había sido un breve oasis de paz en el que, durante al menos un par de horas, Abby había sentido que todo iba bien.

Pestañeó para volver al presente cuando el pitido de un nuevo mensaje la distrajo.

Claro que sí, ¿acaso tenías
alguna duda?

No dudas como tal, pero sí me daba algo de miedo su reacción. Además, después de las semanas tan complicadas que hemos tenido con lo de las redes, no estaba preparada para enfrentar problemas con mi familia si llegaban a darse...

Respecto a eso, puede que nuestros acosadores particulares se hayan calmado al ver que no hemos ganado, ¿no? ¿Has visto las últimas fotos en las que nos han etiquetado?

Lo cierto es que no. Me he dado cuenta de que, aunque hubiese comentarios bonitos, solo estaba centrándome en los de odio, así que he decidido que me voy a desinstalar todas las aplicaciones y no voy a usarlas durante un tiempo. Esperaré a estar preparada para volver.

Lo bueno es que siempre puedo enseñarte los que son de apoyo
cuando te apetezca recordar que
hay personas ahí fuera que te siguen porque te aprecian de verdad.

Ya... Eso se me hace raro.

¿Que la gente te quiera?

Sí. Después de todo lo que ha pasado... No sé. Es curioso pensar que lo inició un estúpido tuit, ¿eh? Y que luego eso se extrapoló a todas partes como un efecto mariposa.
El impacto que tienen las redes sociales sobre nosotros es muy importante; la gente debería cuidar más sus palabras.

Desde luego, hormiguita.
Estoy muy orgulloso de ti.

Ya... Aunque aún tengo que decirle a Sean que no voy a volver a competir y, la verdad, no sé cómo se lo va a tomar.

¿Habéis hablado estos días?

El corazón de la joven le tironeó en el pecho por la nostalgia.

Nada de nada. Me duele que no me haya escrito siquiera para preguntar qué tal estoy después de los resultados, la verdad.
Además, también llevo varios días teniendo un presentimiento extraño.

¿Quieres hablar de ello?

Es solo que me sorprende lo distante que ha estado Sean conmigo desde que estoy contigo. Me duele, pero a la vez creo que es por algo más.

¿Celos, tal vez?

La chica se mordió el labio inferior. Ahí estaba esa palabra de nuevo. No quería pensar que era la opción correcta, pero tampoco encontraba muchos más motivos.

Espero que no...

De todas formas, quizá deberías escribirle y aclarar las cosas, ¿no?

Ella contuvo las ganas de soltar un resoplido. Claro que siempre había podido quedar con él, pese a que el orgullo le había impedido hacerlo. Hasta el momento, al menos, porque, tras sentir esa tranquilidad suave al sincerarse con su familia, tenía el impulso de hacer todo lo posible por librarse de las piedras que, de manera inconsciente, aún llevaba cargadas a la espalda.

Cambió de conversación y clicó en la foto de perfil de su mejor amigo, aprovechando que aún no se había dado de baja de Instagram. Aparecía con Theo; los dos estaban sentados en la cama

de este último, cogidos de la mano. Parecían tan felices que los ojos de la muchacha se aguaron al notar lo mucho que lo echaba de menos.

¡Hola! ¿Cómo va todo?

Un mensaje. Ya estaba. Sean podía no contestarle si era lo que quería y permanecer enfadado con ella para siempre, y entonces la responsabilidad dejaría de ser suya. Ella ya había hecho su parte y...

Hola. ¿Ya has vuelto de Boston?

Visto lo visto, Tao y ella no eran los únicos que trasnochaban.

Sí, he llegado hoy. ¿Te apetece
que nos veamos algún rato?

La respuesta del chico no se hizo de rogar. Los dedos de Abby le temblaron al ver la contestación y no dejaron de agitarse, nerviosos, durante el resto de la noche.

¿Mañana por la tarde
donde siempre?

Hecho.

58



Abby

Había muchas cosas diferentes en Sean.

Abby se preguntó si el chico sería capaz de percibir ese gran número de diferencias en ella también. Si veía su piel ligeramente más pálida, las ojeras de cansancio que decoraban su rostro y, a la vez, el brillo sereno de su sonrisa. Estaba tranquila porque sabía que estaba tomando la decisión correcta, pero no podía evitar que los nervios la destrozaran al mirar a los ojos a su mejor amigo y no reconocerlo.

—¿Y bien? —soltó él por fin. Sentado con un vaso gigante de café con hielo entre las manos, le daba vueltas a la pajita de colores como si no se decidiera a darle un trago—. ¿No vas a decirme qué tal ha ido la copa Longan?

—¿Para qué? Ya sabes que no he ganado. —Abby frunció el ceño y se reclinó hacia atrás en el asiento mullido, cruzándose de brazos.

—Antes solías contarme más cosas.

—Antes no te enfadabas conmigo por tonterías.

La respiración salió de sus pulmones a trompicones. Odiaba la idea de mostrarse tan indefensa frente a él, porque recordaba los momentos en los que siempre se había sentido segura a su lado. Incluso eso había cambiado también.

El joven parpadeó, sorprendido por su actitud, y se encogió de hombros. Abrió y cerró la boca un par de veces antes de responder.

—Ni que hubieras visto un fantasma.

«Pero tú me das esa sensación», pensó ella. Porque ya no sabía quién era esa persona que la observaba con una ceja arqueada. ¿Cuándo se había rapado parte de ella, justo a la mitad? ¿Y por qué tampoco se lo había dicho, aunque fuera un detalle insignificante?

Ignoró el pinchacito que le atravesó el corazón.

—No ganamos —se atrevió a decir por fin, rehuyendo su mirada. Clavó los ojos en la cristalera de la cafetería, que dejaba entrever al otro lado las primeras flores de la primavera decorando las avenidas—. Pero... lo pasamos bien. Fue un viaje muy especial para nosotros.

—Siento que los resultados no fueran los que esperabas. —Él frunció los labios antes de seguir hablando, como si quisiera pensar bien lo que iba a decir a continuación—. Aunque ni siquiera te veo afectada. No me malinterpretes; me alegro de que estés bien. Es solo que antes solo te habrías centrado en la derrota.

—Antes no estaba enamorada de Tao.

Una sonrisa ácida que rezumaba victoria curvó los labios de Sean, que se estiraron hacia arriba como los girasoles que buscan el sol.

—Así que lo admites —canturreó con tono amargo—. Después de tanto tiempo, por fin lo reconoces.

—Creo que una parte de mí siempre se ha sentido atraída por él —reflexionó en voz alta. Desvió la mirada hacia la pantalla de su móvil, que se iluminó al recibir un nuevo mensaje, y le mostró una foto de Tao y ella abrazados en mitad de la pista de hielo—, solo que nunca me he atrevido a ponerlo en palabras. Porque se suponía que no debía enamorarme de él, ¿no?

—Eso es lo que parecen opinar vuestros fans en internet.

Abby suspiró, cansada. Se recolocó en el asiento mullido, haciendo que varias pulseras tintineasen con el movimiento.

—Veo que también estás al tanto de eso —repuso con cuidado.

El chico se encogió de hombros.

—Todos lo están.

—¿Te refieres a Fall River?

—A la gente en general: aficionados al patinaje, patinadores, entrenadores... —Chasqueó la lengua—. Me extraña que Levi no te haya castigado más en serio después de que os enrollarais de esa manera en la pista a medianoche.

—Fue una locura, pero...

«Alguien nos sacó esas fotos que lo cambiaron todo —estuvo a punto de añadir—. Alguien nos vio allí y se encargó de hacérselo saber al mundo al completo; alguien que también estaba allí esa noche.»

Aquellos pensamientos la alcanzaron como un puñetazo. Aguantó la respiración y se dobló sobre sí misma al sentir su impacto igual que si fuera un golpe físico. Pestañeó repetidas veces, atrapada entre las dudas y el miedo.

La mirada que le disparó a Sean estaba cargada de recelo.

—Tú también tienes las llaves del patinadero —dejó escapar, mitad suspiro, mitad acusación —. Y te avisé de que iría allí esa noche con Tao...

El chico parpadeó y se inclinó hacia delante, cambiándose los anillos de los dedos en los que los lucía.

—¿Qué?

—Que tú tienes las mismas llaves que yo y sabías que estaríamos allí. —Abby miró de reojo el móvil del chico y lo cogió en un acto reflejo, actuando de forma tan impulsiva que Sean no llegó a tiempo para impedírselo—. ¿Cuál es la contraseña? ¡Desbloquéalo!

—¿Por qué quieres saberla? Estás loca, Abby. Devuélvemelo —le pidió cuando la muchacha lo levantó en el aire para que él no pudiera quitárselo.

—Quiero ver tu galería. Dime cómo desbloquearlo.

—Se te ha ido la olla. Devuélvemelo —repitió, ya sin que una pizca de humor colorease su voz.

Ella lo puso todavía más lejos de su alcance y frunció el ceño, decidida. El sudor frío que le recorrió la espalda hizo que se estremeciera, que retrocediera varias semanas, a cuando había parecido que el invierno instalado en su interior no fuera a acabarse nunca; a las noches que había pasado leyendo los comentarios que cuentas anónimas habían dejado en su perfil —«falsa», «interesada» y «zorra» habían sido solo algunos de ellos— y que no solo le habían destrozado la autoestima, sino que también habían hecho que su relación con Tao se tambalease.

—Tú estabas detrás de todos ellos... —susurró para sí, refiriéndose a todos los usuarios sin nombre que habían llegado a sus redes sociales de la noche a la mañana—. Fuiste tú.

—¿Qué estás murmurando? Abby, habla más...

—Tengo motivos para creer que tú nos hiciste las fotos que desataron las oleadas de comentarios hirientes en internet —lo interrumpió, más calmada después de haber respirado hondo. Elevó el mentón, intentando no vacilar cuando la barbilla comenzó a temblarle como si fuera un vaticinio del llanto inminente— y que empezaste toda la horda de odio que recibimos Tao y yo. Quiero que me enseñes tu galería para comprobar que me equivoco. Por favor, Sean —añadió en un susurro quedo.

—No digas eso. Me duele que seas capaz de creer que yo te haría algo así.

—Entonces demuéstrame que me equivoco.

Pero no podía. La joven lo vio en los ojos del muchacho, que habían perdido toda la dulzura del color chocolate que siempre los había caracterizado y que en ese instante no eran más que dos charcos embarrados que reflejaban la misma ansiedad que ella sentía. Al chico comenzó a temblarle el labio inferior, como si quisiera excusarse de mil maneras distintas y no supiera por cuál de todas ellas empezar.

Quizá aquella hubiera sido una de esas discusiones que podrían haber solucionado con disculpas y palabras cariñosas.

Quizá unas versiones de ellos diferentes a las reales fueran capaces de escucharse y luego perdonarse, dejando así el incidente como una anécdota más.

Quizá.

Quizá.

Cuando Abby distinguió la culpa apoderándose del rostro de su amigo, sin embargo, supo que

ninguno de esos destinos era el suyo; que nunca se recuperaría de una traición así y que nunca seguiría adelante a sabiendas de que la persona que estaba a su lado era capaz actuar de ese modo. Nunca estaría tranquila y, por fin, había comprendido que vivir sin paz no era vivir.

—Sean...

—Lo siento, ¿vale? —habló él a su vez. Una gota de sudor le bajó desde la sien—. Joder, es que... Yo qué sé; estaba celoso. Celoso de que prefirieras patinar con él antes que conmigo, supongo, sobre todo después de que yo te pidiera una oportunidad. Estaba dispuesto a recuperarme en tiempo récord ¡y solo por ti, joder! Creí que estar con él te estaba distrayendo de lo que de verdad te importa; de lo que siempre te ha importado.

«¿Y qué es eso, Sean?», pensó ella. Jamás había pensado que un corazón roto pudiera ser ese dolor agudo que la recorría desde la cabeza hasta los pies. «¿Tú? ¿Nosotros? O...»

—¿Te refieres a ganar? —replicó Abby con voz gélida. Se levantó de forma brusca, dejando el teléfono del chico sobre la mesa.

Él se apresuró a guardárselo en el bolsillo, como si temiera que ella aún pudiese descubrir más de los secretos que ocultaba en su interior.

—¿Quieres calmarte? Estás montando un pollo —le pidió Sean en un murmullo—. Podemos hablar de esto con calma.

Hizo ademán de cogerla de la muñeca. La muchacha se zafó del agarre con brusquedad.

—Pues montaré todos los que haga falta, porque no puedo creer lo que has hecho —le espetó sin titubear—. No tienes ni idea de lo mal que lo he pasado. ¡Me llegaban cada día decenas de insultos, joder!

—¡No sabía que pasaría eso! —respondió él en el mismo tono—. Yo... Yo qué sé, Abby, solo puse un par de fotos y comentarios. Después, la gente se volvió loca con ese juego.

—¿Un par de fotos? —repitió ella con la voz a punto de quebrársele.

Recordó las instantáneas que habían aparecido de ellos en momentos íntimos, cuando creían que estaban a salvo de un mundo que, hasta el momento, nunca les había parecido hostil.

No habían sido solo *un par*, desde luego. Y Sean lo sabía.

—De acuerdo; fueron esas y las de la cafetería. Y también las de la tienda esa de discos en la que trabaja tu novio. —Se frotó la nuca, enrojeciendo. Aunque algo en su tono indicaba que estaba avergonzado, ese gesto llegaba demasiado tarde—. Soy consciente de que me enfadé y actué como un completo imbécil, y te pido perdón, pero dado que vosotros también subíais fotos a vuestras redes y ya era todo público, pensé que un par de fotos más no le harían ningún mal a nadie.

—Hay una diferencia muy grande entre publicar una foto mía, o nuestra, en este caso, nosotros mismos, a que desconocidos lo hagan por ti, sobre todo si son situaciones comprometidas. Eso no está bien —añadió, cogiendo aire para tratar de armarse de paciencia.

Sean tragó saliva, avergonzado.

—Nuca quise que te llegara todo aquel acoso de las redes sociales —musitó.

—¿Y qué cojones esperabas que pasara? —Abby dio un golpe en la mesa que atrajo las miradas de curiosidad del resto de los clientes. Ella las pasó por alto—. ¿Que me felicitaran? ¿Que crearan cuentas de fans en lugar de *haters*? ¿Que dejase de patinar con él para volver a hacerlo contigo una vez que te recuperaras del todo? —Y sí. A juzgar por los ojos de Sean, abiertos desmesuradamente, y el deje implorante que los velaba, la muchacha se dio cuenta de que había dado en el clavo—. Porque espero que sepas que, después de esto, no es algo que piense volver a hacer ni en tus mejores sueños.

—Abby...

—Suéltame. —Se liberó de la mano que volvía a intentar retenerla allí, puede que con la esperanza de que lo perdonara o con la intención de justificar sus actos—. Si fueras inteligente, te alejarías de mí para siempre o, al menos, durante una larga temporada.

Aquellas palabras parecieron sosegar sus impulsos, porque por fin Sean la dejó ir. Era cierto que Abby había sentido que últimamente ya no reconocía a quien había sido su mejor amigo, pero, a medida que se marchaba de allí con los ojos vidriosos, las piernas a punto de fallarle y un sollozo escondido en la garganta, reparó en que ese chico que la siguió con la mirada hasta que desapareció de la cafetería no tenía nada que ver con el niño divertido y alocado con el que había crecido un día.

59



Tao

—Joder, Abby, lo siento muchísimo. No te mereces todo lo que te ha hecho ese imbécil. —Silencio uno, dos, tres segundos, hasta que continuó hablando—. Y entiendo que, de momento, ni siquiera te plantees perdonarlo. No te sientas culpable por ello.

Ella no respondió, sino que escondió el rostro en el pecho de Tao mientras este la abrazaba. Un episodio de *The Office* se reproducía en el televisor, pero ninguno de los dos le estaba prestando atención. Ya había anochecido, de forma que el firmamento se dibujaba al otro lado como un manto eterno. Aquel día lo había pasado trabajando hasta tarde, y en ese momento Abby y él aguardaban a que Mei Williams regresara a casa para cenar con ella.

Ya desde que había hablado por teléfono con la joven por la mañana, Tao había percibido que ocurría algo. No había querido presionarla después de que Abby le dijera el día anterior, tras estar con Sean, que necesitaba estar sola. Nunca había pensado que ejercer presión sobre alguien fuera una buena idea, así que le había dado el espacio que necesitaba. Sabía que le contaría lo que le pasaba cuando estuviera preparada. Y después de escuchar lo que había pasado con Sean, lo único de lo que tenía ganas era de abrazarla hasta que el dolor de la traición desapareciera.

—Aún estoy a tiempo de sacar a la luz las fotos de esa fiesta de Halloween que se celebró durante nuestro último año de instituto, ¿recuerdas? —bromeó con la intención de animarla—. Creo que Sean fue disfrazado de Joker, pero la verdad es que parecía el jodido muñeco de nieve de *Frozen*. Alguien debería haberle enseñado a ponerse bien esa pintura blanca.

—Yo fui la que lo maquilló —repuso Abby con voz tenue, sus palabras mezclándose con las que Michael Scott, el protagonista de la serie, soltaba en pantalla.

Tao se atragantó con su propia saliva. Desde luego, había maneras y maneras de cagarla y esa era una de las más estrepitosas.

—Dime, por favor, que lo hiciste a propósito. Para poder avergonzarlo en un momento como este y esas cosas.

Abby alzó la cabeza y, algo adormilada, le dedicó una de esas sonrisas suaves que le

recordaban todas las muestras de bondad que aún quedaban en el mundo. Tao sintió que el corazón le dolía un poquito al mirarla y verla tan bonita; aún no terminaba de creerse que él fuera el afortunado de poder disfrutar de ella cada día.

—¿Te quedarías más tranquilo?

—Puede.

—Entonces, sí.

—Por si acaso, no voy a dejar nunca que me maquilles para Halloween.

—¿Ni siquiera si vamos a juego?

Tao arqueó una ceja y se lamió el labio inferior, interesado.

—De acuerdo, ahora tienes toda mi atención.

—Podríamos ir de Flynn Rider y de Rapunzel, aunque tendrías que dejarte algo de perilla para eso. —Frunció el ceño como si lo considerara y luego sacudió la cabeza para descartar esa opción—. No, olvídalo. Creo que preferiría que nos disfrazáramos de Shrek y Fiona. ¿Qué me dices?

—Que estás completamente chalada. —Un beso detrás de otro; en las mejillas y en la frente, en las comisuras de sus labios y en su mandíbula, tan peligrosamente cerca de su cuello que la joven se estremeció a su lado—. Y que me encantáis tú y todas esas locuras que te siguen allá por donde pisas. No te quepa duda de que siempre lo haces con mucha fuerza y de que has llegado a este mundo para dejar huella. Y también para marcarme a mí.

Un tímido rubor le cubrió las mejillas al pronunciar esas palabras; rubor que ella aumentó al introducir la lengua en su boca. El corazón estuvo a punto de salírsele del pecho debido a la fuerza con la que empezó a latir. Jadeó, pillado por sorpresa, y le cogió el rostro con las manos para profundizar el gesto. Los labios de la chica sabían a las palomitas saladas que habían comido hacía un rato y a todas las tardes de película y manta, aventuras sobre el hielo y cafés que todavía les quedaban por compartir.

Tao creyó que iba a perder el juicio por las ganas que tenía de saborearla entera, de besar todos los rincones de su piel hasta memorizar cada centímetro, peca y marquita de acné. Hasta que ya no existiese el límite entre su cuerpo y el de él, y la línea que los separaba se emborronase tanto como sus pensamientos cuando Abby lo besaba de esa manera y él se sentía incapaz de formular algo coherente.

La muchacha le mordió el labio inferior de manera suave y Tao se dio cuenta, en el preciso instante en el que las manos de ella se colaron debajo de su camiseta para rozarle el abdomen, de que estaba condenado. Condenado a perderse en sus caricias y en los suaves gemidos que le brotaban de los labios a medida que los besos se intensificaban. Condenado a quedarse embobado siempre que le quitaba los *leggins* y los jerséis de punto dos tallas más grandes, sin importar la cantidad de veces que la hubiera visto desnuda. Condenado a querer pasar la vida entre sus piernas, en esa zona que parecía estar hecha para él y que lo envolvió con su calor cuando Tao introdujo primero un dedo, y luego otro. Condenado a querer tener siempre esas

vistas: Abby con la espalda arqueada mientras le tiraba del pelo con una mano y él se concentraba en llenarla de placer.

Había muchas maneras de perderse, se dijo Tao entonces. Y una de sus favoritas era, sin duda, contemplarla así, sudorosa y radiante, sin nada más que un rastro de besos húmedos bajándole por el torso.

Estaba preciosa.

—¿Te parece bien si voy a por un preservativo? —No podía resistir las ganas de hundirse en ella—. No creo que sea capaz de aguantar mucho más.

—Estabas tardando demasiado. —Abby sonrió.

Y Tao creyó que sería capaz de hacer cualquier cosa, de viajar hasta la luna para traérsela de vuelta atada como uno de esos globos de colores que vendían en las ferias, con tal de ver siempre aquel rastro de felicidad en su cara.

Porque el sexo con Abby no se parecía a nada que hubiera hecho antes. Era ese deseo irrefrenable por hacerla sentir bien, por tocarla en todas partes y dejar que ella lo tocase a él. Era querer sentir en cada fibra de su ser ese punto de unión que los conectaba a ambos. Cada vez que hacía el amor con ella, se reafirmaba en que estaban hechos para estar juntos.

Y, sin embargo, también era mucho más. La magia no desaparecía después de que los gemidos se apagaran y las embestidas se detuvieran, sino que se transformaba en un sentimiento de adrenalina que duraba hasta que la paz se adueñaba de sus latidos y Tao, entonces sí, se tumbaba sobre el pecho de Abby. Esta le peinaba los mechones y le canturreaba una canción. Si estaba cansada era de Taylor Swift; si Tao no se quedaba dormido a su lado, los dos entonaban una de Elvis Presley.

—Te parecerá bonito haberlo hecho delante de Michael, Jim y Dwight —susurró Abby entonces, sacándolo de sus pensamientos.

Tao entrecerró los ojos para distinguir a quienes continuaban actuando en la pantalla de la televisión y que, tenía que reconocer, en ese instante no le importaban lo más mínimo.

—Estoy seguro de que podrán perdonárnoslo.

—La próxima vez, elegiré yo la serie —repuso ella. Alcanzó el mando a distancia para bajar el volumen—. Seguro que te concentrarás más.

—¿En ella o en ti? Porque siempre quieres que sean de miedo, y ya sabes que las odio. —La besó en la mejilla, haciéndola soltar un gritito cuando el beso inocente se transformó en un mordisco—. Me gustaría ser capaz de dormir por las noches.

—Bueno, bueno, eso ya se verá...

Sus palabras se ahogaron por el murmullo de un coche aparcando al lado de la casa. Abby se incorporó tan de repente que chocó la frente con Tao, provocándoles una carcajada a los dos. Ambos estuvieron a punto de caerse del sofá por las prisas. El rugido del motor tardó apenas unos segundos en apagarse, los suficientes para que la chica se levantase, todavía sin ropa, y empezara a vestirse a toda velocidad.

—¡Me había olvidado de que venía tu madre! —intentó sisear, pero estaba tan nerviosa que elevó bastante el tono de voz.

—¡A mí también se me había pasado! —Tao trató de contener una risa histérica—. Espera, espera, que nos estamos poniendo la ropa del otro...

Terminaron de vestirse entre risas y empujones. Cada paso que Mei Williams dio desde que salió del coche hasta que entró en la casa resonó con fuerza al otro lado de las paredes como una cuenta atrás.

Tao tuvo la sensación de su madre quiso hacerse notar de antemano para evitar una situación embarazosa, porque gritó al abrir la puerta:

—¡Ya estoy aquí, chicos! ¡Y he comprado pizza!

Epílogo



Abby descubrió que la vida podía ser mucho más sencilla de lo que había pensado en un principio.

Tenía menos que ver con ponerse una alarma al amanecer e ir a entrenar y más con desayunar en familia. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había levantado sin prisas, y solo cuando entró en la nueva rutina se dio cuenta de la frecuencia con la que Ava se peleaba con los mellizos por unas galletas de chocolate en forma de dinosaurio. Aunque llorase cuando estos se metían con ella para hacerla rabiar, imitaba su comportamiento de «niños mayores» en cuanto se daban la vuelta. Trató de hacer memoria para recordar si alguna vez Amanda y Adam habían tratado de copiarla a ella siguiendo esa misma dinámica, pero solo evocaba las mañanas en las que iba corriendo a clase para luego ir directa al patinadero. Sus noches habían consistido en cenar tan tarde que solía quedarse sola frente a un plato de verdura.

Había una calma perezosa en tener todo el tiempo disponible del mundo y, a la vez, sentir que este era demasiado poco para lo que quería hacer. Por primera vez, no tenía que pasarse los días enteros sobre el hielo, sino que podía llevar a sus hermanos al colegio, ayudar a sus padres con las tareas del hogar y jugar con su hermana pequeña. Hizo varias entrevistas de trabajo para mantenerse ocupada durante los meses que quedaban hasta ir a la universidad, también, pero ninguna le hizo tanta ilusión como la que tuvo con Ben, el dueño de The Vinyl's House.

—Una última cosa —le había dicho el hombre después de que ambos se reunieran en la trastienda, una noche después de cerrar, y hablaran largo y tendido sobre el tema—. Me ha dicho Tao que eres su novia. ¿Es verdad?

—Llevamos poco tiempo de manera oficial, pero sí. —Sonrió y escondió las manos dentro de los puños de su jersey, algo cohibida—. Es buen chico.

—El mejor —confirmó Ben con decisión—. Así que cuídalo bien, ¿vale? Ya ha tenido suficiente con lo que ha sufrido.

Abby asintió sin vacilar. El nudo de emoción que tenía en la garganta le impedía respirar con normalidad, pero no podía evitar sentirse ilusionada por el tono de voz del hombre. Sonaba

contento, tranquilo y...

—Aunque solo sea durante este verano, bienvenida a la familia. —Le tendió la mano.

Y fue el uso de esa última palabra lo que le hizo reparar en que, poco a poco, ella estaba eligiendo la suya al estar con las personas con las que de verdad se sentía cómoda. Una familia que no contemplaba a Sean por más que la ausencia del chico le doliera, pero que sí estaba formada por las personas que la querían de manera genuina.

—Sabía que Ben te iba a adorar —le dijo Tao por teléfono. Habían quedado para ir juntos el primer día de trabajo de Abby y estaban concretando los últimos detalles antes de salir de casa.

—Yo no lo tenía tan claro —lo contradijo ella con un suspiro—. En el fondo, me da un poco de miedo. Nunca he trabajado en algo así y...

—Tranquila, hormiguita. Todo va a ir bien. Además, algo bueno debe de tener que sea yo quien va a formarte, ¿no? Así me aseguraré de que les recomiendes buena música a los clientes.

—Eres tú el que no tiene ni idea —se defendió la chica con el ceño fruncido, pese a que él no pudiera verla—. No haces más que poner canciones de las que nadie ha oído hablar y...

—A veces la buena música, Langford, no necesita palabras.

Abby no confiaba en aquella afirmación, pero sabía que discutir sobre música con Tao era inútil. Aunque era uno de esos temas en los que nunca estaban de acuerdo, Abby tenía que reconocer que le gustaba que difirieran en ese aspecto. Tao le enseñaba canciones que, de otra forma, quizá nunca habría llegado a conocer; a cambio, ella le contaba las historias de miedo que leía, pese a que las suavizara para que, como solía decir el chico, «luego pudiese dormir».

—¿Puedo contarte una cosa antes de que, en teoría, vengas a buscarme?

Ella asintió, intrigada.

—¿En teoría? —repitió segundos antes de oír a Tao cogiendo aire para confesarle:

—Está relacionado con lo que quiero contarte: he vuelto a conducir. ¡Sorpresa!

El corazón de Abby dio un vuelco. Contuvo las ganas de chillar a través del móvil.

—¡¿Qué?!

—Llevo intentándolo desde hace meses, pero al principio me fue imposible hacerlo por mi cuenta. Así que he estado yendo a terapia cuando el tiempo me lo ha permitido. —Aunque no podía verlo, estaba segura de que estaba sonriendo, y ese detalle bastó para calentarle el corazón —. Hay muchas partes de mí que todavía no han sanado después del accidente de mi padre y las cuales quiero mejorar, y el conducir es una de ellas. Creo que hoy estoy preparado —añadió respirando hondo—, así que deja que, por una vez, sea yo quien vaya a buscarte a ti.

—¡Eso es una muy buena noticia, Tao! —chilló emocionada. Las palabras se trababan en su interior sin orden ni concierto y no sabía qué decir primero—. Yo... estoy muy orgullosa de ti, de verdad.

Tao soltó una risa nerviosa. Se oyó el tintineo de unas llaves.

—No sé cuánto tiempo me llevará recuperar a la persona que era antes ni si seré capaz, pero que tú hayas decidido apostar por ti misma me ha inspirado a mí a querer hacer lo mismo. Te

mereces conocer mi mejor versión, pero ten paciencia conmigo, ¿vale?

Abby parpadeó un par de veces; le escocían los ojos. Se levantó de golpe de la cama, el corazón latiéndole con fuerza contra el pecho, antes de bajar las escaleras de su casa a toda prisa para llegar hasta el porche lo más rápido posible. No podía tener más ganas de verlo, de besarlo y de decirle en persona cuánto significaba para ella que quisiera progresar.

—Siempre —le prometió.

—Salgo ahora de casa, así que tardo lo que me cueste llegar a la tuya. ¿Lista para tu primer día de trabajo?

—¡Con muchísimas ganas!

Abby no cabía en sí de alegría. Colgó la llamada con la más deslumbrante de las sonrisas, expectante. Y cuando vio a Tao aparecer al volante del coche de su madre, con el flequillo despeinado, los vaqueros azules y una camisa de cuadros que, al estar remangada, dejaba a la vista el tatuaje de los lirios que lucía en el antebrazo, sintió que se derretía de felicidad. No solo era el joven que había ido con ella a Boston y le había dado la noche más romántica de su vida, sino que era aquel con el que había estado patinando durante meses, al principio sin soportarlo y después enamorándose de él poco a poco.

El mismo que le había devuelto una parte de su vida que creía olvidada. Estaba dispuesta a amarlo todos los días.



Y lo hizo. No solo esa jornada, sino todas los que la siguieron.

Aprendieron a trabajar codo con codo, ordenando discos, escondiendo el café debajo del mostrador y bailando entre las estanterías de madera cuando el mundo les daba un pequeño respiro y se quedaban solos entre las paredes forradas de papel antiguo. Solía sonar un piano suave de fondo que le recordaba todos los días el patinadero, cuando las coreografías habían sido sobre cuchillas afiladas y no sobre Converse desgastadas. Estaban creando su propia rutina, que había empezado por quererse en coches, en cafeterías y en sofás que terminaban transformándose en camas.

—Es curioso pensar que todas las decisiones de mi vida me han llevado a estar aquí, contigo —le dijo Abby una de esas mañanas infinitas en las que los dos estaban a solas en The Vinyl’s House.

El sol, cada vez más cálido y potente, se abría paso a través de las nubes plomizas que frecuentaban Fall River. Los rayos de luz resbalaban sobre la tienda por entre las estrechas ventanas, tiñendo de tonos cálidos los discos que se acumulaban en todos los rincones del

establecimiento y que, de una forma u otra, eran la banda sonora de la cantidad de momentos que compartían allí.

Las posibilidades parecían inagotables con un tiempo como ese.

—¿Crees en el destino?

—No sé si en el destino precisamente, pero sí creo en ti. En nosotros.

La sonrisa de Abby se estiró hasta lo imposible.

—Cuando te lo propones sí que puedes ser todo un poeta.

Él le dio un empujoncito suave y arrugó la nariz, pese a que su tez sonrojada indicaba que el halago le había gustado.

—Qué va. Solo te aguanto porque me pagan.

—Ya verás cuando me ascienda por encima de ti y Ben me suba el sueldo. Entonces a ver quién aguanta a quién...

—Conque esas tenemos, ¿eh?

Más cosquillas. Más risas. Más bromas que se gastaban en público y en privado, cuando los roces se transformaban en caricias que los llevaban al límite.

—¿Te apetece ir a patinar por la noche? Podemos ir a picar algo de cenar a mi casa y luego coger el coche para ir hasta allí.

Tao arqueó una ceja.

—Así que quieres ir por la *noche*...

—Porque sabes que tengo las llaves y ahora nadie va a sacarnos fotos a escondidas. —Y era cierto. Desde que Sean le había confesado lo que había pasado, la relación entre los dos se había enfriado hasta el punto de desaparecer casi por completo. Sin embargo, cuando Abby fijó los ojos en Tao, se dio cuenta de que el chico estaba pensando en algo totalmente diferente—. Oye, ¡no me mires así!

—Tengo muchas ideas para planes nocturnos contigo.

—No me digas eso aquí, que aún quedan un par meses hasta que empiece el nuevo curso y no me pueden despedir todavía.

—Eres tú la que se deja provocar.

—Tao...

El chico soltó una carcajada que se mezcló con la suya mientras los últimos acordes de *Can’t help falling in love* se perdían en el eco de la tienda. Compartieron un beso, discreto y rápido, sin importarles demasiado que luego Ben pudiera recriminarles algo.

Esa noche acudieron al patinadero, como tantas otras, y luego terminaron enredados entre las sábanas, como tantas otras. En ese momento, les resultaba extraño pensar que había existido una época en la que apenas habían podido cruzarse por los pasillos. Si echaban la vista atrás, los días entrenando, cuando no habían podido ponerse de acuerdo el uno con el otro y discutían más de lo que hablaban, también quedaban incluso lejanos.

En todo caso, habían recorrido un largo camino juntos. Uno que no hablaba de victorias ni de

derrotas, sino de aprendizaje y lecciones... y de amor, sobre todo de amor. Durante gran parte de su vida solo había existido el hielo y, aunque le encantaba seguir visitándolo de vez en cuando, Abby sentía que estaba en un momento donde el frío del invierno se había derretido para dejar paso a la primavera.

Y esta le enseñaba, a través de su luz y sus flores, que siempre habría días mejores a la vuelta de la esquina.

Agradecimientos

Uau.

Sé que es un poco cliché que un autor ponga en los agradecimientos «¡jamás esperé llegar hasta aquí y tener la oportunidad de escribir esto!», pero ¿no nos gusta, a todos los lectores, un buen cliché de vez en cuando? En este caso, sí es cierto que nunca imaginé sentarme frente a las últimas páginas del libro que tienes en tus manos y decir..., exacto: «¡Uau!». Aún me cuesta hacerme a la idea de que la historia de Abby y Tao haya salido a la luz, ¡y para qué hablar de que alguien haya terminado de leerla! Y, si formas parte de esa fracción de curiosos que echan un vistazo a los agradecimientos antes de abordar una novela, espero que quieras tanto como yo a estos personajes si decides conocerlos. Todos tienen un trocito de mí (bueno..., Sean no, ¿eh? Ya me entenderás).

Antes de adentrarme en la escritura de esta obra, tenía claro lo siguiente: quería hablar de deporte (yo, que soy nula para practicar cualquiera de ellos, sí) y del sacrificio que conlleva dedicarse en cuerpo y alma a un sueño y, a pesar de creer en ti, vivir con el miedo de quedarte a las puertas de hacerlo realidad (eso ya me resulta más familiar). Que estas palabras se hayan impreso, sin embargo, demuestra justo lo contrario: que a veces la locura más alucinante que se te ocurra no está siquiera a la altura de lo que puede suceder. *Flores que sobreviven al invierno* es una prueba de ello.

Esta idea surgió cuando estaba de Erasmus en Glasgow y me despertaba cada mañana con un paisaje nevado al otro lado de la ventana. Eso me hizo querer describir el frío que parece infinito y, aun así, desaparece una vez llega la primavera. Así que el primer gracias es a mi familia; a mi madre, que, cuando le conté que quería hablar de patinaje sobre hielo, me preguntó: «Pero ¿tú qué sabes de eso?»; a mi padre, que soltó entre risas: «Tú verás en qué *fregaos* te metes»; y a mi hermano, Eduardo, que no sé lo que dijo cuando le hablé de esta idea, pero que siempre recuerda cómo se llaman los protagonistas y los saca a colación en los momentos más inesperados. Gracias por hacerme sentirlos vivos y por estar de acuerdo conmigo en que este sueño era demasiado abstracto y, en apariencia, complicado. Espero haber sido capaz de plasmar, al menos, una pequeña parte de todo lo que he aprendido gracias a Abby y a Tao.

El proceso creativo de esta novela ha sido muy diferente al del resto y ha estado lleno de algunos de los momentos más emocionantes de mi vida, de sonrojarme en *ciertas* escenas —a cualquiera que me conozca en la vida real: que no os extrañe si las leéis y luego no os vuelvo a mirar a los ojos— y de reír y llorar a la vez porque escribir es, en esencia, igual que vivir.

Gracias a todos aquellos que me habéis acompañado en este camino y me habéis dado vuestro cariño para que este libro acabe siendo el que es hoy en día.

A Marcos, al que nunca podré agradecerle todo lo que hace por mí. Gracias por demostrarme que el amor que he descubierto en los libros y con el que siempre había soñado existe de verdad y es aún mejor en la vida real. Nunca encontraré las palabras suficientes (menuda escritora estoy hecha) para decirte lo mucho que te quiero.

A quienes leyeron esta historia en su peor versión y no acabaron horrorizados, sino que me ayudaron a optimizarla; a Andrés, que me ha dado excelentes consejos; a Enara, cuyo entusiasmo espero que sientan también todos los lectores; a Núria, que devoró todas las páginas en tiempo récord; y a Carlota, que tiene soluciones para todo. Gracias por no ser solo los mejores lectores beta, sino también los mejores amigos.

Al resto de las personas que me han arropado con esta novela igual que lo hacen con todas las decisiones que tomo (no importa lo disparatas que sean); a Javi, por las mayúsculas; a Estela, que me ayudó a elegir lo que llevarían Abby y Tao en la portada; y a Adriana, por estar al pie del cañón.

A Nana, por cambiarme un poquito la vida con esos mensajes y creer en mí. A Esther, mi editora, por darme esta maravillosa oportunidad. La historia de Abby y Tao no podría haber caído en mejores manos; gracias por darles tanto cariño a ellos y a mí. A Marga, que ha ilustrado una portada que me tuvo gritando, literalmente, durante un buen rato; gracias. A la totalidad del equipo de Planeta, porque nunca creí que viviría algo así y ha sido una experiencia preciosa en todos los aspectos. Que un libro llegue al público es el resultado del trabajo de un montón de personas; he tenido la suerte de contar con unos profesionales increíbles.

Gracias también a los que han esperado esta obra con ganas; a quienes me preguntaron en firmas y charlas por *Iridiscencia* (¡espero que os guste el título real!); a los lectores que me siguen libro tras libro y a quienes me leen por primera vez, y a la comunidad tan bonita de lectores y escritores que he encontrado en redes sociales que me hacen sentir como en casa.

Gracias a ti por haber escogido esta historia de entre todas los demás y, ahora sí, llegar hasta aquí. Gracias, gracias, gracias, de corazón.

Banda sonora

All too well, ℗ 2021 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

Witchcraft, ℗ 1968 Sony Music Entertainment, interpretada por Elvis Presley.

Die for you, ℗ 2016 The Weeknd XO, Inc., producido y comercializado por Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por The Weeknd.

«1989» (álbum), ℗ 2014 Apollo A-1 LLC, interpretado por Taylor Swift.

Midnights, ℗ 2022 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

Hold me closer, esta compilación ℗ 2000 UMG Recordings, Inc., interpretada por Elton John.

My one and only love, ℗ 2022 UMG Recordings, Inc. FP, interpretada por John Coltrane y Johnny Hartman.

Lover, ℗ 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

Can't help falling in love, ℗ 2007 Sony Music Entertainment, interpretada por Elvis Presley.

Biografía



Nací en 2002 en Zaragoza, donde actualmente curso la carrera de Estudios Ingleses. Soy autora de literatura juvenil y de ficción histórica desde 2019, cuando publiqué mi primer libro con mi nombre real, Isabel Fernández Madrid. Además de escribir, también me gustan el café (el olor y el sabor, sobre todo si al pedirlo tienes que decir algo extravagante), ver vídeos de animalitos en redes sociales y tocar la guitarra, porque lo de cantar como Hannah Montana, de momento, se lo dejamos a otra persona. Mis películas favoritas son las que me sacan una carcajada y los libros, mejor si me hacen llorar. La historia que ha llegado hasta ti mezcla un poco de ambas cosas.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

Tiktok, Twitter, Instagram @lsabelleparrish

Notas

1. No la dejaré caer porque no me lo permitiré.

1. Término utilizado en internet que hace referencia a un encuentro sexual, ya sea dentro de una relación romántica o de forma casual.

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Flores que sobreviven al invierno
Isabelle Parrish

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: Marga Cong
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

© Ilustraciones del interior: Shutterstockz

© Isabelle Parrish, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-08-28407-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


El año en el que (casi) fuimos
María Zárate
matchstories

El año en el que (casi) fuimos

Zárate, María

9788408285625

656 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Hay que seguir apostando por el amor por muy inoportuno e inevitable que sea, o aceptar que algunas veces puede convertirse en un punto muerto entre lo que pudo ser y lo que nunca será?

Josh siempre lo ha tenido todo fácil: es una persona que cae bien, con una novia maravillosa, un trabajo de paso y unos amigos que comparten sus gustos. Es feliz con poco, sin problemas.

Entonces, **conoce a Alessandra**. Venida de Italia, llega para trabajar con él en el Madame Tussauds. Ella **también tiene novio, amigos y una vida**. Sin embargo, en cuanto congenian Josh sabe que ya no hay vuelta atrás.

Porque **de la amistad al amor hay un paso, y ellos no hacen más que bailar en esa línea fina que los separa**.

Eso son problemas, errores y demasiados asuntos que Josh no sabe gestionar.

Pero si Less de verdad es su alma gemela, **¿está dispuesto a sacrificar la facilidad de su vida por tirarse al vacío?**

«A lo largo de las páginas de esta historia he reído, he llorado y me he enamorado. De Londres y, sobre todo, de Josh McMillan.» Myriam M. Lejardi

Cómpralo y empieza a leer


YÁIZA SEVILLANO
ÁNGELES
DEL INFRAMUNDO
matchstories

Ángeles del Inframundo

Sevillano, Yáiza
9788408280576
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una fantasía urbana romántica capaz de poner patas arriba hasta el mismísimo infierno.

De niño, Diego le reza a su ángel de la guarda para pedirle un favor. Lo que no sabe es que los ángeles ya no existen y, por lo tanto, desconoce que **Gio, la criatura que le concede su deseo, es un demonio.**

Dieciséis años después, cuando ese demonio acude para cobrarse su alma, **el joven le suplica una última voluntad**: tener una banda de rock de éxito, aun con lo que eso supone en la Movida de los ochenta en España.

Gio acepta darle un año más de vida y, en ese tiempo, Diego espera poder quedar en paz con la vida, **pero las cosas no siempre suceden como uno espera**. Unas veces, el éxito puede surgir en rincones insospechados, y otras, los labios de un demonio resultan más dulces de lo que parecían en un principio.

Cómpralo y empieza a leer


María José Tirado
El príncipe de hielo
matchstories

El Príncipe de Hielo

Tirado, María José
9788408284406
544 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un Romance Fantasy en el que una antigua profecía marcará el destino de un príncipe elfo y de la joven que podría ser el vórtice de destrucción de su mundo.

Cassle Redgrim es la hija mayor de la chamana de una pequeña aldea próxima a la capital del condado élfico de Thandel, y ha crecido feliz entre hierbas, plantas y brebajes. Cuando su madre es acusada de haber dañado a un príncipe elfo con una de sus pociones, decide hacerse pasar por ella para defender su inocencia.

Altair Ryner es el príncipe heredero de la alianza élfica. Odia a los humanos, por eso, cuando su hermano Niowar cae enfermo a causa de una pócima elaborada por mortales, envía a su guardia de mayor confianza a atrapar a la chamana que la ha preparado para que la lleve ante él y poder ajusticiarla por semejante afrenta.

Sin embargo, **cuando sus ojos se tropiezan con los de la joven, Altair se da cuenta de que no es la primera vez que se ven, y que, de nuevo, vuelve a sentir que hay algo especial en aquella muchacha** de cabellos dorados y mirada tenaz.

¿Será una simple mortal capaz de colarse en el frío corazón del príncipe de hielo?

Cómpralo y empieza a leer


Cristina Prada
TIGERS
LSU
Somos invencibles
TEXAS A&M
matchstories

Somos invencibles

Prada, Cristina
9788408268932
544 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tommy y Helsey están a punto de descubrir que el amor de verdad no se puede controlar y que un beso puede hacerte volar hasta tocar las estrellas.

Helsey solo tiene dos reglas:

*Nunca te relaciones con los chicos del equipo de fútbol.

*Nunca seas el centro de atención.

Porque Helsey tiene dos objetivos:

*Mantenerse en su zona de confort.

*Conseguir que su secreto siga siendo un secreto.

Solo hay una cosa con la que Helsey no ha contado: Tommy Taylor.

Siendo concretos: Tommy Taylor y tener que fingir que son novios para que su familia no piense que es una negada total.

¿Qué podría salir mal?

¿Lo de fingir una relación? ¿Lo de hacerse amigos en el proceso? O, quizás, ¿lo de dejarse llevar?

Sí, seguramente será eso último…

Lo que Helsey no imagina es lo increíble que va a resultar, cuánto va a reír, cuánto va a soñar y, sobre todo, cuánto va a sentir.

Cómpralo y empieza a leer


SERIE BARBARIANS
BARBARIAN LOVER
RUBY DIXON
Matchstories

Barbarian Lover (Edición española)

Dixon, Ruby

9788408284147

320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La segunda entrega de la serie Barbarians, el romance intergaláctico con más de 3 millones de lectores.

Como una de las humanas que acabaron en este planeta helado y, tras todo lo que han vivido, Kira debería contentarse con estar a salvo y tener un nuevo hogar. No solo ha visto que en este planeta las mujeres son respetadas y hasta atesoradas, sino que incluso un alien en particular, Aehako, ha dejado claro que está interesado en ella. De hecho, por más que Kira lo intenta, le resulta difícil mantenerlo alejado, aunque lo que en realidad quiere es agarrarlo por los cuernos e insistir en que la lleve a sus pieles.

Pero Kira tiene un terrible secreto, varios , en realidad. Y está convencida de que si Aehako supiera toda la verdad, no podría amarla. Sin embargo, hay algo si cabe más preocupante: los extraterrestres que las secuestraron están de regreso y, gracias al traductor de su oído, pueden encontrarla. Su presencia aquí pone a todos en peligro, pero ¿puede Kira renunciar a su nueva vida y al hombre que más desea? ¿Seguirá queriéndola si le cuenta sus secretos?

Cómpralo y empieza a leer